
3 1761 09544774 4

Printed in Spain

LA
DAMA DE NOCHE

NOVELA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

VALLADOLID:
Imprenta y Librería de Luis N. de Gaviria.
1887.

LA DAMA DE NOCHE.

CAPITULO PRIMERO.

I.

En la ópera.

Acababa de caer el telon, cuando oí una voz que me dijo:

—¿Me permite V.?

Me volví á mirar al que me hablaba, pretendiendo que le hiciese espacio para llegar á un asiento vacío que habia junto á mi, y ambos, el que me habia hablado y yo, lanzamos una exclamacion de sorpresa.

Nos encontrabamos despues de mucho tiempo en que no habiamos tenido noticias el uno del otro, y éramos grandes amigos.

Amigos del colegio, donde nuestra amistad habia empezado al par que nuestra juventud.

Se llamaba Luis de Arévalo: hijo de un negocian-

te millonario, Luis no habia disipado lo que habia adquirido su padre.

Su padre habia trabajado mucho, para que el no tuviese necesidad de trabajar.

Luis, para dar algun alimento á la actividad de su alma, se habia hecho todo lo que se hace un hombre de imaginacion, ocioso: una especie de enciclopedia de conocimientos de adorno; hacia versos, que si nada decian, sonaban; conocia la música cuanto es necesario que la conozca el que no ha de vivir de ella; pintaba aguadas para albums, y por temporadas era, ya anticuario, ya bibliófilo, ya arqueólogo; viajaba mucho en busca de monedas, antigüedades y libros, y á vuelta de todo esto solia dejar algun mal recuerdo en los lugares por donde pasaba.

Porque Luis era una especie de *Don Juan* moderno, en cuyo corazon y en cuya cabeza, el primer lugar estaba reservado á la mujer.

Era jóven, bello, simpático, audaz.

Esto es: el hombre mas á propósito para inscribir en ese libro de memorias de que Dios provee á todos los hombres gratis y que se llama conciencia, un largo catálogo de víctimas.

Luis era una especie de inmoralidad loca.

De esa inmoralidad que causa el mal sin pretender causarlo...

¡El dinero!... ¡El ócio!... pero detengámonos.

Abandonamos sin dolor la filosofía á los que no saben escribir cuentos, y proseguimos.

II.

Yo me alegré mucho de encontrar á Luis.

Pero mi alegría desapareció, helada, apagada, por la expresion inmóvil de Luis al verme, y por el cansancio la indiferencia con que me dijo:

—¡Ah! ¡eres tú, Andrés!

Y al darme por pura fórmula la mano, ni aún con la mas leve contraccion contestó á la presion cariñosa y expansiva de la mia.

Yo callé sorprendido.

Luis se sentó en silencio en el lugar que habia estado vacio junto á mi durante el primer acto.

Despues extendió las piernas, se estiró maquinalmente los guantes, y sin decirme una palabra mas dirigió sus anteojos á una andanada de palcos y los recorrió rápidamente.

III.

Por una razon que no sé explicarme, yo seguia la direccion de los anteojos de Luis.

En pocos segundos, este llegó á la parte media de la linea de plateas de nuestra izquierda.

Yo no sé si Luis siguió adelante.

Yo detuve mi mirada en la platea número seis.

Habia visto en ella dos ojos azules.

Y nada mas que dos ojos azules.

Fijos, lucientes, magnéticos, incontrastables, fijos en los mios.

Aquellos ojos aumentaban, aumentaban, me absorbian.

Yo no veia mas que aquellos ojos.

Al fin tampoco pude verlos.

Me habia acometido un vértigo.

IV.

El vértigo producido por la mirada de una mujer, es muy semejante en sus efectos al pánico que produce en situaciones dadas el peligro.

Uno y otro pasan con rapidez, y si el que los ha sentido es valiente, despues de que pasan, es ya imposible la fascinacion ó el terror.

Mi vértigo pasó.

La fascinacion pasó con él.

Entónces ví que aquellos ojos pertenecian á un semblante densamente blanco.

Aquel semblante tenia una frente pura y tersa, unas cejas doradas, una nariz, una boca, unas mejilias y un contorno puramente antiguos, es decir, magnificamente asimilados al griego antiguo, y sobre esta frente habia unos cabellos brillantes, dorados, voluminosos, divididos en trenzas, en rizos, en ondas, y ceñidos por un extraño adorno.

Por una corona de rosas negras.

Del mismo modo, en la voluptuosa garganta que sostenia aquella cabeza, se ceñia en una doble vuelta, ámplia, elegante, un collar de perlas negras.

Y sobre los hombros y el nacimiento del seno,

encajes negros que llegaban á la mitad de un brazo admirable

Y pulseras negras en el nacimiento de unas diminutas manos.

Y únicamente noté abandonado lo negro por el color de paja de los guantes.

V.

Era hermosa cuanto puede serlo una criatura.

Pero como extendido, como flotando delante de su hermosura, impalpable, inapreciable, misteriosa, habia algo sombrío, algo terrible, algo profundamente romancesco, pero con lo romancesco de lo lúgubre, de lo sepulcral.

Era una atmósfera, en fin, semejante á la que puede suponerse flotando en torno de los espectros.

Y su palidez... ¡qué palidez aquella!

Y su vida... ¡qué vida la suya!

Vida ardiente que parecia sostenida por fuego en vez de sangre.

Palidez luminosa que parecia trasparentar bajo sí una luz azul lívida, como la que produce la llama del rom.

¡Dios mio!

Desde aquella noche yo he cambiado: yo tengo aún dentro de mí algo del sér de aquella divina criatura.

VI.

—¡Te parece hermosa! me dijo Luis sacándome de la contemplacion de aquella mujer.

—Sobrenatural, le contesté.

—¡Ah! ¡sí! ¡sobrenatural! repuso: ¿y no ves en mí nada de sobrenatural?

—¡En tí!

Y fijé mi mirada curiosa, escudriñadora, en Luis.

Luis tenia la misma palidez que la jóven de las rosas negras: la misma atmósfera fatídica en derredor de si: todo aquello se iba haciendo para mí sério; me sentia mal.

Callé.

—¿Qué edad creees que tiene esa mujer? me preguntó.

—¡Ah! ¿quien sabe? le dije dominando la estraña impresion de que me encontraba poseido; cuando las mujeres están en la exuberancia de su vida, no es fácil determinar á punto fijo una edad exacta.

—¿Crees tú que los años son para todos iguales?

—Sí.

—Error: ¿tú crees que un hombre estúpido y un hombre de imaginacion que han muerto á los sesenta años han vivido el mismo espacio de tiempo?

—Sí.

—Materialmente si: moralmente no.

—Comprendo; pero ¿qué edad me pides en esa mujer? ¿la moral ó la física?

—Entrambas.

—Pues bien; esa mujer, físicamente tiene veinte y cuatro años: moralmente sesenta.

—Te engañas: físicamente veinte; moralmente una eternidad.

—Despacio porque no te comprendo.

—Se levanta el telon, me contestó, oigamos.

VII.

Empezó el segundo acto de la ópera.

Cuando hubo concluido, Luis me dijo.

—Adios: vengo á pasar aquí unos dias: por si necesito verte dame tu tarjeta.

Se la dí.

—¿Te vas? le dije.

—Dejando pendiente nuestra conversacion acerca de esa mujer... te aconsejo que te domines... que no pienses en ella ni hables de ella... Esa mujer es la *Dama de noche*.

Y se levantó y se fué.

VIII.

¡La Dama de noche!

Todo lo que acerca de aquella mujer me habia dicho Luis, habia sido fuertemente excéntrico.

Yo temí que Luis se hubiera vuelto loco.

Volví á mirar á aquella mujer y ya no me pareció tan extraordinaria.

Aquel no sé qué siniestro que yo habia creido encontrar en ella no lo encontraba ya.

Aún me parecia encontrar algo de color bajo su tez mate y nerviosa.

Sólo quedaban dos cosas vivamente extrañas: su traje y su soledad en la platea.

IX.

Necesité saber quién era aquella mujer.

Yo habia estado mucho tiempo viajando, y habia encontrado al volver muchas personas nuevas.

Nada pues de extraño tenia que aquella dama que al parecer debia ser muy conocida, no lo fuese para mí.

Me levanté, y al levantarme saludé de una manera involuntaria á la desconocida, que me devolvió el saludo.

Busqué á algunos de mis conocidos y les pregunté acerca de la incógnita.

Todos me respondieron.

—Es la *Dama de noche.*

Todos convenian en esto con mi amigo Luis de Arévalo.

—¿Pero no tiene otro nombre esa señora? pregunté.

—Seria necesario que ella lo dijese, me respondieron, y para que lo dijese, que pudiera hablarse con ella.

—¡Cómo!

—Es inaccesible: á la puerta de su palco hay siempre un lacayo negro que no permite entrar à nadie.

—¿Y la acompaña tambien ese lacayo en casa de sus conocidos?

—No va á ninguna casa.

—Pero en la suya...

—No la tiene: es decir: no se sabe dónde la tiene.

—¡En el cementerio! dijo una voz detrás de nosotros.

Cuando todos volvimos instintivamente la cabeza, no vimos á ninguna persona á la que pudiéramos atribuir haber pronunciado aquellas extrañas palabras.

La suposicion de una muerta tan hermosa y, al parecer, tan llena de vida, que saliese del cementerio y con tan bello atavío para asistir á la ópera, no dejaba de ser una bizarra suposicion.

Pero no saberse por nadie, ni aún por los mas puestos en juego, el nombre, la procedencia y la morada de aquella mujer, parecia que hasta cierto punto hacia verosímil aquella suposicion, si es que puede ser verosímil lo maravilloso.

Me obstiné en adquirir noticias.

Supe que aquella misteriosa dama no aparecia mas que de noche: las noches en que hacia luna, por los paseos mas solitarios, bajo la sombra de los árboles; las noches frias de invierno, en la platea número seis.

Que variaba de traje y de adornos, pero nunca de color.

Que cuando acababa el paseo ó el espectáculo, entraba en un carruaje negro tambien y desaparecia.

X.

Empezó el tercer acto y me volví á mi asiento.

Antes de sentarme miré á la Dama de noche y encontré sus magníficos ojos azules, fijos en los mios.

La saludé de una manera mas marcada que la vez primera y ella me contestó con mas expresion.

Empezó á parecerme menos sobrenatural.

Yo no oí la ópera.

Yo no miré al escenario.

Cuando no la miraba á ella, tenia la mirada vuelta á mi pensamiento.

Allí estaba ella tambien.

El vacío de mi alma se ensanchaba como haciendo espacio para que ella la ocupase toda.

¿Creeis en las almas gemelas?

¿No me comprendeis?

Voy á esplicarme.

¿Creeis en una sola alma, que Dios parte en dos mitades, animando con la una el cuerpo de un hombre, y con la otra el de una mujer?

¿No creeis en esto?

Pues yo sí.

Yo creo que el alma de ella es enteramente semejante al alma mia: yo creo que ella sentia como yo siento, que tenia mis mismas virtudes y mis mismos defectos, mis grandezas y mis miserias, mi alegría y mi tristeza: yo pienso, yo creo que era la duplicacion femenina de mi sér, ó mejor dicho, que eramos un mismo sér en dos mitades.

Podrá ser todo eso hijo de mi imaginacion, pero

mi imaginacion ejerce sobre mi una tirania invencible, y creo lo que mi imaginacion me dice.

Yo he deseado engañarme, simplificarme, reducirme ó mejor dicho, trocarme de una mitad en una unidad, porque tener dos vidas, dos cuerpos, y que uno de ellos sea un cuerpo de mujer es demasiado.

Llamadme en buen hora loco: pero escuchadme.

No tireis el libro, por excéntrico, por extravagante que sea lo que el libro os cuente.

XI.

Al concluirse el tercer acto, me levanté y saludé de nuevo á la Dama de noche.

Entonces su saludo fué marcadísimo, y en su rostro resplandecia algo, se trasparentaba algo que se absorbió, que se apagó, que acabó en una leve sonrisa.

Sonrisa que jamás habia visto para mi en los labios de ninguna mujer.

Aquella sonrisa me decidió.

Me pareció una invitacion.

Mas que invitacion, un precepto.

Me pareció que aquella expresion y aquella sonrisa me habian dicho: venga V., hablemos, conozcámonos.

Yo no pensé mal de ella: ella no perdió para mi nada de su dignidad por acogida tan repentina.

Un momento despues estaba delante de la platea número seis.

Un criado negro, vestido de negro, sombrero en mano entreabria la puerta de la platea.

Aquel terrible cancerbero que á nadie permitia la entrada en el santuario de aquella divinidad, se doblegaba dócil delante de mi.

Entré.

La puerta se cerró tras mi.

De pié, inmóvil, asida á la cortina de la anteplatea y con la espalda vuelta á la sala, esbelta, magnífica, estaba la Dama de noche.

XII.

Hay situaciones en que un saludo es una necedad y toda palabra que no sea un saludo, difícil, inoportuna, de mal efecto.

Hay situaciones tan excéntricas, tan ilògicas, tan desconocidas, que lo dominan todo.

Situaciones en que se siente un no sé qué tan embarazoso, que necesitamos salir de ellas y no encontramos la manera.

Ella, indudablemente, se encontraba en la misma situacion porque durante algunos segundos guardó silencio.

Ella, al fin, porque siempre es la mujer la primera que rompe una situacion de este género, me dijo.

—Lo que nos sucede, caballero, es muy singular: nos encontramos juntos, sin objeto: no nos conocemos; sin embargo, yo he creido leer en su semblante de V. la intencion... mas que la intencion: el aviso

de que venia V. á visitarme; y yo que á nadie recibo que á nadie trato, he dado órden de que le dejasen á V. pasar.

—Lo que puedo decir á V., señora, contesté, es que hay en usted para mi una fuerza de atraccion irresistible.

—¿Nos hemos, pues, atraido? dijo riendo adorablemente la Dama de noche: entonces, caballero, soy amiga de V.

Y me tendió la mano.

Aquella mano no tenia guante, y era mórbida, suave, ardiente, pequeña.

Ademas, emanaba de la Dama de noche un perfume fuerte, de esos que no son producto de la industria, que como el perfume, ó mejor dicho, la fragancia de las flores, provienen de Dios.

Perfume que no se aspira sin experimentar una sensacion embriagadora; que nos enlanguidece; que mas que emanacion de la materia, parece la emanacion del alma á través de la materia.

La Dama de noche esparcia en torno suyo una atmósfera de encanto, pero infiltrada de pureza; ó mas bien: que nada hacia sentir que no fuese puro.

Esa otra cualidad que pertenece al aspecto y que se llama *distincion*, era en ella majestad.

Porque hay reinas de la naturaleza, reinas sin corona, como hay reinas que son la vulgaridad coronada.

Dios hace lo grande: el hombre lo adultera, lo falsifica.

Dios habia dado á la Dama de noche cuantas

grandezas naturales puede tener una criatura: la beldad, la pureza, el talento la magestad, la virtud.

Yo adivinaba todo esto en ella.

XIII.

Cuando me concedió su amistad, tenia aún su mano en mi mano.

Yo estreché trémulo de emocion aquella pequeña mano.

Aquella mano no contestó á la presion de la mia.

Creí que debia darme á conocer á ella, y la dije:

—Soy literato, me llamo...

—Le conozco á V. hace mucho tiempo, me contestó interrumpiéndome. Sentémonos.

Y salió á la platea, se sentó, y me señaló el segundo lugar.

—¿No teme V. que mi presencia al lado de usted en un lugar donde siempre se ha presentado V. sola dé pretexto á suposiciones? la dije.

—Me importa poco; nadie tiene derecho á tomar acta de mis acciones. No soy yo, por cierto la que se expone mas á la murmuracion; á mi nadie me conoce: á V. le conoce todo el mundo: de mi solo pueden decir que he dejado de ser inaccesible para un poeta, para un hombre de genio y de corazon.

Yo me incliné.

—Pero de V. pueden decir que ha contraido conocimiento con un espectro, y esto puede serle á V. fatal.

Y la Dama de noche sonrió tristemente.

—La desgracia que para mi viniese de V., la dije no seria ciertamente la de caer bajo la murmuracion: yo tengo formada mi opinion acerca del mundo y de las cosas.

—Es V. fatalista: lo sé.

—¿Pero quién ha podido decirla á V...?

—Los libros de V.

—¡Ah!

—Si: yo le conocia á V. antes de conocerle; yo le apreciaba á V. antes de saber si era apreciada por V.: yo he comprendido en los libros de V. su alma, y al verle á V. por primera vez esta noche, conociendo su alma, le he conocido porque V. es una de esas naturalezas apasionadas, uno de esos séres trasparentes por decirlo asi, en los cuales se vé á través del exterior lo que sienten, lo que aspiran, lo que alientan en el interior.

—Entonces, señora...

—No... su conocimiento de V. conmigo puede ser una gran felicidad para entrambos ó una gran desgracia: una vida de paz, ó una lucha. Es V. demasiado fatalista, y está V. á punto de ser escéptico: yo amo la fe... ella me alienta y me sostiene... necesito trasmitir mi fé al corazon de V.

Y calló y volvió su atencion á la escena.

XIV.

—¡Qué le parece á V. de ese padre, me dijo de repente, que rebelándose contra Dios, se goza en una venganza terrible, y al gozarla ve que en vez de ha-

ber muerto al seductor de su hija, ha muerto á su propia hija?

—Creo, respondí, que Victor Hugo, buscando una situacion horriblemente dramática, ha encontrado fatalmente una terrible justicia de Dios, uno de los castigos mas tremendos que pueden caer sobre la venganza humana.

Lo que se representaba era *El rey se divierte*, convertido en ópera por Verdi, y confirmado con el nombre de *Rigoletto*.

— Dios perdone á tales padres, á tales hijos y á tales reyes, añadí.

—Dios perdone á la humanidad, contestó la Dama de noche.

Y se levantó.

Cuando ella se levantaba caia el telon.

Tomó su abrigo, se lo puso y me dió la mano.

—Hasta mañana, me dijo.

—Hasta mañana contesté.

—Mañana á la noche habrá luna... pues bien, mañana á las doce en los jardines de la Cuesta de la Vega.

Y salió.

XV.

Habia ella desaparecido, y aún la tenia delante.

Habia dejado de hablar, y aún escuchaba su voz.

Se habia alejado, y aún halagaba mis sentidos el misterioso perfume de su ser.

Sufria un placer hasta entonces desconocido para mi.

Gozaba un dolor que nunca habia experimentado.

Ardia mi sangre, como si la hubiera puesto en combustion un fuego sagrado.

Nada existia entonces para mi mas que ella.

Yo entonces no tenia mas que alma.

Amaba como creo aman sólo los elegidos por Dios para sufrir el martirio de un amor de los cielos, sentido sobre la tierra.

Y una voz íntima, misteriosa, enemiga despiadada de las ilusiones, la voz del esceptismo filosófico me decia:—¡Sueñas! ¡ay del despertar! ¡una aspiracion menos y una humillacion mas!—

Salí de la platea loco.

Atravesé los pasillos, los salones el vestíbulo y sal á la calle sin haber visto á nadie.

Mi atencion, mis sentidos, mi alma, mi vida, mi ser entero, se concentraban en el recuerdo de la Dama de noche.

Maquinalmente llegué á mi carruaje, entré y me arrojé en un ángulo.

—¿A dónde, señor? me dijo Pedro.

—¿A dónde? respondí: hace luna: á la Cuesta de la Vega.

El carruaje partió.

CAPITULO II.

En la Cuesta de la Vega.

I.

Acababa de sentarme en un banco de piedra, debajo de los tilos, en uno de los jardines.

La luna estaba alta, magnífica, nacarada arrojando sobre la tierra silenciosa su pálido reflejo.

Era una de esas hermosas y serenas noches de Enero en que no hace frio.

Sólo interrumpian el silencio dos ruidos leves.

Allá á lo léjos, ténue y perdido, el acorde vago de una orquesta.

Habia baile en Palacio.

Cerca, un rumor sordo y constante.

Los pasos del sereno que la Villa tiene puesto en los jardines para acompañar á los enamorados, que buscan la poesía y el misterio bajo las copas de los á.boles plateados por la luna.

Pero entonces la vigilancia del sereno era inútil.

En la Cuesta de la Vega no habia mas que un enamorado, y estaba solo.

II.

El silencio, la soledad, el recuerdo de la Dama de noche, la languidez, el adormecimiento que aquel recuerdo determinaba en mi alma; cien recuerdos vagos de amores pasados, como evocados por una comparacion instintiva á la presencia del amor nuevo; mis aspiraciones hácia un amor soñado que no habia logrado realizar y que deseaba realizase la Dama de noche: toda mi historia, todas mis esperanzas, todas mis pasiones, revolviéndose como los átomos del espacio en un rayo de sol, habian causado en mí un estado de fiebre y sonambulismo muy semejante al sonambulismo magnético.

Dios y los hombres, lo finito y lo infinito, la luz y la sombra, la vida y la eternidad, el sentimiento de todo esto, concreto lo uno, abstracto lo otro, se revolvian en mi imaginacion en torno de un centro inmóvil y resplandeciente.

Aquel centro era la Dama de noche.

Empezó á parecerme todo fantástico.

La luz de la luna tomó para mí un color frio, un color de muerte: los claros y las penumbras de los árboles, me parecian los unos, fantasmas blancos, los otros, fantasmas negros.

El lejano ruido de la orquesta de Palacio, me parecia el eco de un mundo aparte, con el cual ninguna relacion me unia; y los pasos lentos, iguales sostenidos del sereno, el péndulo sordo del tiempo suspendido en la eternidad.

En aquellos momentos yo no era un hombre; yo era un poeta que sentia con el sentimiento falso de la belleza convencional soñada por la imaginacion.

¡Los sueños! ¡Ah! ¡Los sueños!

El ensueño físico pasa, sin dejar mas detrás de sí por terrible que sea, que un ligero dolor de cabeza, que desaparece en cuanto arrojais sobre vuestra frente una poca de agua.

Pero el ensueño moral que determina hechos á veces irremediables, cuando pasa os deja un dolor agudo en el corazon, un vacío horrible, que sólo se puede llenar con lágrimas.

III.

Yo soñaba entonces.

Construia, como suele decirse, castillos en el aire.

Pretendia adelantar al tiempo, le adelantaba en mi imaginacion, y me fingia poseedor del alma y de la hermosura, del sér entero de la Dama de noche.

Del espectro, segun decia la burlona murmuracion, y que para mí no lo era, porque los espectros no tienen las manos mórbidas, sedosas, ardientes.

Y sin embargo, el misterio que rodeaba á la Dama de noche, aumentaba mi fascinacion por ella.

IV.

Yo soy vivamente impresionable, lo que quiere decir que soy frecuentemente propenso al entusiasmo.

Que creo en algo santo é infinito.

Y no se puede creer en lo santo y en lo infinito sin creer en Dios.

A pesar de esto soy fatalista y escéptico.

Pero mi fatalidad se refiere á los sucesos y mi excepticismo á los hombres.

Sobre todo esto está Dios.

Nunca mi alma se ha conmovido profundamente bajo la influencia de la felicidad ó de la desgracia, sin que me haya vuelto á Dios, ya para darle gracias por la primera, ya para pedirle amparo contra la segunda.

Entónces me creia feliz: necesitaba arrodillarme ante Dios: necesitaba orar.

Creia haber encontrado la solucion del problema de mi vida: el amor.

Y era la media noche: los templos estaban cerrados.

Es cierto que Dios nos vé donde quiera que estemos; sin embargo, cuando estamos en el templo nos creemos mas ante Dios, mas cerca de Dios.

Me acordé de que en lo alto de la Cuesta de la Vega, en el mismo lugar donde hace ochocientos años la colocaron manos piadosas, hay una imágen de la Vírgen.

Si yo no hubiese poseido ese sentimiento religioso, tierno y poético que tantas veces me ha consolado, que tanto en situaciones dolorosas me ha fortalecido, lo que os estoy contando quedaria reducido á muy pequeñas proporciones.

Creamos en la Providencia, que es la santa fatalidad de Dios.

V.

Me levanté, salí del jardin, subí á lo alto de la cuesta, y me encontré delante de la blanca imágen de la Vírgen de la Almudena, mas emblanquecida por la luz de la luna.

Permanecí por un momento de pié, y luego me arrodille y oré.

Pedi á la Vírgen la paz de mi alma, y la ventura para mí nuevo, mejor dicho, para mi primer amor.

No sé cuanto tiempo estuve orando, porque cuando el alma se abstrae pierde el sentimiento del tiempo.

Pero de repente me sacó de mi abstraccion una voz dolorosa, una voz jóven, pero saturada, acentuada por uno de ésos sufrimientos que estremecen, que hielan; una voz llena de angustia que decia junto á mi.

—¡Caballero!

Me volví y me puse de pié.

Delante de mi encontré una mujer.

Aquella mujer estaba pobre, aunque limpiamente vestida, y á pesar de la pobreza de su traje, se notaba en ella cierta elegancia.

Porque la elegancia no necesita de la riqueza.

Lo que en el mundo se llama distincion pertenece á la persona: no pueden darlo ni el sastre, ni la modista ni el joyero.

La sociedad, mejor dicho, la humanidad, está dividida en castas, en razas.

¡Perdonad, oh vosotros los que quereis crear un mundo en que nadie tenga un cabello mas que otro! Dios quiere que sea lo que es, y la voluntad de Dios se cumple!

VI.

La hora, el sitio, la situacion moral en que me encontraba, el dolor que como una atmósfera tangible emanaba de aquella mujer, su distincion, la vaga y blanca luz de la luna que nos alumbraba, la Vírgen de la Almudena, mudo y santo testigo de aquella situacion, todo contribuia á causar en mí una impresion poderosa, extraordinaria, sobrenatural, en la que tenia gran parte el recuerdo de la Dama de noche, que ardia en mí, intenso, invencible, tenaz, lleno de vagos encantos, de placeres desconocidos, de esperanzas indeterminadas.

El amor es hermano de la caridad: es la caridad misma enardecida por la voluptuosidad, la caridad materializada.

Pero, á pesar de la parte de materialismo inherente al amor humano, el amor aproxima al hombre al ángel, le pone mas cerca de la caridad divina.

Por curiosidad y por interés examiné á aquella mujer.

Era muy jóven.

Apenas llegaba á los veinte años.

Era rubia y pálida.

Su palidez la hacia parecer mas blanca de lo que lo era.

Y era blanquísima.

Sin ser hermosa, porque no lo era, lo parecia.

Y lo que hacía parecer hermosa á aquella criatura era su alma, que salia á su semblante, que se trasparentaba, por decirlo así, dándola un encanto, un poder, una fascinacion inexplicables.

Pero á pesar de que su semblante no tenia esas formas correctas y puras de la belleza, que en el conjunto determinan la hermosura, sus dulces ojos azules, el contorno y la posicion de su cabeza eran puros y nobles, y en cuanto á su cuello, nada mas mórbido, nada mas encantador, ni nada mas ámplio y redondo que sus hombros, ni nada mas bello que sus pequeñas manos que tenia juntas en actitud de suplicar, ni nada mas gentil que su talle inclinado hácia mí.

Su traje consistia en un manto, un pañuelo de abrigo y una bata de percal.

La luna brillaba en sus lágrimas que corrian lentamente una por una á lo largo de su semblante.

VII.

Profundamente conmovido la pregunté en que podia serla útil.

—Estoy desesperada, caballero, me contestó, y espero de V...

—¡Todo! la respondí.

—He ido en busca de un médico: me ha sido pre-

ciso valerme de un sereno, que me ha llevado de mala gana á la puerta de una casa: ha llamado; cuando han sabido que era necesario venir al arrabal extramuros de San Isidro, se han negado.

—¡Ah! ¡comprendo! ¡no ha encontrado V. ninguno de esos señores que quiera servirla!...

—No señor.

—Pues bien: tendrá V. médico y bueno .. ¡Eh! ¡Pedro! ¡Pedro! grité.

Mi carruaje estaba mas arriba en la plazuela de Santa María.

Me habia vuelto para llamar á Pedro, y de repente me sentí asidas las manos y unos labios húmedos que me las besaban.

La desconocida se habia arrojado á mis piés.

Yo me apresuré á alzarla.

—Gracias, caballero, gracias, me dijo: no en vano al verle á V. arrodillado á los piés de la Vírgen cóncebí una esperanza; V. tiene caridad.

—No hablemos de esto. Oye, Pedro, dije á mi criado que se acercaba: al momento con el carruaje, á casa del señor Salcedo: que venga al instante... ¿á dónde? añadí volviéndome á ella.

—Al arrabal de San Isidro, número cuarenta.

—Véte, y á escape.

Pedro partió.

—Gracias de nuevo, mil gracías, caballero: yo... no puedo espresar á V. mi agradecimiento mas que con palabras... pero dígame V. su nombre.

¿Y para qué?

—Para recordarle, para bendecirle.

—Vamos, vamos, que acaso hace V. falta al lado del enfermo, la dije presentándola mi brazo.

—¡Cómo! ¿Me va V. á acompañar?

—Debo acompañar á V.; es mas de media noche... debe V. tener miedo de ir sola allà abajo.

—¡Miedo! sí, es verdad: ¿pero cree V. que mi miedo no se aumentará por el peligro en que V. se pone?

—¡Peligro! es muy tarde: ¿quién ha de encontrarse á estas horas en el campo... fuera de camino?

—Quédese V.; yo sola voy mas segura.

—No insista V., porque yo he de acompañarla.

—Pues vamos, me dijo con singular acento de decision.

La ofrecí mi brazo.

Ella le aceptó.

Noté al darla el brazo que estaba vivamente agitada.

Nos pusimos en marcha en silencio.

VIII.

Despues de una de esas emociones extraordinarias que determinan en nuestra alma el sentimiento ó el entusiasmo, sobreviene la reflexion, y con ella la reaccion al raciocinio frio.

Esta reaccion se efectuó en mi.

Acordéme de lances que habia oido contar ó que habia leido, porque á mi ningun lance de aquella especie me habia sucedido nunca; lances en que una aventurera, generalmente bella, habia servido de

cebo para llevar á un enamorado imprudente á una madriguera de ladrones; pero miré á la desconocida y me arrepentí de haber pensado tan mal de ella: el dolor salia á su semblante y el llanto, silencioso y contínuo corria de sus ojos.

—¿Es un hijo de V. quien está enfermo? la pregunté.

—¡Un hijo! ¡ah! ¡no!

—¿Su marido?

—Yo no tengo marido... no le tendré.

Y la sentí extremecerse.

—Mi madre: añadió.

Y volvió á su silencio.

—¿Y de qué padece su madre de V.?

—De infortunio.

—Bien, si... pero la enfermedad...

—El infortunio.

—Pero cuando el infortunio mata, se vale de una enfermedad producida por él.

—A mi pobre madre no la duele nada, nada mas que el alma, y sin embargo se muere.

—¿Pero qué indicios, qué sintomas?...

—Languidez, adormecimiento... una luz que se apaga...

—Si eso es asi... temo que mi médico...

—Yo lo temo tambien, pero cuando una persona se muere, se llama siempre al médico.

—Creo que otro médico seria mejor.

—Si, ¡Dios!: pero es que Dios quiere á veces para salvar á sus criaturas sentenciarlas al martirio.

—Indudablemente, Dios es el mejor médico que

pudiera buscarse para las enfermedades del alma, y Dios suele acudir, sin que se le llame: ¿quien sabe si Dios se valdrá de mi como medicamento?

Se detuvo la jóven y me miró de hito en hito.

—No comprendo á V., me dijo.

—Yo soy... rico...

A pesar de que es muy difícil percibir el enrojecimiento de un semblante á la luz de la luna, me pareció que el semblante de la jóven se enrojecia.

—No, caballero, no; se apresuró á decirme: el dinero puede hacerlo todo menos los milagros, el dinero no puede resucitar á los muertos.

Y calló, y volvió á ponerse de nuevo en marcha arrastrándome de una manera nerviosa é impremeditada consigo.

Decididamente todo lo que me acontecia aquella noche era extraordinario.

IX.

Atravesamos el espacio que antiguamente se llamaba la Vela, entramos en el puente de Segovia, y...

Pero ya no estabamos en la Cuesta de la Vega, y recuerdo que el nombre de esta cuesta es el que ha servido de epígrafe á este capítulo.

Pasemos al siguiente.

CAPITULO III.

—

En que se trata de una aventura lúgubre y de sus primeras consecuencias.

I.

Al salir de las casillas que existen al extremo del puente de Segovia entramos en un camino solitario, guarnecido de un vallado con álamos negros de trecho en trecho.

—Tengo miedo, me dijo la jóven estrechandome el brazo.

—¡Miedo! la dije; ¿y por qué?

—Por V., me contestó.

—¿Por mí?

—Si, ciertamente; por V. Si quisiera V. hacerme un favor...

—¿Cuál?

—Volverse.

—¿Y he de dejarle á V. sola?

—El arrabal está ya cerca.

—Sin embargo queda el trozo mas solitario, mas peligroso...

—Por lo mismo. Vuélvase V.

—No.

—Puede suceder una desgracia.

—No... de ningun modo.

- Créame V., me dijo deteniéndose: no son recelos infundados los que me mueven á pedirle á usted que se vuelva. De tiempo en tiempo y con frecuencia, suelen suceder por estos sitios desgracias.

—¿Desgracias?...

— Si: gentes heridas ó muertas por ladrones,

—Este no es camino de tránsito; el ladron se encuentra en los lugares por donde pasa gente: en las carreteras, en los caminos...

—¿Y si le han visto á V. venir?...

—En el lugar en que me encuentro, si me han visto me robarán del mismo modo al volverme.

—¡Dios mio! ¡y que haya sido yo tan débil que le haya puesto á V. en tal peligro!..

—Recelos exagerados. .

—Pero hay un medio.

—¿Cuál?

—Cerca está la casilla del resguardo: hágase usted acompañar por un carabinero.

—Prefiero las consecuencias mas tristes, á ponerme en ridículo pidiendo auxilio contra un peligro imaginario.

—Sí... sí... bien puede ser que nada suceda... dijo ella, y siguió adelante.

II.

El camino hacia en aquel lugar un recodo.

Le doblamos, y ella y yo seguimos en silencio.

Confieso que mi silencio era de preocupacion.

Me creo valiente; en mas de una ocasion he arrostrado con serenidad un peligro visible.

Pero entonces, lo confieso, sentia miedo.

Miedo no sé de qué... un miedo instintivo.

Y es que el valor, absolutamente hablando, no existe: el valor está en relacion con la situacion, con las circunstancias en que nos encontramos.

La verdad es que yo andaba con la vista y el oido sumamente atentos, como quien teme ver ú oir de improviso algo que le indique un peligro.

III.

Yo acostumbraba llevar un puñal de Toledo.

Le llevaba hasta á los bailes, en el bolsillo de pecho del frac.

Era sin duda una manía,

Nunca se me habia ocurrido que aquel puñal me pudiese servir para nada.

Pero en aquel momento me alegré de mi manía.

Llevaba conmigo mi puñal.

Sin que lo pudiese notar la joven, saqué del bolsillo de mi paletót el puñal y le oculté bajo la manga de mi brazo izquierdo, como dicen lo ocultan los matones cuando quieren herir sobre seguro.

Yo empezaba á dudar de la desconocida, que seguia andando, callando y llorando.

Nada oia, sin embargo, nada veia á pesar de la claridad de la noche, y ya estábamos cerca de las primeras casas del arrabal.

Allá, al léjos, por la parte de Madrid y gracias al silencio de la noche: se oia el ruido de un carruaje que adelantaba rápidamente.

Era posible, casi seguro, que aquel carruaje fuese el mio.

Algunos minutos mas, y habia desaparecido todo temor.

Con el carruaje venian tres hombres valientes: mi médico y mis dos criados.

Este pensamiento me tranquilizó.

IV.

—Suena un carruaje, me dijo ella.

—Debe ser el mio, contesté.

—¡Ah! ¡quiéralo Dios! respondió con ansiedad.

Y á seguida lanzó un grito agudo.

En el momento en que oí el grito, me sentí vigorosamente asido por detrás.

—¡Calla ó mueres! me dijo una voz que tenia algo de acento extranjero.

—¡Pablo! exclamó mi compañera.

Senti que los brazos que me asian aflojaban, y dominado por el instinto de conservacion, me sacudí, me desasí, y al volverme encontré delante de mi á un hombre gigantesco.

Por instinto de conservacion tambien, extendí el brazo izquierdo y herí vigorosamente á aquel hombre.

Dió un grito de dolor, se llevó la mano al pecho y exclamó con voz angustiosa:

—¡Ay! ¡Inés! ¡Inés! mi amor á V. y á su madre me cuesta la vida!

Y cayó sobre sus rodillas, y luego se apoyó en la tierra sobre las manos, se doblegó y cayó.

El carruaje se acercaba.

—¡Por favor, caballero, por favor! me dijo la jóven: aquí hay un misterio horrible: Pablo vive con nosotras, y yo no puedo creerle ladron.

Yo no sé qué contesté: estaba aturdido.

Y el carruaje llegaba.

—¡Calle V., calle V. por Dios! insistió ella.

—¡Callaré! dije sin poder ocultar mi recelo.

Y en este momento una carretela tirada por dos yeguas alazanas, paró junto á nosotros.

Era en efecto mi carruaje.

V.

—¿Qué es esto, señor, qué es esto? exclamó Pedro saltando del pescante.

—Es... que... este pobre negro... que vive conmigo, dijo la jóven, y con mi madre... me esperaba... habia salido á mi encuentro para acompañarme... y me encontró con este caballero...

La jóven me miraba con ansiedad, como suplicandome que callase que no la interrumpiese.

—Iba detras de nosotros... cuando le oimos dar un grito... nos volvimos...

—Y le encontramos herido, dije yo.

—Pero ¿quién le ha herido?...

—No lo sé... no lo sé, dijo el negro.

El doctor Salcedo, y Antonio mi cochero, que habia abierto la portezuela al doctor, estaban en el lugar de la catástrofe y con nosotros rodeaban á Pablo que era un negro magnífico.

—No perdamos el tiempo en preguntas ni averiguaciones, dijo el doctor, y veamos en que estado se encuentra el herido.

—Muy malo, señor muy malo, dijo Pablo.

—¡Pobre hombre! dijo Pedro.

—Con él al carruaje, dijo el doctor, y vamos á donde íbamos, que por cierto no sé para qué.

—Para visitar á mi madre que se muere, caballero, dijo la jóven.

—Pues bien, vamos á ver si impedimos con la ayuda de Dios y de la ciencia que mueran esa señora y este infeliz, dijo el doctor; al carruaje con él, y en marcha.

El negro fué puesto en la carretela por Pedro y por Antonio.

La carretela se puso lentamente en marcha, como para evitar con aquella lentitud que se empeorase el herido.

La jóven entretanto se habia asido á mi brazo é instintivamente me impulsaba hácia el arrabal, cuyas casas estaban ya cercanas.

Yo me dejaba conducir, aunque con repugnancia

porque lo que acababa de suceder habia causado en mí una impresion muy desfavorable hácia la desconocida.

Llegamos al fin á una casa en la acera que proyectaba la penumbra de la luna.

La jóven sacó una llave y abrió la puerta.

Dentro en un reducido portal habia una bugía en una palmatoria de bronce.

—¡Por Dios, caballero, por Dios, dijo la jóven juntando las manos; guarde V. silencio por muy poco tiempo, porque este misterio no tardará en aclararse.

—Se lo prometo á V., la respondi con voz opaca.

La jóven gimió levemente: se conocia que la sequedad de mi acento la habia lastimado.

Poco despues llegó el carruaje.

Al mismo tiempo rechinó levemente una puerta colocada detrás de nosotros.

Me volví, y sobre el fondo oscuro de aquella puerta ví una mujer alta, delgada, vestida de negro.

—¿Qué es esto Inés? ¿qué sucede? dijo aquella mujer.

—¡Una desgracia, mamá! contestó la jóven.

—¡Una desgracia! dijo con sobresalto aquella mujer adelantando hácia nosotros.

—Sí, mamá, sí; Pablo ha sido herido.

Al mismo tiempo mis criados, ayudados por el doctor, bajaban al negro del carruaje.

El negro se quejaba de una manera comprimida.

—¡Que ha sido herido! dijo aquella mujer, en cuyo acento habia algo de insensatez: ¡que ha sido herido Pablo, y este hombre tiene sangre en las manos!

Y señalaba con un dedo inflexible mi mano izquierda manchada de sangre.

Todos estaban ya al alcance de la voz de aquella mujer.

Todos oyeron su observacion.

Yo me miré instintivamente la mano y la oculté.

Estaba en efecto manchada de sangre.

—Este caballero, dijo Inés apresurándose á contestar, venia conmigo, cuando Pablo herido llegó junto á nosotros y cayó: este caballero le levantó, y entonces...

—Sí, entonces, dijo el negro, este caballero debió mancharse de sangre: fuéron unos bribones, Gabriela; este caballero venia con Inés.

Mis criados y el doctor Salcedo, que sostenian á Pablo se habian detenido y prestaban una gran atencion á este diálogo.

—¡Yo no comprendo esto, Dios mio! dijo con voz débil la madre: ¡mi hija fuera de mi casa con un desconocido! ¡Pablo, mi amigo Pablo, ensangrentado!... ¡yo debo estar loca! .. ¡esto no puede ser verdad!

Y vaciló, y para no caer tuvo necesidad de apoyarse en la pared.

—¡Oh Gabriela! exclamó el negro.

—¡Madre mia! exclamó Inés.

Y corrió á su madre.

Algun tiempo despues, y en dos distintas habitaciones del piso bajo, Inés acudia á su madre, y Salcedo, los criados y yo al negro.

CAPITULO IV.

Una noche de agonía.

I.

—Socorran Vds. á la señora dijo el negro: mi estado no es de gravedad: me duele demasiado la herida para que sea peligrosa: el arma se ha detenido en un hueso, se conoce que el que me ha herido no estaba acostumbrado á herir:

—En efecto, dijo Salcedo la herida no parece muy grave, y sin embargo no deja de serlo, ¡y sin vendas! ¡sin nada de lo necesario! Déme V. aquella toalla, añadió Salcedo, señalando una que habia colgada en la pared, á uno de mis criados.

En cinco minutos Salcedo aplicó un vendaje sobre la herida.

En aquel momento apareció Inés pálida y consternada.

—¡Mi madre! dijo alentando apenas: ¡mi pobre madre ha perdido el conocimiento!

Salcedo que habia acabado de curar al negro ade-

lantó hácia Ines, dispuesto á prestar sus servicios á la enferma.

Yo dejé á mis criados junto al negro y seguí á Salcedo.

Al sentirme junto á sí, Salcedo se detuvo y me dijo en voz baja.

—Por lo que pueda suceder, lávese V. las manos: allí en aquel ángulo hay agua.

Y siguió tras Inés.

Yo me detuve, y, sin saber lo que hacia, fuí á un lavamanos que habia en un ángulo y me lavé.

—La sangre que no ha vertido el crímen, dijo el negro con voz cavernosa, no mancha mas que las manos: la conciencia queda blanca.

Aquella voz que parecia hablar desde la eternidad, me estremeció.

¡Qué noche! ¡qué noche aquella!

Una fascinacion inexplicable me llevó hasta el borde del lecho del herido.

Mis criados estaban en la puerta de la habitacion.

Ví que el negro iba à hablarme, é hice seña á los criados de que saliesen.

Estos cerraron la puerta.

Yo fuí á aquella puerta y dí una vuelta á la llave.

Sin saber por qué no queria que nadie oyese lo que el negro me hablase.

Volví junto al lecho y el negro me dijo.

—Siéntese V. caballero.

Me senté maquinalmente.

—El médico dice, continuó el herido, que mi estado no es muy grave, el médico no quiere asustar-

me: el médico cree que un negro no es hombre, y se engaña, caballero, se engaña: yo sé que voy á morir, que todo se reducirá á unas horas mas ó ménos: sólo lo siento por ellas... por Gabriela no, porque dentro de poco habrá muerto tambien: pero Inés... sola... abandonada...

Sobre las negras mejillas del herido corrieron dos gruesas lágrimas.

II.

En vano pretendia yo dominar la situacion.

Me encontraba dominado por ella.

Ardia mi cabeza y mi pensamiento vagaba errante, inseguro, en no sé qué ideas, en no sé qué recuerdos pasados, perdidos, confusos: me parecia que yo habia previsto todo aquello.

Y en medio del desórden, del caos de mi pensamiento veia á la Dama de noche dominando mi sér, dominándolo todo, y relacionado por no sé qué extraña fatalidad con lo que allí sucedia.

Todo lo que habia inmediatamente fuera del lecho del herido, estaba envuelto para mí en una especie de niebla azul, densa, impura, caliginosa.

La luz de la bugía parecia empañarse, amortiguarse, tomar el color fantástico de aquella niebla.

Y el negro .. ¡oh! ¡el negro!...

III.

Era un ejemplar magnífico de esa raza que puebla el litoral del África del Sur.

El ébano mas denso no hubiera sido tan negro y tan terso como su piel.

Sus grandes ojos apenas dejaban ver una pequeña parte de blanco ceniciento.

Por entre sus labios pálidos, que de tiempo en tiempo entreabria el dolor, se dejaba ver una dentadura incomparable por la pureza de su esmalte.

La parte desnuda de su cuerpo, que se veia por fuera de las ropas del lecho, era de un modelado y de un desarrollo admirables.

Parecia contar cuarenta y cinco ó cincuenta años.

Sus cabellos, ó mejor dicho, la lana de su cabeza empezaba á ponerse gris.

Por lo demas todo era vigor, todo fuerza en Pablo.

IV.

En su mirada se revelaba una grande inteligencia, un gran valor, y algo de heróico en aquel valor.

Por otra parte aquella mirada era incontrastable.

Estaba fija en la mia de una manera tenaz, profunda.

Yo comprendí que Pablo pretendia ver mi alma á través de mis ojos.

Despues de algun tiempo de silenciosa observacion, la tension de los músculos del semblante del negro se dilató, y me dijo con voz dulce y lenta:

—Usted es bueno.

—No sé lo que soy, le contesté.

—Sí, sí; V. es bueno: V. está asombrado, asustado, pesaroso de lo que ha hecho; y V. tenia razon: á V. le habian acometido para robarle, le hubieran robado á V. y le hubieran muerto, á no ser por esa criatura... por Inés...

—¡Cómo! ¡tú!...

—Hace algun tiempo y con una frecuencia espantosa se encuentran en las calles de Madrid, ó cerca de Madrid, en los caminos, hombres asesinados y robados. ¿No es verdad?

—Es cierto: pero en una gran poblacion esas desgracias son frecuentes.

—Todos esos infelices han sido asesinados por una mano fuerte, segura: ninguno de ellos ha podido conocer al asesino, ni aún pensar en la muerte.

—Pero bien, Pablo, bien, ¿á qué viene esto?

—Es que yo he sido el matador de todas esas personas.

—¡Tú!

Y callé dominado por aquella revelacion.

—Yo soy franco con V., me dijo; le confieso lo que no he confesado á nadie, lo que nadie sabe sino Dios: ¿puedo esperar que V. tambien sea frannco conmigo?

—Lo seré.

—Pues bien, necesito saber hasta qué punto se interesa V. por Inés.

—No puedo contestarte: todo lo que me rodea es un misterio.

Yo explicaré á V. ese misterio; pero respóndame V. con verdad: ¿por qué venia V. acompañando á Inés?

—La encontré en la Cuesta de la Vega.

—¿Cuando?

—Esta noche.

—¿Sola?

—Sola.

Quedóse un momento pensativo el negro, y luego dijo como preguntándose á sí mismo.

—¿A qué habrá salido sola á tales horas? Cuando yo salí de la casa las dos dormian.

—Su madre se habia puesto mala.

—¡Ah!

—Y segun me dijo habia salido á buscar un médico.

—¿Y V. no la conocia anteriormente?

—No.

Y le referí mi encuentro con ella.

—Es verdad: yo habia salido valiéndome de una llave que tengo: Inés me buscaria, y no encontrandome saldría sola. ¡Oh! ¡qué desgracia! en un dia la priva Dios del apoyo de las únicas personas que la aman en el mundo: su madre y yo.

—Pues es necesario que se aclare ese misterio: ¿quién te ha impulsado al crimen?

—Mi chaqueta debe estar por ahí: busque V. en ella una cartera.

Me levanté y en el suelo al otro lado de la cama encontré una chaqueta, la registré, y lo primero que hallé fué un puñal corto, ancho y corvo.

—Ya no volverá á servir mas, dijo el negro viendo el puñal en mis manos: por mi desgracia ha servido bastante: busque V. en el otro bolsillo.

En efecto, en el otro bolsillo encontré una abultada cartera negra.

—Abra V. la cartera: todas las cartas que hay en ella están dirigidas á una misma persona: todas están cerradas: la úniea que fué abierta no está ahí.

Abra V. cualquiera de esas cartas.

Abrí, arrastrado por la extraña influencia que me dominaba, una de aquellas cartas.

Aquella carta era muy lacónica.

«Tu bolsillo está abierto para mi, decia; pero tu corazon está cerrado: yo no te pediria nada; si te suplico es por Inés. Sin embargo te doy las gracias, porque no nos dejas morir enteramente de miseria: á pesar de mis economías necesito algun dinero: dáselo al buen Pablo.—Gabrie la Galvez de ea Roca.»

—¿No adivina V. bajo las letras, bajo las palabras de esa carta un drama horrible? dijo el negro.

El oir la palabra drama en los labios del africano me causó una impresion inexplicable.

Es cierto que ha habido negros poetas, que un descendiente de la raza africana, Plácido, el infeliz ambicioso fusilado en la Habana, era un gran poeta: que

á cada paso, mas en el extranjero que en España, se encuentra en los primeros circulos sociales alguno de estos tipos vigorosos de una civilizacion destruida acaso en tiempos anteriores á los que hoy llamamos tiempos históricos, anterior quizá á la civilizacion india, la mas antigua que conocemos y mas allá de la cual todo es sombra. Estos hombres excéntricos por su color, en la alta sociedad, visten con una distincion admirable, hablan con una finura exquisita, poseen una erudicion vasta, aumentada por contínuos viajes, y son por lo general millonarios.

Miré con mas atencion á Pablo, y ví que tenia todos los rasgos caracteristicos del negro que ha vivido libre en medio de la civilizacion; que ricos é independientes se han educado de una manera brillante en continuos viajes por Europa.

Obedeciendo á este pensamiento, dije al negro:

—Tu no eres lo que pareces.

—Lo que yo soy, lo sabrá V. despues de que yo haya muerto, que será muy pronto; pero es necesario que V. acepte el legado que quiero dejarle.

—¿Cuál?

—Esa pobre niña... Inés... Lo que ha sucedido á V. viniendo con ella; las apariencias de lazo que tiene el encuentro de ella con V., lo singular de esta aventura, todo me obliga á aclarar para V. la parte de misterio mas en relacion con la situacion del momento. Ya ha leido V. esa carta. En ella aparece una señora que pide dinero á nombre de una obligacion sagrada á un hombre. Esa carta no ha llegado á esa persona, y sin embargo han seguido dándoseme para

él otras que, ni yo he entregado, ni he querido abrir.

—¿Y por qué no has entregado esas cartas á la persona á quien han sido dirigidas?

—Porque cuando entregué la primera, hace dos años, me dieron una muy mala contestacion: «Dí á Gabriela, me dijeron, que cese de escribirme y de molestarme: que para ella no tengo yo dinero, ni aun existo: que de su miseria ella es la primera causa, suya toda la culpa: que hace muy bien en vivir fuera de Madrid y desconocida, y que si alguna vez se da á conocer, yo la obligaré á que se arrepienta.» Yo no dí este mensaje á la desdichada Gabriela: la traje dinero: y como yo no lo tenia, para traérselo me fué preciso robarlo: para robar maté.—Cuente V. esas cartas, cada una de ellas ha producido un robo y un asesinato.

Conté las cartas como arrastrado por un poder fatal.

Eran venticinco.

—¿Todas estas cartas han causado la muerte de una persona? dije con horror:

—Si, todas: sólo que la última que escribió Gabriela esta noche, y que yo debia llevar mañana, ó fingir que la habia llevado, en vez de producir la muerte de V. ha producido la mia: yo habia salido á las once, cuando las sentí dormidas; me fuí á Madrid pero era mala noche, noche de luna: era imprudente pretender dar un golpe: ademas, por todas partes me encontraba con municipales, con serenos. Me volvia desesperado cuando ví á V. á lo lejos.—Al menos llevará reloj,—me dije, y acometí á V. La voz de

Inés que me reconoció me heló de espanto: el instinto de conservacion de V. me mató.

Calló el negro y yo callé tambien.

Detras de aquella relacion veia yo revolverse algo informe, pero espantoso, terrible.

Pablo se habia fatigado, y habia dejado caer la cabeza sobre la almohada.

Debia sufrir mucho: tenia los ojos cerrados, y por su boca entreabierta salia un hálito ronco ardiente.

V.

Tocaron levemente á la puerta.

Fuí á ella y la abrí.

Era el doctor Salcedo.

—Un momento, si es posible, me dijo.

Salí.

—La situacion en que nos encontramos es grave, me dijo en voz baja, V. ha matado á ese pobre diablo de negro, y á esa pobre señora la mata una enfermedad que no comprendo, que no puedo comprender una afeccion del alma, una excitación nerviosa: está sin sentido y no volverá en si.

—¿Pero está V. seguro de que se muere?

—Si y muy pronto.

—¿Y no hay remedio?

—Yo no le conozco.

—¿Seria conveniente una consulta?

—No creo que sirva una consulta para nada sino para hacer intervenir en estos sucesos que yo querria no traspirasen, á algunas personas mas.

—¿Pero no ha intentado V.?...

—No. Unicamente he recetado un simple para que la hija crea que se socorre á la madre: la pobre niña está aterrada: ve claro: solo la queda esa última esperanza que nos inspira siempre el interés por las personas que amamos: ella tambien está enferma, y para ella tambien he prescrito un medicamento, pero de veras.

—¿Y cuando? le pregunté.

—El negro antes del amanecer: la loca.

—¡La loca!

—Si, la loca: loca, sin duda, por grandes infortunios: la loca puede V. darla por muerta, porque no volverá en si.

—Es necesario pues, acudir á la religion.

—Así lo prescriben nuestro deber y las leyes, pero es necesario preparar al negro: es lo mismo que dictar una sentencia de muerte: si V. no tiene valor para ello lo haré yo.

—Entremos, dije á Salcedo.

Y entramos.

VI.

Cuando estuvimos cerca de Pablo, su mirada se fijó en nosotros de una manera lúcida, terrible.

—Lo sé todo, dijo: lo sabia antes, lo sentia, lo adivinaba; pero ahora no me queda duda, lo he oido todo: hablaban ustedes bajo para los oidos de un europeo, pero no para los oidos de un africano, por lo mismo pienso como Vds., es necesario un sacerdote: es necesario tambien evitar que mi muerte trascienda á sangre: acudirian los hombres de la ley, pretendien-

do saberlo todo para aplicar, con arreglo á la verdad la ley: esto es incómodo: yo estoy resignado, y ni al confesor dire de qué muerte muero: esto no hace al caso. Pero antes de que venga el confesor quiero hablar con V., añadió dirigiéndose á mi, y suplico á ese caballero que nos deje solos.

Salcedo salió.

VII.

—En aquel armario, dijo Pablo señalándome uno que habia en la estancia, hay un cajon: ese cajon tiene un doble fondo, y sabiendo que le tiene es fácil encontrarle. En el hueco que determina ese doble fondo hay un legajo, lea V. los papeles que contiene, y despues, si es V. generoso y valiente, obre segun su conciencia. Guarde V. tambien la cartera que ha visto antes, y sea usted mi ejecutor testamentario.

—¿Qué deseas? le pregunté

—Deseo que sea V. el protector de Inés que se va á quedar sola en el mundo.

—Lo seré:

—¿Es V. rico?

—Si, muy rico.

—Pues bien, tanto mejor: el proteger á Inés, no será un sacrificio para V.: ahora, y contando ya con V., muero tranquilo. Tome V. los papeles que le he dicho; y despues que llamen al sacerdote.

Fuí al armario, abrí el cajon, busqué su doble fondo, le hallé, no sin gran trabajo, le abrí, y encontré un legajo de papeles atados con una cinta roja.

Guardé aquel legajo y la cartera, y salí.

Una hora despues un eclesiástico se encerraba con Pablo.

VIII.

Pasó aquella noche horrible.

Al amanecer, el mismo eclesiástico que habia auxiliado á Pablo acompañaba á la pobre Inés.

Su madre habia muerto.

Pablo habia muerto tambien.

Inés iba á la casa del eclesiástico á vivir en compañia de una hermana de aquel buen sacerdote y de dos sobrinas suyas, hijas de su hermana.

Yo habia propuesto esto al padre Morales, que asi se llamaba, y no habia tenido inconveniente.

Un convento nos habia parecido á entrambos demasiado.

Inés, resignada á la voluntad de Dios, pero despedazada por el dolor, habia dado su último beso á su madre muerta, y habia seguido al padre Morales.

Apenas habia desaparecido mi carretela, que los conducia, pararon á la puerta dos carros funebres.

Gabriela y Pablo fueron puestos en ellos.

Salcedo y yo los acompañamos al cercano cementerio de San Isidro, y nos salimos de él hasta que los ataudes estuvieron en los nichos.

Sobre una de las piedras negras del un nicho debia escribirse:

Gabriela

Sobre la del otro:

Pablo.

Salcedo y yo nos metimos en otro de mis carruajes, que yo habia mandado traer, y nos volvimos á Madrid envueltos en la densa niebla de una mañana de Enero.

Dejé á Salcedo en su casa, y mandé que me llevasen á la mia.

CAPITULO V.

Una historia extraordinaria.

I.

Cuando me encontré en mi gabinete, al lado de la chimenea, me pareció un sueño todo lo que me habia sucedido aquella noche, empezando por la misteriosa dama del Teatro Real, y concluyendo por el entierro de aquellos dos séres, de los cuales podia decir que apenas habia estado en contacto con ellos.

Pero hay contactos que como el de las ortigas punzan.

El contacto con aquellos dos serés muertos, me habia punzado el alma.

Mis muebles, mis libros, mis armas, mis cuadros, hasta el fuego de la chimenea, tenian para mí un color extraño.

Las colgaduras de damasco rojo de los balcones, trasparentando la débil luz de un dia triste y nublado, influian en mí de una manera penosa.

No habia dormido ni un solo momento aquella noche.

Yo necesito dormir diez horas, no sé por qué.

Cuando duermo menos, me duele la cabeza.

Y, sin embargo, no tenia sueño.

Ni la cabeza me dolia.

Porque lo que yo sentia en la cabeza no era dolor.

Era vaguedad.

Era como si hubiese tenido dentro de la cabeza humo acre y denso:

Aquella era una fiebre leve que me permitia estar fuera de la cama, pero que daba á todo lo que me rodeaba, al aire que respiraba, al cigarro que fumaba, un color indefinible, una temperatura ardiente, un sabor amargo.

Y en medio de esto sentia en el corazon.

Yo quisiera que un fisiólogo me dijese, por qué el corazon nos duele ó nos hace sentir una fruicion divina, cuando sufrimos ó gozamos con el recuerdo de una mujer.

Yo recordaba, á pesar de todo, á la Dama de noche.

Yo la veia á través del velo sangriento y lúgubre que habian extendido sobre mi alma los acontecimientos anteriores.

Y un pensamiento vago me decia, que entre aquellos acontecimientos y la Dama de noche, habia una relacion inmediata.

Era víctima de un fenómeno singular.

Sentia un vivo deseo de conocer el contenido de los papeles que componian el legajo que tenia junto á mí, al alcance de mi mano, sobre un velador, y aunque queria, no podia extender la mano para tomar aquel legajo.

Habia una resistencia misteriosa que se oponia á mi voluntad.

Se estableció una lucha entre mi voluntad y aquella resistencia incomprensible.

Al fin y despues de un violento y doloroso esfuerzo, así el legajo, y desaté con las manos crispadas su cinta roja.

Al desatarle, algunos papeles cayeron al suelo.

Al recogerlos encontré entre ellos una hoja de marfil, en que habia una admirable miniatura.

Un papel en el que, envuelto, habia un rizo de cabellos rubios.

II.

Al ver á la mujer á quien aquella miniatura representaba sentí un estremecimiento de frio.

Aquella mujer era la Dama de noche.

El retrato tenia un admirable parecido y estaba magníficamente ejecutado.

La misma edad vaga en aquel semblante, las magníficas trenzas rubias, los ojos azules y dulces, las mejillas pálidas.

Y el mismo traje con que yo la habia visto la noche anterior con la sola diferencia de que las rosas, las perlas y los encajes, en vez de ser negros eran blancos.

Aquel busto inmóvil parecia vivo.

Tal era mi fascinacion, ó tal la maestría con que estaba hecho el retrato.

¿Y cómo aquel retrato estaba ó habia estado en poder del negro difunto?

Los papeles que tenia delante de mí debian decírmelo, y yo recurrí con ansia á aquellos papeles.

Pero antes de leerlos y por uno de esos movimientos sin objeto del pensamiento, tomé un papel, puse sobre él el marfil, señalé con un lápiz sobre el papel la extension del marfil, y llamé á mi mayordomo cuidando antes de cubrir el retrato para que no le viese.

—Al momento, le dije, vete á casa de mi joyero, y que, cueste lo que cueste, tenga hecho para la noche un marco de oro y brillantes para un retrato del tamaño que va marcado en ese papel

Mi mayordomo salió, y yo me puse á ordenar los pliegos del legajo que estaban numerados.

III.

A la cabeza de la primera página se leia.

MIS RECUERDOS.

Luego, á manera de cita este lema piadoso:

Fiat voluntas Dei.

Despues en una letra muy igual, muy caracterizada y muy legible, aunque muy menuda, se leia en renglones muy próximos los unos á los otros lo siguiente:

10 *de Julio de* 18.

Hoy he empezado á vivir.

Hace mucho tiempo que mi vida era una especie de marasmo, bajo el cual se revolvia el remordimiento.

El cielo, la tierra, el mar, no eran para mis sentidos mas que el vasto espacio de mi tumba.

Nada me conmovia.

Vivia orgánicamente; porque era necesario vivir.

¿Quién habia sido yo? ¿quién era?

No me importaba.

Rey ó esclavo, caballero ó mendigo, todo era igual.

Siempre un hombre.

Menos que un hombre.

Un organismo con necesidades materiales.

¿Cuál era mi patria?

El mundo.

El lugar donde un hombre nace es su cuna, su patria no.

Yo era pues un sér que vivia, pero que ni sentia ni pensaba.

Porque no encontraba nada en que pensar sériamente.

Ni aun en los medios de satisfacer mis necesidades materiales, porque yo era rico, muy rico.

En otro tiempo, la vista de una montaña, la sombra de una selva de cedros, el relámpago de la tempestad, el mar bajo la luna, las lágrimas de un desdichado, la lucha del elefante con el tigre, la de un buque con las olas, me hacian cantar como un pájaro.

Recitaba versos de memoria ó los escribia.

Despues tenia la paciencia de volverlos á recitar ó de volverlos á leer.

Luego la vanidad de hacerlos escuchar.

Despues el mar, las nubes, el rayo, las fieras, se han revuelto á mis piés, han pasado sobre mi cabeza, han atronado mis oidos, han rugido á mi lado, sin conmoverse, sin que á su vista haya corrido mi pensamiento en busca de una frase poética, sin que mi corazon haya latido de entusiasmo ó de miedo.

Yo era un cadáver viviente.

Todo lo que me rodeaba me parecia una sucesion de sombras falsas.

Me habian reducido al aislamiento.

Mis criados me creian mudo.

Mi paseo era siempre á la orilla del mar, por la parte de la costa mas bravía y sólitaria, allí donde las olas rompian eternamente, produciendo un eterno lamento.

Hoy he recobrado la vida.

Hoy siento.

Hoy amo.

La mujer á quien amo no me engañará, no me causará celos, no me matará el alma.

Porque la mujer que yo amo es un recuerdo.

Una mujer muerta.

Una mujer que el mar ha arrojado á mis piés y que yo hé visto sepultar.

Sin embargo, al dejarla en su tumba me he estremecido.

Siento un no sé qué terrible en mi cabeza.

No puedo escribir mas.

Continuaré otro dia.

IV.

Al llegar á este punto de mi lectura me detuve, como el autor decia haberse detenido.

¿Serian aquellas Memorias las Memorias del negro muerto por una inconcebible fatalidad á mis manos?

Entre la fisonomía de un hombre y sus acciones, su actividad, su pensamiento, su alma, hay una relatividad perfecta.

Yo procuré recordar los rasgos fisonòmicos del africano, y me parecia ver bullir bajo ellos toda la melancolía, toda la desesperacion, toda la excentricidad que se revelaban en las lineas que acababa de leer.

Y habia ademas una extraña relacion entre el estado en que se habia encontrado el hombre que habia escrito aquellas Memorias, y el estado en que me encontraba yo antes de conocer á la Dama de noche.

Aquel hombre, amante de una muerta, se me habia hecho simpático.

Yo comprendia aquellos amores.

Yo me creia capaz de ellos.

Seguí pues leyendo con el mayor interés.

V.

La luna de los trópicos es muy brillante.

Me paseaba yo solo á lo largo de las rocas, inundado por aquella luz tranquila; oyendo el eterno y melancólico quejido del mar.

Mi alma reposaba en su tumba ambulante.

Ni gozaba ni sufria.

Estaba allí, en medio de la noche, vagando entre aquellas rocas, porque allí la soledad, ó lo que es lo mismo: la eternidad, me rodeaban por todas partes.

Mi vida física era allí mas fácil.

La brisa era fresca, impregnada de las sales marinas, y refrescaba mi frente, me hacia sufrir una indolencia deliciosa.

De improviso la brisa se convirtió en viento.

Algunos momentos despues el viento en huracan.

Me fué preciso abandonar las rocas de la playa y subir á otras mayores para que no me alcanzasen las olas.

Sucesivamente el Océano, irritado, hirviente, hinchándose mas y mas, me fué desalojando de mi posicion.

Al fin tomé asiento en la punta de una roca adonde el mar no podia llegar sino en un cataclismo.

Cuando la voluntad de Dios permita que el mar se trague á la tierra.

Una cerrazon densa, compacta, habia tornado oscura aquella noche tan clara poco antes.

La luna habia dejado de alumbrar al mar y á la

tierra, para extender su dudosa luz sobre la parte superior de aquel toldo de nubes negras.

Relámpagos deslumbrantes, como si el infierno se asomase de tiempo en tiempo con un fragor espantoso para contemplar al mar que rugia como pudieran rugir un millon de tigres hambrientos, venian á encontrarme en mi trono calcáreo, desde donde miraba yo impasible la tempestad.

El huracan pasaba silbando por los flancos de la roca, y me obligaba á asirme á sus picos para no ser arrebatado.

La lluvia caia á torrentes sobre mi cabeza.

Un rayo y otro herian y volvian á herir las puntas de las rocas circunvecinas.

Yo estaba en peligro.

En un gran peligro.

Una ráfaga del huracan, mas fuerte que las otras podia arrebatarme.

Un rayo podia reducirme á cenizas.

Y sin embargo estaba tranquilo.

Porque en mi indiferentismo absoluto, estaba comprendida la muerte.

¡Ah! ¡no! habia en mi corazon un sentimiento salvado de mi indiferencia á todo: este sentimiento era la caridad.

La caridad respecto á los sufrimientos de los otros hombres mis semejantes.

Un día me paseaba yo, indiferente, como siempre á lo largo de la playa.

Un negro jóven, antes de que yo pudiese avisarle, se había arrojado al agua:

Era aquel un lugar muy peligroso para bañarse.

Se podia tener por seguro ser devorado por los tiburones.

En otros paseos por aquel sitio habia yo admirado un magnífico tiburon, un viejo tigre del mar, señor de la caleta que el negro habia elegido por baño.

Yo habia visto al tiburon muchas veces revolverse en el fondo de aquel pequeño seno, como se ve á un pez revolverse en el fondo del vaso de cristal que le contiene.

Yo temblé por la vida del negro.

El tiburon no estaba en la cala, pero no debía tardar en aparecer.

Yo quise adelantarme al tiburon.

Arrojé mi sombrero y mis vestidos, conservé mi puñal y me arrojé al agua.

En aquel momento acudió el tiburon.

Fué una lucha magnífica.

El tiburon se revolvía con una agilidad maravillosa, pretendiendo cogerme por bajo para devorarme.

Pero yo estaba siempre bajo el tiburon.

Mi puñal le habia herido tres veces.

La sangre del tiburon habia subido á la superficie, negra y abundante.

A la cuarta vez, el tiburon dejó de nadar, subió y flotó.

El negro se habia salvado.

El tiburon había muerto.

El negro y yo nos apresuramos á salir.

Un segundo tiburon nos hubiera devorado á los

dos, porque yo habia agotado mis fuerzas en la lucha, y no hubiera podido sostener una segunda.

El negro salió por un lado y yo por otro.

Una roca nos había separado.

No le volví á ver más.

Me vestí de nuevo y me encontré sin sombrero.

El viento se lo habia llevado.

¡Oh! ¡si! el único sentimiento que ha quedado en mi es la caridad.

Pero para los demas.

Para mi mismo no la tenia: es verdad que no la necesitaba, porque yo dormia bajo mi marasmo: porque yo no sentia mas que de tiempo en tiempo el aguijon del remordimiento.

VI

La tempestad arreciaba.

No era ya huracan el viento.

Era la fuerza de Dios desencadenada.

El mar rugia como si el dolor del combate con aquella fuerza irresistible le hubiera arrancado sus rugidos.

De las nubes caia sobre el Océano, sobre las rocas, sobre mi, otro mar.

Un trueno tremendo, terrible, seco como el estampido de un cañon monstruoso, sucedia inmediatamente á otro trueno.

Y las rocas temblaban y parecian próximas á ser arrancadas de su eterno asiento.

Y en medio de este fragor indescribible, de este

atronador conjunto del mar que rugia, del trueno que estallaba, del huracan que bramaba, creí escuchar otro ruido mas debil, que se repetia por intérvalos.

Aquel ruido era el disparo de un cañon, lejano, perdido por el estruendo de la tempestad.

Se necesitaba un hombre que tuviese el oido tan sensible como el mio para percibir aquellos cañonazos entre el retumbar, el retronar continuo de los elementos en lucha.

Un cañonazo en tales circunstancias es siempre un alarido de muerte.

Es la voz de ¡socorro! de los que á bordo de un buque ven al buque irse á pique.

Es la expresion del terror humano, que se pierde en las soledades del mar, entre los bramidos de la tormenta.

Es ese grito de agonía que si se oye desde la tierra, hiela la sangre y amarga el corazon, porque es imposible socorrer al que pide socorro.

Sin embargo, yo me aligeré de ropa, até mi puñal á la punta de mi corbata, para si en el caso extremo de arrojarme al mar, me sobrevenia el calambre y esperé.

Y no oré, porque entonces no creia en Dios.

Algunas horas despues creí y desde entonces oro y lloro.

VII.

Los cañonazos, cada vez mas frecuentes, se iban acercando.

Pero cuando ya se percibia distintamente su estruendo, cuando el buque debia estar próximo á embestir en las rocas, y en la direccion del lugar en que yo me encontraba, los cañonazos cesaron de repente.

Habia llegado el momento supremo.

Yo me puse de pié.

La punta de la roca en que me encontraba se inclinaba sobre el mar.

Una vez de pié y dispuesto á salvar uno al menos de los náufragos, fijé mi vista en el mar.

De improviso sobre una ola gigantesca apareció una fragata de gran porte.

Venia á palo seco y largada el ancla; lo que se conocia en el continuo cabeceo del buque.

Necesariamente al romperse la ola debia estrellarse contra las primeras rocas.

Y asi sucedió.

La fragata embistió y se detuvo.

Poco despues el mar la habia hecho pedazos.

Ni una sola persona ví.

Ni oí un solo grito.

La tripulacion y los pasajeros debian haber recorrido á los botes.

Tal creí por el momento.

Pero inmediatamente el mar me envió una prueba de que me habia engañado, de que alguien habia en la fragata al hacerse pedazos contra las rocas.

A la luz de un brillante relámpago ví pasar por bajo de mi: por el flanco izquierdo de la roca en que me encontraba, un objeto blanco é hinchado.

Aquel objeto era una mujer.

El viento habia inflado sus ropas y la mantenia á flote.

Yo alenté una esperanza de salvarla, y me arrojé desde lo alto de la roca al mar.

Y me dejé llevar de aquella misma ola, y llegué á las rocas á espaldas de aquella donde yo habia estado:

Ví á la mujer flotando aún y sacudida por el mar y nadé hacia ella.

Algunos minutos despues, ella y yo estabamos sobre la playa.

Yo ensangrentado y aturdido.

Ella inmóvil.

VIII.

Con suma frecuencia las tempestades en los trópicos son de corta duracion.

El huracan cayó de repente, cesó la lluvia, y las nubes empezaron á abrirse.

La luna iluminaba de nuevo la tierra.

Yo arrojé una mirada ansiosa á la mujer que tenia entre mis brazos aún.

Estaba muerta.

Por cima de sus cabellos se veia la sangre coagulada de una ancha herida que tenia en la cabeza.

Herida recibida acaso al hacerse pedazos el buque.

Acaso al ser arrojada ella misma por el mar contra las rocas.

Tenia los ojos abiertos aún.

Unos hermosísimos ojos azules que todavia no habia empeñado la muerte.

Que parecian mirarme de una manera inmóvil.

Yo creí encontrar todavia algo del alma de aquel cadáver en el fondo de sus ojos.

Yo sentí en mi corazon como el choque ardiente de una chispa de fuego que habia salido para mi del fondo de los ojos inmóviles de aquel cadáver ya frio.

—El destino ó la casualidad, ó el infierno me la arrojan muerta, exclamé; yo la habia esperado viva la esperaba aún.

Si, yo habia esperado á aquella mujer.

O á una mujer que se la pareciese.

Porque aquella mujer muerta se parecia á mi deseo.

. . . .

IX.

Yo contemplaba intensamente aquel cadáver tan hermoso. Le contemplaba con no sé qué placer incomprensible.

Muchas mujeres á quienes habia encontrado vivas me habian inflamado con el fuego de su alma.

Fuego brillante, inmenso, pero pasajero como el del relámpago.

Muchas mujeres, durante un espacio mas ó menos largo de tiempo, me habian amado, me habian hecho comprender cuanto vale una mujer que ama.

Pero la costumbre es un enemigo del amor,

No os hagais para la mujer un ser conocido, sumiso, feliz.

La mujer va siempre tras lo desconocido, tras lo difícil, tras lo imposible, tras las lágrimas.

Por eso hay tan pocas mujeres dichosas.

La mujer vive de la lucha.

Cuando no tiene con quien luchar, sigue adelante en busca de nuevos combates.

¡Oh, la actividad funesta del alma de la mujer!

. . . .

X.

Las mujeres vivas habian llegado á ser impotentes para mi.

Llegué á verlas con una absoluta indiferencia.

Como se ve cualquier objeto vulgar.

Si eran muy hermosas, las admiraba, pero no me conmovian.

Consideraba en ellas á la naturaleza bella, como artista, y nada mas.

Pasaba y olvidaba.

Como se pasa y se olvida, despues de haberse detenido un momento para contemplarla artísticamente una hermosa estátua.

Y sin embargo, yo que hacia mucho tiempo que apenas consagraba algunos momentos de atencion á la mas hermosa de las mujeres, no sabia, no podia apartar mis ojos de aquella beldad muerta.

Mi corazon que hacia mucho tiempo no se habia

estremecido, delante de aquella mujer latia, ardia, vivia, se inflamaba á la vista de aquel cadáver.

¡Era tan hermosa aquella mujer!

¡Habia tal vida, y una vida tan vigorosa, tan embriagadora en las purísimas formas de aquel sér muerto!

¡Y hablaban de tal modo á mi alma ese lenguaje anhelado, nunca escuchado, presentido como se presiente la felicidad, la expresion de aquel semblante, la armonía de aquellas dulces líneas, la tersura de aquella frente, que parecia una de las mas hermosas páginas del poema de la pureza, del amor inmaterial, de la inmensidad del espíritu...!

Yo amaba al fin.

Yo tenia entre mis brazos á la mujer de mi amor.

Pero muerto.

Por eso la amaba.

Viva, su mirada, su frente, todo su sér, la vida emanada de ella, me hubieran dicho que no habia amado.

Que tenia el cuerpo y el alma vírgenes.

Me lo decia su cadáver.

Yo lo adivinaba: estaba seguro de ello.

Si aquella mujer hubiera estado viva, yo no hubiera tenido celos por su pasado, pero los hubiera tenido por su porvenir.

La hubiera visto con inquietud, con dolor, con rabia, objeto de las miradas impuras y codiciosas de un hombre y de otro hombre.

La hubiera visto arrastrada por su vanidad de mujer llevar su hermosura á todas partes, inclinar su

oido á todas las lisonjas, contestar á todas las miradas, ya con desdén, ya con amor.

Me hubiera visto obligado á partirla con el mundo.

¡Oh! ¡no! yo no podia amar á una mujer viva.

Su amor hubiera sido para mí humillante.

Yo necesitaba una mujer, el alma toda de una mujer, para mí solo, sin que un sólo hálito de su esencia se perdiese en el espacio y fuese á halagar los sentidos de otro hombre.

Yo necesitaba una mujer imposible.

Una mujer toda espíritu, y toda espíritu para mí.

XI.

Yo no pude entonces comprender la causa, no he podido comprenderla aún, pero yo amé desde el punto en que la ví, á aquella mujer muerta que me habia arrojado el mar.

Dentro de poco, seria un recuerdo lo que yo amase.

Un recuerdo fantástico, el recuerdo de un sér cuyo nombre ignoraba, cuyo acento no habia oido, pero cuya alma habia comprendido, porque se trasparentaba aún en su semblante muerto.

Estaba solo con ella.

El mar gemia aún de fatiga.

La luna brillaba por entre las nubes rotas.

Todo lo demas era sileneio y soledad.

Yo la amaba.

Sin embargo, mi boca no tocó su boca helada.

Mis ojos no dejaron salir una sola lágrima.

¿Y por qué?

El sufrimiento, el terror, la agonía habian ya pasado.

De un sér que habia existido no quedaba ya mas que la forma.

Y el reflejo del alma.

Como ese último reflejo que queda en el horizonte, despues de haberle traspuesto el sol.

XII.

Pasé toda la noche, es decir, lo que quedaba de noche á su lado, y sin cerrarla los ojos.

¡Y cosa extraña!

Aquellos ojos no se descomponian, no tomaban ese color vidrioso ese aspecto empañado, oscuro que toman los ojos de los cadáveres.

Yo miraba aquellos ojos, y parecia que aquellos ojos me miraban á mi.

Parecia que de ellos salia un fluido poderoso.

Y aquel fluido embriagaba á cada momento mas mis sentidos.

Y sin embargo aquellos ojos estaban inmóviles.

Hubo un momento en que temí que no estuviese muerta.

Pero consulté su pulso.

No se movia.

Consulté su corazon.

Bajo aquel seno de forma encantadora y purísima, el corazon estaba inmóvil.

La puncé una vena con la punta de mi puñal, y no salió una sola gota de sangre.

Indudablemente estaba muerta.

XIII.

Su traje era sencillísimo.

Una bata de Nipis, ancha vaporosa, elegante, ceñida en la cintura por una cinta de seda azul.

En el cuello una cruz de brillantes pendiente de una sutil cadena de oro.

En las orejas, pendientes de brillantes.

En la mano izquierda, en la misma que yo habia punzado para probar si su sangre circulaba, una sortija con un diamante negro.

Yo no la tomé ninguna de estas alhajas

Pero no pude menos de tomar una cajita de lata que estaba sujeta á su ceñidor.

Aquella cajita estaba completamente cerrada.

Defendida con una capa de brea de la accion del agua.

Me fué necesario valerme de mi puñal para abrirla.

Amanecia entonces.

XIV.

Dentro de la caja, y envuelto en un pequeño pañuelo de batista que conservaba aún su perfume, habia un medallon de oro.

Un papel envolviendo un objeto pesado.

Un papel plegado en cuatro dobleces.

Abrí el medallon.

Era su retrato.

El retrato de la muerta.

Pero lleno de vida engalanado, con rosas en la cabeza, perlas en el cuello, alhajas, encajes sedas.

Un retrato admirablemente parecido y admirablemente ejecutado en marfil.

Yo quité la hoja de marfil del medallon, la envolví en el papel que contenia el objeto pesado, que era una hermosa trenza de cabellos rubios, y guardé el papel en el pecho.

Cuando yo muera, ese retrato y esos cabellos se encontrarán entre estas páginas.

Luego desdoblé el otro papel, y encontré escritas en él, estas palabras con lápiz:

«Margarita: nació el 12 de Mayo de 18... murió el 10 de Julio de 18...

«Dios al matarla tuvo compasion de ella. Rogad por su alma.»

Segun aquellas dos fechas, Margarita tenia cuando murió diez y seis años.

Yo guardé el marfil en que estaba pintado el retrato y aquel hermoso y rico rizo de cabellos rubios pálidos.

La caja, el pañuelo y el medallon los arroje al mar.

XV.

Permanecí algun tiempo aún contemplando á Margarita á la dulce luz de la mañana.

Sus ojos conservaban todavía su pura trasparencia.

Pero era necesario separarse de ella.

Era necesario enterrarla.

No léjos de allí, al pié de una inmensa roca, habia una pequeña poblacion de pescadores.

Me encaminé á ella, dejando por un momento á Margarita sola y tendida junto al mar.

Poco despues, en hombros de cuatro pescadores, en una camilla compuesta de remos y redes, fué Margarita trasladada á la pequeña capilla que servia de iglesia parroquial á la aldea.

Todas las pescadoras, seguian silenciosas el cadáver.

La marchita hermosura de la jóven, muerta en su primavera, las habia causado una compasion profunda.

Un anciano sacerdote que vivia entre los pescadores y mantenia en ellos la fé religiosa, por el ejemplo y por la palabra, seguia rezando, conmovido, el cadáver de Margarita.

El mar quedaba á nuestras espaldas tranquilo y azul reflejando el cielo despejado, y sólo allá entre las rocas mas avanzadas quedaban, como vestigios de la tempestad de la noche anterior, algunos restos del buque náufrago.

Acá y allá, sobre la playa, entre las rocas, se veian cajones, tablas, jarcias.

Pero ni un solo cadáver.

XVI.

Margarita fué llevada á la capilla y colocada, sobre los remos, sobre las redes, delante de un altar de la Virgen de los Dolores.

Empezó el funeral mas sencillo y mas sublime que puede darse.

Todo era allí pobre, pero todo grande.

El anciano sacerdote con sus cabellos blancos; el jóven monaguillo con sus cabellos rubios; la voz trémula del primero que rezaba el oficio de difuntos, y á la que contestaba la voz fresca, juvenil y argentina del segundo; aquellas dos velas que ardian en el altar arrojando un débil reflejo sobre el pálido y lloroso semblante de la Vírgen de los Dolores; á alguna distancia del altar, tendida, inmóvil, elegante aún y poderosamente bella, Margarita; todos los habitantes de la aldea, arrodillados en el fondo de la capilla y rezando; y el sol naciente entrando por una claraboya desguarnecida de cristales, inundando con una luz dorada el techo, semejante al puente de un buque mirado por debajo; todo aquello me conmovia, me arrancaba lágrimas, á mi que no habia llorado nunca.

Todo aquello causaba una revolucion en mi alma.

Yo habia negado á Dios.

Le habia negado á impulsos del sufrimiento.

Entonces me volví á Dios y le sentí.

Entonces mis rodillas flaquearon y las doblé ante el altar.

Desde entonces soy cristiano.

XVII.

Mientras se celebraban aquellos sencillos oficios, algunos pescadores, constructores al par, por la necesidad de componer sus barcas, hacian un ataud de cedro que yo les habia suplicado hiciesen.

Cuando el oficio hubo concluido, aún no estaba terminado el ataud.

Algunas jóvenes pescadoras se quedaron de rodillas al lado de Margarita.

Yo me acerqué al anciano eclesiástico y le rogué que me oyese.

El eclesiástico se dirigió al confesonario, se sentó y yo me arrodillé delante de él.

Entre el confesonario, delante del cual yo me habia arrodillado, y el altar de la Vírgen, estaba el cadáver de Margarita.

XVIII.

Al medio dia estuvo terminado el ataud.

Margarita fué puesta en él y el ataud clavado á mi presencia.

Cuando la tapa del ataud la robó á mi vista, sentí una amargura infinita, como si mi corazon hubiese sido encerrado en aquel ataud.

Yo no me conocia.

Yo habia variado completamente.

Yo que habia creido amar, amaba por la primera vez de mi vida y amaba á un cadáver: menos que á un cadáver, á una sombra á un reflejo de vida, á un recuerdo, á un nombre, á un retrato.

¡Oh! he sufrido mucho, mucho.

Mi amor me ha hecho sufrir mas que mi indiferencia.

Yo he nacido maldito y mi vida es un martirio.

Tal vez una expiacion.

. . . .

XIX.

Los buenos pescadores, tambien por ruegos mios habian cavado una hoya sobre la ancha plataforma de la roca desde cuyo borde habia yo contemplado impasible la bravía tempestad que habia matado á Margarita.

Desde aquella cumbre se veia en toda su extension el Océano.

Margarita no debia dormir alli sola.

Las águilas que anidaban en las grietas de la roca debian acompañarla.

Debian romper el silencio que rodearia su eterno lecho de muerte, con sus ásperos y estridentes graznidos.

El gemir constante del mar debia arrullar su sueño.

Algunas temporadas iria yo á vivir junto á ella.

A orar durante el silencio de la noche sobre su tumba.

. . . .

Margarita fué trasladada allí.

El sacerdote bendijo la hoya, rezó las últimas preces, y poco despues un monton de tierra, coronado por una cruz de madera, cubria lo que habia quedado de Margarita.

XX.

Todos bajaron.

Necesitaban consagrarse á sus tareas interrumpidas por aquel piadoso y caritativo deber.

Caritativo, sí, porque se negaron á tomar de mí ni el más pequeño precio de todo lo que habian hecho por Margarita.

Buenas gentes que viven, confiadas en la providencia de Dios, de lo que sus redes arrancan al mar.

Yo me quedé junto á la tumba de Margarita hasta la puesta del sol.

Estaba calenturiento, me puse malo, y necesité volverme á la ciudad.

Me arrodillé de nuevo, oré por la centésima vez por el alma de Margarita, volví la vista á la capilla de los pescadores, que se veia desde la cumbre de la roca, y ofrecí á la Virgen de los Dolores un caliz de oro, porque rogase á Dios por la eterna felicidad de aquella criatura que tan desgraciada habia sido en la tierra.

Luego bajé de la roca, triste, meditabundo, lloroso, enfermo.

. . . .

XXI.

Ha pasado un año desde que perdí á Margarita.

Hoy es el 10 de Julio.

El triste recuerdo unido á esta fecha, no me deja escribir.

Tengo la cabeza pesada, ardiente, seca.

¡Y hace un calor!

Continuaré otro dia.

Hoy todo lo que escribiera seria ilógico, absurdo: la fiebre de mi cabeza apareceria en mis pensamientos escritos.

Es necesario ceder á la fatalidad que determina la laxitud, el estado pasivo de nuestra masa cerebral, cuando hace mucho calor.

Cuando el calor sofocante que enrarece la atmósfera: se une al calor de la pasion, de los recuerdos de la agonia que enerva al alma, la envuelven en uu sueño pesado, en una modorra insoportable que la aniquilan casi, que la privan de la voluntad y de la razon.

Misteriosa influencia del espíritu sobre la materia, de la materia sobre el espíritu.

En estos momentos, toda accion es imposible, ó por lo menos débil.

Lo que mejor puede hacerse en estos momentos es dormir.

XXII.

11 de Julio á las dos de la madrugada.

¡Ah! ¡esto es distinto!

El espíritu ha dominado su letargo, y la brisa que entra por las ventanas abiertas de mi gabinete, las frescas brisas del mar, neutralizan la fiebre que arde en mi cabeza.

¿Que es la felicidad? la armonía de los sucesos que nos afectan directamente, con nuestros deseos, con nuestras aspiraciones.

Y como el hombre no ha logrado aún poner en armonia sus deseos y sus necesidades con la inmutable y ciega lógica de los sucesos, de aquí que todos busquen la felicidad sin encontrarla.

De aqui que la felicidad esté reducida á ser una idea abstracta:

. . . .

Desde la mesa sobre que escribo con solo volver la cabeza veo el mar.

Ese *titan fundido* que ciñe á la tierra con sus desiertos de agua.

Parece el traidor un estanque sin límites.

Un espejo abrillantado en que se baña con molicie la luz de la luna.

Quien le viera en este momento por primera vez, se enamoraria de él; ansiaria sentirse mecido por sus blandas, perezosas y deprimidas olas, arrullado por su gemido lánguido, que no es sin duda otra cosa que el canto engañador de las sirenas de la Mithología.

¡Yo te aborrezco, oh mar!

Yo te secaria si mi voluntad tuviese poder bastante para dar á mis ojos un fuego un millon de veces mas ardiente que el sol, un fuego que te levantase en vapores y á mi aliento la fuerza de un huracan monstruoso, para dispersar tus vapores en el infinito.

El mar no ha dejado á la tierra mas que pequeños espacios, para que la tierra vea al sol, á la luna, á las estrellas, al firmamento.

Lo demas lo ha inundado, lo ha dominado, lo ha cubierto de algas y de cieno.

La tierra sufre la tiranía del mar.

Y no satisfecho aún el Océano, devora al hombre que se traslada sobre sus hondas de una á otra de esas partes secas.

Yo me estremezco al contemplarte ¡oh mar!

Para mi nunca eres un espejo infinito que retrata al cielo.

Siempre eres el Océano gris, hirviente, atronador.

Siempre veo sobre tus olas gigantescas y bravas una fragata que corre de ola en ola, sin timon, sin rumbo, que avanza sobre las rocas, bajo el fuego del rayo, delante del huracan.

Antes de haber visto á Margarita inmóvil, yerta, pálida, sobre la arena de tu playa, yo te amaba, Océano.

Tú eras mi inmenso imperio.

Tu me abrias camino para llegar á las costas de mi patria, arrebatar de ellas á mis hermanos, é ir á venderlos como cosas viles al codicioso europeo.

Cuando, tu mar, te levantabas soberbio amenazando al cielo, pretendiendo apagar las estrellas, me veias contemplándote tranquilo sobre mi valiente corbeta.

El huracan que pasaba en torno mio retorciéndose y como saludándote; las olas que me enviaban su espuma salada como acariciándome, el relámpago que alumbraba tu bravía majestad, todo era para mi bello, hermoso, sublime.

Yo amaba la lucha, y tú brindabas una lucha de gigante.

Yo estaba irritado, ansioso de venganza, y tu, poniéndome en lucha contigo calmabas mi irritacion, me distraias de mi ansiosa sed de sangre, por todo el tiempo que duraba tu cólera, y te arrojaba á la faz una carcajada de desprecio, cuando despues de muchas horas de la lucha, te deslizabas jadeante y manso bajo la quilla de mi corbeta.

Yo te amaba, Océano, como un hombre que ama la lucha, ama á un enemigo digno de entrar en lucha con él.

Pero desde que mataste á Margarita, te odio porque me has vencido hiriéndome el corazon por la espalda.

¡Oh! si yo hubiera ido al lado de Margarita!

Mi fortuna la hubiera salvado.

Porque tú no querias matarme, no: tú sabias que cuando me deslizaba sobre tu espalda, era un tigre que iba en busca de sangre humana.

Tu sabias que mis víctimas eran mas desgraciadas que tus víctimas.

Yo mataba á mis victimas el alma: tú matas á las tuyas el cuerpo.

Tus víctimas sufren un momento.

Las mias viven muriendo.

Las mias recuerdan su patria, su amor, su choza, su montaña, su valle, su rio, su fusil, su libertad, la vida entera de su alma, agobiadas por un trabajo continuo, bajo los rayos de un sol extranjero, azotadas por el látigo del blanco.

¡Ah! lo que yo sufro es una triste y horrible expiacion.

Me habian robado mi primer amor, mi esposa, mi reina; no habia podido encontrar á los raptores, y me vengaba en mis hermanos que no habian sido bastante valientes, para ayudarme á defender á Itumela.

Hubo un tiempo en que la venganza habló en mi alma mas alto que la caridad.

Un momento en que de hombre me convertí en fiera.

Un momento en que hice pagar á toda una raza la culpa de un hombre solo.

Y era aquella raza mi raza.

Aquellos hombres arrebatados á sus hogares, trasladados á suelo extranjero, vendidos por mi como bestias, eran mis hermanos.

Pero pasó el vértigo.

Mi conciencia se rehizo.

Mi caridad mató mi venganza, pero tarde, muy tarde.

Mi oro estaba teñido de sangre.

Era sangre metalizada.

De mi caja salian gemidos de desesperacion, maldiciones, rugidos, lamentos de agonia, olor de muerte, hálito de sangre.

Yo sufria una horrible expiacion.

Al encontrar á Margarita muerta, recibí mi último castigo.

Todas mis victimas estaban vengadas.

¡Yo estaba loco!

XXIII.

Despues de haber orado sobre la tumba de Margarita, como ya he dicho, enfermo del cuerpo y del espíritu, me encaminé al pueblecillo de pescadores, y pedí hospitalidad al cura.

El buen eclesiástico me abrió las puertas de la blanca casilla apoyada en el muro de la capilla de la Virgen, donde vivia, y durante un mes yo no supe lo que fué de mi.

Habia perdido la conciencia de mi individualidad.

Habia sido aquello una perturbacion profunda de mis sentidos, de mi razon, de mis recuerdos, que no me dejó memoria alguna de si misma.

Despues me dijeron que habia delirado, que habia tenido una fiebre contínua, que se habia temido por mi vida.

Yo me encontraba muy débil.

Volví á recordarlo todo, á verlo todo.

Pero al otro lado de un abismo oscuro; á una distancia inmensa.

Parecia que entre aquellos sucesos y el dia que habia vuelto á tener la conciencia de mi mismo, estaba la eternidad.

Mis recuerdos, pues, tomaron para mi un color fantástico.

Toda mi vida pasada me parecia un sueño.

Margarita un sér ideal que habia visto un momento al través de un pálido rayo de la luna.

XXIV.

Dudaba de todo.

Habia una niebla de incertidumbre entre mi pasado y mi presente.

Pero la duda me aniquilaba.

Yo necesitaba creer, aunque la realidad hubiese de ser para mi mas terrible, mas dolorosa que la duda.

XXV.

Despues de los grandes cataclismos morales, los recuerdos secundarios permanecen perdidos por algun tiempo.

Pero al fin, de recuerdo en recuerdo, y por esa progresion invariable de las operaciones, del pensamiento, se llega hasta los últimos detalles.

Algunos dias despues de haber salido de aquel estado de *no sèr* en que habia pasado un mes, y antes de que hubiese podido ir por la postracion de mis fuerzas á visitar la tumba de Margarita, llamé al pá-

rroco, y le pedí me diese los objetos que yo llevaba conmigo cuando entré enfermo en su casa.

El cura me abrió un armario, y me entregó mi bolsa llena de oro, mi puñal, mi reloj y un objeto envuelto en un papel.

Despues me dejó solo.

XXVI.

Era de noche.

Me levanté y me acerqué á una mesa, sobre la que ardia una lamparilla.

Sobre la mesa habia un crucifijo negro, y á los piés del crucifijo una calavera.

Habia ademas algunas vasijas con medicamentos.

Un médico habia sido llamado de la ciudad para curarme, y se habia creido imposible mi curacion.

Sin embargo, la naturaleza habia devuelto su sa lud, su vigor á mi cuerpo.

La salud del alma, sólo podia devolvérmela Dios.

XXVII.

Hacia un calor sofocante, y abrí las ventanas.

Al abrirlas retrocedí.

Se habia presentado de repente á mi vista el Océano argentado por la luna.

Allá, á lo lejos, se veia la punta de la roca en que estaba la tumba de Margarita.

Contemplé por algun tiempo aquella roca.

Despues me acerqué á la mesa, me senté delante

de ella, y desenvolví el objeto que me habia dado con mi puñal, mi reloj y mi bolsa el eclesiástico.

El papel envolvia el retrato y el rizo, el hermoso rizo rubio pálido de Margarita.

. . . .

Las líneas que voy á escribir son para aquellos que hayan contemplado el retrato de una mujer amada y perdida.

De una mujer muerta.

De una mujer, comparada con la cual vuestro corazon no encuentra ninguna semejanza sobre la tierra.

¡Y cuando ese retrato es maravillosamente parecido, y maravillosamente hermoso!...

¡Cuando rebosa de él una juventud poderosa, una vida exuberante!...

Cuando quereis, cuando deseais con una desesperacion comparable sólo á vuestra impotencia, que aquellos ojos se animen, os hablen, os acaricien: que aquella boca os deje escuchar el acento opaco y ardiente de sus palabras de amor; que aquellas mejillas empalidezcan de emocion; y que aquel pecho se agite enamorado al escuchar vuestra palabra, al sentir vuestra pasion...

Cuando, por resultado de la lucha de vuestra voluntad con el imposible, vuestros sentidos perturbados, magnetizados por vuestro deseo, dan á aquel sér pintado una vida fantástica y creeis ver la llama del amor en sus ojos, la palidez del amor en sus mejillas, el estremecimiento de su pasion en su pecho que la boca exala en un suspiro de amor...

Cuando delirais todo esto por un momento, y

luego vuestros sentidos cansados por aquella elaboracion fantástica, vuelven á presentaros la imágen muda, inmóvil, de un sér adorado.

¡Oh! no mireis nunca el retrato de una mujer amada y perdida.

No pretendais que el retrato os mire, os sonria, os hable.

Porque habrá un momento en que una fascinacion extraña os hara creer que aquello sucede.

Pero habrá sido un momento de dolorosa locura.

No procureis que estos peligros y terribles momentos se repitan, porque podreis enloquecer definitivamente, y la locura es la muerte del alma; la mas horrible de las muertes...

XXVIII.

Dos dias despues pude al fin salir y llegar, apoyado en el brazo de un pescador, hasta el pié de la roca donde estaba sepultada Margarita.

Quise trepar pero me fué imposible.

Estaba muy débil.

Me habian tenido á dieta un mes, y me habian sacado no sé cuánta sangre.

Todo para evitar, segun habia dicho el médico una congestion cerebral.

Al tercer dia pude al fin subir á la cumbre.

El musgo marino empezaba á teñir de verde el pardo monton de tierra que cubria á Margarita: la cruz de madera tenia señales inequívocas de haberse posado en ella las águilas,

El viento, llevando las semillas del musgo hasta la tumba de Margarita, parecia haber cuidado de cubrirla con un manto del color simbólico de la esperanza.

Las águilas, comprendiendo su soledad, acaso, la habian dado compañía.

Yo me arrodillé y levanté mi espíritu á Dios.

Así permanecí siempre de rodillas, hasta la salida de la luna en que me así al brazo de mi acompañante y bajé á la aldea.

XXIX.

Poco tiempo despues tuve una absoluta necesidad de vivir al lado de Margarita.

Hice pues construir una barraca de madera que cubriese la tumba, y en el fondo de ella un aposento para mí.

Cuando esto estuvo hecho, me instalé, en mi nueva habitacion resuelto á no volver á salir de ella.

Aquel debia ser mi lugar de expiacion.

Allí, cuando yo muriese, debia ser sepultado al lado de ella.

El musgó tupido y fuerte acabaria por cubrirnos con un eterno sudario verdinegro, y el extendido firmamento seria nuestro manto de gloria.

XXX.

Gocé allí momentos de paz.

Fruiciones misteriosas de un amor desconocido.

Habia concentrado toda mi actividad, todo mi pensamiento, toda mi existencia en aquella tumba.

Mas allá de los treinta piés cuadrados de extension que cubria la barraca, nada existia para mí.

XXXI.

Llegó un dia en que encontré aquello demasiado pobre, demasiado feo.

Demasiado sencilla la tumba de Margarita.

Llegó un dia en que sentí la necesidad de engalanar á mi amante muerta, como todo el que ama de veras tiene la necesidad de engalanar á su amante viva.

Yo era extraordinariamente rico.

Una larga sucesion de expediciones con negros á las Antillas españolas y los tesoros que yo habia llevado conmigo al huir de Africa, me ponian en posicion de engalanar magníficamente á Margarita.

Un suceso que yo debia haber previsto, vino á decidirme.

Una noche en que yo dormia soñando con Margarita, en que me parecia verla á mi lado, asida de mi brazo, vagando á la orilla del mar, me despertó de repente un ruido extraordinario.

Era el estruendo de los mil bramidos, de las mil explosiones de una tempestad horrorosa.

La barraca temblaba sacudida como una jaula de mimbres.

Me ví obligado á salir de ella para no perecer si caia aobre mí el techo de la barraca, y á tenderme

contra la tierra para que el huracan no me arrebatase.

Poco despues la barraca voló arrancada por el viento, dejando por únicas señales la tierra removida de donde habia sido arrancada.

Sobre la tumba de Margarita habia quedado inmóvil la cruz.

Pasó la tempestad y yo me decidí á construir un edificio mas sólido y mas bello.

Primero concebí un proyecto sencillísimo.

Una especie de templete greco-romano, con un sarcófago del renacimiento y un altar, con una buena copia de la Vírgen de los Dolores que se veneraba en la pequeña iglesia de la aldea.

Pero...

¿No habeis soñado alguna vez en construir una casa para evitaros las molestias del arrendamiento y las miserias y las exigencias de un propietario?

Habreis empezado por una cosa muy sencilla.

Pero lentamente vuestra imaginacion habrá ido hinchando el proyecto, que habrá acabado, por fin, en ser el de un palacio imposible de realizar.

Lo mismo me sucedió á mí.

Mi templete se convirtió en templo.

El género pasó del greco-romano al gótico.

Al pensar en el sarcófago recordé todos lo sepulcros famosos, y me propuse que el de Margarita sobrepujase en valor artístico á todos.

Yo creia encontrar artistas capaces de ejecutar hoy una de esas joyas cincelada en mármol que nos ha legado la edad media.

Pero para encontrar aquellos artistas es necesario ir á Europa.

En Asia y en Africa, en América encontrais á cada paso un comerciante.

Cuando necesitais del arte y de la industria, teneis que ir á buscarlos á la parte del mundo que tiene su monopolio: á Europa.

Necesitaba ademas cumplir mi ofrenda de un cáliz de oro á la Vírgen de los Dolores.

Yo queria que el cáliz fuese una joya completamente artística.

Así, pues, pasados pocos dias me embarqué para Europa.

XXXII.

Cuatro meses despues estaba en Alemania, la cuna del arte gótico.

Visité á todos los arquitectos alemanes.

Expliqué á cada uno de ellos mi pensamiento.

Cada uno de aquellos señores delineó para mí un proyecto de panteon.

Pero ninguno me satisfizo.

Al fin tomando de este proyecto una parte, de esotro otra, de aquel las estátuas, de esotro los adornos vino á quedar algo que era aceptable.

Pero nunca lo que yo veia en mi imaginacion.

Era necesario que yo hubiera sido arquitecto para materializar la idea artística que yo veia clara y distinta, detalle por detalle, con todo su efecto, con toda su poesia, en mi imaginacion.

Lo que voy á referir parecerá tal vez inverosimil,

Y, sin embargo, nada hay, por inverosimil que parezca, que un loco no ponga en práctica, si tiene medios para ello.

Yo estaba loco.

Haber encontrado á Margarita: haber adivinado en ella un ser en el cual habia yo resumido toda mi ambicion, todos mis deseos, todos los sueños de mi alma, y haberla encontrado muerta, me desesperaba me mantenia en una exaltacion poderosa que determinaba mi modo de ser, de sentir y de pensar.

Para mí, Margarita vivia.

Era una idea, un recuerdo al que me habia consagrado.

Una idea fiija.

Un recuerdo cada vez mas candente.

Su retrato, su admirable retrato, contribuia á mantener en mi aquella fascinacion.

Indudablemente yo estaba loco.

Era el amante de una mujer muerta.

Por consecuencia un amante desesperado.

Es cierto que no podia tener celos: ella no podia amar á nadie.

Pero en cambio tampoco podia dar expansion á mi amor.

Por eso, por un recurso, buscando un vado á mi tristeza, ardiendo siempre en su amor, concebí el proyecto de consagrarla un momento, de encerrarme en él con ella, de morir cuando llegase mi hora sobre su tumba y ser sepultado á su lado.

Al ir á realizar mi proyecto comprendí que á penas bastarian mis riquezas para llevarle á cabo.

Sin embargo, no vacilé, ni me arrepentí de haberlo concebido.

XXXIII.

Y era necesario llevarlo todo al lugar donde estaba sepultada Margarita.

Desde el arquitecto que debia dirigir las obras hasta el último obrero.

No habia en aquellos lugares piedra bastante blanda, bastante dulce, y los adornistas, los escultores, no respondian de la perfeccion de la obra si no se empleaba piedra de tal y tal calidad, que solo se encontraba en las canteras alemanas.

Yo no retrocedí.

Fueron pedidos á las canteras no sé cuantos piés cúbicos de mármol.

El sarcófago, las estátuas yacentes en mármol de Carrara, podian hacerse en Europa.

He dicho estátuas yacentes, cuando solo habia un cadáver.

Yo determinaba el plural.

Yo me hice retratar en mármol, como habia hecho que por su retrato el escultor encargado de las estátuas reprodujese la imagen de Margarita.

Entrambas tuvieron un parecido admirable.

Y en cuanto á mi, el parecido tenia un gran mérito, porque yo habia querido que sobre mi semblante hubiese un paño.

Es decir, que mi semblante se adivinaba por sus partes salientes bajo un paño de piedra.

Al mismo tiempo el mejor platero de Berlin habia ejecutado el caliz de oro que yo habia ofrecido á la Virgen de los Dolores en la capilla donde se habian celebrado los sencillos funerales de Margarita.

Seis meses despues de haber llegado á Europa, me embarcaba yo para volver al lado de ella, llevando conmigo un arquitecto, dos pintores, cuatro estatuarios, seis adornitas, cuatro doradores y cien obreros de construccion.

Para conducir los materiales se necesitaron cuatro buques de gran porte.

De modo que me ví obligado á retirar una suma inmensa de mis capitales de las cajas de algunos de mis banqueros en las Antillas.

Aquellos capitales se quedaron en Alemania.

Pero yo llevaba conmigo el único regalo que podia hacer á Margarita

Un magnífico sepulcro.

XXXIV.

Llegamos é inmediatamente se comenzaron las obras.

Al ver los pescadores desembarcar tanta y tanta piedra, al saber el objeto para que se la destinaba, al ver asentar las máquinas que debian servir para subir aquellas piedras á la punta de la roca, me miraron con asombro.

Yo leia en sus miradas este pensamiento.

—Está loco.

Y no me ofendian, porque al considerarme loco tenian razon.

Por su parte, el cura miró con asombro el caliz y los ornamentos que yo habia llevado para la Virgen de los Dolores.

Eran admirables, de gusto antiguo, ejecutados de tal modo, que parecian una falsificacion.

—Esto es demasiado para la humilde capilla de la Virgen me dijo.

—Para la Virgen todo es poco, le respondí.

—Mejor hubiera sido hacer alguna obra en la capilla que está ruinosa, y el sobrante haberlo empleado en hacer la felicidad de estos pobres pescadores

—Lo mismo da, dije: la capilla se hará nueva, y los pescadores tendrán mas de lo que vale la ofrenda que he traido á la Virgen.

XXXV.

Me ví obligado para hacer frente á todas estas obligaciones voluntariamente contraidas por mi, á retirar nuevos fondos de las manos de mis banqueros.

Estos me lo remitieron; pero al remitirmelos me hacian algunas observaciones.

Ellos no podian comprender que de tal modo se diese salida y una salida improductiva, á tanto dinero.

Ellos tambien me creian loco.

Yo seguia adelante.

Algunas veces al acercarme á un grupo de pescadores, les sorprendia estas ó semejantes palabras:

—Indudablemente el pobre está loco: ¡sepulcro mas inútil! ¿pero quien se lo dice?

En cuanto reparaban en mi, esas hablillas cesaban.

Yo por mi parte hacia como si no las hubiese oido.

XXVI.

Yo no quise que se tocase á la tumba de Margarita.

Se abrió un cimiento cuadrangular á alguna distancia de la tumba dejándola dentro, y sobre los muros alzados sobre aquellos cimientos se cerró una bóveda.

Habia quedado intacto el montecillo de tierra cubierto de musgo, y la cruz de madera clavada en la cabeza del montecillo.

Aquella cruz correspondia al Occidente.

Cuando estuvo concluida la capilla gótica; cuando sus ogivas cerradas por vidrios de colores se dejaron ver recordando toda la pureza del gótico; cuando una aguja, esbelta, elegante, se levantó al cielo, terminada por una cruz de bronce, el primer rayo del sol naciente penetrando por la puerta, podia bañar con su luz dorada el sarcófago que cubria la cripta donde reposaba Margarita.

El sol al ponerse debia iluminar la parte alta de

la capilla, penetrando por el roseton de la abside, y tiñendola con los colores de los cristales.

De noche y á una hora dada, el marino que cruzase á cierta distancia, al mirar el reflejo de las vidrieras de las ogivas, iluminadas cada una de ellas al trasparente por la luz de una lámpara, debia oir la armonia de un órgano, que un hombre pagado convenientemente por mi, debia tocar á la misma hora en que el Océano me habia arrojado á Margarita muerta.

El anciano eclesiástico debia decir misa todos los dias por el alma de Margarita en el altar de la capilla, para lo que le habia señalado un renta.

El obispo de la diócesis habia dado las licencias necesarias para todo esto, y habia bendecido la capilla.

Unidos á ella habia dos edificios modernos.

Uno para el sacerdote y el ayudante que le acompañaba, pequeño pero cómodo, y otro para mi, con la reducida servidumbre de un ayuda de cámara, un cocinero y dos pescadoras encargadas de la limpieza.

XXXVII.

Yo creí terminada mi mision sobre la tierra.

Terminada mi expiacion.

Pero me engañé.

Mi destino no era morir sobre aquella roca al lado de Margarita.

Mi conciencia no estaba tranquila.

Del mismo modo que en mi oro había visto siempre

sangre congelada, mi oro invertido en aquella magnífica capilla, me hacía ver un sudor de sangre en sus muros brotando á través de sus encages de piedra.

Las vidrieras de colores, cuando el sol las iluminaba, tenian para mi un sombrio reflejo rojo.

Ese mismo rayo de sol atravesando el espacio de la capilla á través de los cristales de colores, apoyándose muchas veces en el semblante de mármol de Margarita, me dejaba ver en sus átomos inquietos, pequeños y fantásticos mónstruos rojos, que subian, que bajaban, que se revolvian dentro del espacio luminoso del rayo del sol y á los que daba aumento mi conciencia, como si hubiera sido un aparato óptico, dejándome ver sus muecas, sus contorsiones, sus estremecimientos, sus risas diabólicas, sus gestos de amenaza.

Si alguna vez bajaba de noche á la capilla, el eco de mis propias pisadas me espantaba.

Me parecia que un fantasma vengador seguia mis pasos: que al volver yo la cabeza para mirarle, desaparecia, y que volvia á parecer cuando estaba seguro de no ser visto, y volvia á seguirme.

Cuando al mediar la noche el órgano lanzaba su acento grave y armónico, mezclandole con el murmurio de las olas y el graznido de los aguiluchos hambrientos, yo creia escuchar en cada nota lanzada al espacio, maldiciones, imprecaciones, amenazas, rugidos, sollozos, lamentos, blasfemias, ruegos, cuanto la voz humana puede producir excitada por el dolor, por la desesperacion, por la rabia, por la venganza por la agonía.

No, yo no habia cumplido aún mi espiacion.

Mis víctimas se agitaban en derredor mio.

Yo las veia en todas partes.

Yo las escuchaba en todas partes.

Y algunas veces veia entre la sombra, ansioso y vuelto á mi el negro y hermoso semblante de Itumela.

De mi primer amor, de mi esposa.

Mi vida era un infierno de amor desesperado y de remordimiento tardío.

XXXVIII.

Pasaron asi dos años.

Mis manos eran dos cáuces de oro que iban á caer el uno en los pobres habitantes de la aldea, el otro en el sepulcro de Margarita.

Yo embellecia la capilla con todo lo que podia.

Lámparas de plata, tapices, colgaduras bordadas de oro...

Aquello era una locura.

Yo consumia en fausto, y en fausto por un cadáver el oro que habia adquirido haciendo cadáveres.

Pero todo, todo tiene un fin.

Un dia recibí una carta terrible.

Una de esas cartas que hielan la sangre de quien las lee.

En ella me decia un conocido de la Habana, que la viuda de un comerciante en cuya casa tenia yo impuestos valores considerables, habia suspendido sus pagos; y lo que era casi peor que nada podia realizar.

Me encontraba pues arruinado.

Porque yo habia concentrado todos mis valores en aquella casa, que me habia inspirado siempre una gran confianza.

En mi poder sólo tenia recursos para muy poco tiempo.

Acabados aquellos recursos, ni se diria misa todos los dias por el alma dė Margarita, ni arderia constantemente una lámpara sobre su tumba.

Por nada del mundo hubiera yo querido que sucediese esto.

Margarita era mi último sueño, mi última vida, y todo me parecia poco para ella.

Fué menester, pues, trasladarme á la Habana á fin de averiguar lo que hubiese de verdad en aquella noticia.

XXXIX.

Desgraciadamente era un hecho.

El desdichado banquero habia desaparecido un año antes, se creia á su mujer viuda y habia causado con su desaparicion daños incalculables, é irremediables desgracias.

Yo estaba completamente arruinado.

No me quedaba mas que el sepulcro de Margarita y las alhajas sagradas que constituian el servicio del altar.

Es verdad que aquellas alhajas eran de mucho valor.

Pero eran para mí doblemente sagradas.

No habia que pensar en recurrir á ellas.

XL.

Empecé á probar una desesperacion de distinto género que las que hasta entonces habia probado.

La desesperacion de la pobreza.

Era necesario renunciar á mi retiro, tal cual yo habia querido que mi retiro fuese.

Era necesario que mi miseria alcanzase á Margarita.

Ella y yo viviríamos en una casa dorada.

Pero aquella casa estaria muda.

Ya no se levantaria el blanco humo del incienso delante del altar.

Ya no arderia perennemente la lámpara sobre su tumba.

Ya el navegante no veria el lejano reflejo de los cristales iluminados.

Ya, al mediar la noche, la grave y cadenciosa voz del órgano no se mezclaria al arrullo de las olas y al graznar de las águilas.

Los pobres pescadores no hallarian mas consuelo en mi oro.

Todo habia pasado; todo se habia desvanecido.

Yo era un mendigo reducido á la impotencia de un cadáver.

XLI.

¡Cuánto sueño insensato!

Hoy apenas me acuerdo de Margarita.

¡Oh, sí, sí! si no pienso en ella muerta, es porque en otra mujer la he encontrado viva, y si soy mas desgraciado que antes, es porque ella es muy infeliz.

. . . .

CAPITULO VI.

En que continúan los misterios, porque aùn no ha llegado el momento de las aclaraciones.

I.

Al llegar al periodo en que termina el anterior capítulo suspendí mi lectura.

Todo lo que hasta entonces habia leido, era fuertemente excéntrico, fuertemente extraordinario.

¿Quién era el hombre, á quien yo, sin quererlo habia matado?

El héroe, sin duda, de la antecedente relacion.

El amante de Margarita muerta.

Pero Margarita vivia: la conocia yo: estaba citado con ella para aquella misma noche á las doce en la Cuesta de la Vega, en el mismo sitio donde la noche antes habia encontrado á Inés.

Mi encuentro con Inés habia sido por mas de un concepto providencial.

Al acompañarla, yo habia matado á aquel hombre que segun se desprendia de su relato, habia sido pirata y negrero y bebedor de sangre humana, y aquel

hombre al morir me habia entregado unas Memorias que arrojaban una luz fuerte aunque siniestra y fantástica, sobre la Dama de noche.

Porque la Dama de noche era Margarita, ó lo que es lo mismo: Margarita era la Dama de noche.

Pero una de dos: ó el autor de aquellas Memorias estuvo loco al escribirlas, y supuso la muerte y el entierro de Margarita, ó no era Margarita el original del retrato que tenia delante, ó si lo era, y el africano no habia mentido al escribir sus Memorias, la Dama de noche era un espectro.

Pero yo no habia creido nunca en los espectros.

Ni en el magnetismo llevado á las exageraciones á que se le quiere llevar.

El mundo de los espíritus en pena podrá ser muy bien un bello aborto de la imaginacion y producir bellísimos cuentos; pero ninguna persona *séria* (como ahora se dice), pierde su tiempo leyendo tales desvarios.

II.

Lo que me sucedia en aquellos momentos era para volver loco á cualquiera.

Porque si no se podia creer en lo maravilloso, era necesario creer en lo extraordinariamente extraordinario.

Aún me estremecia recordando la primera impresion que me causó la soberana hermosura de la Dama de noche,

A aquella mujer nadie la conocia mas que de vista.

De vista la conocia todo el mundo y el mundo la habia puesto el sobrenombre de Dama de noche.

Pero nadie sabia su nombre propio, nadie la habia hablado, nadie conocia su familia, nadie sabia dónde vivia.

Una casualidad terrible habia puesto en mis manos su retrato y un rizo de sus cabellos.

Sabia de ella... acaso era ella Margarita... sabia su nombre, que habia naufragado, que se habia herido en la cabeza, que la habian punzado una vena de la mano derecha.

Que la habian enterrado.

Pero lo repito: aquello era para volverse loco.

Si la habian enterrado, no podia ser ella.

O si era ella, era un espectro.

III.

Aquí llegaba de mis meditaciones cuando me anunciarón una visita.

Era mi amigo Luis de Arévalo.

Luis era una persona á quien no podia negarme.

Guardé precipitadamente los papeles, el retrato y el rizo, y recibí á Luis, que entraba á la sazon.

Me miró profundamente antes de saludarme, y luego me dió la mano.

Su mano estaba fria.

Su mano no contestó á la presion cariñosa de mi mano,

Se sentó en la chimenea sin decirme ni una sola palabra, y se puso á calentarse las manos y á frotárselas de una manera insistente, extravagante.

De tiempo en tiempo se miraba las manos y se estremecia.

Se parecia á Macbeth, cuando se frotaba las manos pretendiendo borrarse de ellas la sangre del crímen.

Luis conservaba el sombrero puesto.

Permanecia embozado en su abrigo.

Sólo habia sacado de él las manos.

Las manos que sin cesar se frotaba.

Su semblante estaba lívido.

De tiempo en tiempo una contraccion nerviosa ponia en movimiento de una manera violenta los músculos de aquel semblante.

Dos anchos semicírculos levemente cárdenos bajo sus ojos, parecian indicar que Luis, no habia dormido.

¿Conoces tú al marqués de la Roca? me dijo de improviso.

—No, le respondí.

—Pues es menester que le conozcas; es necesario que le conozcas, me dijo fijando en mí una mirada que podia calificarse de insensata.

—Dime al menos su nombre.

—Agustín Dávila del Monte marqués de la Roca, y como me voy de Madrid, quiero encargarte de mis asuntos con ese hombre.

—¿Y á donde vas?

—No lo sé: á cualquier parte, léjos, muy léjos de ella.

—¿Léjos de quien?

—De Margarita.

Al escuchar aquel nombre sentí una conmocion violenta.

Disimulé sin embargo.

—¿Y quién es Margarita? le pregunté.

—¡Qué! ¿no te ha dicho ella su nombre?

—¿Pero de quién se trata?

—Tú estuviste anoche hablando con ella.

—¡Ah! ¿esa Margarita es la misteriosa hermosura del Teatro Real?

—Sí, sí por cierto; la Dama de noche, como han dado en llamarla.

—¿Es decir que tú conoces á esa señora?

—La conozco tanto que huyo de ella: por ella me voy de aquí, léjos, muy léjos, para que su influencia no me atraiga. ¿No me encuentras completamente cambiado en figura y en carácter?

—Sí por cierto.

—Pues ella es la causa de este cambio que notas en mí: yo no vivo, puedo asegurártelo, hijo; ella podrá muy bien no ser un espectro; no lo es de seguro, pero á mí me ha convertido en un alma en pena. ¿Has amado alguna vez, Andrés?

—Sí, muchas veces.

—¡Oh! ¡sí! como amamos generalmente: un deseo, un empeño, una ilusion: amores que pasan como las tormentas de verano, y que como á estas los produce el calor. No es eso: es otro amor: el amor que mata lentamente, como un veneno, que gasta, dia por dia; hora por hora, minuto por minuto, segundo por se-

gundo nuestra vida; que inflama la sangre y la vicia, y da á nuestro cuerpo una demacracion peligrosa, á nuestro semblante una palidez enfermiza, á nuestros miembros un cansancio contínuo y una languidez de muerte; á nuestra cabeza canas prematuras; á nuestro pensamiento una idea fija: no has sentido tú ese amor, no: tú vives, la vida rebosa de tu semblante; pero tú amarás de ese modo, como amo yo; y amarás así porque conoces á Margarita, porque has hablado con ella durante una hora, y esto basta: todavia el tósigo no te ha hecho sentir sus efectos; pero tú los sentirás, Andrés, tú los sentirás: llegará un dia en que huyas de ella como huyo yo, como huye el tísico de las heladas que pueden matarle; porque Margarita es hielo, hielo petrificado sobre el cual brotan flores, al cual inunda la luz dorada de un hermoso sol: tú sabrás hijo, quien es la mujer que has conocido, la mujer cuyo recuerdo no puedo arrojar de mí, y cuyo recuerdo me mata.

Yo empezaba á sentir celos del amor febril, delirante de Luis hácia Margarita.

Empezaba á hacérseme su presencia enojosa.

Empezaba á sentir ódio hácia él.

—¿Te ha amado ella? le pregunté con voz trémula.

—¿Qué dices? me preguntó como distraido Luis; y sobre todo ¿que te importa á tí? ¡Qué si me ha amado! Si me hubiera amado, ¿estaria hablando contigo? Su amor me hubiera matado ya, como dentro de poco me matará su recuerdo.

—¿Y sabes si ha amado á alguien?

—¡Ah! ¡como yo! estás completamente como yo cuando la conocí: al otro día de haberla conocido, hubiera yo matado al hombre que hubiera sido amado por ella; pero despues... ¡bah! ya lo verás por tí mismo: despues... te alegrarás de qua otros se enamoren, enloquezcan por ella, porque estarás seguro de que Margarita no ha amado á nadie, no puede amar á nadie, y encontrarás cierto consuelo á tus sufrimientos en los sufrimientos de los demas.

—¿Donde conociste tú á Margarita?

—En la Habana.

—¡En la Habana!

—Si hace cuatro años. Entraba yo un dia en casa del marqués de la Roca... es mi enemigo, pero al mismo tiempo es mi pariente, lo que no tiene nada de extraño, porque nuestros peores enemigos son aquellos con quienes nos une un parentesco: pues... como era mi pariente, y mi enemigo ademas, entraba yo con mucha confianza en su casa.

Un dia,

¡Válgame Dios y que calor hacia aquel dia...!

Un dia entré yo en casa del marqués.

Los criados me conocian demasiado.

Sabian que era pariente próximo de su amo.

Ademas, ya sabrás que los criados en la Habana son esclavos.

Que los esclavos en la Habana son africanos.

Que los africanos son indolentes.

Yo me entraba en casa del marqués como por propia casa.

Ninguno de aquellos pícaros daba un solo paso para anunciarme.

¿Y para qué? ¿No era yo el señorito?

¿No era yo el sobrino carnal del amo?

—¡Cómo! ¿eres tu sobrino carnal del marqués?

—Si, hijo, si; tengo esa desgracia; hijo de su hermano menor D. Francisco.

Pero me habiais preguntado como conocí yo á Margarita.

Para que te lo diga déjame continuar.

Entré yo, pues, un dia en que el cielo arrojaba fuego en casa de mi tio.

Entreme en derechura al cuarto del baño.

Yo esperaba encontrarle bañándose, y pensaba tomar alli mismo otro baño.

Porque aunque mi tio y yo somos cordialmente enemigos, nos tratábamos y nos tratamos bien, como otros tantos que se aborrecen, y sin embargo se dan la mano y se halagan.

El mundo es una comedia asquerosa, Andrés.

Es necesario por lo mismo conservar puesta la careta que cubre la lepra y dejar á los demás que la lleven tambien.

Mi tio y yo teniamos el uno respecto del otro las caretas más amables, más rientes, más espresivas que puede darse.

No lo encontré en el cuarto del baño.

Pero encontré en aquel cuarto una cosa que no habia visto nunca, aunque habia estado en aquel cuarto muchas veces.

Una puerta que yo no conocia.

Esto es: una puerta secreta.

Has de saber que yo tengo muy poco respeto á mi tio, de lo que juzgarás hoy mismo, porque voy á presentarte á él.

—¿Y vive con tu tio la Dama de noche?

—No lo sé; ¿pero con quién diablos ha de vivir, si Margarita es casada? Pero déjame continuar, Andrés déjame continuar.

Ah dame un cigarro.

Manda además que me traigan la cafetera, el café, el agua... me gusta ver subir por el sifon de cristal el agua hirviendo, precipitarse luego de color de oro.

¡Ah! que me traigan tambien jamáica.

Voy á hacer ponche de café.

¡Qué malo estoy, Andrés, qué malo!

Me estoy muriendo.

Y todo porque la ví anoche.

Luis se puso á encender el cigarro que yo le habia dado, y empezó á fumarle en silencio, echado sobre el sillon, con el sombrero puesto aún y embozado en su abrigo.

Yo llamé y mandé traer lo que deseaba Luis, que fué servido al momento.

Luis continuaba en silencio con la cabeza echada sobre el respaldo del sillon, mirando las ninfas del techo de mi gabinete, y lanzando frecuentes bocanadas de humo que se levantaban en espirales azules.

Parecia que se habia olvidado de lo que hacia un momento habia hablado, de lo que hacia un momento habia pedido.

Habia en él algo de la insensatez de la desesperacion: algo que parecia indicar la existencia en él de un padecimiento mortal...

Yo perdí la prevencion que contra el habia empezado á sentir, y solo tuve para él una compasion profunda.

Porque Luis debia sufrir de una manera horrible.

El sufrimiento brotaba de él, tangible, perceptible por todos sus poros.

Aquel sobrealiento que comprimia y levantaba violentamente su pecho; aquella palidez febril; aquella demacracion ardiente, por decirlo asi, aquel estremecerse á cada momento en una distraccion profunda aquel hablar incoherente; aquella mezcla heterogénea é incomprensible de buen humor y de amargura, aquel razonar frio inmediatamente despues de una elucubracion delirante, todo indicaba que el alma y el cuerpo de mi pobre amigo estaban en una completa anarquia.

Yo respeté aquel estado de silencio, como se respeta el sueño de un enfermo fatigado por largas y dolorosas veladas.

El estado de Luis me lastimaba.

Dejaba en mi corazon un sedimento amargo.

Pasó algunos minutos en silencio mirando al techo, ó mejor dicho con los ojos alzados y fumando maquinalmente.

Luego de improviso se incorporó, se quitó el sombrero, lo puso sobre el velador, se desenvolvió de su abrigo y se replegó en si mismo apoyando sus brazos sobre sus rodillas.

—Me sofoco: tengo calor, dijo.

Y se separó bruscamente de la chimenea, se levantó y se fué al balcon y le abrió.

Yo le dejé hacer, á pesar de que el aire que entraba por el balcon era muy frio.

Al volverse, Luis se puso á examinar las pinturas que cubrian una de las paredes del gabinete.

—¿De quién es esta danza de gitanos? me preguntó.

—De Alenza le respondí.

—¡Ah! ¡sí! ¡de Alenza! y aquel interior gótico, de Villamil: ¡Alenza y Villamil! tenemos que conformarnos con eso y con cosas semejantes á eso: el arte ha muerto; ha muerto el entusiasmo, que es la sávia del arte; este es el siglo de la partida doble: la saben hasta las mujeres... ¡bah! ¡las mujeres! la mayor prueba de estupidez que puede dar de si mismo un hombre es consagrar su existencia entera á una mujer, referirlo todo á ella, enloquecer por ella. ¡Ah! el café y el ron. Me alegro: los dos amigos del hombre, añadiendo el tabaco, su mejor amigo. Bien mirado, no hay mujer que valga lo que un buen cigarro: le quemamos, le reducimos á ceniza á buen seguro que sirva á otro.

—¡Ah! ¡qué símil tan diabólico! exclamé.

—¿Qué símil, Andrés? dijo Luis llenando una copa de ron y apurándola de un trago.

—El que me has inspirado poniendo á la mujer en parangon con el tabaco.

—Venga el simil, dijo Luis poniendo café en el recipiente de la cafetera y encendiendo la lamparilla

despues de lo cual se quedó esperando á que hirviese el agua.

—El primer amor de la mujer la quema el corazon y se lo reduce á ceniza.

—Bien, sí, ¿y qué?

—Bien, ¿y qué? Cuando has fumado un cigarro, arrojas un resto infecto, magullado, exprimido. Cuando un hombre arroja por la ventana el corazon de una mujer, aquel corazon va á la calle con el resto del cigarro: infecto, magullado, exprimido.

—Bien, ¿y qué?

—No falta quien le recoja... quien procure encenderlo de nuevo...

—¡Ah! sí... comprendo... la colilla no arde ya bien: es necesario aplicar contínuamente fuego... y el humo sale muy fuerte, de muy mal gusto... es verdad... buen símil... pero guárdatele, hijo mio, guárdatele, porque, si lo saben ellas, te van á arañar.

Guardamos de nuevo silencio despues de este incidente de buen humor en que habiamos caido á pesar del estado de nuestra repetida situacion de espíritu.

El agua hirviendo subió por el sifon y se apoderó del café.

—Así, así se apoderan ellas de uno: le sacan el aroma del alma, el aceite esencial, y le dejan reducido á serrin.

Despues de este nuevo simil, Luis guardó silencio.

—Del mismo modo se me subió á mi Margarita á la cabeza, dijo Luis, y ha estado hirviendo en ella,

abrasándome el alma, hasta que me ha dejado los sesos como una esponja seca.

Vamos, es imposible vivir así.

El café estaba hecho.

Luis puso una taza bajo el grifo, le abrió y llenó la taza hasta la mitad.

Luego acabó de llenar con ron la taza, mojó en ron un terron de azucar, le encendió en la llama del espíritu de vino, y puso fuego al ponche.

Durante algun tiempo observó la llama azul en silencio.

Yo le dejaba hacer.

IV.

De repente dejó de mirar la llama del ponche y fijó en mi su mirada calenturienta.

—Era en efecto una puerta secreta, me dijo; yo me entré resueltamente por aquella puerta, porque no tenia respeto alguno á mi tio.

Tenia necesidad de saber por qué existia alli aquella puerta, que se guardaba tras ella.

Atravesé algunos corredores estrechos, altos, cruzados acá y allá por otros corredores, y con claraboyas en el techo, que dejaban entrase el aire sin dejar que entrase el sol.

Aquello estaba fresco.

—Este bribon es un egoista, dije para mi: tiene un refugio en su casa contra los calores; una especie de paraiso, y no deja gozar de él á nadie.

Apenas habia murmurado estas palabras me detuve.

Aquel paraiso mudo con sus paredes pintadas de árboles y flores y pájaros, en que se respiraba bien, en que se vivia, se animó de repente.

Oí el preludio de una guitarra.

Mi tio no sabia tocar la guitarra, porque no sabe nada que sea agradable.

Luego mi tio no era el que arrancaba al instrumento aquellas notas débiles, delicadas, suspirantes, melancólicas, en que parecia llegar hasta mi, envuelta en suaves perfumes, el alma de una mujer.

Apenas habia acabado Luis de decir estas palabras cuando sonó un chasquido seco, desapacible, ténue.

La taza no habia podido resistir al fuego del ponche y se habia roto: habia saltado.

El ponche se habia derramado.

—Hé ahí, hé ahí, dijo Luis; el demasiado fuego acaba por romper el vaso que le contiene. Otra taza.

Y la tomó, la llenó hasta la mitad de café, acabó de llenarla con ron, y no encendió aquel ponche.

Se puso á tomarle á sorbos distraido.

Yo, aprovechando su distraccion, me levanté y cerré el balcon por el que entraba demasiado frio.

V.

—Era aquella armonía un sonido, ó por mejor decir una combinacion tal y tan grata de sonidos, que no puedo explicarte su efecto.

Despues una voz de mujer cantó uno de esos aires característicos, melosos, dulces, lánguidos, que cantan los negros cuando bailan el domingo á la puerta de la hacienda.

¡Pero qué voz Andrés, qué voz!

¡Qué alma se sentia á través de aquella voz!

¡Qué hermosura se adivinaba en la niña que de aquel modo, con aquella ternura daba voz, magia, encanto á las vulgares danzitas americanas.

Aquella voz me atrajo como el boa atrae con su aliento al pájaro.

Seguí, torcí, volví á torcer sin encontrar á nadie, oyendo cada vez mas cerca aquel canto de sirena, cada vez mas embriagador, cada vez mas irresistible.

Llegué á una puerta entreabierta y la empujé.

Y ví... ¡oh! ví...

A Eva... hijo mio: á Eva en el paraíso.

A Eva bajo un tupido pabellon de lianas en que sólo habia una media luz vaga, en cuyo centro saltaba en borbotones una fuente refrescando el aire.

A Eva, pero á Eva vestida, ligeramente es cierto, pero vestida al fin.

A Eva columpiándose en una hamaca, tocando indolentemente una guitarra, cantando como quien canta para sí mismo, con unas magníficas trenzas rubias sueltas sobre los hombros, y unos magníficos ojos con la mirada ardiente, opaca, velada, fija en la cúpula de verdura del pabellon.

Eva debió ser blanca y rubia y tener los ojos azules.

Si Eva no fué así, Eva fué mas fea, ó mejor dicho, menos hermosa que Margarita.

Y Luis añadió ron al resto del ponche de café que le quedaba, y bebió hasta apurar el contenido de la taza.

VI.

—¿Conque era Margarita la dama del pabellon? dije á Luis.

—¿Y quién otra podia ser una criatura que cantaba de aquel modo? ¿Quién otra que la serpiente del Paraíso?

Yo me acerqué temblando agitado por no sé qué emocion.

Margarita en la hamaca era...

¡Oh! no puedes figurarte lo que era en aquellos momentos Margarita.

Su traje de muselina blanca parecia una nube en que estuviera posada, de la cual salian su talle, su seno, sus hombros, su cuello, su cabeza, sus brazos divinos, y parte de una pierna y un pié.

¡Oh! ¡si tú la hubieras visto de aquel modo...! ¡era una hada...! ¡y aquellas trenzas sueltas...! y aquella rosa medio desprendida de sus cabellos!

Pero no te deseo que la veas de tal modo, porque te volverias loco, y yo te estimo lo bastante para no desearte esa desgracia.

Estar loco por una mujer, es la locura de las locuras.

Es preferible volverse loco por haber contraido la

idea fija de que tiene uno una mosca en la punta de las narices, que no se puede quitar de encima.

¡Oh! la mujer cuando se la ama de ese modo, el una mosca venenosa que se le mete á uno en la cabeza.

Las alas de la mosca zumban, zumban...

¡Oh, Dios mío!

VII.

Luis se detuvo de nuevo.

—Dame otro cigarro, me dijo.

Se lo dí.

Le encendió lentamente

Yo me impacientaba con las contínuas digresiones de Luis; pero no me atrevia á hacerle ninguna observacion porque para mí era indudable que Luis estaba loco.

—¿Conque no te vistes? me dijo de repente.

—¡Vestirme! ¿Y para qué? le dije con extrañeza porque no esperaba aquella salida.

—¿Para qué ha de ser sino para ir contigo á casa de mi tio para darte á conocer á él como mi representante acerca de ciertos negocios?

—¿Pero y la historia de tu encuentro con Margarita? repliqué

—No me hables mas de ella, no quiero ocuparme mas de ella... ¿no oyes que me voy huyendo de ella?

Y me dió esta respuesta con suma irritacion, de una manera inconveniente.

Yo no me atreví á contrariarle.

Llamé y mandé poner un carruaje.

Despues me vestí.

Mientras me vestia, Luis se estuvo paseando meditabundo á lo largo del gabinete con el cigarro cogido entre los dientes, y frotándose contínuamente las manos.

Cuando estuve pronto, se asió de mi brazo y tiró de mí.

Bajamos y entramos en el carruaje.

—Camino de Francia, hasta que te mandemos parar, dijo Luis á mi cochero.

—¡Ah! ¿Vive fuera de Madrid Margarita? le dije.

—Yo no sé donde vive, me contestó; pero puede ser muy bien que viva fuera de Madrid, porque fuera de Madrid están los cementerios.

Aquella respuesta de Luis tratándose de la Dama de noche, me causó una impresion fria, especial, indescribible: me estremecí.

Luis se recostó sobre el ángulo del carruaje embozado en su abrigo y guardó silencio.

De tiempo en tiempo su entrecejo se plegaba y sus lábios se movian como dando salida á palabras mudas, por decirlo así; á palabras sin sonido.

Mientras estuvimos dentro de la poblacion, Luis permaneció replegado en el ángulo del carruaje.

Yo sentia una viva impaciencia porque Luis continuase dándome noticias acerca de Margarita

Pero preferia que aquellas noticias viniesen á mí por una de aquellas oscilaciones extrañas de su pensamiento.

Sin embargo, no habló una palabra ni se movió hasta que salimos fuera de la puerta de Fuencarral.

El dia estaba triste y nublado, y llovia de una manera pesada, silenciosa, sin intermision.

—Me gustan estos dias que lloran; me dijo sacando la cabeza descubierta por el claro de la portezuela cuyo cristal habia bajado: el llanto del cielo me refresca la cabeza: la esponja que tengo dentro de ella, se empapa, se ablanda, deja de ser rígida. ¡Oh, oh! me siento bien... muy bien: me parece que voy á disponer de una elocuencia invencible para hablar con mi tio... Es verdad que toda mi elocuencia para con mi tio está reducida á unas cuantas palabras.

A una fecha.

Voy á decirte esa fecha... será conveniente que la escribas para que no la equivoques... oye.... tienes negocios con mi tio?

Saqué la cartera.

—Veinte y cinco de Mayo, dijo Luis.

—Bien, ¿y qué? le respondí viendo que no continuaba.

—¡Qué! ¿Te parece poco? 25 de Mayo.

—Te juro que no te entiendo.

—¿No te he dicho ya que para hacer de mi tio lo que se quiera, no hay necesidad mas que de hacerle oir una fecha?

—¡Ah!

—Pues bien; esa fecha, esa terrible fecha, ese talisman poderoso, es el 25 de Mayo.

—¿Y con decir esto á tu tio se obtiene de él?...

—Todo.

Me apresuré á estampar aquel talisman, segun decia Luis, en una hoja de mi cartera.

Desde que supe que Margarita debia vivir con aquel hombre, todo lo que para con aquel hombre me diese influencia, era precioso para mí.

¡El 25 de Mayo!

¿Seria aquella la fecha de un gran crímen?

Era probable.

¿Por qué sabia Luis aquella fecha, y por qué su contínua faena de frotarse las manos; como pretendiendo hacer desaparecer de ellas sangre?

¡Ah, yo por desgracia encontraba lógico aquello!

Al hacerme la anterior reflexion, ví que en mis dedos, al rededor de mis uñas, en mi mano izquierda, habia una leve línea roja, casi negra.

La sangre de Pablo.

Le maté de miedo.

Yo sentia tambien la necesidad de frotarme las manos.

Aún creo que me las froté.

Luis y yo continuamos largo tiempo en silencio preocupados por nuestro pensamiento.

—Creo que hemos llegado, dijo asomándose á la portezuela: vamos, ya lo creo, y aún hemos pasado: tengo la cabeza dada al diablo: vuélvete; dijo al cochero.

Se volvió el coche, y Luis continuó asomado á la portezuela con la cabeza descubierta.

La lluvia habia arreciado y caia sobre la cabeza de Luis.

Parecia que en vez de molestarle la lluvia le agradaba el ser mojado por ella.

—Aquí, dijo al cabo de diez minutos: tuerce, toma ese camino de la derecha y dirígete á aquel cercado de tapias oscuras y bajas.

El coche entró por un estrecho camino, ó mas bien por una estrecha ruta marcada sobre las tierras de labor.

VIII.

El carruaje se detuvo bajo un cobertizo delante de un portalon enorme. Pedro saltó del pescante y abrió la portezuela para tomar órdenes.

—Tira con fuerza de la cadena de la puerta, le dijo Luis.

Pedro tiró, pero por mas que tiró no se oyó el sonido de ninguna campanilla.

—Señor, dijo Pedro, esto no suena.

—Sí suena, dijo Luis; sólo que no se oye aquí el sonido. La puerta está en la cerca, y de la puerta á la casa hay un tiro de fusil: de aquí allá hay un alambre que pone en movimiento una especie de esquilon; ese esquilon está en la cocina, y la cocina está al otro lado de la casa que es enorme: ¿como quieres que se oiga aquí el esquilon?

¡Ah! de ese modo, señor, ya comprendo, dijo Pedro: entonces no llamo mas.

—No, hombre, no, respondió Luis; ya has llamado bastante y aún demasiado, aunque no importa,

porque siempre que yo vengo me anuncio ruidosamente: ya habrán conocido en la manera de llamar que yo soy el que llamo, á pesar de lo cual tardarán diez minutos en venir á abrir. Si llamara otro tardarian una hora larga: todo consistirá en que M. Rouget esté en el momento grave de la confeccion definitiva de un plato de pretensiones.

—¡Cómo! dije á Luis con extrañeza; ¿acaso tu tio no tiene mas criado que un cocinero?

—Te diré: M. Rouget (ya sabes que *rouget* en francés es lo mismo que solamente en español).

—Sí; hombre, sí; adelante.

—Pues bien, M. Rouget (cuando le veas te convencerás cuán bien aplicado está en él el apellido salmonete) M. Rouget, digo, es el *factotum* de mi tio: es administrador, cajero, mayordomo, cocinero, ayuda de cámara, secretario; desempeña todos los cargos de la casa que necesitan una gran confianza de parte del amo, porque mi tio dice, y no sin razon que á aquel á quien entregamos nuestro estómago, se lo podemos entregar todo.

—Pero en una palabra, ¿no tiene mas criados tu tio? En ese caso, ó tu tio es la persona menos exigente del mundo, ó M. Salmonete...

—M. Rouget, Andrés, M. Rouget, el honorable Rouget.

—Bien: ó M. Rouget es la actividad misma.

—Te diré: en la casa hay una docena de criados pero propiamente dicho, no son criados de mi tio, sino ayudantes de M. Rouget.

—Y bien: ¿por qué en vez de hacer esperar á

causa de sus ocupaciones á quien llama no envia á abrir M. Rouget á uno de sus ayudantes?

—¡Qué dijiste! ¡horror! Ya verás cuántas llaves cerrojos y candados se abren y se corren y rechinan cuando venga M. Rouget: ni la puerta del calabozo mas de Estado de la difunta Bastilla, estuvo, me atreveré á afirmarlo, tan afianzada como lo están las puertas de la casa de mi tio: el cargo de portero es el mas delicado de todos los cargos que se acumulan en el digno Sr. Rouget: como que mi tio dice: si mi cocinero es capaz de envenenarme, no tiene necesidad de abrir la puerta á asesinos ni ladrones: aquel á quien se le entrega el estómago, se le debe entregar todo.

—¿Pero por qué tiene tu tio tanto miedo?

—¿Has visto á algun avaro que no sea cobarde, á algun malvado que no tenga miedo, á algun asesino que no tema ser asesinado?...

—¿Pero tu tio, Luis?...

—Si, hijo, si, dijo mi amigo frotándose una mano contra la otra como Macbeth.

Un doloroso escalofrio corrió á lo largo de mi cuerpo.

Luis se habia reclinado de nuevo en el ángulo del carruaje: y permanecia inmóvil y silencioso.

IX.

Yo iba perdiendo la paciencia.

Habian pasado no ya diez minutos sino quince, desde que Pedro habia tirado del llamador.

Al fin oí rechinar una llave.

Miré al porton y ví abrirse un ventanillo.

Despues asomar por aquel ventanillo una cabeza.

Reconocí á M. Rouget.

No podia equivocarme.

El color de aquel semblante mofletudo era enteramente igual al color del salmonete.

Este semblante frio en la expresion y ardiente en el color, semblante de bajo-relieve por decirlo asi, atendida la poca saliente de las formas, venia á ser el hemisferio de una cabeza pequeña y completamente esférica, cubierta por un gorro blanco.

—Señorito, dijo aquella cabeza en buen español apostaria á que es V. el que ha llamado.

Estaba Luis tan abstraido, que no oyó la voz de monsieur Rouget.

Yo le llamé la atencion.

Luis se asomó á la portezuela.

—¡Ah! ¿eres tú, tunante? dijo: abre al momento y prepárate á darnos de almorzar.

Y saltó fuera del carruaje.

—¡Qué modo de tratar al digno M. Rouget, Luis le dije bajando trás él, mientras M. Rouget, á juzgar por el ruido, corria apresuradamente cerrojos y fiadores.

—Es que le trato con cariño, me dijo Luis: pero ¡diablo! volvamos al carruaje: el piso desde aquí á la casa estará infernal: no sé cómo he pensado en ello... mi cabeza.., ¡oh! mi cabeza!

Y se metió de nuevo en la carretela.

Yo entré tambien.

Me habia puesto como quien dice á las órdenes

de Luis; ó por mejor decir, me habia contagiado Luis haciéndome sentir como por reflejo su estado moral.

X.

M. Rouget abrió de par en par el portalon, y Antonio metió por él el carruaje.

M. Rouget se quedó de nuevo cerrando cerraduras, cerrojos, barras y candados.

Por curiosidad miré á derecha é izquierda.

Aquello no era, habia sido un jardin.

Las malvas locas, las ortigas, la yerba, crecian por todas partes.

Los cuadros destinados á las flores habian sido borrados por aquella vejetacion inculta.

Asientos volcados acá y allá, trozos de estátuas arrojados por tierra, fuentes casi superadas por las ortigas y los arbustos, un jardin en ruina, en una palabra, desvencijados los parrales, borradas las calles, sin una flor, sin una corriente, sin un árbol...

Aquello causaba tristeza y miedo, porque aquel jardin era ó parecia ser un prólogo destinado á anunciar una desolacion semejante en el interior.

El carruaje habia llegado junto al peristilo de una gran casa cuya puerta estaba herméticamente cerrada, y M. Rouget aún no habia acabado de afianzar por completo el portalon de la cerca.

Luis habia caido de nuevo en su abatimiento, y yo me entretuve en examinar el aspecto de la casa.

Constaba de piso bajo y superior.

En el piso bajo en el centro de la fachada habia

una puerta de piedra berroqueña, de gran relieve, de gusto churrigueresco, sobre tres gradas cuyos sillares se habian desencajado, movido, inclinado; la piedra habia adquirido un color gris, frio, áspero, musgoso y sus dos hojas de nogal tachonadas de grandes clavos esféricos estriados, estaban secas, abiertas, teñidas de un color semejante al de la piedra del marco de la puerta.

A un lado y otro de esta en las dos alas de la fachada se veian en el piso bajo diez rejas voluminosas con coronamiento del mismo gusto churrigueresco, mohosas, corroidas, ancianas.

Sobre la puerta habia un enorme balcon volado sostenido por cariátides de un gusto deplorable, y sobre este balcon llegando hasta el tímpano, del pórtico un enorme escudo de armas corridas, grises, inexplicables.

Sobre cada reja del piso bajo habia en el superior un balcon.

Sobre estos balcones corria un cornisamento mellado.

Correspondiente á cada una de aquellas mellas habia en la fachada un largo chorreon verdinegro, causado por las cien lluvias de cien inviernos.

A pesar de estas largas manchas, de estos largos sudarios, podia adivinarse que aquella casa, que aquel palacio en sus buenos tiempos debió tener pintada al fresco su fachada.

Tanto los balcones como las rejas tenian las maderas cerradas, y sólo abierto en ellas un ventanillo cubierto por un vidrio sucio y polvoriento.

Muchos de estos vidrios estaban rotos.

Aquella casa daba tristeza, frio, miedo.

XI.

M. Rouget apareció al fin.

Traia abierto un enorme paraguas de tela de algodon, que debió ser encarnada, pero que habia venido á ser de color de hoja seca podrida.

Debajo de aquella tienda de campaña ambulante se veia la barriguda personilla de M. Rouget, vestida con una blusa azul, unos pantalones de color indefinible, y cubierto por delante desde el cuello hasta los piés con un ancho y limpio mandil blanco.

M. Rouget metió una llave en la puerta de la casa y abrió un postigo.

—Vamos, señorito D. Luis, dijo M. Rouget, la puerta está franca.

Luis y yo nos echamos fuera del carruaje.

—¡Ah pillastre de Rouget! dijo Luis tirando cariñosamente de una oreja al factotun de su tio y entrando en un ancho y frio vestíbulo embaldosado de mármol: ya han pasado algunas horas desde que no nos hemos visto.

—Tantas cuantas tienen tres años: si, me parece que la última vez fué en la Habana.

—Creo que si.

—¿Y de donde viene el señorito?

—De Norte América.

—¡Ah!... pero, D. Luis, el portal está frio como un hielo: á la estufa, á la estufa.

—Espera un poco: que lleven el carruaje á las cocheras.

—¡Piensa V. permanecer mucho tiempo en el palacio segun veo! dijo M. Rouget mirando á Luis con ese candor afectado que denuncia á los pícaros.

—No lo sé.

—Bien: ¡Francisco! ¡Francisco!

Apareció un criado con una librea inmejorable.

—Además, dijo Luis, que lleven á los criados á la cocina y les den de almorzar.

—Muy bien.

—Ahora al comedor, Salmonete amigo.

—Rouget, si gustais, D. Luis, dijo el hombrecillo tomando por una inmensa puerta á la derecha.

Atravesamos una antesala desguarnecida, y despues empezamos á atravesar uno tras otro salones cuyas alfombras parecian deshacerse bajo nuestros piés: cuyos muebles cubiertos de polvo, deslustrados, denegridos los dorados, representaban una remota antigüedad; rasgadas las tapicerías, desconchados los techos.

Ninguno de estos salones tenía mas luz que la que penetraba por los ventanillos cubiertos por cristales empañados que se veian desde fuera.

XII.

Pero al abrirse una nueva puerta cambió de repente la decoracion.

Primeramente halagó nuestros miembros arreci-

dos un suave, tibio y perfumado ambiente que salió por la puerta.

Despues al entrar no pudo menos de sorprenderme lo elegante, lo bello, lo sencillo, el buen gusto del aposento en que entramos.

Las paredes estaban cubiertas de magníficos cuadros, de obras maestras: en los ángulos se veian trofeos de guerra y de caza; sobre consolas antiguas en las que se apoyaban grandes espejos de Venecia con marcos de acero bruñido, bronces antiguos, relojes admirables: dos aparadores cargados de bajilla de plata y de cristalería con incrustaciones belíísimas; lámparas con bombas de alabastro, y en el centro una mesa cubierta y adornada con un gusto perfecto.

En un ángulo de este comedor habia una ancha escalera de caoba en espiral con balaustrada de bronce dorado, cuyos escalones estaban cubiertos como el resto del comedor, por alfombra de Aubusson.

A un lado habia una magnífica chimenea de mármol sanguíneo, y en ella la madera que ardia era cedro.

Frente de esta chimenea habia una gran ventana cerrada con un solo cristal de Venecia.

Me acerqué á aquella ventana.

Desde ella se veia un pequeño y delicioso jardin perfectamente cuidado; y á su fondo un invernadero.

Al fin encontraba en el palacio algo que era bello y rico; algo que tenia vida, y una vida, ardiente.

M. Rouget no habia pasado de la puerta, y con la gorra en la mano dejando ver una gran calva, á cuyos lados colgaban algunos mechones de cabellos

rubios, como el rubio de las hebras de la panocha, parecia esperar órdenes.

—Necesitamos un almuerzo compuesto de esos guisos inventados por tí y á los que has dado tu nombre, como los naturalistas dan el suyo á los insectos que creen no ha descubierto nadie hasta ellos; por ejemplo: riñones á la Rouget: salmonetes á la Rouget...

—Es decir, señorito D. Luis, *Rouget* á la Rouget.

—Eso es: un almuerzo completamente á la Rouget: excepto el agua cuyo privilegio de invencion conserva Dios; y los vinos y el ron.

—¿Va á permanecer el señorito?

—No lo sé.

—¿Mandaré preparar aposento para el señorito y para el señor?

—Mas tarde: ahora, por el momento, el almuerzo: ¡ah! envíame cigarros y ron.

—Muy bien, señorito.

M. Rouget se inclinó y salió cerrando la puerta

—Lléveme el diablo, exclamé, si ese bribon no ha echado la llave.

—¿Y qué importa? dijo Luis: no es esa la puerta por donde nos han de servir... ¡ah! ¡ella!... ¡ella!... ¡está aquí!

Y Luis pronunció las últimas palabras con espanto.

XIII.

La causa de la exclamacion de Luis lo habia sido el preludio de un piano que habia resonado de repente sobre nuestras cabezas.

Aquel preludio que habia aterrado á Luis, causó en mí una impresion extraña, por lo dulcemente sentida, por un no sé qué misterioso que habia comunicado á todo mi sér.

—¿Y quien es ella? dije á Luis dominando mi emocion.

—La Dama de noche, me contestó con voz apenas perceptible.

—¿Y por qué ha de ser ella y no otra? ¡por qué una mujer y no un hombre? ¿por qué no ha de ser tu tio?

—¡Mi tio! valdria lo mismo creer cuando se oye el canto del ruiseñor que aquel canto habia sido producido por un grajo: es ella, sí, es ella... yo conozco su alma... ¿no oyes?

El preludio seguia como producido por una mano distraida que recorriese el teclado del piano, arrancando de él flébiles, suspirantes armonías.

Luis y yo callamos.

De improviso el preludio se trasformó en canto: poco despues de haber cantado al piano, una voz humana, una voz de ángel desterrado, cantó con una expresion, una dulzura y un sentimiento infinitos el ária *Casta diva*.

De repente Luis se levantó y se lanzó á las escaleras en espiral desapareciendo en su ascenso.

Poco despues asomó á la alto la cabeza, y me dijo en voz baja:

—Ven.

La voz del ángel seguia cnntando.

Yo subí dominado por una fascinacion poderosa.

Cuando estuve en lo alto de las escaleras, Luis me dijo asiéndome de la mano:

—Conten hasta tu respiracion.

Y me llevó de puntillas por un corredor alfombrado y corto, al fin del cual habia una puerta cubierta por un tapiz.

Luis me indicó una abertura de aquel tapiz.

Miré por ella.

En un gabinete blanco eomo no he visto ninguno, tan bello, tan encantador, tan incitante, sentada delante de un piano habia una mujer mil veces mas bella é incitante que el gabinete.

Estaba vestida de blanco con sencillos adornos azules.

Sus cabellos rubios estaban recogidos como un tesoro, en una redecilla.

Su tallo flexibe se inclinaba, vibraba, se estremecia siguiendo la lánguida inflexion de la música mas inspirada de Bellini; sus brazos incomparables descubiertos hasta la mitad ocultándose desde allí entre bellísimos encajes, completaban la mágia de su voluptuosa actitud: era Margarita: era la Dama de noche.

Luis y yo mirábamos cada uno por un lado del tapiz, perfectamente ocultos por él.

Entrambos estábamos dominados, como retenidos,

como absorbidos por la irresistible mágia que se desprendia de Margarita.

Ella seguia cantando, sin apercibirse de nuestra proximidad.

Tenia levantado el semblante como buscando el cielo á través del techo del gabinete.

¡Y qué expresion la de sus incomparables ojos azules!

¡Qué alma tan bella, tan apasionada fluia de ellos!

Dos lágrimas trasparentes corrian sobre sus mejillas pálidas, y cuando aquellas dos lágrimas se habian evaporado, otras dos lágrimas rodaban lentas por aquellas mejillas mas blancas, mas mórbidas que el alabastro.

XIV.

De repente se levantó un tapiz de una puerta situada frente á la en que nos encontrábamos, y sosteniendo con una mano trémula el tapiz, se dejó ver un hombre alto, flaco, cubierto de los hombros á los piés por una bata negra, entre cuyas anchas mangas se perdian sus brazos descarnados.

La cabeza que se levantaba sobre aquellos hombros, unida á ellos por un cuello, rugoso, áspero, repugnante, era horrible.

Una montaña de cabellos canos, ezpesos, erizados como el cuero de una hiena, determinaban la parte superior de una cabeza de frente deprimida, surcada por arrugas impuras; frente que parecia estigmatizada por una maldicion.

Bajo sus cejas salientes relumbraban su ojos febriles, fijos con una expresion repugnante, ansiosa en Margarita que no se habia apercibido de su presencia.

Sus pómulos pronunciados parecian marcarse mas á cada momento, temblaban sus mejillas lívidas, y su boca contraida estaba orlada por una ligera espuma.

Aquel hombre parecia un espectro maldito.

XV.

—¡Canta! ¡canta! dijo al fin con una voz cuyo sonido ronco era muy semejante al estertor de un moribundo: ¡canta, Margarita! ¡mi sobrino ha venido! ¿no le has visto?

La voz de Margarita se apagó.

El piano abandonado de improviso por sus manos gimió levemente, y al fin se apagó tambien su gemido.

XVI.

Margarita se puso rápidamente de pié, tomó la actitud de quien á la vista de una fiera se prepara á la defensa.

Margarita en aquellos momentos aparecia fiera, y con su fiereza su hermosura habia crecido hasta hacerse irresistible.

El hombre de la bata negra la miró asombrado; sus mejillas aumentaron su palidez, tembló todo, dejó

el tapiz que habia sostenido hasta entonces, y avanzó hácia Margarita.

Margarita dió un paso atrás, se llevó la mano al cuello y se le abarcó.

Su mano sobre su cuello habia tomado la posicion que hubiera podido tomar la mano de un asesino para estrangular á su víctima.

El hombre se detuvo, miró con espanto á Margarita, se llevó las manos á la cabeza como si hubiera sentido en ella un golpe formidable, lanzó un alarido espantoso, uno de esos alaridos que es necesario escuchar para comprenderlos, y huyó por la misma puerta por donde habia entrado.

Margarita permaneció aún durante un segundo en la actitud que habia tomado, se quitó despues la mano del cuello, y tranquila como si lo que acabara de suceder hubiese sido un hecho á que por su frecuente repeticion estuviese acostumbrada, salió del gabinete por la misma puerta por donde habia salido aquel hombre.

XVII

Me perseguia lo extraordinario.

Empezaba á desconfiar de mí mismo.

Me parecia que no estaba en el mundo real, sino en un mundo extraño poblado de fantasmas.

Miré á Luis y ví que estaba pálido; convulso.

—¡Ah! murmuraba hablando consigo mismo: ¿con que ademas del 25 *de Mayo*, tiene mi tio otro recuerdo de que saca partido Margarita haciendo el ade-

man, la pantomima de una mano que estrangula? ¡Ah! ¡ah! ¡mi tio extrangulador! ¡ya! ¡ha estado mucho tiempo en la India! Pero ¡quién seria el extrangulado! ¡otro misterio! ¡Ah! ¿estás ahí, Andrés?... ¿pero has visto hijo? Esto es para volverse loco. Mi tio es un ogro, y voy temiendo que Margarita no sea un alma del otro mundo: un vampiro.

Y se precipitó por las escaleras.

Bajé trás él.

XVIII.

En medio del comedor con una fuente de plata de la que se levantaba el vapor de un guiso, estaba M. Rouget inmóvil, pintada la atencion mas cándida mas inofensiva del mundo en su rechoncho semblante color de salmonete.

Era la figura mas grotesca que darse puede.

A pesar de esto, bajo la calma alegre, jovial de aquel semblante veia yo algo que me incomodaba, algo que me era sumamente antipático.

—Vamos dijo poniendo la fuente sobre la mesa, lo que no se pierde se encuentra.

—¡Ah! ¿y qué se ha perdido? dijo Luis.

—Usted, señorito, y su señor amigo han estado perdidos para mí durante un momento.

—Ven acá, bribon, dijo Luis asiendo á M. Rouget de una oreja, ¿me negarás ahora, como me lo has negado otras veces, que hay una mujer en la casa?

M. Rouget desasió con sus dos manos la mano de

Luis que le asia de la oreja, y le miró abriendo mucho los ojos y sonriendo siempre, y lé dijo:

—En casa, que yo sepa, no hay ninguna mujer.

—¡Cómo que no! ¿y la que acaba ahora mismo de cantar?

—No he oido nada,

—Nosotros la hemos visto.

—Pues no sé.

—Te he ofrecido dinero otras veces y has callado: ahora no te ofrezco dinero: te voy á dar una paliza hasta que hables.

Y Luis fué á uno de los armeros y tomó un sable.

—El señorito no hará eso, dijo M. Rouget siempre sonriendo.

—¿Y por qué no?

—Porque el señorito es ùn excelente jóven.

—Y tú un excelente pillo.

—Nadie hay en la casa, mas que el señor marqués, los criados y yo: es decir que yo sepa: si hay una mujer, habrá entrado por la puertecilla del jardin nuevo que da al campo.

—¡Vete! dijo Luis, y no vuelvas.

—¿Y quien servirá el almuerzo?

—No almorzamos por ahora.

—Cuando el señorito me necesite...

—Llamaré: vete.

M. Rouget se inclinó y salió.

XIX.

—Si tú quieres almorzar, Andrés, almuerza, pero espera un poco: necesitamos estar solos.

Y Luis subió de nuevo rápidamente por las escaleras.

Yo me senté junto á la chimenea.

Tenia mas necesidad de descansar que de comer.

Habia sufrido terribles emociones durante una larga vela.

Mi razon empezaba á embrollarse.

Mis ojos se cerraban.

A pesar de lo interesada, que estaba mi curiosidad: á pesar de la impresion que acababa de causar en mí la presencia de Margarita de repente en aquella casa, y acompañada de circunstancias extraordinarias, mi cansancio, el estado de mi cabeza pudieron mas que todo.

Apenas me senté en el sillon me dormí.

XX.

Cuando desperté despues de un sueño, pesado, denso, uno de esos sueños que parecen un remedo de la muerte, me encontré á oscuras.

El fuego de la chimenea se habia extinguido.

Hacia frio.

Por el momento me creí en mi casa; pero muy pronto se esclarecieron mis recuerdos, y de uno en otro llegué á recordar el momento en que poco antes

de dormirme Luis habia subido por las escaleras con la intencion sin duda de penetrar en el gabinete donde habiamos visto la Dama de noche.

Al recordar esto, sentí un amargo despecho, unos celos horrorosos.

A mi alrededor nada sentia, el silencio era tan profundo, tan denso como la oscuridad.

No estando Luis, á mi lado, debia estar al lado de la Dama de noche.

Esta idea me levantó del sillon de una manera violenta.

Dí un paso adelante, y tropecé en un cuerpo humano.

Por mejor decir en unas piernas,

Inmediatemente despues de mi tropiezo, sentí la voz soñolienta de Luis.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay? dijo; ¿se puede ya ver á mi tio? y á oscuras... ¿con que ya es de noche?

—Asi parece, á no ser que hayan cerrado la ventana.

—¡Ah! ¿eres tú, Andrés? ¡despiertas ahora! ¡Diablo, pues hemos dormido lo menos cuatro horas!... ¿quien sabe...? puede que ocho porque bien podrá ser que sean las doce de la noche.

—¡Las doce de la noche! exclamé acordándome de mi cita con Margarita en la Cuesta de la Vega: ¡y á media legua de Madrid! eso me contraria mucho.

—¡Algun compromiso de amor!

—¡Si, hijo, si!

—¡Heleogábalo! ¡Y todavia pretendes que te ame Margarita!

—Es necesario saber qué hora es, dije eludiendo el contestar á Luis.

—Pues mira, busca por ahí detrás del sillon en que has dormido, en la pared junto á la chimenea un llamador y tira fuerte, hijo: que piense M. Rouget que soy yo, porque si no, no viene: ¡desvergonzado pillo! ¡Bribon inverosimil! ¡Atreverse á negarme que Margarita está aquí! ¿Has encontrado el tirador?

—Si.

—¡Pues firme!

Tiré violentamente, pero no oí la campanilla.

—Pero dime, exclamé, tú subiste...

—Si, es cierto que subí, pero tambien es cierto que bajé.

—Despues de haberla visto.

—Me encontré con la puerta cerrada.

—¡Ah!

—Llamé... me dejaron llamar: grité, me dejaron alborotar: quise romper la puerta... imposible... la maldita era mas fuerte que mi deseo... ¡si yo no sé cómo no me has oido!... ha debido ser tu sueño semejante al de los Siete Durmientes... una hora larga he estado golpeando y gritando.

—¿Casa de tu tio?

—Yo no tengo el menor respeto á mi tio, ni la mas leve sombra de temor. El único medio de que mi tio dispone para hacerse respetar de mi, es atrincherarse detrás de una docena de puertas... me ví obligado á bajar en derrota, te ví dormido, y sin saber cómo, por espiritu de imitacion sin duda, me senté junto á ti y me dormi... y ello es preciso que yo vea

á mi tio... que tengamos una explicacion... esto no puede pasar mas adelante. Vuelve á llamar Andrés: me temo que sea muy tarde y que M. Salmonete se haya acostado... seria capaz aunque oyera de hacerse el dormido.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció M. Rouget con un candelabro de seis bugias en cada mano.

XXI.

Apenas hubo luz, Luis y yo echamos simultáneamente mano á nuestros relojes.

—¡Las ocho!

—¡Las ocho! exclamamos á un tiempo.

—Me voy, dije á Luis.

—¡Cómo, sin comer.

—No tengo gana.

—Es que te necesito aqui.

—Volveré.

—¿Y cuándo volverás?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Vete en paz. El sombrero y el abrigo á este caballero, M. Rouget. M. Rouget, avisa á los criados de este caballero, M. Rouget, guia á este caballero por los laberintos de este palacio encantado. Andrés, adios. Hasta mañana sin falta. ¡Ah! M. Rouget, para que no des dos viajes: dí á mi tio el señor marqués, que su señor sobrino D. Luis, necesita verle

con suma urgencia y para un asunto de la mas alta importancia.

—¡Dinero, eh!

— Sea lo que fuere, M. Rouget; avisa á mi tio.

—Olvida el señorito que el señor marqués en cuanto viene la noche no existe... que no puede contarse con él hasta que amanece.

—¡Ah, si, es verdad! ¡El accidente, el maldito accidente! Pues bien, esperaremos hasta mañana. Adios, Andrés, hijo, hasta mañana, ¿eh?

—Si hasta mañana.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—M. Rouget, mañana á las doce vendrá este caballero; guárdate de no abrirle en cuanto llame.

—Descuide V., señorito Luis.

Luis me estrechó la mano.

Al atravesar aquellos salones desguarnecidos, abandonados, frios, sentí un no sé qué muy semejante al horror.

En cada uno de aquellos salones habia una lámpara opaca que apenas disipaba la oscuridad.

Cinco minutos despues, mi carruaje rodaba rápidamente hácia Madrid.

CAPITULO VII.

Margarita.

I.

Cuando llegué á mi casa, llamé á mi gabinete á Antonio.

—¿Qué tal os ha ido? le pregunté.

Muy bien, señor; hemos comido y dormido.

—¿Y qué habeis visto?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nada mas que una cocina inmensa y un cocinero muy pequeño, con el rostro muy colorado, el mismo que V. ha visto.

—Véte y que venga D. José.

Don José era mi mayordomo.

—¿Qué tenemos? le dije cuando se me presentó.

—Tenemos, señorito, el marco de oro y pedrería con cristal convexo.

—Dame.

Don José me entregó una verdadera joya.

—Vete.

II.

Cuando me quedé solo busqué entre el legajo de papeles de Pablo el retrato de Margarita y su rizo de cabellos, y los puse entrambos en el marco.

Comí despues un poco, me vestí, guardé el estuche donde iba el retrato, y me fui al Teatro Real.

Era ya tarde.

Todas las localidades estaban ocupadas, todas, excepto la platea número seis.

La platea de Margarita.

La ausencia de Margarita del teatro me amargó el corazon.

¿Por qué no habia ido?

¿Acaso porque en su casa, cerca de ella, se habia quedado Luis?

¿Y faltaria tambien á mi cita?

Yo estaba impaciente: ademas aquella noche no hacia luna.

¿Seria esta una circunstancia que impediria á la Dama de noche el ír á la Cuesta de la Vega?

Pronto debia salir de dudas.

La media noche se acercaba.

Se acabó el espectáculo, y yo dí órden á Pedro de que me llevara á la Cuesta de la Vega.

III.

Dejé el carruaje en la plazuela de Santa Maria; y me dirigí solo á los jardines.

Estaban completamente desiertos.

Solo se veia al sereno.

Al llegar á la primera glorieta, el reloj de Palacio marcó las doce menos cuarto.

¡Un cuarto de hora de espera!

¡Y cuando se está en una situacion como la mia!

Me preparaba á apurar la impaciencia dolorosa de aquel cuarto de hora eterno, cuando oí el leve chasquido que producia al andar de una mujer, un traje de seda.

Por este ruido, por la acentuacion del paso, si se me permite esta frase, por el crugimiento de la seda que á este paso acompaña, puede deducirse, acaso por instinto, si la mujer que se acerca es elegante y hermosa.

Hay un no sé qué especial en el andar de las mujeres hermosas.

Un no sé qué mágico en el ruido de su traje.

Por los dos ruidos que producia al andar la mujer que se acercaba, deduje que era hermosa, elegante; y ademas joven.

Y una mujer jóven, elegante y bella, en aquel sitio y á aquellas horas no podia ser otra que Margarita.

Margarita, que acudiendo, como yo, á aquel lugar un cuarto de hora antes de la convenida, demostraba de una manera clara su impaciencia.

Una mujer, acudiendo con puntualidad á una cita con un hombre, le concede ya un favor.

Acudiendo con anticipacion, siquiera sea una anticipacion de cinco minutos, comete una imprudencia.

Autoriza al hombre á creerse amado de una manera grave.

Mi corazon latia violentamente.

Lo que quiere decir que mi sangre se dilató á la sola aproximacion de Margarita.

Entró en la glorieta y se detuvo.

Era la noche densamente oscura.

La Dama de noche no pudo verme.

Yo mismo no me veia los dedos.

Creí que no debia dejarla en su perplegidad.

Aunque no la veia, estaba seguro de que era ella.

—¡Gracias! la dije levantándome.

—¡Buenas noches! me dijo con una encantadora sencillez, bajo la cual se ocultaba mal una viva alegria: ¿hace mucho tiempo que espera V. Zayas?

(Yo me llamó Andrés Zayas.)

—¡Ah! ¡no! no señora acabo de llegar: ¡si aún no son las doce!

—Pues yo temia haber llegado tarde: déme V. el brazo: no veo.

Me acerqué y la dí el brazo.

—Perdóneme V. si le he obligado á venir aqui con este frio: yo esperaba que hiciese luna como anoche: anoche no hacia frio; ¡tiembla V.!

En efecto, al darla el brazo, mi brazo temblaba.

—Tiemblo de amor, señora, la respondí.

—¡Temblar de amor! Comprendo que se tiemble de miedo ó de frio: sólo los niños tiemblan cuando ven ante sí á la mujer que les ha inspirado su primer amor: V. no es cobarde ni niño; luego debe temblar

de frio. Y le hace... sí por cierto, y agudo... andemos Zayas.

Nos pusimos en marcha.

—Usted es mi primer amor, la dije: para V. soy un niño.

—Permítame V. que le diga que es una galantería vulgar: Vds. los hombres dan un gran valor al primer amor de la mujer, y lo comprendo, porque una muger no ama mas que una vez en toda su vida, ó mas bien llena toda su vida de un solo amor; pero el amor de los hombres es una equivocacion contínua: para los hombres, es el primer amor cabalmente aquel que creen el último: no me diga V., pues, que ama por la primera vez.

—Puedo decirlo, puesto que estoy seguro de que por la última vez amo.

—¿A dónde me lleva V., Zayas? Creo que descendemos.

—Sí: vamos hácia los jardines interiores.

—No: subamos: entremos en la poblacion.

Nos volvimos y empezamos á subir la cuesta.

—Andarémos por las calles mas solitarias como dos fantasmas, y antes del amanecer nos separarémos. No sé por qué esta vagancia nocturna con V. tiene para mí encantos inapreciables: soy apasionada por lo extraordinario.

Llegábamos en aquel momento á lo alto de la Cuesta de la Vega.

La luz pendiente delante de la Vírgen de la Almudena, enviaba hasta nosotros un débil resplandor.

Gracias á aquella luz comprendí que bien podia-

mos pasar por fantasmas para los que nos viesen atravesando en las altas horas de la noche alguna callejuela oscura.

La Dama de noche iba completamente vestida de blanco.

El velo de su sombrero, blanco tambien y tupido, la cubria enteramente el rostro.

Yo vestia un paletó y unos pantalones de color gris claro.

Sólo eran negros el sombrero y las botas.

IV.

—Lleguemos delante de la Vírgen, me dijo Margarita.

Adelanté en silencio con ella hasta el pié de la pared en la cual, en sú nicho, está la Vírgen de la Almudena.

Margarita se desasió de mi brazo y me dió la mano.

—Arrodillémonos, me dijo, y ofrezcamos á la Vírgen, usted su último amor, yo mi amor primero.

Aquella ofrenda era un prólogo *sui generis* de nuestra entrevista.

Una especie de advertencia preliminar dedicada á mí.

Un amor presentado en ofrenda á la Vírgen debia ser casto, un martirio de los sentidos, una dilatacion purísima del alma, para que la ofrenda no fuese impía.

Mi alma rechazaba el martirio por Margarita, y encontré un término medio.

Ofrecí á la Vírgen la pureza de aquel amor hasta el límite del matrimonio; pero pedí á la Santa Madre de Dios con toda mi alma, me concediese la ventura de ser esposo de aquel ángel de fuego que me tenia loco.

V.

La oracion duró algunos segundos.

La Dama de noche se levantó, y me levanté.

Luego se asió de nuevo á mi brazo.

Seguimos subiendo, y al entrar en la plazuela de Santa María, Margarita reparó en mi carruaje, cuyas linternas lucian entre la oscuridad.

—¿Es acaso aquel carruaje de V.?

—Sí, la dije alentando apenas.

—Entremos en él, tendrémos menos frio.

Poco despues estábamos encerrados en mi carretela.

—¿Adónde? la dije.

—¿Adónde? .... me contestó como indecisa de su respuesta: aquí tambien hace frio: es una noche horrosa... ¿Vive usted solo? añadió de repente despues de una ligera pausa.

—Completamente solo, señora.

—Pues bien, vamos á su casa de V.

La sorpresa me impidió hablar durante algunos segundos,

—¡A mi casa, señora! exclamé.

—Sí, á su casa de V.: ¿que hay de extraño en ello?

—¿Pero y los criados?

—Los criados verán una mujer completamente encubierta.

—Pero á V. no se la desconoce si se la ve una vez; y si mañana es V mi esposa.

—¿Cree V., Zayas, que los espectros pueden casarse?

—Siendo como V., ¿por qué no?

—Acepto: consiento en ser esposa de V., si despues de conocerme se atreve V. á enlazarse conmigo.

—¿Qué si me atrevo? ..

—No sea V. temerario, Zayas: no se comprometa V. de una manera irremisible. Y sobre todo, ¿está V. seguro de que yo seré su último amor?

—¡Mi unico amor!

—Lo verémos; pero entre tanto á su casa de usted.

Dí órden á Pedro para que nos llevase á casa.

Durante el camino Margarita guardó silencio.

Yo la veia al reflejo de las linternas que penetraba en el carruaje, blanca, encubierta, inmóvil llena de un prestigio poderoso, exhalando de sí un aroma embriagador.

Yo gozaba, no sabré decir qué delicia.

Mi amor crecia sensiblemente, rápidamente, de una manera monstruosa.

Lo habia olvidado todo.

Para mí, mi vida entera, el mundo, la eternidad, estaban concentrados en ella.

Vivia una vida poderosa.

La vida del amor.

Y del amor embellecido por todos sus encantos, por todas sus tentaciones.

Sublimado por el misterio que rodeaba á aquella mujer singular.

VI.

Antonio sólo invirtió cinco minutos en llevarnos á casa.

Era la primera vez que mis criados me veian entrar en ella con una mujer.

Juan, mi ayuda de cámara, al abrirme, segun costumbre, se sorprendió.

Al llegar á la puerta de mi gabinete, la abrió, se inclinó profundamente al pasar Margarita, y cuando yo hube pasado cerró.

VII.

Margarita se sentó con ánsia junto á la chimenea.

Lo que demostraba que tenia mucho frio.

Pero no se levantó el velo.

—¡Aún aquí, la dije, aún aquí que nadie puede vernos, ese velo enemigo!

—Cierre V. con llaves las puertas de todas las habitaciones inmediatas á esta.

Me levanté y cerré sucesivamente las puertas de las habitaciones vecinas.

Cuando entré en el gabinete retrocedí.

Retrocedí asombrado, deslumbrado.

¡Qué mujer, Dios mio, qué mujer!

¡Qué hermosa! ¡Qué deslumbrante estaba en aquel momento mi Margarita, mi ángel!

VIII.

Acababa de dejar su abrigo y su sombrero sobre un velador.

Estaba vestida ni mas ni menos que como pudiera haberse vestido para un baile una mujer millonaria y de un gusto exquisito.

Figuraos un traje completamente blanco, admirablemente confeccionado, admirablemente vestido, de una tela indefinible, mate, suelta, rica, aérea, en que apenas brillaban entrelazados en sutiles arabescos, componiendo el tejido, la plata y el oro y el azul bajo perdido; una tela oriental, asiática, una especie de crespon de la China, con bellos festones escalonados; una maravilla de la industria de ultramar, delicada, suelta, admirable; figuraos un cuello, unos hombros, un seno y unos brazos, nacarados, mórbidos, con todo el poder sensual de la belleza de la forma; una cabeza coronada por los cabellos rubios mas hermosos del mundo, peinados de tal manera que su riqueza aparecia por completo, en toda su exuberancia, en todo su magnífico desarrollo, y estos cabellos ceñidos al rededor y cruzados en la parte superior siguiendo la direccion de las trenzas por bandas de gruesos y límpidos brillantes, de los cuales arrancaba centellas de rojo, de verde, de azul, de ópalo, de ama-

rillo, la lámpara colgada del centro del techo de mi gabinete; y ¡cosa extraña! la frente de ángel glorioso que aquellos cabellos limitaban los ojos color de cielo en una mañana de primavera, las mejillas pálidas, la boca rosada y entreabierta, el cuello, los hombros, los brazos y el sér entero de Margarita, resplandecian para mí mas que los brillantes de su tocado y de sus brazaletes; eran mas puros que el raudal de perlas que ceñian en dobles vueltas su garganta.

Y ansiosa, llena de dudas, de temores, de sufrimientos debió ser la mirada que yo fijé en ella al verla aparecer ante mí tan soberanamente hermosa, puesto que la Dama de noche se apresuró á decirme tendiéndome la mano.

—¡Por Dios, Andrés! nada tema V.: le amo á V.: como yo no sabia, como yo no podia creer que llegaria á amar: le amo á V... como V. me ama... no sé por qué siento este amor... pero mi alma entera es de V.

—¡Oh Margarita! exclamé con voz trémula.

La Dama de noche soltó mi mano y retrocedió.

—¡Margarita! dijo con acento opaco, ¿cómo sabe V. mi nombre? No lo sabe nadie.

Aquella pregunta y aquel cambio visible de la Dama de noche en su disposicion hácia mí me desconcertaron.

No supe qué contestar.

—¡Ah! ¡sí! dijo riendo y ofreciéndome de nuevo su mano, que yo me apresuré á estrechar; cuando nos consagramos á un sólo pensamiento perdemos la memoria: me habia olvidado de que anoche estaba jun-

to á V., en el teatro, Luis: hablaban Vds. y me miraban... Luis ha debido decir á V...

—Sí, Luis fué, la dije.

—Siéntese V., dijo Margarita señalándome un sillon y sentándose cabalmente en el mismo en que doce horas antes habia estado sentado Luis.

IX.

Durante algun tiempo Margarita estuvo vuelta hácia la llama de la chimenea, como pretendiendo absorber su calor, ocupándose sólo en librarse del frio que la estremecia ligeramente.

Al fin se volvió á mí que la contemplaba extasiado, dominado, sujeto á su mágia irrresistible.

—¡Oh! ¡y qué felices vamos á ser! me dijo.

—¡Oh! ¡si la situacion en que nos encontramos se prolongase por una eternidad! contesté.

—Eso no puede ser; pero todas las noches nos verémos: yo desde que amanece hasta que anochece soy una esclava; desde que anochece hasta que amanece soy completamente libre; libre hasta mas no poder; así es que nadie me ve de dia; siendo frecuente el que me vean de noche.

—¡Esclava de dia y libre de noche! exclamé.

—De dia, me contestó sonriendo, estoy encerrada en mi tumba.

—¿Por qué ese empeño, Margarita, en hacerme creer lo extraordinario? Es V. tan sobrenaturalmente hermosa, la rodean á V. circunstancias tales, que la seria á V. muy fácil hacerme creer, que era V. un sér

excepcional; un milagro, un absurdo hechicero: esto me volveria loco.

—Pues qué, ¿no es una tumba el palacio campestre del marqués de la Roca? dijo Margarita prodigándome siempre aquella sonrisa de amor dulce y satisfecho de sí mismo y aún orgulloso, que me fascinaba.

—¡El palacio del marqués de la Roca! dije dando á mis palabras una intencion ambigua, porque no sabia á donde pretendia ir á parar Margarita.

—Si; hoy ha podido V. juzgar de aquel horrible caseron, me contestó. Ha ido V. á él con Luis.

—Es verdad.

—Y... ¿no ha oido V. nada.

—Sí cantaba V.

—Quién le ha dicho á V. que era yo la que cantaba?

—Luis.

—Pero Luis ¿sabia que yo estaba alli?

—Lo presumia al menos; creia que V. debia vivir con su tio el marqués.

—¿Le ha contado á V. Luis cómo me conoció?

—Luis, señora, desde un dia en que la encontró á V. de repente en casa de su tio en la Habana, está loco.

X.

Al oir Margarita estas palabras se estremeció no ya de frio sino de miedo.

Yo vi pasar el horror por los límpidos ojos de Margarita.

—¡Loco! exclamó: ¡loco desde el dia en que me vió por primera vez! ¡tambien desde aquel dia está loco el marqués! yo tambien debiera estarlo si tuviera como ellos sangre en las manos! ¡yo soy inocente! yo me estremezco cuando recuerdo el 25 de Mayo: pero me estremezco de compasion no de remordimiento!

Margarita inclinó su hermosa cabeza y la apoyó en sus manos.

Asi permaneció algun tiempo.

XI.

—Andrés, me dijo al fin alzando su cabeza, en cuyo semblante habia quedado marcada una lánguida expresion de cansancio, como el que produce en el alma el sufrimiento continuo de agudos dolores: Andrés, ¿ha hecho á V. Luis alguna revelacion?

—He llegado á comprender á causa de su locura, que recuerda un crímen, se frota las manos como pretendiendo arrancar de ellas señales de sangre...

—Pero.. si le ha dicho V. cuándo y cómo me conoció...

—Detuvo su relacion en el momento en que encontró á V. meciéndose en una hamaca, tocando la guitarra y cantando.

—Y...¿no pasó de ahí?

—No.

—Andrés, V. es un hombre de honor no me engañe V.

—¡Ah! ¡no! ¡no! Luis al llegar á ese punto detu-

vo su narracion. Por mas que mi curiosidad estuviese vivamente excitada no pude arrancarle mas: ni lo pretendí; aquel recuerdo parecia aterrarle.

—Pasemos, pasemos ese suceso por alto; porque le aseguro á V. que es horrible; yo no puedo recordarle sin temblar; y sin embargo, á aquel terrible crimen debo mi libertad nocturna.

—¡Qué singularidad, Margarita!

—Pocos dias despues de aquel terrible 25 de Mayo, el marqués empezó á contraer una dolencia extraña que ha ido agravándose de dia en dia; todos los dias, en cuanto empieza á oscurecer, el marqués empieza á sufrir estremecimientos horribles, qué crecen hasta convertirse en una convulsion espantosa: se encierra, pero muchas veces le he oido yo desde una puerta atento el oido, atenta el alma, palabras roncas, palabras pronunciadas, con el acento del horror: —Juan déjame; ten compasion de mí... yo la amaba. tu me la robaste.—El delirio en que caia el marqués daba espanto.

—¿Y quien era Juan, señora?

—No lo sé.—El delirio del marqués termina siempre en un letargo profundo.—Si alguna vez antes de caer en ese letargo, ve una luz, su padecimiento, su delirio, crecen... grita, se revuelve, se despedaza: se le figura ver un incendio... aun en medio del dia, cuando está tranquilo, seria peligroso introducir una luz en su habitacion, ó encender junto á él un fósforo,

—Respeto el secreto de V., Margarita... pero supuesto que V. me cree hombre de honor...

—No, no; dispénseme V. de entrar en detalles aislados, y si quiere V. conocer esa historia singular le contaré la mia.

—¡Ah, señora! su historia de V. debe estar llena de interés, de situaciones excesivamente romancescas.

—¡Oh! ¡si ¡si por cierto!, Andrés es una historia muy triste; las singularidades que V. encuentra en mi son el resultado de una situacion excepcional, que complica los incidentes de mi historia.

—Escucho á V. con impaciencia.

Margarita empezó un momento despues su relato.

CAPITULO IX.

—

Continuacion del anterior.—Historia de Margarita.

I.

—Todo protagonista de historia tiene un nombre y generalmente un apellido. Pues bien, yo solo tengo nombre, me llamo redondamente Margarita; ni mas ni menos.

—¿No conoce V. á sus padres? la pregunté.

—No.

—¿No cree V. que el marqués puede ser su padre?

—De ningun modo; estoy segura de que no lo es.

—¿Ni pariente?

—Tampoco: yo debo haber sido desgraciadamente un instrumento de venganza, y es muy posible que el marqués haya cambiado el nombre que me dieron al bautizarme.

—¿Pero á qué título la tiene á V. consigo el marqués?

—A título de tiranía.

—Pero permítame V. que la haga observar, que la tiranía individual es imposible en los paises civilizados... que las leyes...

—Yo no quiero apelar á la ley.

—¡Ah!

—Escúcheme V. y juzgue como mejor le parezca mi conducta.

—Oigo á V. con un gran interés.

Margarita inclinó un momento la cabeza, y luego mirándome de una manera enloquecedora continuó su relato.

II.

Del mismo modo que ignoro quienes son mis padres, que dudo de mi nombre, estoy incierta acerca de mi edad: debo contar á mi modo de ver veinte ó ventidos años.

Ignoro ademas si he nacido en Europa ó América.

Mi primer recuerdo me lleva á los cláustros sombríos del convento de Santa Clara de la Habana.

Una monja alta, flaca, pálida, sombría, me tenia en su celda.

Me educaba humildemente.

Me trataba con dureza.

Las otras pensionistas eran mas felices que yo.

Sus padres, sus parientes, iban á verlas, á llevarlas regalos y flores.

Yo no tenia á nadie que se cuidase de mi.

La ascética sor Asuncion, durísima para consigo misma, no podia ser blanda y cariñosa para mi.

Ni aún el sol entraba en su celda sombría.

Una comida excesivamente frugal, un trabajo continuo, una oracion jamas interrumpida, pocas horas dedicadas al descanso, hé aquí nuestra vida: del coro á las labores, de las labores á la lectura de sombrías vidas de santos.

Yo estaba pálida, delgada, enferma.

Me ahogaba entre aquellas cuatro paredes oscuras.

III.

Y no sabia porque estaba alli.

Nadie me lo habia dicho.

Yo tampoco habia preguntado, porque el preguntar me estaba prohibido.

Mi pregunta se hubiera tomado por una falta de respeto y hubiera sido castigada.

Pasaron asi algunos años.

IV.

Cuando debia contar diez, sor Asuncion fué llamada una tarde á la celda de la abadesa.

Fué, permaneció fuera de su celda algun tiempo, volvió, me asió de la mano, y me llevó sin decirme una palabra á la celda de la superiora, y me dejó sola con ella.

La superiora me sentó á su lado y me dijo:

—¿Te gusta el convento, hija mia?

—Si señora; la contesté.

La madre Asuncion me habia acostumbrado á decir á todo que si.

—¿No te gustaria mas el tener hermosos vestidos, estar rodeada de niñas como tú, jugar con ellas, ser una señorita, en vez de ser una sierva?

—¡Oh! ¡si señora! la dije alentada por el acento de bondad de la superiora, eso me gustaria mucho mas.

—Pues bien, hija mia, hoy vas á salir del convento.

En efecto, aquel mismo dia me quitaron mi humilde hábito de educanda, y me pusieron un lindo traje de colegiala.

Aquella tarde una señora muy bella fué por mi: sor Asuncion me despidió dejándome oir su último regaño, y la superiora me besó y me dió algunas golosinas, algunos primorcitos de monja.

Salí del convento, entré en un carruaje con la señora que habia ido por mí y fuí trasladada al colegio donde permaneci cinco años.

Mi pension era tal como pudiera haberla tenido la hija de un hombre millonario, y como á tal, se me adulaba, se me daba la peor educacion del mundo.

Se me hacia voluntariosa y vana, exigente y descontentadiza.

Se excitaba mi soberbia ponderando lo que llamaba mi belleza; se me presentaba á todo el mundo; se me llevaba á todas partes.

Aquello era el reverso del convento.

Yo tambien era el reverso de mí misma.

Aquella especie de tez mate, impura, enfermiza que me habia dado el contínuo ensombrecimiento, por decirlo así, de la oscura celda de sor Asuncion, de aquellos patios altos y estrechos, de aquellos cláustros lóbregos, de aquellas galerias siniestras, con sus dos santos denegri, pintados en tablas rajadas por el tiempo, resconchadas, desquebrajadas; la languidez de mi vida monótona, que se habia traducido en la tristeza tenaz de mi semblante, mi enflaquecimiento, mi debilidad, todo habia desaparecido á los pocos meses de estar en el colegio.

Aquello era distinto: habitaciones alegres y elegantes, el jardin bello y sombroso, la alegría por todas partes: por todas partes séres rientes, niñas traviesas, maestras amables...

Me habia acontecido como al que, helado durante una noche lóbrega, conforta al fin al sol sus miembros ateridos.

A los cuatro años de mi permanencia en el colegio, era físicamente, lo que soy ahora: moralmente, una jóven educada de una manera completa.

Pero mi educacion habia sido puramente de adorno.

La música, el baile, el dibujo, la equitacion, la manera sencilla y elegante de vestir, hé aquí mis conocimientos.

Yo estaba desarmada contra la desgracia, si llegaba un dia que la desgracia, ó mejor dicho, la pobreza, llamasen á mi puerta.

V.

Mimada por mis maestras, para las cuales mis mas leves deseos se convertian en órdenes, envanecida por la envidia mal oculta bajo caricias de mis compañeras, yo me habia convertido en una pequeña reina.

Yo era feliz.

Me bastaba el colegio: no habia visto otra cosa fuera de él mas que el convento, y el horrible recuerdo del convento favorecia por un vigoroso contraste al colegio.

VI.

Pero habia llegado el dia en que arrancada del colegio por la voluntad misteriosa que me habia arrancado del convento, cambiase de nuevo de morada.

Hacia algun tiempo qne me visitaba un hombre extraño.

La directora del colegio que me acompañaba durante sus visitas, le trataba con un respeto, con una deferencia casi serviles: el marqués de la Roca...

VII.

Al pronunciar Margarita este nombre no pude contener una exclamacion.

—Si conoce V. al marqués, debe V. comprender

cuán violento debia serme verle, escucharle, sufrir durante dos horas casi todos los dias su repugnante mirada fija en mí, mirada que me ofendia, que me espantaba, que me causaba una sensacion de horror, porque el marqués...

—¿Estaba enamorado de V,?

—Y lo está.

Demasiado lo sabia yo.

No podia olvidar la terrible escena muda habida entre el marqués y Margarita en su gabinete, y vista por Luis y por mí desde una puerta de aquel mismo gabinete.

Margarita continuó:

—El amor del marqués me aterraba.

Aquel amor, si es que puede llamarse amor lo que el marqués siente por mí, no tenia palabras; se dejaba conocer solo en las miradas, en la expresion del semblante del marqués. Su conversacion era monótona, insoportable; sin embargo, la directora encontraba muy amable al marqués: habia tenido el privilegio de descubrir que el marqués tenia talento y un gran corazon.

Yo comprendí muy pronto que la directora estaba vendida al marqués, y hé aquí lo que me aterraba.

VIII.

Yo no sabia á que título eran las visitas de aquel hombre.

Desde el principio de estas, noté que los regalos

que me enviaba una mano misteriosa, crecian en número y en valor.

Las telas mas ricas, las modas mas costosas, las alhajas mas bellas, se sucedian sin interrupcion: aquello era una verdadera avalancha de regalos.

—¿De dónde puede proceder esto? preguntaba yo á la directora.

La directora se encogia de hombros y me mostraba siempre una carta brevísima que repetia sin cesar estas eternas palabras.

«Tenga V. la bondad, señora directora, de entregar los objetos que encierra el adjunto cajon, á Margarita.

¿Pero por dónde viene esto?

—Lo deja un criado.

—¿Y por qué no se pregunta á ese criado?

—Porque no es conveniente.

—Quiero ver á ese criado, dije al fin un dia.

—No me parece oportuno, me contestó la directora.

—¿Pero por qué?

Entónces la directora me presentó una carta de la abadesa del convento de Santa Clara.

Aquella carta decia que ocho años antes (la carta tenia la fecha de mi salida del convento), una mañana se habia encontrado en el torno del convento una niña al parecer acabada de salir de la lactancia, que á la niña acompañaba una carta en que se decia á la superiora que cuidase de mi crianza (porque aquella niña era yo), que se me educase procurando hacérseme fuerte y preparada á la pobreza; que se obede-

ciesen las órdenes que fuesen escritas de la misma mano que aquella carta; que se contase con una asignacion que seria remitida todos los meses, y que se guardase un profundo secreto, porque en él consistia la conservacion del honor y la paz de una familia. Por último la abadesa, decia haber recibido órden de entregarme á la superiora del colegio, y al hacerlo recomendaba á esta la obediencia á aquel misterioso poder, respetando siempre el honor y la tranquilidad de una familia que podian ser comprometidos, si el secreto de mi procedencia se rompia.

Esta era la primera revelacion que yo tenia acerca de mi orígen.

—Ya ves, Margarita, me dijo la Directora, que es necesario tomar esos regalos sin preguntar su procedencia; basta con que estos regalos vengan autorizados por una carta escrita por la misma mano que la que escribió la carta que te acompañaba cuando fuiste puesta en el torno del convento de Santa Clara.

—Pues me niego á recibir esos regalos, la dije, haciendo uso del ascendiente que se me habia dado, si no se me deja hablar á quien los trae.

La directora disputó por la primera vez conmigo, se enojó, y nos separamos disgustadas.

IX.

Durante tres dias me negué á salir de mi aposento.

En vano me dijeron que el marqués deseaba verme.

Contesté que no queria ser vista.

En vano mis compañeras llamaron á mi puerta. No respondí.

Me habian hecho voluntariosa, y era necesario que probasen los buenos efectos de la educación que se me habia dado.

Al fin, al cuarto dia, la directora llamó á mi puerta y me dijo:

—Ahí está el criado con una nueva carta y un nuevo cajon.

Entonces abrí.

—Que entre el criado, dije.

—Pero, Margarita, en el interior del colegio no entran hombres.

—No importa yo quiero que entre, y entrará, ó de lo contrario vuelvo á incomunicarme.

A esta intimacion la directora cedió, y poco despues entraba un hombre sumamente original en mi cuarto.

Aquel hombre era pequeño, grueso, con el semblante prominente, afectado por una sonrisa eterna; aquel semblante era tan vivamente sonrosado, que parecia estar iluminado por el resplandor de una hoguera.

M. Rouget, al interrogarle yo, me desesperó con su eterna é insoportable sonrisa, bajo la cual encubre un alma horrible, y con sus respuestas que se reducian todas á lo siguiente:

«No señorita.»

«No comprendo lo que V. me pregunta señorita.»

«Señorita, no puedo satisfacer los deseos de V.»

—Pues llévese V. eso y todo lo que ha traido.

—No puedo, señorita.

—Lo arrojaré por el balcon á la calle.

—No puedo responder nada á esa determinacion.

Apelé á las promesas, á las dádivas, y M. Rouget resistió heróicamente.

Es verdad que entonces no se atrevia á desobedecer al marqués, porque todavía el marqués no dejaba de ser temible desde la llegada de la noche hasta la llegada del dia siguiente.

Ahora es distinto.

Ahora compro la fidelidad de M. Rouget, y por esa razon me encuentro aquí, en medio de la noche, al lado de V.

X.

—Dice V., Margarita, que su historia es terrible, y hasta ahora me parece muy sencilla.

—Vulgar y sencilla ha sido hasta la época de mi conocimiento con el marqués; no hay nada mas vulgar que una hija de padres desconocidos, á la que se educa de una manera brillante, conservando acerca de su orígen un profundo misterio; no hay nada mas monótono que una existencia semejante; pero desde el dia en que tuve mi singular escena con M. Rouget, mi historia deja de ser vulgar y empieza á ser terrible.

Por lo mismo, suspéndamosla por hoy.

Antes de revelar á V. lo terrible de mi historia, necesito saber hasta qué punto puedo contar con V.

Ocupémonos de la situacion presente.

Voy á sintetizar en una sola frase la razon de las situacion anómala en que me encuentro, encerrada de noche y sola en el gabinete de un hombre.

XI.

Margarita calló, el color de su semblante creció, me miró como jamás me habia visto mirado por una mujer, y me dijo, pronunciando con dificultad sus palabras, con el acento opaco, trémulo, lleno de una mágia divina.

—Yo amo á V.

Despues añadió aprovechando la turbacion de felicidad que habian causado en mí sus palabras:

—El amor en la mujer es una razon bastante para disculpar su situacion cualquiera que ella sea, respecto á un hombre, porque el amor en la mujer, Andrés (yo no lo sabia hasta ahora), el amor en la mujer no es ni una sensacion, ni aun pasion; es mas que eso es una predestinacion: es su destino.

Yo escuchaba absorto á Margarita.

—En vano es que pretendan oponer á esta necesidad de amar que siente tan violentamente la mujer, la razon, las conveniencias, el aprecio ó el desprecio social: la mujer ha nacido para ser esclava de su corazon; todo consiste en que encuentre ó no al hombre que debe despertar en su alma toda la poesía, toda la abnegacion, todo el sentimiento, toda la idolatría

de que su alma es depositaria. Si le encuentra, el destino de la mujer se decide, y, ó es feliz cuanto puede serlo una criatura sobre la tierra, ó es la esclava mas abyecta, la criatura mas miserable de las criaturas; ó el hombre amado por ella es digno del sacrificio que la mujer le hace de su alma entera, y entonces la mujer se levanta hasta lo sublime de la virtud, ó es un miserable, un ser de lodo, y entonces la mujer desciende con él hasta el fondo del abismo de la infamia.

—¿Y tratándose de mí, Margarita, duda V.?

—Si.

—¿Cree V. posible que yo sea ese miserable que degrada á la mujer?

—Andrés, hay dos amores.

—Yo creia que no habia mas que uno.

—El amor es un sentimiento; pero el hombre está compuesto de cuerpo y alma, y entrambos sienten: el materialismo es el único que puede hacer sentir al cuerpo: el idealismo es lo único que puede hacer sentir al alma.

—Perdone V.; Margarita; pero lo que acaba usted de decir, es sofístico, y sofístico de una manera puramente metafísica.

—Andrés, yo no soy sabia: toda mi ciencia se reduce á ser mujer; ó sentir como siente la mujer, de una manera profunda, delicada, voluntariosa; yo comprendo que hay dos amores, y para que no me acuse V. de oscuridad, voy á procurar explicarme: hay un amor vulgar, el que generalmente experimenta la gran masa humana; el amor de los sentidos, el amor

á la forma, á la belleza, el amor que pasa, el amor que muere, como pasan, como mueren todas las impresiones materiales; ese amor degrada á la mujer que lo inspira, ese amor la humilla, la infama, la enloda; pero existe otro amor...

—¡Oh! ¡si! ¡si! exclamé ¡el amor soñado!

—¡El amor del alma! exclamó con vehemencia Margarita; el amor que se siente en el momento en que nos ponemos en contacto con el ser que debe necesaria é inevitablemente inspirárnoslo: el amor que se sobrepone á nuestra razon, porque es la suprema razon de nuestra existencia; el amor que de dos almas hace una sola; yo... no creia que ese amor existiese; yo como V. le creia... un amor sueño, y sin embargo, ese amor es una terrible realidad; yo le siento, yo le obedezco; el me ha traido aqui... él me llevará á mi suprema dicha ó á mi supremo infortunio; yo traigo en dote á ese amor, los sueños que durante cuatro años me han consolado de mis desgracias; las aspiraciones de mi alma; yo he visto ese amor desde el cielo y he bajado por el á la tierra; ¿si yo doy á V. mi amor, se elevará V. conmigo, Andrés, á ese cielo que mi imaginación ha abandonado por un momento?

—Temo que sea V. un sueño, una fantasma, una fascinación mia, exclamé: temo... me estremezco solo al pensar que tanta felicidad puede desvanecerse.

Yo sufria de una manera desconocida, gozaba de tal modo que el placer me atormentaba.

Me parecia ver al rededor de Margarita una aureola luminosa.

Necesitaba que las oleadas del alma de aquel ángel viniesen á mezclarse en una mútua espansion con las oleadas de mi alma. Necesitaba el halago de su palabra ardiente y enamorada.

Sentia una vida poderosa, una juventud exagerada, un desvanecimiento divino.

Aspiraba la pureza inmaculada de Margarita, que me enloquecia con su perfume, si se me permite esta frase, y el amor en todo su sentimiento, con todo su poder, me hacia sentir una nueva vida inmaterial, una nueva aspiracion del alma.

Y la belleza de Margarita se hacia á cada momento para mi mas resplandeciente.

Su mirada mas llena de espiritu, de luz, de armonia, de pureza, de amor, de felicidad.

Mi razon, ya demasiado violentada, acabó por perturbarse enteramente.

Entonces me acordé de las Memorias de Pablo el africano, de aquel cadáver hermosisimo arrojado por el mar en una noche de tempestad; de aquella roca en cuya punta se habia abierto una sepultura para aquel cadáver.

Me acordé de todas las creaciones de la supersticion.

De las almas en pena,

De los vampiros.

De los espectros.

De las wils.

De los duendes.

Recordé los cuentos de Hoffman.

Los delirios de los poetas árabes.

Hasta los milagros consignados en los santos libros.

XII.

Mi vida habia cambiado rudamente.

El dia antes era monótona, triste, insoportable por su quietismo.

Desde que ví á la Dama de noche, mi existencia se habia trocado.

Una fiebre ardiente me devoraba.

En mi cabeza se revolvian todos aquellos sucesos extraños.

Mi primera entrevista con Margarita en el palco del Teatro Real.

Mi encuentro despues con Inés.

La acometida de Pablo.

Despues las lúgubres escenas del arrabal extramuros de San Isidro.

Luego el entierro de Pablo y de Gabriela.

El dolor de Inés.

Mas adelante mi hallazgo del retrato y del rizo de Margarita entre las extrañas Memorias que me habia legado Pablo.

La lectura de parte de aquellas Memorias.

La visita de mi amigo Luis.

Nuestra traslacion al viejo palacio de campo.

M. Rouget.

Una voz de mujer que cantaba.

Margarita al piano, hermosa como el primer sueño de amores.

Por último, un hombre horrible que adelantaba hacia Margarita, y del cual ella se defendia con el horrible signo de una estrangulacion.

Hé aquí el índice de todos los recuerdos que se revolvian en mi imaginacion calenturienta: recuerdos de veinte y cuatro horas terribles, que parecian los materiales de una leyenda infernal, imaginada por el diablo.

Y á través de todo este cúmulo de excentricidades veia á Margarita á cada momento mas luminosa, por decirlo asi, mas fascinadora, mas fantástica, con la indescribible expresion de su semblante, con su exuberancia de vida, con su incomparable blancura, con su tesoro de cabellos rubios, con sus hombros desnudos, de una morbidez exquisita, con sus bellísimas joyas, con su elegantísimo traje, cuya ancha plegadura aumentaba el encanto, la majestad, la mágia de aquel todo maravilloso.

XIII.

Hubo un momento en que recordando aquella parte del manuscrito de Pablo que se referia á Margarita enterrada, se me ocurrió poner en práctica una prueba decisiva.

Yo habia respondido á las últimas palabras de Margarita.

- Temo que sea V. un sueño, un fantasma; una fascinacion mia; temo... me estremezco al pensar que tanta felicidad puede desvanecerse.

Margarita habia contestado á mis palabras con

una sonrisa divina, hermana de una mirada de los cielos, que irradiaron para mi sus ojos.

En el brevísimo espacio que duraron aquella sonrisa y aquella mirada, sentí todo lo que he dicho antes, pensé valerme de la prueba decisiva que podia asegurarme de si Margarita era un fantasma ó un ser real, y saqué el medallon donde estaba su retrato y el rizo de sus cabellos, que tenia en un bolsillo de mi paletó.

—¿Qué es eso? dijo Margarita con curiosidad, al ver brillar la joya.

—Un admirable retrato de mujer, la respondí: la imágen de la criatura que mas me ha hecho sentir.

—¡Ah! ¿si? dijo Margarita, cuyo semblante se habia nublado: ¡el sacrificio que todo hombre hace del amor antiguo al amor nuevo.

—¡Oh! ¡no señora! yo no sacrifico el amor de esta dama á ningun otro amor; la amo todavia, la amaré siempre, moriré amándola; no he amado á ninguna mujer mas que á ella, ni podré amar á otra; si esta mujer, si esta deidad, no es mia alguna vez, seré el hombre mas desgraciado del mundo: ella es toda mi esperanza, toda mi vida: cómo puedo yo sacrificarla á nadie ni por nada?

XIV.

Mi alma se inundó de alegría.

Margarita sufria visiblemente; á medida que yo hablaba, su palidez y la agitacion de su seno crecian,

la expresion de un dolor agudo, mal comprimido, asomaba á su semblante.

—Me he engañado, dijo al fin levantándose y quedando de pié en una magnífica actitud, por la dignidad, por la altivez que aquella actitud representaba; me he dejado arrebatar por un sentimiento falso, por un sueño; caballero, hágame V. el favor de permitirme que me vuelva á mi casa; de prestarme su carruaje.

—Antes suplico á V. mire este retrato, y vea si la persona en él representada merece la idolatría que siento por ella.

—¡No! dijo Margarita fijando en mi una mirada en que se revelaba todo lo terrible, todo lo enérgico de su alma.

—Este retrato se encontró una noche de luna, á la orilla del mar, entre las rocas; en otras rocas mas avanzadas se veian los restos de una fragata que habia naufragado: este retrato estaba dentro de una caja de lata embreada; le acompañaban un pañuelo, un rizo de cabellos rubios y un papel en que se leia... *Margarita... nació* (no recuerdo la fecha), *murió* (he olvidado la fecha tambien).

—¿Ha muerto la mujer de quien es ese retrato?

—¡Su cadáver estaba junto á las olas! dije con extrañeza porque Margarita no parecia recordar nada.

—Si era infeliz, dijo, Dios tuvo compasion de ella.

Estas palabras de Margarita me causaron un efecto terrible; sentí frio; creí que era en efecto un espectro.

—Pero es, dije con angustia, que la imagen representada en este retrato, la mujer á quien amo con toda mi alma se llama Margarita; ¡es V.!

—¡Yo! ¡pero esto es incomprensible! yo no he muerto... ¡vamos! ¡esto es un delirio! no comprendo, no puedo comprender lo que V. me dice!

—Mire V. al menos este retrato y este rizo.

Margarita se inclinó hácia mi y miró el retrato.

Al verle dió un grito y me arrebató el medallon.

—¡Yo! ¡exclamó, ¡sí! ¡yo soy! este retrato se hizo en la Habana poco antes de que el marqués se embarcase para Europa conmigo; el marqués de la Roca habia puesto en una caja de lata este retrato, un rizo mio, un pañuelo; pero yo no recuerdo mas: ¡ah! ¡comprendo! ¡si, comprendo! ¡la desdichada Rosalia! pero Rosalia era negra, ¡era una esclava! ¡cómo al verla náufraga, muerta, la pudieron confundir conmigo! ¡á no ser que una larga permanencia en el mar¡ ¡pero no puede ser! ¡por descompuesto por desfigurado que esté un cadáver arrojado á la playa por las olas, no se puede confundir á una blanca con una negra! ¡oh! ¡y qué recuerdos ha despertado V. en mi! ¡qué noche tan horrible aquella! ¡y sin embargo, al horror de esa noche debo mi seguridad al lado del marqués! ¡me basta ponerme las manos en el cuello como si fuera á ahogarme con ellas! ¡Rosalia! ¡oh!

Un nuevo crimen parecia levantarse delante de mi, vago, misterioso, aterrador.

—¡Siempre ese hombre! ¡ese terrible hombre! ese ogro humano! continuó Margarita,

Yo hasta entonces habia creido que el romanti-

cismo era una cuestion de escuela; la exageracion de las pasiones y de los caractéres explorada por los dramaturgos y por los novelistas, para causar efecto, para excitar el interés por medio del terror poniendo en juego lo excepcional y aún lo absurdo; creia que la tragedia en todo su esplendor estaba relegada al teatro; y sin embargo, se estaba desenvolviendo á mi vista una historia fuertemente romántica de la que por todas partes brotaban crímenes, en la que todo era extraordinario, en que no aparecia un solo personaje que no estuviese loco; porque aún Margarita me parecia poco dueña de su razon, y en cuanto á mi, ya he dicho que no sabia donde estaba, si en el mundo real, ó en la region fantástica de los sueños.

XV.

Margarita seguia contemplando con terror su retrato.

—¡Yo le creia perdido! dijo: y luego, volviéndole y mirando el rizo que estaba bajo el otro cristal del medallon, añadió: y estos son cabellos mios; aún están atados como yo les até; con esa cinta azul y blanca; pero no comprendo, no comprendo esto.

—¿No recuerda V. haber naufragado, Margarita?

—No: únicamente que al trasponer el sol del mismo dia en que nos hicimos á la vela para Europa...

—El 10 de Julio! ¿no es verdad? la dije recordando la fecha consignada en el manuscrito que me habia dado Pablo.

Margarita me miró con una creciente admiracion, con un terror creciente.

—Exactamente, el 10 de Julio de 18... nos hicimos á la vela; el buque era propiedad del marqués y le mandaba él mismo; porque el marqués, capitan antiguo de navío de la armada real, es un escelente marino: al ponerse el sol, el marqués miraba con una atencion sombría el horizonte teñido por una larga ráfaga de color de sangre.

—Esta noche tendrémos danza con acompañamiento de la música del cielo, y con una brava iluminacion á ratos: ¿eh? ¿que te parece, Gaspar?

Gaspar era el piloto; un negro atlético y valiente: esclavo del marqués.

El resto de la tripulacion era tambien de negros; los únicos blancos que íbamos á bordo, éramos el marqués y yo.

—Paréceme, mi amo, dijo Gaspar, que debemos estar preparados, para que cuando el huracan salte sobre nosotros, no nos coja desprevenidos.

—Aún hay tiempo, Gaspar, mucho tiempo, dijo el marqués, y se volvió hácia la cámara, en cuya puerta estaba yo.

—La noticia de que estábamos amenazados de una tormenta me habia causado una impresion sumamente desagradable, y estaba muy pálida

El marqués me dijo.

—Vamos, ¿á qué ponerte más blanca de lo ordinario? todo se reducirá á correr algunas millas algo de prisa; el huracan empuja y el mar abre paso; para que no te asustes, tú, que nunca te has embarcado, que

no has visto el mar más que desde la playa, yo te daré á beber cuando sea necesario algunas gotas de un licor admirable; estarás durmiendo lo menos veinticuatro horas, y cuando despiertes todo habrá pasado.

Pronunció el marqués aquella frase *todo habrá pasado*, con tal acento, que sentí un vago terror, un terror sin objeto.

—El marqués, le dije con ansiedad, ¿se habia convertido acaso en tirano de V.?

—Comprendo la causa de esa pregunta, Andrés; sé que V. me ama, que siente por mí uno de esos afectos celosos é intolerantes que se alarman por todo, que por todo se estremecen.

—Pero sentémonos; la causa que me habia impulsado á separarme de V. ha desaparecido, y aún nos queda mucha noche; son las dos, y hasta las seis no amanece.

Margarita me devolvió el retrato y se sentó.

Yo me senté frente á ella lleno de ansiedad.

XVI.

—De una vez para siempre, dijo Margarita, esté usted tranquilo; soy digna del exclusivo amor de usted; no he amado hasta ahora; la Providencia me ha salvado de ese hombre, y puedo, sin sonrojarme, unir mi existencia á la de V.

Por un movimiento irreflexivo, por una violenta oleada, por decirlo así, de mi voluntad, me arrojé á

sus piés, la así las manos, y se las cubrí de besos y de lágrimas.

Margarita me levantó suavemente, me miró con una triste ternura y me dijo:

—Siéntese V.

Me senté.

—He estado á punto de ser la esposa de ese hombre, me dijo.

—¡Luego!...

—¡Qué! ¡señor incorregible! ¡señor celoso pertinaz! concluya V.; no gusto dejar pasar las reticencias.

—Si ha estado V. á punto de casarse con el marqués... respondí con trabajo.

—Concluyamos: sepamos cuál es esa nueva duda.

—Ha debido V. amarle.

—¿Qué sabia yo de amor á los quince años? para mi el matrimonio no pasaba de ser una union sin consecuencia; yo entonces era inocente en toda la extension de la frase: el libro de la vida estaba aún cerrado para mi; vivia en la casa del marqués, y creia que despues de casada seguiria viviendo del mismo modo.

—¡Vívia V. casa del marqués!

—¿No le ha dicho á V. Luis de Arévalo, el sobrino de ese hombre que un dia se encontró de repente delante de mi, casa de su tio?

—Si, si por cierto; pero ¿á que título tenia á usted consigo el marqués?

—A título de un misterio; vamos, para que se tranquilice V. del todo, veo que es preciso que continúe mi historia desde el punto en que la dejé; esto

es, desde la época en que obstinándome en saber quién me enviaba tan ricos regalos al colegio, me encerré á piedra y lodo, y me negué á dejarme ver del marqués y de todo el mundo.

Ya he dicho á V. que se me habia criado muy mal, y se me habia hecho, á fuerza de darme gusto en todo, excesivamente voluntariosa.

Al fin la directora se vió obligada á decirme que quien atendia á todos mis gastos era el marqués.

—¿Y por qué hace eso el marqués? dije.

—Porque es tu tutor.

—¡Mi tutor! ¿y quiénes son mis padres?

—El marqués debe saberlo.

Entónces ya no me negué á ver al marqués; por el contrario, deseé verle. Cuando lé ví le dije.

—Caballero, me han dicho que es V. mi tutor.

—Sí, hija mia, me respondió.

—Si es V. mi tutor, debe saber quiénes son mis padres y cuál mi apellido.

—Lo sé, me respondíó: pero no lo sabrás tu hasta el dia en que te cases.

—Pues bien, quiero casarme al momento, le dije sin saber lo que decia.

El marqués sonrió de una manera que entonces no pude explicarme, pero que me he explicado despues, porque aquella sonrisa me habia causado, no sé por qué, tal impresion, que no pude olvidarla, y aún la recuerdo como si la estuviera viendo. Era una sonrisa de fruicion impura; el placer que causa la pureza inmaculada de una niña en el hombre, todos sentidos, que, la codicia.

—Pues bien, me dijo, te casaràs muy pronto pero para ello es necesario que salgas del colegio.

—¿Y adónde voy?

—A mi casa. ¿Pues qué, no soy yo tu tutor?

XVII.

Tres noches despues fueron por mí al colegio con un carruaje.

El carruaje iba vacío.

La directora del colegio me acompañó y aquella misma noche quedé instalada en un aposento elegantísimo.

Nada de lo que puede desear el mas exigente capricho de una mujer, faltaba; nada, excepto animacion.

Durante ocho dias no ví á nadie mas que á cuatro jóvenes esclavas que me servian.

Las ventanas de mis habitaciones daban á galerias cerradas por persianas.

Desde aquellas persianas sólo se veia un extenso jardin á la inglesa rodeado de cocoteros y plátanos.

Unido á mis habitaciones estaba el departamento de los baños, y en este departamento habia una magnífica glorieta cubierta por una bóveda de lianas y enredaderas, con pavimento de arena fina y una fuente de mármol en el centro.

—¿La glorieta donde encontró á V. de repente Luis? dije á Margarita interrumpiéndola.

—Cabalmente en aquella glorieta pasaba yo largas

horas de fastidio meciéndome en la hamaca y entregada á un despecho sordo.

Aquello era mas hermoso que el colegio: pero la belleza de una habitacion desierta aumenta su soledad.

No se construyen extensos salones, no se decoran con toda la belleza y toda la coqueteria del arte, no se alhajan con ricos y bellos muebles, para que nadie los vea, para que vague por ellos prisionera y triste una mujer completamente aislada.

En el colegio no se admiraban aquellos techos, aquellas paredes deliciosamente pintadas: no se pisaban alfombras de palma tan finas, tan bellas, tan deliciosamente labradas y matizadas: no se reproducian las imágenes sobre gigantescos espejos; no relumbraba tanto oro, tanto fausto: pero por todas partes se oia reir, por todas partes se encontraban rostros amigos, y el tiempo pasaba con rapidez.

En la opulenta mansion que me habia destinado el marqués, los dias y las noches se hacian interminables; el tiempo no se movia.

En aquellos inmensos salones el ruido de los péndulos aumentaba la soledad y la tristeza: parecia que el marqués habia querido ponerme cuanto le era posible en contacto con la eternidad.

XVIII.

El primer dia de mi estancia en aquella casa, le pasé como aturdida, esperando la llegada del marqués.

Pero el marqués no pareció.

Se me sirvieron el almuerzo y la comida por las silenciosas y humildes esclavas negras que me cuidaban, y cuando pregunté si el marqués no comia conmigo, me contestaron que el amo estaba fuera de la ciudad.

Pregunté cuándo volveria, y me respondieron que lo ignoraban,

Me resigné.

Al dia siguiente hice un viaje de exploracion alrededor de mis habitaciones, esto es, al rededor de mi mundo.

Pero no encontré una sola puerta por donde se pudiera salir de ellas.

El jardin estaba de la misma manera incomunicado.

Sin disputa habia entrada y salida, pero debian ser secretas.

Por mas que exploré, no encontré un solo vestigio de puerta oculta.

Pregunté á las èsclavas, y me contestaron que ellas no sabian por dónde se entraba ó se salia: que el amo las habia hecho entrar con los ojos vendados, y que no las habia quitado la venda hasta que estuvieron dentro.

—¿Pero por dónde entran los alimentos? les dije.

—La señora habrá reparado, me dijo la esclava que desempeñaba las funciones de cocinera, que no se la han servido mas que aves y carnes conservadas; la despensa está perfectamente provista.

No habia mas que preguntar.

Me rendí pero me rendí desesperada.

XIX.

Asi conté ocho dias insoportables.

Al noveno, y cuando me llamaron para almorzar, encontré la mesa preparada para dos personas.

—¿Quién almuerza conmigo? pregunté.

—El amo que ha vuelto de la hacienda, me contestaron.

En efecto, al poco espacio entró el marqués.

Venia vestido con cierta afectacion, cuidadosamente peinado, perfumado, como si hubiera tenido un vivo interés en causar en mi buen efecto.

Despedia de si una fuerte emanacion de esencias, y habia logrado quitarse en la apariencia un par de años.

Pero siempre era viejo, ó debia parecérmelo, porque un hombre de cincuenta años que no ha debido grandes ventajas físicas á la naturaleza, siempre es viejo á los ojos de una niña de quince.

El marqués se disculpó de su ausencia atribuyéndola á una causa grave.

Me sirvió con suma delicadeza, y logró distraerme y aún hacérseme simpático?

Yo me quejé de mi encierro y de mi soledad.

El marqués se afligió mucho, al parecer de mi disgusto; y me suplicó que tuviese aún un poco de paciencia: que motivos graves impedian que yo fuese

vista en su casa, pero que estos motivos desaparecerian en el primer dia de nuestro enlace.

Que habia que preparar los documentos que probaban la legitimidad de mi nacimiento, y que hecho esto y celebrado el matrimonio, me llevaria á Europa.

Yo, inocente siempre, le supliqué con empeño que el matrimonio se efectuase cuanto antes.

El marqués estaba encantado; á medida que hablaba conmigo parecia rejuvenecerse.

De improviso sonó un timbre, y el marqués hizo un gesto de disgusto.

—¿Qué me querrán ahora? dijo: dispénsame un momento, Margarita, si te dejo antes de lo que pensaba: volveré y no nos separaremos: yo te mostraré que hay medios para ser mas feliz de lo que crees.

Y asiéndome las manos me besó en la frente y salió.

La Providencia me salvaba, Andrés.

XX.

La llegada del marqués, la manera cariñosa con que me habia tratado, las promesas que me habia hecho disiparon mi mal humor.

Estaba alegre, y en aquel tiempo cuando me sentia contenta, cantaba como los pájaros.

Hacia calor, tomé una guitarra, y me fuí á la glorieta cubierta donde siempre hacia fresco, me recliné en la hamaca, y me puse á cantar un tango precioso por su dulzura y por su expresion.

—¿Y entonces fué...? la dije.

—Si, entonces fué cuando... oí un fuerte rechinamiento, como el de una puerta que se abre despues de haber estado cerrada mucho tiempo en un lugar húmedo; volví la vista adonde sonaba aquel extraño ruido y ví que una parte de la pared de verdura de la glorieta se abria.

Aquella era una puerta secreta, perfectamente oculta entre el follaje. Por aquella puerta entró...

—Luis de Arévalo, que iba en busca de su tio para tomar con él un baño.

—Exactamente, Luis de Arévalo: entonces parecia mucho mas jóven y mucho mas bello: anoche en el Teatro Real me costó trabajo reconocerle.

—¡Ah! ¿le pareció á V. jóven y bello á la primera vista Luis?

—Si, me pareció bello, pero me pareció tambien fatuo, extravagante, y yo no gusto de la fatuidad ni de la extravagancia, señor celoso incurable.

—¡Ah Margarita! las que son tan hermosas como V., al par que inspiran amor, inspiran una inquietud mortal.

—Que las ofende, señor mio, porque esa inquietud se apoya en una duda, y la duda acerca de una mujer digna...

—¡Ah! ¡perdone V.!

—Perdono y sigo: apenas abrió Luis la puerta, me vió; apenas me vió abrió los ojos y la boca de una manera extraordinaria y se quedó inmóvil, fijando en mi una mirada tal y tan extraña, que me obligó á soltar una carcajada.

La impresion que yo habia causado en Luis apareciendo ante él de una manera imprevista, le habia convertido en una caricatura.

Luis lo notó, se sobrepuso á la impresion, se quitó el sombrero y adelantó hácia mi.

—Perdone V., me dijo inclinándose con finura, pero con un marcado sabor de fatuidad en el acento y en las maneras; perdone V. señorita; yo no creia...

—¿Perdonar á V. cuando ha hecho V. un descubrimiento mas precioso que el de Colon?

Yo aludia al descubrimiento de aquella puerta.

Pero Luis se equivocó.

Creyó que sin duda se las habia con una precoz aventurera que su tio, por decoro de su casa, tenia escondida

—Indudablemente, señorita, me dijo: V. para mi es un precioso descubrimiento, pero por lo precioso mortal.

—¿Mortal? le dije riendo y dejando la hamaca y en ella la guitarra.

—Si, señorita; el abrir esa puerta ha sido para mi equivalente á tocar al resorte de una máquina infernal: he sentido deshecho el corazon.

—¡Siempre loco y excéntrico Luis! observé.

—Pues bien, no se puede amar á un hombre loco y excéntrico á la manera de Luis, sino siendo loca y excéntrica como él.

La actitud que Luis habia tomado me hizo tomar por instinto una actitud digna.

A pesar de ella, Luis continuó.

—¿Pero podré esperar, señorita, que V. repare los estragos que ha causado en mi la súbita impresion de su hermosura?

—No comprendo á V., caballero.

—¡Yo la amo á V.! dijo Luis con acento declamatorio cayendo á mis piés de rodillas.

Yo habia leido el amor en las novelas sin comprenderle: la forma con que todo autor que se aprecia, envuelve los lugares peligrosos, habia sido un velo bastante espeso para que nada hubiera podido ver á través de él mi inocencia de entonces.

Me agradaba sin embargo la situacion, porque ¿á que jóven no la agrada que la llamen hermosa y que la digan que la aman, sea quien fuere quien se lo dice.

Recordé un pasaje análogo á aquella situacion en una de las novelas que habia leido recientemente, y contesté.

—¿Pero V. quién es, caballero? yo no le conozco.

—Yo, señora, soy Luis de Arévalo.

—Pero bien...

—Sobrino de mi tio D. Agustin Dávila.

—¿Pero quien es Don Agustin Dávila.

—¡Cómo! ¿no sabe V. cómo se llama el marqués de la Roca?

Y efectivamente no lo sabia.

Siempre habia oido nombrar por su título al marqués.

—No, no, señor, le dije, le conozco hace poco tiempo; sin embargo, el marqués es mi tutor.

—¡Cómo! ¿es V. pupila del marqués? Pues me alegro: asi se quedará todo en casa; porque yo, señorita, soy el heredero presunto de las inmensas rentas de mi tio, que es solteron y que no se casará nunca; porque ¿qué mujer ha de cargar con su catarro crónico, con su reuma crónico, con sus cuatro fuentes crónicas, y con su mal genio crónico? el marqués no se casará.

—Si señor; y se casará pronto.

—¿Y con quien?

—Conmigo.

—¡Con V.! ¡que mi tio se casará con V.! ¿que V. ama á mi tio? ¡Imposible!

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque yo arrancaré á V. de esa desventura sacándola de aqui.

—¡Ah! ¡sacándome de aquí! ¡Pues bien, yo tambien quiero salir por donde V. ha entrado.

—Y despues huirémos...

—No caballero, perdone V. el espacio que hay mas allá de esa puerta es todavia la casa del marqués yo saldré de este lugar... voy á salir... salgo... (y me encaminaba á la puerta) pero no saldré nunca de la casa de mi tutor como no sea con él.

Y salí.

—¡Ah, maldito viejo, y como se regala! oí decir á mis espaldas; ¡y luego dirán que las niñas de quince años no son interesadas!

Solo delante de V., Andrés, pronunciaria yo estas palabras.

¿Pero no estoy aqui sola en medio de la noche

con V.? ¿No le he abierto mi corazon y mi alma? ¿No he dado á V. con ellos toda mi confianza?

Y es porque sé que V. me ama, que es V. un hombre de honor: con Luis, aún amándole, no me hubiera atrevido á tanto.

—Luis está acostumbrado al trato de ciertas gentes, Margarita, y es inoportuno y grosero con mucha frecuencia.

—Es un pobre huérfano abandonado á si mismo: una víctima mas del marqués.

Yo me habia escapado alegremenre por la puerta que sin pretenderlo me habia descubierto Luis, loca y confiada, creyendo de buena fe que el marqués no se enojaria.

Y si se enojaba, ¿qué me importaba?

¿No me habian tambien educado mal á mi?

¿No era excesivamente voluntariosa?

XXI.

Yo habia encontrado unos corredores estrechos, una especie de laberinto, y adelantaba por él á la ventura sin encontrar ninguna puerta.

Luis me seguia charlándome de amor y pronunciando nuevas invectivas contra su tio.

De repente me detuve.

Cerca de mí, al revolver de uno de aquellos pasillos, oí dos voces irritadas.

Por la una reconocí al marqués.

La otra me era completamente desconocida.

¡Oh! ¡que dia, que dia tan terrible el 25 de Mayo.

¡Qué dia de crimen y qué noche de horror!

XXII.

Margarita se detuvo de repente, y se estremeció de una manera poderosa.

Durante algun tiempo guardó silencio, y luego de improviso levantó la cabeza, me miró de una manera ansiosa, su mejillas se colocaron, y exclamó con exaltacion:

—Pero yo soy inocente: la sangre de aquel hombre no puede ser arrojada sobre mi cabeza: si algun crimen hay en mi, es no haber entregado, en cuanto he podido, á la justicia humana al asesino, al infame.

Pero la justicia de Dios le ha castigado.

¡El miserable está loco!

—¿Y cómo convertirse en denunciador un ángel, exclamé.

—El ángel tiene algunos momentos de remordimiento, dijo tristemente Margarita; el ángel ve alguna vez en sus sueños una sombra terrible; que como la del rey Hamlet al principe Hamlet, me pide venganza.

—Pero el príncipe Hamlet, vengando al rey Hamlet, vengaba á su padre.

—Sea como quiera, que me perdone Dios: pero no puedo... no puedo...

Margarita volvió á inclinar la cabeza.

XXIII.

—Y aquel crímen, dijo al fin despues de algunos instantes de silencio, me libraba de una inmensa desgracia, dándome á conocer al marqués, con el cual á ignorar yo aquel crímen, me hubiera casado. Dios acaso ha querido que yo sea el suplicio del marqués, porque sin poderlo evitar, defendiéndome, le he vuelto loco.

¿Pero qué crímen fué ese, Margarita?

—Estamos en una noche de revelaciones; por otra parte yo tenia necesidad de aliviar mi alma del peso insoportable de este secreto. ¿Y á quién confiarle mejor que á un hombre amado antes de conocerle, dige mal, amado sólo por el conocimiento de su alma? porque V., Andrés, arroja su alma en sus versos: tras ellos se le ve á V.

—¡Ah! ¡Margarita!

—Mi amor, pues, era ya antiguo, y su presencia de V. no le ha destruido.

Por el contrario, le ha aumentado.

—Cuenta, Margarita, con que no me vuelva loco como el marqués de la Roca.

—¡Ah! ¡no! si V. enloquece, enloquecerémos los dos.

Voy á continuar; necesito salir pronto del repugnante lago de sangre en que voy á entrar.

Sonaban, pues, cerca de mí... cerca de nosotros, porque Luis estaba inmediatamente á mi espalda, dos voces irritadas.

—Sí, lo repito; vengo por tu sangre, decia la voz

que era para mí desconocida; la necesito toda para apagar la sed de mi venganza, Agustin: tú has mancillado lo mas sagrado, lo mas respetable: te has aprovechado de mis frecuentes ausencias, de mis largos viajes para cubrirme de oprobio, y no contento con eso, me has robado: mis negocios estan en mal estado ¿lo comprendes? algun dia me veré precisado á quebrar: ¿sabes tú lo que quiere decir esta palabra para un hombre de honor?

—Nada tengo que ver con eso, contestaba el marqués: se me calumnia, se ha interpretado infamemente mi intimidad con Gabriela; ¿acaso Gabriela no es mi prima, mi prima hermana?

—Sí, la prima hermana de un marqués arruinado, de un miserable que se ha enriquecido de una manera fabulosa, mientras el opulento banquero, el esposo de esa mujer se arruina.

—Mientes, exclamó el marqués: la trata del ébano me ha dado tesoros.—¿Sabe V. lo que se llama ébano en América, Andrés? dijo Margarita como poniendo una nota á su relacion: pues bien se llama ébano vivo á los negros africanos que se traen á los mercados de América.

—¡Ah! exclamé; ¿con que el marqués ha sido negrero?

—Y horrible, pero continúo.

—Sí, has ganado tesoros en la trata pero los has gastado.

—¿De modo que mis actuales riquezas te las he robado? dijo con la voz trémula de colera el marqués.

—Me lo has robado todo; amor, honra, dinero.

—Repito que me calumnian: ¡las pruebas!

—¡Las pruebas! buscando papeles, créditos, acumulando valores, he encontrado en el secreter de Gabriela... lo que ella llama sus Memorias, una horrible y completa revelacion.

—¡Y esas Memorias!... exclamó anhelante el marqués, esa prueba.

—¡Ah! Gabriela estaba fuera de casa cuando yo abrí su secreter en busca de joyas, de valores... Gabriela no sabe que yo he leido esas Memorias: las he dejado en su lugar, en su lugar las joyas: he procurado que no se note el menor desórden, y lo he arreglado todo con la paciencia y la calma de la venganza: necesito matarte antes que á ella: necesito que nada la advierta, que no pueda huir, porque á ella no puedo matarla como á tí, en duelo.

La voz del desconocido habia llegado á ser horrible.

En cuanto al marqués, se oia el hálito, el rugido sordo de su cólera, y en el momento en que el desconocido pronunció las últimas palabras, se oyó un ruido especial, el ruido de un cuerpo que caia al suelo rudamente acometido por otro.

Y luego golpes horribles, sordos, repetidos y gemidos ahogados.

De una manera involuntaria Luis y yo nos lanzamos hácia el lugar donde aquel horrible ruido resonaba.

Era un extenso despacho.

En el centro de él, el marqués arrojado sobre un

hombre, como el tigre sobre su presa, le oprimia con ambas manos el cuello.

Y al mismo tiempo golpeaba con fuerza, ó por mejor decir, hacia chocar la cabeza de aquel hombre contra el pavimento de mármol.

—¡Tio! ¡tio! exclamó Luis lanzándose sobre el marqués y asiéndole los brazos por detrás. ¡Qué barbaridad!

Pero al ver la sangre que salía á borbotones de la cabeza de la víctima y se extendia en arroyos sobre el pavimento, Luis retrocedió pálido como un espectro.

Yo estaba aterrada.

El marqués nos sintió, y se alzó verde, lívido, espantado.

—¿Qué haces aquí? ¿quién os ha traido aquí? exclamó roncamente, devorándones con una feroz mirada de amenaza.

XXIV.

De repente el marqués se salió del despacho como huyendo.

Luis y yo permanecíamos allí como retenidos por una influencia terrible.

Durante algun tiempo permaneciamos inmóviles.

El terror nos dominaba.

Entrambos teniamos fija la vista en aquel hombre que permanecia tendido é inmóvil, y de cuya cabeza

salia un mar de sangre, aumentando el charco que le rodeaba.

A un mismo tiempo y como impulsados por un mismo pensamiento, Luis y yo nos acercamos á aquel infeliz.

Queriamos socorrerle, pero nuestro socorro era ya inútil; estaba muerto.

XXV.

Aquel hombre demostraba tener como cincuenta años y haber sido bello y simpático, á pesar de que la expresion de la agonía y la cólera le desfiguraban.

Su traje era el uniforme de diario de la marina de guerra española, y por sus insignias demostraba ser capitan de navío.

Luis y yo no podiamos separarnos de allí.

Parecia que mis piés se habian adherido al pavimento.

Luis pugnaba por levantar el cadáver, esperando que un indicio cualquiera le demostrara que aún vivia.

Pero inútilmente: el cadáver se desplomaba de nuevo.

Luis se ensangrentaba las manos, y blasfemaba de una manera horrible, maldecia á su tio, maldecia á su suerte que le habia llevado allí, y entre estas blasfemias y estas maldiciones exclamaba sin cesar:

—¡Pobre Gabriela! ¡Pobre Inés!

Y volvia á pugnar por volver aquel desgraciado á la vida.

—¿Pero le conoce V.? dije á Luis dominando mi terror que entorpecia mi razon y mi lengua.

– Sí... sí... le conozco mucho... ya lo creo... como que es marido de mi tia segunda Gabriela Galvez de la Roca: como que es padre de mi prima Inés, que es una hermosa niña de quince años: pobre viuda! ¡pobre huérfana! ¡y arruinadas! ¡porque aquí se ha hablado de ruina, de quiebra, de deshonra! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

XXVI.

Margarita se detuvo como tomando un descanso preciso, en su relacion de horrores.

Yo me sentia malo.

Margarita me hacia una revelacion mas completa de lo que ella pensaba.

Acababa de darme la clave de la locura, de la enfermedad, que habia llevado á la tumba á la madre de Inés, á la misteriosa mujer, señora ó amiga del negro Pablo.

Entonces y sólo entonces comprendí aquellas cartas escritas por Gabriela á un hombre que al parecer tenia la obligacion de amarla y de protegerla.

Todas las personas que habia conocido desde hacia tres noches, se relacionaban, se enlazaban ante mí por la revelacion de Margarita.

Sin embargo, supe ser prudente.

Necesitaba saber mas, dominar completamente aquella historia, para hacer á mi vez graves revela-

ciones á Margarita; no sé por qué presentia yo que entre ella é Inés existia una relacion inmediata.

Guardé pues silencio.

XXVII.

Margarita continuó.

—El marqués apareció de nuevo junto á nosotros.

Venia mortalmente pálido, pero mas sereno, y nos habló sin dureza.

—Ha sido un momento de cólera, un funesto momento de extravío; ese hombre y yo nunca hemos sido buenos amigos... me ha insultado gravemente, ha provocado mi cólera; me ha vuelto loco.

Nosotros no contestamos.

El marqués se acercó á su víctima y la examinó.

—Todo es ya inútil, dijo: ¡muerto!

Y dirigiéndose á una puerta, nos mandó que le siguiésemos.

Le seguimos.

El marqués atravesó algunas habitaciones, y se detuvo en una.

Nosotros permanecimos aterrados ante él.

El marqués estaba horrible con su semblante desencajado, sus cabellos grises erizados completamente manchada de sangre sobre el pecho la camisa.

—¿Como has entrado aquí, Luis? dijo á su sobrino.

—Por una puerta que he encontrado abierta y que yo no conocia.

—Es verdad; la llegada de ese hombre me turbó;

necesitaba hablarle donde nadie nos oyese; le introduje aquí, y en mi turbacion dejé abierta la puerta secreta; pero ya está cerrada; nadie entra en mis habitaciones sin que yo le llame... nadie habrá oido... ¿lo entendeis?... nadie puede saber lo que ha sucedido aquí; si se sabe será por vosotros...

– No, no, tio; no lo sabrá nadie, dijo Luis... yo quisiera no saberlo...

—¡Yo callaré!... ¡yo callaré!... exclamé aterrada por la mirada que el marqués tenia fija sobre mí.

—¿Y cómo estás tú aquí, Margarita? me preguntó el marqués.

—Yo estaba en la glorieta del jardin cuando se abrió una puerta que yo no conocia y entró este caballero, respondí.

—¿Y tuviste curiosidad de saber á donde se iba por aquella puerta?

—Ojalá no la hubiera tenido.

—Bien, muy bien; dijo el marqués, no importa; me ayudareis á ocultar esta desgracia; á mí solo me seria difícil; es necesario borrar estas señales de sangre.

—Sí, tio, sí; y yo necesito lavarme las manos, dijo Luis.

—No, todavía no; antes es necesario que lavemos el suelo donde esa sangre ha caido; afortunadamente es de mármol: pero no; será mejor otra cosa; ven conmigo, Margarita.

Y me asió de la mano.

—Tú no te has manchado de sangre, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡yo, no!

El marqués tiró de mi y me llevó de nuevo á la glorieta, donde me encontraba cuando entró Luis.

—Olvida lo que ha sucedido, me dijo: esto ha sido un sueño, un sueño horrible y nada mas.

Despues de esto cerró la puerta y me dejó sola.

XXVIII.

Y, en efecto, apenas me quedé sola, me pareció que todo lo que habia sucedido, no habia pasado de ser sueño.

En aquella verde glorieta todo era paz.

La luz entraba amortiguada al través del follaje, la fuente murmuraba constante y monótona; un silencio profundo lo envolvia todo; la guitarra que yo habia abandonado á la presencia de Luis, estaba alli sobre la hamaca.

La puerta por donde Luis habia entrado no existia para mi.

Ninguna señal de ella se veia.

Ni yo me acordaba donde estaba situada.

Tomé la guitarra, salí de la glorieta, atravesé los salones, y me encerré en mi gabinete.

Desde entonces no ha pasado un solo dia sin que, durante un momento de él, haya sentido yo el profundo y frio abatimiento, la tristeza aterradora que entonces me dominaban.

XXIX.

Pasaron una, dos y tres horas.

Al cabo de ellas sentí que llamaban á la puerta de mi gabinete.

Me levanté y abrí.

Era el marqués.

Las manchas de sangre de su traje habian desaparecido.

De su semblante habian desaparecido tambien las huellas de la tormenta.

Estaba, como siempre, sereno y grave.

Me aterró el sombrío valor del marqués.

Un hombre que al poco tiempo de haberse teñido las manos en sangre humana, podia mostrarse tranquilo como si nada hubiera acontecido, debia estar acostumbrado al crímen.

¿No habia sido negrero?

Esto lo explicaba todo.

—Comprenderás, me dijo, que no ha estado en mi mano impedir lo que ha sucedido; ha sido una desgracia... de mi parte están, sin embargo, la razon y la justicia... pero las leyes, ó mejor dicho, los encargados de aplicarlas, no siempre profundizan, no siempre ven claro, y suelen confundir el asesinato con la fatalidad; me pesa sinceramente de haber sido arrastrado por la insolencia y la audacia de ese hombre á un extremo tal... pero ya ves; estoy tranquilo... he matado defendiéndome... ha sido una lucha; si yo hubiera sido mas débil hubiera sucumbido.

—¿Pero si eso se descubre?

—No puede descubrirse; el fuego borrará las huellas de la sangre; nadie ha reparado en la entrada de ese hombre, nadie tiene que reparar en que no ha salido; ahora ve y vístete, Margarita; ponte elegante; vamos á la ópera.

Yo obedecí; fuí á mi tocador y me vestí, y volví al lado del marqués.

Empezaba á oscurecer.

—Ven, me dijo el marqués, quiero que lo veas todo; quiero que te convenzas de que nada se puede descubrir, para que estés tranquila.

Y me asió de la mano y me llevó por habitaciones que estaban ya completamente oscuras.

XXX.

Yo no sé por donde salimos.

De repente me encontré en el teatro del crimen.

Pero aquel aposento tenia otro aspecto completamente distinto.

En el centro de él habia una especie de castillejo de muebles.

Luis, desencajado, trémulo, se ocupaba en una faena extraña.

Añadia nuevos muebles á los muebles ya amontonados.

Una sola lámpara alumbraba la habitacion.

—A un lado habia un objeto largo envuelto en una de las colgaduras de raso carmesí de la habitacion.

—Tio, me parece que para quemar á un muerto basta ya con toda esa madera, dijo Luis.

—Sobre esa madera caerán las del techo; será un terrible incendio; no encontrará nadie la sangre entre las cenizas; concluyamos, Luis, concluyamos.

El marqués se dirigió al bulto envuelto en la colgadura roja.

Luis se dirigió tambien.

Yo miraba aquello como podria haber visto la aparicion de una escena infernal.

Lo que estaba envuelto en la colgadura era el asesinado.

Luis y el marqués levantaron aquellos restos inertes, los pusieron con gran trabajo sobre los muebles amontonados, y luego el marqués encendió en la lámpara una enorme hacha embreada y la metió entre los muebles; luego encendió otra y la aplicó del mismo modo que la primera, y asi sucesivamente hasta cuatro.

XXXI.

Un instante despues una llama brillante se apoderaba de los muebles y se doblaba, se retorcia en el techo, contenido su desarrollo por él.

Durante algunos minutos, el marqués y Luis á mi lado contemplaron desde la puerta aquel incendio.

—Ahora, dijo el marqués, al teatro: es necesario que alguna vez presente yo al mundo mi pupila.

Y nos sacó de allí, nos hizo atravesar algunas ha-

bitaciones, y ya en las de la casa públıca del marqués por decirlo asi, él y su sobrino tomaron sus sombreros.

Entramos en un carruaje, y poco despues estábamos en el teatro.

—¿No habeis reparado, nos dijo al entrar en el palco el marqués, que corre un nordeste endiablado? temo que mañana no tendremos casa donde vivir, y nos será necesario irnos á la hacienda.

Renuncio á pintar á V. el estado en que yo me encontraba.

Mi situacion de entonces basta para hacerlo comprender.

Me devoraba la fiebre.

Todo lo que veia me parecia rojo.

Las luces de la sala me hacian daño.

¡Oh! el 25 de Mayo! ¡Dios mio!

XXXII.

Margarita calló de nuevo.

En cuanto á mi, su terror, nacido del recuerdo de aquellos horrores su agitacion, su delirio, por decirlo así, me habian contaminado; yo me sentia tan malo como ella.

Y ella sufria vivamente.

—Es necesario dejar esa relacion para otro dia, la dije: está V. afectada, Margarita; sufre V. demasiado.

—Por lo mismo no quiero repetir este sufrimiento

ya estamos dentro de él; continuemos; concluyámosle, para no volver á él; sí, es necesario concluir; es necesario que me conozca V. completamente.

—Sin embargo...

—No, no; continuemos: aún tenemos tiempo, mi historia estará concluida antes del amanecer.

CAPITULO IX.

—

Continúa la historia de Margarita.

I.

Margarita anudó su interrumpido relato.

—Pasó mucho tiempo: se cantaban *Los Puritanos*; acabó el primer acto sin que nadie viniese á avisar al marqués.

Pasó el entreacto y nadie vino tampoco.

Empezó el acto segundo.

El marqués pugnaba en vano por dominar su inquietud.

Cuando nadie de su casa venia á avisarle del incendio no habia sido notado.

¿Habria abortado?

¿Se habria sofocado, porque Dios no quisiera que aquel incendio ocultase un crímen?

Y sin embargo, parecia imposible que no se hubiese propagado el volcan que habiamos dejado encendido.

Los esclavos son descuidados; pero no podia suponerse que llegara su descuido hasta el punto de notar el incendio.

Es cierto que el foco de aquel incendio habia quedado en extensas habitaciones reservadas donde no entraba nadie.

¡Pero el humo! ¡las llamas! ¡el olor!

II.

De improviso se notó en el teatro un movimiento extraño.

Un movimiento de alarma.

Al mismo tiempo se abrió la puerta del palco, y el ayuda de cámara del marqués apareció gritando:

—¡Fuego! ¡fuego en la casa, señor! ¡toda la casa está ardiendo!

Y en todas las localidades del teatro habia agitacion, y las gentes salian en tropel.

Porque se habia desarrollado de una manera tan espantosa el incendio, que se temia por todos pusiese en peligro á la Habana.

III.

Salimos.

Cuando llegamos, las llamas envolvian todo el edificio, que por fortuna para la poblacion estaba aislado por anchas calles.

El marqués preguntó si habia sucedido alguna desgracia personal.

Le respondieron que no: todos sus esclavos habian podido escapar.

Entonces, asombrando con lo que creian su gran-

deza de alma á los que le rodeaban, á los que no sabian que el marqués tenia asegurados su palacio y sus muebles en una cantidad excesivamente mayor que su valor, mandó que nos llevasen á su hacienda, y que se retirasen á la misma sus esclavos.

—¡Pero tio! dijo Luis; ¡abandona V. así su casa, sin procurar salvar lo que pueda salvarse!

—¡Eso es asunto de la Compañía de Seguros! dijo el marqués con una horrible sangre fria, replegándose á un ángulo del carruaje.

De modo que aquel incendio de que se habia valido el marqués para borrar las señales de un asesinato, era al mismo tiempo un robo.

El carruaje partió.

Al amanecer estábamos en la magnífica hacienda de los Plátanos, propiedad del marqués.

IV.

Nada quedó del palacio.

Nada mas que el solar cubierto de escombros humeantes y de montones de cenizas.

Se habia reparado en el incendio demasiado tarde, y el nordeste se habia encargado de ayudar al fuego en su obra de destruccion.

Se sabia que el marqués conservaba fuera de circulacion grandes sumas, que eran numerosas las vajillas de plata y oro, que habia ademas mucha plata y mucho oro invertido en el adorno de sus salones, y se revolvieron aquellas cenizas, aquellos escombros; mejor dicho, se espurgaron.

Pues bien: ni un sólo hueso aunque calcinado, vino á denunciar que bajo aquel incendio habia desaparecido un sér humano.

La Compañía de Seguros contra incendios entregó al marqués como cumplimiento de una obligacion contraida con él, medio millon de pesos fuertes.

El marqués habia hecho un buen negocio: habia cubierto de una manera segura su responsabilidad ante las leyes, y se habia reembolsado un capital muerto, con el beneficio de un 50 por 100.

El marqués nos lo decia á su sobrino y á mí con un cinismo repugnante.

En cuanto á D. Lorenzo de Fonseca (este era el nombre del marino asesinado), nadie extrañaba su desaparicion.

Se sabia el mal estado de sus negocios y se le suponia en los Estados-Unidos, refugio comun de todos los estafadores y de todos los bribones del mundo.

Ni una sola persona sospechó ni remotamente la verdad.

V.

La hacienda de los Plátanos era hermosa y completamente saludable por su situacion y su alejamiento de la costa, pero para mí era una nueva reclusion.

Por allí no parecia nadie.

Estaba rodeada de esclavos.

Los únicos semblantes blancos que veia junto á mí, eran los del marqués y su sobrino Luis.

Luis permanecia con nosotros, y de una manera que me asustaba, porque preveia fatales consecuencias; me galanteaba sin rebozo, y hablaba delante de su tio de un próximo enlace conmigo.

Y lo que más me aterraba era que el marqués me habia prescrito explícita y rotundamente que alentase los amores de Luis, que diese pábulo á sus esperanzas.

Yo no podia creer que el marqués hubiese renunciado à mí: sabia demasiado que su amor especial, que su repugnante pasion por mí, en vez de extinguirse crecia.

Yo veia un misterio en el empeño del marqués porque yo alentase el amor de Luis.

Y lo que era mas extraño: el marqués pasaba fuera de la hacienda no ya sólo dias, sino semanas enteras, durante las que permanecia en la Habana.

Yo cedia, por miedo, á las órdenes del marqués, y Luis se creìa amado por mí.

Luis por mi amor habia llegado á olvidar las terribles escenas del 25 de Mayo.

Sin embargo, de tiempo en tiempo y distraido se frotaba las manos como lavándoselas, se las miraba y volvia á frotárselas.

—¡Como ahora! exclamé.

—Luis, dijo Margarita, tiene como yo remordimientos de no haber denunciado al marqués; Luis empezaba á estar loco.

—Y hoy lo está de remate.

—Yo tengo la culpa; ó mejor dicho mi terror al marqués es la causa de la locura de Luis: yo le son-

reia, le contestaba con acento enamorado á sus palabras de amor; empleaba con él toda la coquetería de la mirada, de los suspiros, de la conversacion de los medios de que siempre dispone toda mujer; y era que yo veia siempre detrás de Luis la sombría figura del marqués que me decia:—¡engañale!—¡y yo le engañaba!

VI.

Pasaron así tres meses.

El marqués ausentándose con frecuencia.

Luis permaneciendo constantemente á mi lado.

Si el carácter de Luis no me hubiera sido siempre fuertemente antipático, sabe Dios si seria su esposa.

Pero el marqués lo habia adivinado.

Llegó un dia en que lo supe, porque el marqués me reveló el misterio de su conducta.

Una noche... Luis habia salido á caballo á una hacienda inmediata: sentí que alguien trepaba por la pared á una de las ventanas de mi gabinete.

Me asusté, pero me tranquilizó una voz que sonaba en la ventana.

Era el marqués que entró, y despues de decirme que venia ocultamente á hablar conmigo acerca de un grave asunto, añadió.

—¿No te ha parecido extraño, Margarita, el que yo te suplique accedas á las reiteradas pretensiones de mi sobrino?

—He creido que V. me ama tanto, le dije, que

creyéndome predispuesta al amor de Luis, ha sacrificado V. su amor á mi felicidad.

—No: sé perfectamente que no podias, que no puedes amar á Luis: que hay en él algo que te repugna: sabia que podia alejarme de aquí sin temor dejándole junto á tí, y me importaba mucho entretenerle, engañarle; pero es necesario que esto cese: es necesario que cambies completamente con Luis.

—¿Y cómo, sin pasar por una mujer despreciable? He obedecido demasiado bien á V. para poder ahora bruscamente cambiar de conducta; seria mejor alejarle...

—Eso despues; pero cuando ya no tenga esperanzas, cuando no las pueda tener; tú no tendrás necesidad de exponerte á sus reproches: yo te proveeré de un arma bastante fuerte, para que con ella mates las esperanzas de Luis.

No comprendo á V.

—Vas á comprender: supongamos por un momento que amas de veras á Luis: que deseas unirte á él.

—Supongámoslo.

—Que estás enamorada.

—En buen hora.

—Dime: ¿si esto fuera cierto y supieras que Luis ha obrado torpe y villanamente con una jóven digna, dignísima de ser amada, y que le ha amado y le ama con toda su alma...

—Esa seria una malísima recomendacion para ese caballero.

—¿Y si supieras ademas que ha seducido á esa jó-

ven, que esa jóven está deshonrada... que ya lleva en sí el fruto de su deshonra.

—¡Oh! la prueba de eso, y rompo con Luis sin temor de ningun género.

—La prueba la tienes en el cuarto de Luis.

—¿En el cuarto de Luis?

—Sí, sobre su mesa: esta mañana ha venido el correo, y ha traido una carta para Luis, esa carta es de la mujer seducida, abandonada por Luis... de Inés de Fonseca, mi sobrina.

El alma se me llenó de amargura: el crímen me rodeaba por todas partes: el sobrino era sobre poco mas ó menos tan infame como el tio.

Yo buscaba en vano la razon que Dios podia haber tenido para colocarme en aquella terrible situacion, desconociendo á mis padres, entregada sin defensa á un miserable tal como el marqués, asediada por el amor de otro miserable, obligada á representar papeles repugnantes.

—¿Pero cómo presento yo decentemente esa carta á Luis? exclamé: ¿cómo le digo:—la he tomado de sobre tu mesa, he entrado en tu cuarto?

—Los celos lo disculpan todo.

—¡Pero si yo jamás me he mostrado celosa con él! ¡Si le he hecho creer que tengo en su amor la mayor confianza!

—¡Los celos brotan en un momento, y son tanto mas terribles cuanto menos se esperan! me dijo el marqués con voz sombría: esa carta puede haber despertado tus celos, y cuando los celos se sienten, se arrostra por todo.

Me causaron miedo estas palabras del marqués, que me revelaban que empezaba á desconfiar de mí: que temia que lo que habia empezado á hacer por obedecerle no lo hiciese ya por voluntad propia, por amor á Luis.

¿Comprende V. lo doloroso de mi situacion, Andrés?

—¡Oh! ¡sí! y es necesario salvar á V. de ese hombre á toda costa, la respondí.

—El miedo que sentia, continúo ella, me doblegó á esta nueva exigencia del marqués.

—Consiento, dije, entraré en su cuarto, tomaré esa carta, la abriré, y me valdré de ella para un rompimiento.

—Sí, sí, dijo el marqués: es necesario que esto concluya y que concluya sin que Luis pueda creer que este rompimiento es obra mia.

—Pero ¿por qué haber empezado?

—¿Por qué? ¿por qué me he prestado yo á que Luis te enamore, á que Luis viva á tu lado... cuando mataria al hombre que alcanzase una sola mirada tuya? ¡Por miedo! ¡porque no quiero matarle! ¡porque ya la sangre me ahoga!

—Pero...

—Me ha amenazado: me ha dicho con su acostumbrada desvergüenza:—queridísimo tio: estoy profundamente pesaroso del silencio que guardo acerca de los acontecimientos del 25 de Mayo: es este un secreto que me llena el corazon, que rebosa, que se me escapa... es necesario que algo poderoso contenga el rebosamiento de este secreto... y tenga V. en cuenta

que tengo pruebas... que el fuego no ha destruido todo lo que contra V. puede valerme: mi buen tio,... yo encontré una carta, en una cartera en el bolsillo de mi otro tio don Lorenzo: la sangre habia entrado en la cartera y habia manchado los papeles; hay entre ellos una carta muy lacónica, que dice lo siguiente que he aprendido de memoria: Habana 25 de Mayo de 18...—Voy en este momento casa del marqués de la Roca, mi pariente político; necesito saldar con él ciertas cuentas de honor: si desaparezco, que todo lo temo del marqués, que se le haga cargo de mi desaparicion.—Lorenzo de Fonseca.—Ya veis mi querido tio, que si esta carta se presenta á los tribunales...

—¡Mientes le contesté: esa carta no puede existir.

—¿Y porqué mi querido tio? me dijo.

—¿Por qué? porque temiéndolo todo de mí no podia don Lorenzo traer á mi casa una carta, donde se dice que si desaparece, se me haga cargo de su desaparicion: desapareciendo él, la carta debia quedar en mi poder.

—Cierto, ciertísimo, me contesto mi perverso sobrino; pero eso no prueba otra cosa, sino que cuando un hombre se encuentra dominado por una situacion terrible, no sabe lo que hace: D. Lorenzo debió meterse distraido esa carta en el bolsillo y traérsela: veamos; ¿se ha acordado V. de registrar al difunto?

Ya ves que la objecion de ese miserable es de peso, añadió el marqués; debia aterrarme y me aterré; sin embargo me sostuve.

—Pues bien, le dije, si eso es cierto ¡veamos esa carta.

—Mi buen tio Agustin, me dijo el malvado, yo no soy tan imprevisor como mi pobre tio Lorenzo; yo me he venido sin esa carta.

—¿Y donde está esa carta?

Adjunta á una relacion mia acerca del suceso, relacion completa y luminosa, cerrada y sellada, y entregada con todas las formalidades legales á un escribano; - este es mi testamento, le he dicho, testamento cerrado y secreto que quiero que se conserve en el archivo de su escribania: en el momento en que yo muera ó desaparezca, y no se sepa de mi, es mi voluntad que este testamento se abra y se cumpla.

—¡Oh, exclamé; está V. perdido!

—Me he visto obligado á ceder: me he visto obligado á consentir en que ese miserable te enamore, en que aliente esperanzas de poseerte: pero... le he tendido un lazo... me he valido de mi sobrina Inés: la he aconsejado que apele al corazon de Luis, y ha escrito esa carta que yo la he dictado: yo mismo he puesto ayer esa carta en el correo, y esa carta ha llegado hoy. Vé por ella Margarita; para que puedas apoderarte de ella, he estimulado sagazmente á Luis para que pase hoy el dia en la hacienda inmediata. De este modo Luis no podrá hacerme cargo de tu rompimiento con él, sino á si mismo, á sus malos antecedentes: adios, me voy; he venido de contrabando, nadie me ha visto: apodérate de esa carta, y que cuando yo venga esté todo concluido.

Y sin decir mas el marqués se dirigió á la ventana, y salió como habia entrado.

VII.

Era muy tarde.

Todos estaban recogidos en la hacienda.

La noche era muy oscura, y no se oia otra cosa que el zumbido del viento en las cañas de azucar, y el ladrido de los perros campestres.

Obedeciendo al terror que me imponia el Marqués por una parte, y por otra á un vivo interés, tal vez á la curiosidad, apenas me quedé sola, encendi una bugía y salí de mi aposento.

Al fin del corredor estaba el cuarto de Luis.

Encontré la puerta abierta, y entré con suma repugnancia.

Recuerde V. que entonces solo tenia quince años.

Que la fatalidad, la desgracia, habian desarrollado prematuramente mi inteligencia y mis sensaciones obligada á vivir en mi misma, porque nada encontraba en los demas.

Que, pensadora por necesidad, y soñadora por entusiasmo, habia llegado á ser entonces lo que soy ahora, una mujer excepcional.

Que adulada, mimada, servida durante algunos años, se habia desarrollado en mi un sentimiento exagerado de superioridad, de dignidad.

Tenga V. en cuenta todo esto, y podrá comprender cuanto sufria, cuán rudamente estaban violentadas mis propensiones, colocada sin defensa entre aquellos dos seres, y viéndome obligado á dar un paso como

el que me llevaba al cuarto de un hombre en nombre de unos celos que no sentia, porque no puede haber celos cuando no hay amor.

Sobre la mesa habia una carta.

En el sobrescrito el nombre de Luis.

La mano de una mujer habia escrito indudablemente aquel nombre, y le habia escrito temblando.

VIII.

Al apoderarme de la carta, sentí una profunda y misteriosa simpatía hácia la desdichada que la habia escrito.

Hácia Inés de Fonseca, hija de Lorenzo de Fonseca, asesinado, borrado completamente del número de los séres, reducido á cenizas por el marqués de la Roca.

Escapé de aquel cuarto, llevando conmigo aquella carta.

Nadie me habia visto.

Me encerré y abrí temblando aquella carta.

En ella se revelaba un alma dulce, tímida, apasionada, avergonzada, que suplicaba llorando cuando podia exigir, que no hablaba en nombre de su amor sino en nombre de otro amor mas grande, mas noble, mas sublime, en nombre del amor de un hijo.

¡De un hijo de Luis de Arévalo!

—¿Y conserva V. esa carta, Margarita?

—Aquella carta no habia sido escrita para mi, yo no tenia derecho alguno á conservarla: no tenia tampoco deseo de retenerla.

Al dia siguiente volvió Luis.

Yo estaba sola en la hacienda.

A la hora de comer bajé.

No necesitaba fingir para mostrar el semblante nublado á Luis.

Comí poco, y durante la comida solo respondí á Luis con monosilabos.

Al levantarnos de la mesa, Luis me rogó que fuesemos á pasear al jardin.

—Si, por cierto, necesito hablar un momento á V., solo un momento le dije.

—No comprendo esta seriedad, este disgusto conmigo, Margarita; me dijo ofreciéndome su brazo que yo rehusé: mi buen tio debe haber inventado alguna calumnia.

Entrábamos en aquel momento en uno de los cenadores del jardin.

—No, le dije pero el correo ha traido esta carta.

Al ver el sobre, Luis palideció, se puso malo.

—Yo no necesito ver esa carta,

—Debe V. verla, es una madre abandonada quien la escribe.

Y dejando la carta que cayó en el suelo, porque Luis retiró la mano al tocarla, salí del cenador, subí á mi cuarto y me encerré en él.

Luis llegó á la puerta.

Habló, rogó, se desesperó; y yo permanecí muda.

Al dia siguiente me hice servir la comida en mi cuarto, y no respondí tampoco á las instancias de Luis que llegó á mi puerta desesperado.

Al tercer dia volvió el marqués.

Al solo aspecto de Luis comprendió que yo habia cumplido fielmente mi encargo.

En cuanto á Luis, despues de algunos dias de inútiles esfuerzos, se despidió de mi de una manera excéntrica, jurándome un ódio á muerte.

No le he vuelto á ver hasta ayer que le ví junto á V. en el teatro Real.

Hé aquí la historia de mi conocimiento con Luis de Arévalo.

Pero mi historia al lado de su tio continuó y se fué enegreciendo mas y mas.

IX.

Apenas se vió libre el marqués de su sobrino, cuando aún no habia pasado su caballo los términos de la hacienda, el marqués me dijo.

—Ya conoces lo que sufro: no puedo olvidar aquella terrible noche, ni el incendio que devoraba el cuerpo del insensato que se atrevió á ofenderme, á irritarme. Solo puedo tener un consuelo sobre la tierra: tu amor y tu posesion, Margarita.

—Ya se ha ido Luis, le dije; ya no puede V. temer que el amor de otro me impida amarle á V. Si le hubiera amado, me hubiera prevalido de la terrible influencia que él ha sabido procurarse sobre usted.

—¡Que no me amas! ¿has meditado bien lo que me has dicho? exclamó mirándome de aquella manera horrible que tanto me aterraba.

—No he necesitado meditar, contesté: he dicho la verdad.

—Es decir que...

—¡Que no!

—¡Margarita!

—Son en vano las amenazas: estoy resuelta á arrostrarlo todo antes que ser de V.

—Pensabas antes de otro modo.

—He cambiado de pensamiento despues del 25 de Mayo.

El marqués lanzó un rugido salvaje.

Tembló, empalideció, se hizo horrible su semblante.

—Oh! ¡la expiacion! exclamó: ¡la expiacion en el crimen!

Y huyó.

X.

Pasaron muchos dias sin que yo viese al marqués.

Habia ido á la Habana.

Yo me consumia de tristeza en medio de la vigorosa vegetacion que me rodeaba, bajo el ardiente cielo de los trópicos, en medio del canto de las aves y del murmurar de los arroyos.

Toda la exuberancia de vida de aquella naturaleza ardiente me parecia existir á costa de mi vida que se apagaba, que se consumia, que se me hacia difícil, insoportable.

Me faltaba aire que respirar; todo era lúgubre y triste para mi.

Los negros de la hacienda me parecian fantasmas condenados que vagaban en derredor mio.

Sentía una fatiga contínua, un dolor lento en el corazon.

Y entonces siempre tenia delante aquel rimero de muebles que ardian, y sobre los muebles el cadáver de Lorenzo de Fonseca.

CAPITULO X.

Rosalía.

I.

Margarita habia descansado un momento.

Despues continuó.

—Me levantaba contra mi costumbre al amanecer.

Respiraba mejor que ningun otro el aire fresco y puro de la mañana.

En ninguna hora vivia mejor que en aquella que trascurria desde el primer albor hasta la salida del sol.

Una mañana apenas habia puesto el pié fuera de la casa, por la puerta que conducia al rancho de los negros, me extremecieron unos gritos horribles, mas bien que gritos, aullidos de dolor, de desesperacion.

Miré al lugar de donde provenian aquellos gritos, y ví que el capataz, que era un negro emancipado, azotaba con furor á una negra esclava. Al verme la exclava, tendió hacia mi los brazos gritando:

—¡Por piedad! ¡por el amor de Dios, señora! ¡no puedo mas! ¡este hombre me va á matar!

—¡Melchor! grité corriendo al mismo tiempo en socorro de la infeliz.

El látigo cayó de las manos del capataz.

La pobre esclava, medio desnuda, ensangrentada, se arrastró hasta mí, se asió á mis vestidos y se desmayó.

—¡Es una holgazana, señora: no quiere trabajar y se niega á comer! me dijo Melchor.

—Tomo para mi esta esclava, dije.

—Advierto á V., señora, que el amo se va á enfurecer.

—Yo respondo de todo...

—Es que esa esclava...

—Basta: llame V. á los de la casa que la lleven á mi aposento.

El marqués habia hecho que mis órdenes se respetasen en la hacienda al par que las suyas, y Melchor obedeció con una marcada repugnancia.

—La señora tiene muy buen corazon, dijo; pero no sabe lo que hace: sucederán desgracias bien lo sé yo: Rosalía es mala; no quiere trabajar, no quiere comer, y el amo ha mandado que se la trate con mucho rigor.

A pesar de su oposicion, Melchor llamó á los esclavos encargados de las faenas de la casa, y la pobre Rosalía fué trasladada á mi mismo aposento y colocada en una cama al lado de la mia.

El estado en que la infeliz se encontraba era horroroso.

Su piel estaba rota, ensangrentada.

Los bordes de las heridas tenian el horrible color

que la inflamacion producida por aquella maceracion habia ocasionado en ellos.

Durante mucho tiempo Rosalía no volvió en sí.

Se apuraron todos los remedios conocidos por los esclavos, pero inútilmente.

Fué necesario recurrir á la ciencia, y envié un hombre con un carruaje á la ciudad en busca de un médico.

El médico tardó doce horas, que yo pasé con suma angustia, porque temia que mi protegida se me quedase entre las manos.

El médico por el momeno no me respondió de su vida.

Le supliqué que se quedase en la hacienda y consintió.

Un esclavo á caballo estuvo durante tres dias yendo y viniendo contínuamente á la ciudad por medicamentos.

Porque no eran las heridas la única dolencia de Rosalía.

El médico me habló de aneurisma, de nervios, qué sé yo de cuántas enfermedades apoderadas de aquella infeliz, complicadas, todas graves, todas agudas.

Durante ocho dias Rosalía estuvo entre la vida y la muerte.

El marqués en tanto no parecia, y yo recordaba con cierta inquietud las palabras que el capataz habia pronunciado al verme decidida á proteger á Rosalía.

—¡El amo cuando lo sepa se va á enfurecer!

¿Y por qué se habia de enfurecer el marqués por mi proteccion á aquella desdichada?

¿Qué relacion existia entre la esclava y el señor?

¿Por qué le ódio, la crueldad del marqués hácia Rosalía?

Muy pronto debia saberlo con horror, porque el ódio hácia Rosalía era un otro crímen del marqués.

Al fin un dia el médico me dijo que por entonces Rosalía estaba fuera de peligro.

Sin embargo, su postracion era tal, que en algun tiempo me fué necesario renunciar á toda explicacion.

Un instinto misterioso, terrible, me decia que las explicaciones de aquella pobre esclava debian serme muy provechosas.

II.

Estaba sumamente demacrada.

Aquella demacracion la mantenia en un estado de debilidad tan absoluta, que la pobre Rosalía era un cuerpo inerte.

Al fin, gracias á mis cuidados, á mi dulzura, Rosalía pudo dejar el lecho y salir apoyada en mí á respirar el aire del jardin.

Cuando Melchor me veia sirviendo de apoyo á la esclava, movia la cabeza y murmuraba siempre:

—¡La señora no sabe lo que hace! La señora tiene muy buen corazon, pero Rosalía es mala; y cuando el amo vuelva y vea esto se va á enfurecer.

Los demás esclavos, al ver á Rosalía apoyada en mí, vestida con ropas mias, murmuraban de ello.

Sus semblantes me dejaban ver una expresion singular.

No podia ser envidia, porque yo los trataba á todos del mismo modo: para todos era blanda y afable, para todos tenia consuelos y regalos.

Sabian demasiado que con cualquiera de ellos y en igual caso hubiera hecho lo mismo que con Rosalía.

¿Qué estigma pues, que yo no veia estaba impreso en la frente de Rosalía?

Todos la odiaban.

Yo no podia comprender cómo una criatura reducida á la última desdicha posible podia ser odiada por nadie.

No habia reparado en que Rosalía era hermosa, porque los estragos de su enfermedad no me habian dejado conocer su hermosura.

No habia reparado en que era altiva, porque para Rosalía habia sonado una de esas horas en que la altivez mas incontrastable se doblega, en que faltan las fuerzas á un tiempo al cuerpo y al alma, en que solo queda de la criatura humana un sér miserable, domado, aniquilado por el sufrimiento, por la degradacion, por las infamias prodigadas contra ella.

III.

Rosalía habia tomado el único partido que podia tomar.

Primero prefirió el látigo á la sumision á un trabajo degradante.

Despues, aterrada por castigos crueles y contínuos, pensó en su único medio de libertad.

En la muerte.

No habiendo podido comer una de las muchas plantas venenosas de que está cubierto el suelo de los trópicos, y que dan la muerte, á causa de la vigilancia que sobre ella se ejercia, se habia negado á comer el alimento que sostiene la vida.

Pero el látigo del capataz no la habia permitido morir.

La habia ensangrentado delante de mí, y mi compasion recogiéndola moribunda, siendo dulce y tierna con ella, habia logrado lo que no habia logrado el temor.

No puede V. comprender, Andrés, hasta dónde llega la fuerza de voluntad de los hijos del Africa del Sur.

Poco propensos al amor de los que no participan de su color, son irreconciliables, terribles en su ódio.

Y cuando uno de estos desdichados ha sido rey en sus selvas, á la orilla de sus grandes rios ó de sus inmensos lagos, es inútil toda tentativa para reducirlos á la sumision.

Rosalía, ó mejor dicho Itumeia (este era su nombre africano, que significa: *graciosa)*, habia sido reina, esposa de Moene-Dilolo *(señor del Lago)*

—¡Reina! exclamé.

—Sí, dijo Margarita: esposa de un cacique: cuando lo supe comprendí el ódio de los demas esclavos hácia ella: sus compañeros de infortunio no podian

sufrir que hasta en la esclavitud Itumela tuviese dignidad bastante par sostener su régia altivez.

Porque estos caciques que tienen por palacio una cabaña, por corona un gorro terminado por tres plumas de buitre, por trono una estera, por cetro un fusil viejo, y por joyas cuentas de vidrio obtenido de los europeos á cambio de colmillos de elefantes, son el ejemplo mas perfecto del señor absoluto en su pequeño reino extendido en algunos centenares de metros en el centro de un bosque ó á la orilla de un rio, en miserables cabañas habitadas por algunos centenares de hombres y mujeres, y cuyo único patrimonio son sus ganados mas ó ménos numerosos.

El cacique es el señor absoluto de la vida y de la hacienda de sus vasallos, ó mejor dicho, de sus siervos.

Es la voluntad soberana que nadie osa contrariar.

Es el poder que no sucumbe sino cuando un vecino mas poderoso le acomete y le extermina.

Entonces las cabañas son incendiadas, los ganados robados, las mujeres y los hombres jóvenes y los niños reducidos á la esclavitud, los viejos degollados.

El cacique vencido si no ha conseguido morir, es el esclavo mas miserable; su reina es reducida á su vista á la situacion mas dolorosa y abyecta.

La luz del Evangelio no ha podido resplandecer allí.

La religion no ha podido regenerar á aquellos infelices creando en ellos una conciencia verdadera.

Las misiones se han estrellado en el indiferentismo hácia la religion de estos séres perdidos en la inmensa extension del mortífero suelo africano.

Exceptuando á los misioneros, jamás les ha enviaco Europa mas que hombres degradados por la avaricia, á quienes la perspectiva de un gran lucro hace arrostrar los peligros de todo género que se encuentran á cada paso en aquel suelo inhospitalario.

Las fiebres malignas, los insectos ponzoñosos, lcs desiertos áridos, cubiertos por una vegetacion mortífera y completamente desprovistos de agua, las serpientes, las fieras, los reptiles, los mismos indígenas, son otros tantos guardianes terribles que defienden en el interior de ese vasto continente la entrada á la civilizacion.

IV.

Sin embargo, de tiempo en tiempo las misiones protestantes logran hacer algun neófito.

Una especie de cristiano rudimentario que está muy léjos de comprender en toda su sublimidad la santa doctrina del Evangelio, pero cuyas costumbres se dulcifican bajo la influencia de aquel pálido reflejo del sol del Cristianismo.

Necesariamente este neófito es cacique.

La conversion necesita entrar allí por la cumbre, descender de ella.

Si un súbdito, si un siervo se atreviese á llamarse cristiano, no siéndolo su cacique, este siervo seria exterminado.

Estos mismos neófitos reales, por decirlo así, no

se convierten al Cristianismo sino arrostrando un gravísimo peligro. Sus súbditos se predisponen á la rebeldía, sus vecinos á la guerra.

Un incidente cualquiera puede atraer sobre ellos la destruccion, ó lo que es peor aún, la esclavitud.

Moene-Dilolo é Itumela habian sido convertidos.

Su tribu iba detrás de ellos al lugar comun de la reunion de la tribu, donde se celebraban las fiestas públicas, donde se determinaba la guerra ó donde se convenia la paz, donde se administraba la justicia y donde se ejecutaba: templo, palacio, plaza, escuela, tribunal y patíbulo á un tiempo; su tribu pues iba con Moene-Dilolo é Itumela para oir la lectura de la Biblia en el lenguaje del país de la boca de un misionero, que despues de su predicacion se convertia en maestro de escuela, y se esforzaba por enseñar á leer y escribir, á los que eran poco aficionados, á los negros.

Moene-Dilolo, al recibir el agua del bautismo habia devuelto sus seis ú ocho mujeres á los caciques de las tribus inmediatas parientes suyos, que habia sacado de sus cabañas para hacerlas sus esposas.

Despues de su conversion, Moene-Dilolo se casó con Itumela convertida ya.

Y no habia parado en esto la conversion de Moene-Dilolo: era un hombre superior, y comprendió las ventajas de la civilizacion: adoptó pues en cuanto le fué posible el traje europeo, y convirtió su cabaña real en una especie de pequeño palacio que se levantaba bello y blanco, con sus ventanas á la inglesa á la orilla del lago, entre las pobres cabañas construidas con arreglo á la forma primitiva del país, que cons-

tituian la aldea mas grande de su tribu, como si dijéramos: su corte.

No conozco el nombre de la tribu de que era cacique ó rey Moene-Dilolo. Rosalia, de quien recibí todas estas noticias, no lo sabia.

Cuando se lo pregunté me contestó:

—No lo sé, señora: yo vivia en mi patria en las entrañas de un baobab.

—¿Y qué es un baobab? la pregunté.

—Un baobab, señora, es un árbol, pero tan grueso, que dentro de él puede abrirse una hermosa vivienda: el baobab en que yo vivia, habia sido ahuecado y labrado hacia mucho tiempo por un hombre muy sabio que se habia apartado de las aldeas, y que solo acudia á ellas cuando iban á buscarle para que curara á los hombres ó à los ganados, ó para que hiciera lluvias cuando una larga sequia imposibilitaba las cosechas y mataba de hambre y sed á los hombres y á las bestias.

Pasó tiempo, y vinieron algunos amigos del sábio con sus familias y sus rebaños, y construyeron sus cabañas al rededor del gran baobab; y fuéron viniendo mas amigos de aquel hombre, y al cabo despues de muchos años, cuando ya el sábio habia muerto, alrededor del baobab habia una grande aldea, cabeza de una tribu fuerte y numerosa.

Andando mas el tiempo, un guerrero que venia de un gran rio, embistió á la tribu del baobab, se apoderó de ella, y perdonó la vida á los vecinos, y les dejó sus rebaños y sus doncellas y sus colmillos de elefante, pero se hizo su rey.

Para afirmar su alianza con la tribu, Ramotoos, que asi se llamaba aquel terrible guerrero, tomó por mujeres las hijas de los vencidos mas poderosos, y de una de estas mujeres, de la mas amada del rey, de Baleriking, nací yo á la luz.

—Yo soy hija y esposa del rey me dijo al llegar á este punto de su narracion Rosalia.

Y en sus ojos brillaba una altivez indomable, y una expresion de supremo desden contraia su boca de labios rojos.

—Cuando yo nací, parecí tan hermosa á mi padre, qne me llamó Itumela: me veia rodeada de las hijas de los mas ricos, de los mas allegados á mi padre, y cuando cumplí los doce años, mi padre me llevó á la hermosa habitacion abierta en el tronco de baobab, y me dijo: —Itumela, la buena suerte enviada por los dioses recae en quien duerme bajo este baobab, donde está enterrado el sábio que labró en él su vivienda: yo quiero que seas dichosa: vive desde ahora en el baobab.

Y desde entonces viví en el baobab, rodeada de las compañeras de mi infancia que tenian mi misma edad y que me servian respetuosamente, porque yo era la hija querida, la luz de los ojos del poderoso Ramotoos.

Mi padre se afanaba en la caza y en la guerra para coger mucho marfil, muchas pieles de leon y de tigre y de otros animales, y muchos cautivos de las tribus á quienes vencia, para poder cambiarlos por telas ricas y por hermosas joyas á los hombres blancos que iban dos veces al año á nuestra tribu, cuando las

hojas de los árboles caian y cuando volvian á brotar.

—¿Y qué telas y qué joyas daban á tu padre, Rosalia, en cambio de los productos de su pais los traficantes europeos? la pregunté llena de curiosidad, porque sabia demasiado que todas las galas de una negra rica se reducian á indianas pintorreadas, y á sartas de cuentas de cristal.

—¡Oh! me contestó; las telas... sedas hermosas, encajes, telas finísimas de algodon, y en cuanto á joyas, las mismas que usan las mujeres blancas mas ricas: diamantes, perlas esmeraldas...

Moví la cabeza en ademan de incredulidad.

—¡Oh! no, me dijo: los blancos no podian engañar á mi padre, mi padre sabia lo que era un diamante y lo que era una piedra falsa: las piedras falsas no brillan al sol, como los diamantes, ni cortan el cristal, las perlas contrahechas ceden cuando se las muerde, pero las verdaderas no.

—¿Pero como aprendió tu padre á hacer esas pruebas?

—Un dia entró en la tribu un negro, á quien nadie conocia: venia de tierras muy lejanas, ó mas bien iba desde la isla de Cuba, en donde nos encontramos, á su patria. Habia sido hecho cautivo veinte años antes, vendido á los blancos y traido por ellos á la isla: á fuerza de trabajo habia logrado en los veinte años reunir el dinero suficiente para comprar la libertad á su amo, y aún le habia quedado para volver á su patria con mercancías bastantes para cambiarlas por una buena choza, y por un buen rebaño.

Maunca, que asi se llamaba, porque, al embarcarse para volver á su patria, habia echado al mar el nombre cristiano que le habian puesto, encontró en vez de las cabañas de la tribu donde habia nacido, una capa de ceniza y de carbones que se veian aún entre la yerba.

Los suyos habian pasado: una tribu enemiga los habia destruido

Maunca lloró sobre el lugar abrasado donde habia pasado muchos años de su vida, y siguió adelante buscando un nuevo lugar donde levantar su choza, una nueva pradera donde apacentar sus vacas.

Vió una y otra aldea, y solo en la nuestra se detuvo.

Es verdad que mi padre era un gran guerrero, que el nombre de Ramotoos era temido por todos los que le oian, y que Maunca por lo mismo comprendió que en su tribu viviria mejor y tendria mas asegurado lo suyo.

Maunca fué á la cabaña de mi padre, le saludó humildemente, le dijo sus intentos y le ofreció sus presentes.

Consistian estos en telas de algodon, cuentas de vidrio, fusiles, pólvora y balas.

Entre estas cosas venian algunas que causaron una gran maravilla, por una de ellas un caciqueno hubiera negado nada: eran pequeños espejos y vasos de cristal.

Mi padre por un espejo para mi y otro para cada una de sus mujeres, dió á Maunca una pradera inmensa y hasta veinticuatro vacas.

Desde aquel dia Maunca despues de mi padre era el mas rico de la aldea.

Pero lo que Maunca no ofreció á mi padre, ni de lo que consintió en desprenderse, fué de una sortija que llevaba puesta en un dedo, y de un arete que se veia en su oreja izquierda.

En el anillo habia un grueso diamante.

En el arete una gruesa perla.

—Con el valor de estas dos alhajas, dijo á mi padre, habria para pagar toda tu aldea y todos tus rebaños: yo las he traido para que aumenten nuestra riqueza.

—¿Y cómo la aumentarán? dijo mi padre que creyó que aquellas joyas estaban encantadas.

—Oye, le dijo Maunca, cuando he atravesado el pais para llegar aqui, he visto rebaños enteros de grandes elefantes, manadas de búfalos, tropas innumerables de gacelas: al atravesar la selva he escuchado los rugidos de los leones y de los tigres, y alrededor de tu tribu tribus débiles y cobardes; cuando los blancos vengan por tu marfil, por tus pieles, por tus cautivos, pídeles en cambio, á mas de armas y pólvora para la guerra, perlas, diamantes y oro: ellos te lo darán; y cuando tuvieres muchos, podrás ir á la ciudad del Cabo y ser alli un rico señor, como los mas ricos señores europeos.

Entonces comprendí que Rosalia hubiese podido usar sedas, encajes, perlas, diamantes.

A su tribu habia ido con Maunca un verdadero traficante, un hombre que habia vivido veinte años

entre los europeos, y que habia llevado á su pais natal elementos de civilizacion.

V.

—Yo era feliz, continuó Rosalia: la hermosa Itumela no deseaba nada que no lo tuviese.

Maunca habia acabado de adornar interiormente mi baobab.

Tenia hermosas esteras de colores, telas de seda en las paredes, vasijas de porcelana y de cristal para comer y beber.

Una hermosa hamaca hecha por Maunca me servia para mecerme despierta, para ser mecida blandamente mientras dormia.

Mis vestidos eran muy hermosos, y en mi cuello y sobre mi pecho, cubiertos hoy de las horribles señales del látigo, lucian las perlas y los diamantes.

Maunca que habia sabido obligar á los traficantes blancos á llevarnos aquellas riquezas á cambio de riquezas mayores, me decian cuando me veian salir por la mañana de mi baobab.

—¡Mirad la reina! Si los blancos la vieran tan hermosa y tan ricamente engalanada, creerian que soñaban.

Yo era feliz: mis jóvenes compañeras servian mis menores caprichos: delante de la puerta de mi baobab se extendia una alfombra de menuda yerba, verde como las esmeraldas, y suave y tupida como el terciopelo.

A poca distancia corria un alegre y claro arroyo que refrescaba el aire.

El sol no llegaba jamás hasta mi.

Los alcornoques, las palmeras enanas con sus bellos abanicos, los madroños que se engalanan dos veces al año: los cactus con sus anchas hojas, los abedules con su follaje verde oscuro, las encinas con sus copas cenicientas, las palmeras gentiles, el motsouri con su fruta color de rosa, y el dulci y las zarzas con sus diferentes flores encarnadas, formaban un toldo espeso bajo el cual corria ruidoso el arroyo, entre dos orillas pobladas de retamas, de lentiscos, de tayares, de mirtos, y debajo de estos y poco mas altas que el césped una infinita variedad de flores con sus ricos y delicados matices.

Yo era feliz.

De la misma manera que no llegaban á mi los rayos del sol, no llegaba tampoco la mirada de nadie solo mi padre que me adoraba, y Maunca que habia llegado á hacerse el favorito de mi padre, traspasaban los límites del recinto sagrado en cuyo centro se levantaba mi baobab como un gigante entre los árboles que le rodeaban.

VI.

Fuera de aquel recinto los árboles habian sido cortados hasta una larga distancia á la redonda.

Los árboles que formaban mi jardin sombroso, habian recibido el nombre de Bosque de la Virgen Graciosa.

Una alta y fuerte empalizada que ningun tigre podia saltar rodeaba este bosque, y sólo tenia una entrada: la que correspondia inmediatamente con la aldea, uniéndose à ella por las habitaciones de mi padre en medio de las cuales se elevaba el *tata*, como si dijéramos el trono de la tribu.

A la puerta de esta empalizada velaba contínuamente un guerrero, destinado á impedir que nadie penetrase en el recinto prohibido en el bosque consagrado: otros dos guerreros debian cuidar de la seguridad del recinto rondando continuamente alrededor de él.

Yo era feliz.

Cuando en las grandes festividades de la tribu, ya las causase el triunfo de mi padre sobre otra tribu vecina, ya la presencia de las lluvias tras una larga sequía, ya la desaparicion de una banda de langostas, salia yo de mi retiro rodeada de doncellas engalanadas, aunque infinitamente menos que yo, y precedida del tan-tan iba á sentarme en el tata, la envidia lucia en los ojos de todas las otras mujeres inclusas las esposas de mi padre, y el deseo en los ojos de todos los hombres.

Tenian por afortunado aquel con quien yo ejecutaba una de nuestras danzas, y concluida la fiesta que algunas veces me horrorizaba porque habia formado parte de ella el sacrificio de algunos cautivos, volvia á entrar en mi verde retiro, donde no salia sino pasado mucho tiempo y para una solemnidad semejante.

Yo era feliz.

Pero el buitre de negras alas y de ronco rugido empezó á cernerse por cima del follaje de los árboles que me escondian.

La fama de mi hermosura habia salido dc la tribu.

Muchos de los caciques de las tribus cercanas me habian pedido por esposa.

Mi padre habia explorado mi voluntad, y yo me habia negado siempre.

Mi corazon dormía aún.

El amor no le habia despertado ni aún en sueños.

Yo era feliz en mi verde vivienda.

VII.

Un dia...

Una de mis doncellas mecia la hamaca donde yo estaba reclinada.

Otras dos renovaban el aire con grandes abanicos de plumas de buitres.

Las restantes al fondo de la habitacion cantaban ó referian leyendas maravillosas trasmitidas de padres á hijos.

De improviso oí cerca la voz de mi padre, á la que contestaba una voz extranjera.

Yo nunca habia escuchado aquella voz.

Era evidente que mi padre se acercaba con un extranjero.

Escitada por la curiosidad, tal vez por la vanidad, salté de la hamaca y me miré en mi espejo.

Estaba mas hermosa que nunca.

Tenia un vestido blanco, ceñido por una faja azul, y en mi garganta, en mis tobillos, en mis brazos, se revolvian sartas de coral.

Mis ojos brillaban como los diamantes, y erau dulces como los de los antílopes.

Satisfecha de mi misma sali del baobab.

Al mismo tiempo llegaban á él mi padre y un extranjero, un blanco alto, delgado, ante el cual retrocedí espantada por su aspecto.

La sola vista de aquel hombre me hizo daño.

Aquel horrible hombre á quien debo toda mi desesperacion, toda mi amargura, á quien V. tal vez deberá algun dia la condenacion de su alma.

Maunca le acompañaba sirviéndole de intérprete.

—Este extranjero, me dijo Maunca señalando al marqués, es un cacique muy poderoso en su tierra, allá al otro lado de las grandes aguas: es amigo de tu padre, ha oido hablar de tu hermosura, y quiere conocerte.

Yo no contesté.

Un secreto instinto, un instinto de terror, me hacia tener fija la vista en el marqués.

Mi padre, aquel hombre y Maunca se sentaron á la entrada de mi habitacion.

Agolpadas á su puerta estaban mis doncelles, contemplando con curiosidad al marqués.

Este, sin apartar de mí la vista, hablaba calorosamente con Maunca en un idioma áspero que yo no comprendía, y Maunca trasladaba en nuestro lenguaje á mi padre lo que aquel hombre le habia dicho.

—Itumela parece tan hermosa al señor blanco, le dijo, que la quiere para sí.

—¿Y cómo la quiere para si? dijo severamente mi padre.

—El extranjero desea llevarla consigo allá al otro lado de los grandes mares.

—Ramotoos, dijo mi padre, no separará de sí á Itumela: si el cacique blanco la ama, que se quede con nosotros; y yo partiré con él mi *tata*.

Habló Maunca con el extranjero.

Despues dijo á mi padre:

—El cacique blanco no se opone á que tú acompañes á Itumela. Puedes ir con ella, con tus mujeres con tus parientes, con tus riquezas.

—¿Es decir, que el extranjero tendrá entonces en vez de una esclava, ciento, un tribu entera, que en vez de ser comprada, se entregará á él con todo el marfil, con todas pieles, con todas las riquezas que posee?

—El señor blanco tiene en América grandes praderas donde tu serás señor.

—¡No! dijo mi padre.

Maunca volvió á hablar con el marqués.

Yo estaba llena de terror y de ansiedad..

El marqués me miraba de una manera que me oprimia el alma.

Después de haber hablado con el marqués, Maunca dijo á mi padre.

—El extranjero te ofrece porque consientas en que tu hija le acompañe, un fusil y un sable para cada uno de tus guerreros: pólvora y balas en tanta

cantidad, que puedan estar disparando durante un año sin cesar contra tus enemigos, sin que se agoten: además de eso te dará cuatro cañones de bronce.

Al oir el ofrecimiento de los cañones, mi padre, á quien yo habia oido decir que por un solo cañón daría la mitad de su tribu y la mitad de los dedos de su mano derecha, dejo ver en su semblante una expresion de alegría, que me aterró.

Le creí capaz de sacrificarme á su ambicion.

—¡Cuatro cañones! exclamó: ¡sí yo tuviera cuatro cañones seria el gran cacique á cuyos piés se arrojarían pidiéndole gracia todos los caciques sus enemigos! ¡Con cuatro cañones Ramotoos cubriría de cabañas suyas las dos riberas de su rio hasta el mar!

—¿Pero Ramotoos habría vendido sangre de su sangre? dijo llena de ansiedad.

—¡No! dijo vigorosamente como despertando de un sueño mi padre: Itumela no dejará la sombra de su arbol: no verá el cielo de otras tierras enemigas: Itumela morirá pasados muchos inviernos en el hogar en donde ha nacido.

Volvió á hablar Maunca con el hombre blanco.

Contestó este, y Maunca dijo á mi padre.

—El cacique de las grandes praderas del otro lado de los mares te pide á Itumela por esposa.

—¿Y se quedará con nosotros? dijo mi padre.

—No: el cacique blanco permanecerá durante una luna todos los años en la cabaña de Itumela y se volverá después á sus praderas.

—No, por los dioses del trueno y del rayo. exclamó mi padre poniéndose irritado de pié: yo he

oido el silbido de la serpiente: yo la he sentido deslizándose junto á mi pié: Itumela no será la burla del blanco: que la serpiente astuta se aleje, ó Ramotoos pondrá su talon sobre su cabeza.

Y mi padre con un ademan de desprecio, indicó al marqués que se retirase.

El marqués se puso lívido de cólera, se levantó, me lanzó una mirada que aun no he podido olvidar y que me heló de terror, y se alejó lentamente.

Mi padre me abrazó.

—Ramotoos, me dijo conmovido, ama á su hija: y todos los cañones de los blancos no valen una lágrima de Itumela.

Mi padre y Maunca se alejaron.

VIII.

Pero continuamente desde aquel dia, á donde quiera que miraba, ya fuese á la sombra del fondo de mi vivienda, ya al espeso follaje del bosque que la rodeaba, ya al fondo del arroyo, veia la mirada horrible de los verdosos y mates ojos del marqués fijos en mi.

No habia podido olvidar á aquel hombre.

De noche al mas leve ruido me despertaba asustada.

Me parecia sentir los pasos del cacique blanco que se acercaba cauteloso como el tigre; que se lanzaba sobre mi, que me arrebataba, que me llevaba consigo, que me devoraba.

Yo habia visto en la mirada de aquel hombre una resolucion horrible de hacerme suya.

Yo en su última mirada habia entendido esta palabra:

«¡Volveré!»

Yo creia al cacique blanco más poderoso que mi padre.

Yo estaba segura de que volveria, y pensaba con terror en su vuelta.

IX.

Algunas lunas despues de haber conocido al marqués, vino mi padre una mañana á mi boabab, y me mandó que me pusiese mis mejores galas.

Una de mis hermanas se casaba con el hijo de un cacique vecino.

Yo asistí al casamiento.

Durante él, cuando al son del tan-tan danzaban nuestros guerreros con nuestras doncellas, se oyó de repente acercándose al *tata* la carrera de algunos caballos.

Poco despues apareció un jóven guerrero, sobre un hermoso caballo negro.

Sobre su frente, tres plumas de buitre demostraban que aquel guerrero era cacique.

Iba vestido con una túnica de seda encarnada, ceñida por una faja de hermosos colores, y en aquella faja se veia un sable de oro.

Cubrian sus piernas botines de piel de antilope bordados de seda y oro, pendía de su cuello sobre su

pecho un largo collar de corales, y en la silla de su caballo se afianzaba un largo fusil.

Le seguian doce guerreros cubiertos de galas y tambien á caballo, y doce cautivos que traian sobre sus cabezas grandes calabazas llenas de leche y miel, y en las manos telas de algodon.

Entre las dos hileras de estos cautivos, venian seis vacas blancas con sus terneros.

—¡Es Moene—Dilolo! exclamaron con alegría nuestros guerreros dejando la danza y corriendo al encuentro del recien llegado: ¡es el poderoso cacique del Lago que trae su presente á la novia!

Y mi padre salió tambien á su encuentro, aunque menos alegre que nuestros guerreros.

X.

Al ver á Moene-Dilolo sentí una turbacion inexplicable, una impresion enteramente contraria á la que habia causado en mí la vista del marqués.

El amor me habia hecho sentir su ardiente ósculo.

Con él me habia abrasado el alma.

Yo no sabia que lo que experimentaba, aquella turbacion, aquella alegria misteriosa á la vista de un hombre, aquel placer recóndito que enlanguidece el alma, era amor.

Despues de haber amado mucho tiempo, supe que amaba.

Me lo explicaron á un tiempo la palabra de Dios y la palabra del hombre.

El sacerdote cristiano que arrojó sobre mi cabeza el agua de redencion; y Moene-Dilolo, con la ardiente y enamorada palabra del esposo.

XI.

En nuestro ardiente suelo africano, señora, continuó Rosalia despues de un momento de doloroso silencio, se contrae en un solo instante, al primer destello de una mirada, un amor eterno; un amor que debe pasar mas allá de la tumba y continuarse en el cielo; un amor que constituye toda la ambicion, todos los deseos, todas las esperanzas, todas las felicidades de una criatura.

Así amé yo á Moene-Dilolo desde el punto en que le ví.

Así le amo todavia.

Habia yo reparado en él antes de que él pudiese reparar en mí.

Habló con mi padre amistosamente, saltó del caballo á tierra, saltaron de los suyos sus guerreros, y se adelantó hácia el *tata* para saludar á la novia, para quien como vecino y amigo de mi padre traia su presente.

Yo ocupaba sentada delante del tronco de abedul en que se afianzaba el techo circular del *tata*, el lugar sagrado que solo puede ocupar el cacique ó un hijo suyo querido.

Yo estaba deslumbrante, engalanada, con mucha mas riqueza que la novia, que mi hermana que estaba á mi izquierda, y Moene-Dilolo se equivocó.

Me tomó por la desposada, y en vez de dirigirse á mi hermana Bogoring se dirigió á mí.

Cuando estuvo á poca distancia, se detuvo de repente como sorprendido, se estremeció, y fijó en mí una mirada de angustia.

Yo le comprendí.

Moene-Dilolo había sentido por mí al verme, lo que yo al verle había sentido por él.

Comprendí que le causaba un dolor agudo el verme próxima á ser esposa de otro hombre.

Yo, sin poderlo evitar, le envié mi alma en una mirada.

—¡Qué! me dijo asombrado y con la voz trémula por la ansiedad: ¿no eres tú, hermosa doncella, Bogoring, la esposa de Lebituan?

—No, dijo Lebituan sonriendo y señalando á Bogorin; mi esposa es esta; esa otra doncella, es Itumela mi hermana, la hermana de Bogoring, hija de Ramotoos.

Sentí no sé por qué misterio dilatarse el alma de Moene-Dilolo, que se acercó á mi hermana, la dijo un largo discurso á propósito de su casamiento, la deseó una larga descendencia y todo género de felicidades, y acabó por ofrecerla como amigo y vecino de mi padre el presente que habia llevado para ella.

Despues, como acabada esta ceremonia continuase la danza interrumpida, se acercó á mí y prodigándome los más vehementes elogios, merogó que tomase parte en la danza con él.

Asistió á mi lado al banquete de la boda, y cuando al ponerse el sol los nuevos venidos acompañados

de toda la tribu se trasladaron conduciendo á Lebituan, á Bogoring y á los suyos hasta el límite de las praderas de mi padre, desde donde partieron los desposados y los suyos hácia su tribu, Moene-Dilolo me dijo en voz baja:

—Lucero de la noche, ¿podria alegrarse mi alma con tu hermosura? porque yo te amo, y necesito verte para vivir.

—Un arroyo pasa por mi bosque, le dije cuando sale de él, atraviesa una pequeña pradera y va á pararse en otro bosque: en uno de sus senos el arroyo hace un estanque: aquel estanque es el baño de Itumela: Itumela va al estanque del bosque cuando el sol está en lo alto.

Y temerosa de que reparasen en mi conversacion con el rey del Lago, me separe de él, y fuí á reunirme á mi padre.

Cuando llegó la noche, cuando nada se oia más que el zumbido de las hojas de los árboles y los lejanos rugidos de los leones, yo recostada en mi hamaca, pensaba en Moeene Dilolo, anegada mi alma en su recuerdo.

Por la primera vez olvidé al horrible cacique blanco.

Yo amaba, y mi amor lo dominaba todo.

Yo era entonces más feliz que nunca.

Lo era tanto, que no habia podido adivinar que existía sobre la tierra tan grande felicidad.

XII.

Al dia siguiente fuí con mis doncellas al baño.

Las hice detenerse antes de llegar á él, y adelanté sola.

Las largas hojas de los bambues, de los cacteas y de los abedules, cubrian el pequeño estanque cristalino.

Yo me senté á su orilla sobre una piedra.

Me causaba disgusto, mejor dicho, se resentía mi altivez al ver que no había encontrado allí esperándome impaciente al rey del Lago.

Yo me había ensoberbecido por el exagerado amor de mi padre, por las predilecciones de que era objeto, por los contínuos homenajes de uno y otro cacique fuerte, rico y valiente á quienes había desdeñado.

Este desden mio habia traido á mi padre más de una guerra; causada por el despecho de más de un cacique ofendido por mi negativa.

Cuando yo habia allanado mi altivez á las palabras de un hombre, mi altivez se habia lastimado creyendo que aquel hombre no sentía por verme la impaciencia que yo sentia por verle á él.

Pero apenas me habia sentado, cuando frente á mí se abrieron las ramas de dos mirtos y apareció Moene-Dilolo.

¡Ah! ¡me esperaba! ¡pero me esperaba oculto!

El señor del Lago era digno del despecho que al no encontrarle en el lugar de la cita había sentido yo.

XIII.

¡Ah, señora! el recuerdo de aquellos dias, de aquellas entrevistas amantes, dulces, puras, en aquel lugar delicioso, me amarga el alma, vierte sobre ella una hiel emponzoñada.

El amor noble y sublime de Moene Dilolo, me hizo cristiana: él lo era, y él fué mi irresistible misionero.

Moene-Dilolo me arrancó de la abyeccion de la materia, ennobleció mi alma, haciéndome comprender con la paciencia y la perseverancia del amor, con su sencilla elocuencia, la sublime doctrina del Evangelio: abrió mi alma á la virtud, la preparó para el sufrimiento y para el martirio; me hizo ver en la inmensidad del cielo el espacio, que separa á nuestro cuerpo del trono de Dios, y á donde nuestra alma puede subir por medio de la oracion, y en las buenas acciones formó mi conciencia, completó mi fé; despues de Moene-Dilolo, los misioneros tuvieron muy poco que hacer.

El amor dulce y sencillo de mi esposo me hizo cristiana.

Pero cristiana protestante.

Todos los misioneros que penetraban en el Africa del Sur remontando el Senegal, eran ingleses.

El amor horrible del marqués me hizo católica.

El amor horrible del marqués, me constituyó en lo que soy.

Una mujer en estado de comparar la civilizacion

europea con el embrutecimiento de los hijos de su patria.

Era muy jóven cuando salí de Africa.

Desde entonces han pasado diez años.

En esos diez años he recorrido la mayor parte de Europa, se ha apurado para mí la enseñanza, se me ha rodeado de fausto: cuando he caido bajo el látigo del capataz, era una mujer completamente educada; una hermosa negra redimida de su barbarie; una mujer completamente distinguida y esencialmente notable por el contraste de sus maneras europeas con su color de raza.

CAPITULO XI

Continúa la historia de Rosalía.

I.

—Y en efecto, Andrés, dijo Margarita interrumpiendo la marcha de los sucesos de su narracion; Rosalía era una dama completa, una dama negra, es cierto, pero tentadora por su hermosura especial.

Fina, inteligente, distinguida, de ingenio cultivado, bastante música para que se la escuchase con placer cuando se sentaba al piano, con una voz dulce, simpática, sentida, argentina, que comunicaba á su canto una mágia indecible, Rosalía era en toda la extensión de la frase una señorita admirablemente educada.

Y digo una señorita, porque Rosalía era muy jóven.

Apenas tenia veinte años.

Cuando yo la arranqué moribunda de las manos de Melchor era un esqueleto.

Sus cabellos ondeados y ligeramente lanosos, estaban entrapados, por decirlo así, de polvo, rígidos, enmarañados.

Su piel, intensamente negra, deslustrada por la demacracion por la fiebre contínua, se había puesto áspera.

Sus ojos, empañados por el llanto, habian contraido la inmovilidad de la atonía, de la imbecilidad.

Parecía vieja.

Profundas cicatrices surcaban aquella piel arrugada, áspera, escabrosa.

La miseria mas horrible la habia dado un aspecto repugnante.

Despues, cuando yo me prevalí de la omnipotencia que me daba en la hacienda el tenaz empeño del marqués por mí, empezó á restaurarse, por decirlo así, aquella flor marchita.

Y digo aquella flor, porque Rosalía era hermosísima.

A pesar de su tipo de raza podia enamorar á un europeo, y enamoraba en efecto á cuantos la veian.

Era alta, esbelta; tenia esa majestad que da á toda criatura, cualquiera que sea la region y la sociedad en que haya nacido, la costumbre del dominio.

Cuando Rosalía se vió sujeta al látigo, la dignidad, la distincion, eran ya en ella una costumbre.

Jamás he visto unos ojos tan poderosos, tan grandes, tan bellos, tan elocuentes ó tan fieros como los de Rosalía.

Jamás unas pestañas que hayan dado tan lánguida sombra á unos hermosos ojos.

La forma de su semblante tenia los rasgos magníficos de las antiguas estátuas egipcias.

Esa boca de gruesos belfos, esa nariz ancha y de-

primida, esa frente fuertemente aplastada del negro del golfo de Guinea, no existían en ella.

Sus labios sumamente rojos, eran un tanto gruesos, pero esto daba á su pequeña boca un poder de fascinacion indefinible.

Su piel era negra, negrísima, mate, tersa, semejante al ébano sin pulimentar.

Y en cuanto á su cuello, á sus hombros, á su seno, á todas sus formas, en fin, habia que admirar una correccion perfecta y una morbidez encantadora.

Mis cuidados, mi amor, mi proteccion, mi ardoroso afecto la habian restaurado; á los seis meses de tenerla yo junto á mí, era una reina negra, una especie de reina de Saba, esto suponiendo que la reina de Saba hubiera sido tan hermosa como Rosalía.

Rebosaba en ella una juventud brillante.

Su enérgiea organizacion no habia necesitado otra cosa, sino que se cuidase de ella, á despecho de su alma, que no habia podido restaurar, porque sólo Dios vuelve la paz al alma del infortunado, haciendo cesar su infortunio.

Y para ello hubiera necesitado Dios hacer un milagro.

Rosalía habia experimentado desgracias irreparables.

Y esta misma tristeza sin consuelo de su alma, aumentaba su hermosura dándola un poético tinte de languidez, de sufrimiento apurado, concentrado, sufrido con valor y con altivez.

Pero continuemos su historia.

Necesito que por la historia de Rosalía antes que

dor la mia propia, comprenda V. con cuanta razon Dios ha herido al marqués constituyéndole en el horrible estado de expiacion en que se encuentra.

II.

—Rosalia continuó.

—Al poco tiempo de nuestras secretas entrevistas Moene-Dilolo y yo, necesitamos que el secreto desapareciese.

Hacer una vida comun.

Vivir el uno para el otro bajo un mismo techo, y seguir el camino de la vida, el uno á par del otro, asidos de la mano.

El señor del Lago me hizo conocer su propósito de pedirme al dia siguiente por esposa á mi padre.

III.

Al dia siguiente á la puesta del sol, mi padre entró en mi baobab.

Hizo salir á mis doncellas, y se quedó solo conmigo.

—Vas á cumplir doce (1) años Itumela, me dijo: ya hace mas de tres años que los caciques mas fuertes me ruegan por ti, sin conocerte (tanta es la fama de tu hermosura), te desean todos: siempre, como ahora antes de responderles te he dicho sus pretensiones.

—¿Y quién me quiere ahora por esposa? pregunté

(1) Las mujeres de Africa, especialmente en la parte septentrional, llegan á la pubertad á los nueve años.

afectando una gran indiferencia, aunque mi corazon latia violentamente

—Le conoces, has danzado y hablado con él.

—¿Cuándo?

—Cuando tu hermana Bogoring salió de su cabaña para vivir en la cabaña de Lebituan.

—No me acuerdo,

—Tendré una mala guerra si te niegas, porque el que te pretende ahora es el poderoso señor del Lago, nuestro vecino.

—Dicen que es cristiano.

—¿Y qué mas da? ¿no es poderoso? ¿el que es poderoso, no puede tener tantos dioses como quiera?

—¡Querrá que yo sea cristiana!

—La mujer debe obedecer al marido.

—Temo, si me niego, que tengas una nueva guerra.

—¿Consientes?

—Si, por tu paz: ¡dices que es tan fuerte...!

—Sus piraguas cubren el lago, y sus guerreros las praderas.

—Por tu vida consiento.

—¿Podrá venir á robarte, á ponerte sobre su caballo?...

—Que venga en buen hora.

—Vendrá pasados tres dias.

Y mi padre contento por mi sumision, por mi docilidad, ignorando que mi consentimiento era hijo de mi amor, me abrazó y salió vivamente alegre del baobab.

IV.

La forma de los casamientos en la mayor parte de las tribus del Africa del Sur es la siguiente.

El que ha elegido una doncella para hacerla su esposa, lleva durante la noche una ternera blanca á la puerta de la choza de su madre, ó á falta de esta á la de su padre, y la ata.

Se oculta en un sitio desde donde puede ver sin ser visto, y si al amanecer, el padre ó la madre de la elegida sueltan la ternera y la sacuden para que se aleje, es señal de que no quieren casar á su hija.

Si por el contrario, la meten dentro de la cabaña, el pretendiente puede llegar, entrar y hacer su demanda.

La demanda consiste en lo siguiente.

—Mi cabaña está sola y desamparada: en su hogar no arde el fuego, y las noches son para mi tristes y largas.

Si los padres no aceptan, le dicen:

—¿Por qué no has puesto tu señal en la cabeza de la ternera? Si hubiéramos sabido que era tuya, la hubiéramos ahuyentado.

El pretendiente recobra su ternera y sale.

Si los padres aceptan al novio, le dicen:

—Toma de entre nosotros á la que ahuyentará la soledad de tu cabaña y hará lucir tu hogar.

A este consentimiento responde el novio con un nuevo regalo, y aquella misma noche, se presenta armado en la puerta de la elegida para robarla,

Sus parientes y sus amigas pretenden impedir el robo, y se traba á la puerta una lucha ficticia.

Mas que una lucha una especie de danza guerrera, que se termina dando el novio algunos regalos á los que se oponen que entre en la cabaña.

Los que resistian se consideran vencidos y huyen.

Entonces el novio entra, arrebata á la novia y la monta en su caballo:

Sucede otra nueva lucha.

Los parientes, y no solo los parientes, sino á veces la tribu entera de la novia, rodean al caballo sobre el que montan los dos ya casi esposos.

El novio vence, arrojando á sus acometedores algunos regalos sobre los que estos se arrojan, y aprovechándose de este momento de tregua, huye con la novia y la lleva á su cabaña.

De este modo se efectuó mi casamiento con Moene-Dilolo.

No hubo mas diferencia que la de que los regalos fueron magníficos como era de esperar del rico y poderoso rey del Lago.

Doscientas terneras blancas, una gran cantidad de oro en polvo, infinitas piezas de telas de algodon, gran número de colmillos de elefante, y sartas de corales y bujerias, hé aquí lo que Moene-Dilolo prodigó para obtener el derecho de llevarme consigo á su tribu.

V.

Encontré hermosísima la aldea de Moene-Dilolo.

Se extendia en la ribera de un extenso y azulado lago, sobre una magnífica pradera en que pastaban numerosos rebaños.

Al límite de aquella pradera, en derredor del lago, se ostentaba rica, majestuosa, la infinita variedad de árboles de nuestras selvas.

Yo estaba acostumbrada al sombroso espacio de mi retiro, cubierto siempre por un espeso follaje, y aquel espacio extenso, abierto, aquel alegre lago en que se reflejaba el cielo, aquella extendida pradera me parecieron hermosísimos.

Ademas las cabañas de la aldea de Moene-Dilolo estaban mejor construidas, eran mas grandes, mas limpias que las que yo habia visto hasta entonces.

Los súbditos de Moene-Dilolo parecian mas hermosos: estaban mejor vestidos, mejor armados: parecian mas ricos.

Las cabañas se extendian en una sola linea sobre la ribera circular del lago: en el centro de esta linea habia algunos buenos edificios. Los misioneros ingleses habian dirigido su construccion.

En el centro habia un edificio cuadrado; sencillo pero de muy buen aspecto, era la iglesia: un vestíbulo le precedia: aquel vestíbulo servia de tribunal á Moene-Dilolo.

Sentado en una especie de estrado levantado á

alguna altura sobre el pavimento: oia á los suyos, atendia á sus reclamaciones, arreglaba sus diferencias; era en fin un rey de los tiempos primitivos.

Los misioneros á su vez tenian una omnímoda influencia sobre Moene-Dilolo, é intervenian en todo.

El consejo de los ancianos de la tribu era pues inútil: habia quedado reducido á una fórmula.

Todas las tardes á puestas del sol, los habitantes de ambos sexos de la tribu concurrian á la iglesia.

Un misionero leia el Evangelio y le explicaba durante una hora.

Despues cada familia se retiraba á su cabaña.

VI.

Unidas á la iglesia estaban las habitaciones de los misioneros.

Estos eran cuatro.

Sus esposas y sus hijos constituian una pequeña tribu.

Ellos instruian en la escuela á los hombres.

Ellas á las mujeres.

A la derecha de la iglesia y separada de ella habia una extensa habitacion que podia llamarse el palacio.

En ella habitaba Moene-Dilolo.

Era una casa completamente construida á la inglesa, pero que solo constaba de un piso bajo, con un hermoso jardin cultivado bajo la direccion de los misioneros, y situado hácia la pradera.

Una fuerte empalizada rodeaba esta habitacion.

Moene-Dilolo me llevó á unos alegres aposentos.

Las telas preciosas que para mi y por consejo de Maunca habia obtenido mi padre de los mercaderes europeos, cubrieron las paredes y el pavimento de aquellas habitaciones.

Yo, valiéndome de la frase de uno de los misioneros, estaba *confortablemente* alojada, como pudiera haberlo estado en la Ciudad del Cabo una rica lady.

Las habitaciones de Moene-Dilolo eran mas extensas, pero mas severas.

Sus paredes estaban cubiertas de armas y trofeos de caza y guerra.

Allí se veian el arco y la flecha del pais, al lado del hermoso fusil inglés de percusion.

Ademas de estas habitaciones, estaban adheridas al palacio las de la guardia particular de Moene-Dilolo.

Se componia esta de cien hombres, lujosamente vestidos á la usanza del pais, armados á la europea, y provistos cada uno de un caballo.

Otros doce caballos estaban reservados al uso particular del señor del Lago.

Por todas partes se veia la influencia de los misioneros: por todas partes se reflejaban las costumbres europeas, en cuanto lo permitian los medios de que podia disponer Moene-Dilolo.

VII.

Esto era demasiado imprudente.

Los misioneros en su afan de plantear la civilizacion en el centro mismo de la Senegambia, se habian olvidado de todo, no habian pensado que en el aislamiento los hacia débiles.

Encontraron al rey del Lago predispuesto á escucharles, le convirtieron con facilidad, le hicieron cristiano, y se apoyaron en su valor y en la energía de su carácter para bautizar á toda su tribu, que repetia sin comprenderlas las palabras del Evangelio, traducidas al idioma del pais.

Moene-Dilolo desde que fué cristiano repudió á sus mujeres y las volvió á sus tribus, atrayéndose por este acto la enemistad de muchos caciques.

Y no fué esto soló; obligado á la guerra, y vencedor, no vendió á los mercaderes europeos ó árabes sus prisioneros, sino que los mantuvo en su tribu libres como á sus otros vasallos, les dió terrenos y rebaños, y los bautizó.

Los misioneros habian creido que la blandura y los beneficios atraerian multitud de indígenas á la tribu del Lago, y que con el tiempo podria contarse con un verdadero establecimiento europeo, con una especie de núcleo de la civilizacion en el centro del Africa septentrional.

¡Ah señora! ¡y cuántas desgracias debia traer sobre nosotros este celo inconsiderado de los misioneros!

Yo entonces no podia preveer estas desdichas y era feliz.

Al dia siguiente de haber sido trasladada por mi esposo á su tribu, este entró en la habitacion en que me encontraba y asiéndome una mano con ternura me dijo:

—Itumela, estás bajo mi techo, le iluminas con tu hermosura, llenas mi alma de felicidad; pero esa felicidad no puede ser completa para mí sino cuando seas cristiana.

—¿Y por qué no eres bastante feliz? le dije: ¿no vives á mi lado? ¿no ves el amor en mis ojos, como yo le veo en los tuyos?

—Hasta que seas cristiana no puedes ser mi esposa.

—¡Pues qué! ¿no lo soy?

—Segun los usos de los tuyos sí; pero Dios no ha consagrado nuestra union.

—No te entiendo.

—Pues bien, es necesario que me comprendas, es necesario que oigas á los sacerdotes de Dios.

Moene-Dilolo estaba dominado por los misioneros.

Estos le habian hecho comprender, que cometería una gran falta contra Dios, haciendo conmigo la vida íntima de la familia, mientras nuestra union no hubiese sido consagrada segun las prescripciones del Evangelio.

Moene-Dilolo no opuso una sola objecion.

Se doblegó á la voluntad de los misioneros, y desde aquel mismo dia empezó la obra de mi conversion.

Esta era lenta.

Yo me prestaba de buena gana, pero no comprendía bien.

Era necesario despertar mi inteligencia.

Yo veia triste, meditabundo á Moene-Dilolo, asistiendo con impaciencia un dia y otro dia á mi enseñanza.

Yo no comprendía la causa de la tristeza de mi amante.

Yo le amaba con toda mi alma (le amo aún); pero bastaba á mi felicidad verle, hablarle, sentir su amor, hacerle sentir el mio.

Yo era entonces inocente como una criatura acabada de nacer.

Sin embargo cuando empecé á comprender las predicaciones de los misioneros, empecé á perder mi inocencia y mi dulce tranquilidad.

Al hacerme comprender los misterios de la religion, abrian sin quererlo ante mi inteligencia el libro de la vida.

Habia pasado un año desde el dia en que fuí bautizada.

Me habian enseñado á leer y á escribir en el dialecto del país y empezaba ya á instruirme en el idioma inglés, al mismo tiempo que redoblaban su celo en mi instruccion religiosa.

Y sin embargo, todavía no me habian creido bastante cristiana para unirme á Moene-Dilolo.

VIII.

Llegó entretanto un dia terrible.

El dia en que empezó el horrible martirio que aún continúa para mí.

Una noche, ya muy tarde, me despertaron de repente las explosiones cercanas y repetidas de armas de fuego, los ladridos de los perros, los alaridos de la tribu entera.

Un resplandor, rojo, vivo, alumbraba mi aposento.

Salté de mi hamaca, y me encontré en medio de mis doncellas que habian despertado aterradas como yo.

Lo que me aterraba era un combate encarnizado: lo que me alumbraba era el reflejo del incendio de las cabañas de la aldea, de mi propia casa que ardía.

De repente entró un hombre.

Al verle dí un grito de alegría.

Aquel hombre que acababa de entrar era Maunca.

—Pronto, pronto, reina del Lago, me dijo: sígueme si quieres salvarte.

—¿Y mi esposo? le pregunté.

—Tu esposo me envía, me contestó: está empeñado en el combate y vencerá; pero quiere apartarte del peligro: tu padre te espera.

Presa de un terror invencible seguí á Maunca.

Salí casi entre llamas de la casa, y Maunca me llevó por la parte de la pradera.

La iglesia, nuestras habitaciones, la aldea entera ardian.

Y entre el incendio una multitud de hombres furiosos se batian con la rabia del exterminio.

Maunca, que era fuerte y vigoroso, me llevaba sobre sus hombros y atravesaba corriendo la pradera.

De repente se detuvo y me dejó en tierra.

Miré en torno mio y ví...

¡Al marqués de la Roca, señora!...

Estaba rodeado de blancos tan feroces como él, y me miraba sonriendo con una mirada y una sonrisa de Satanás.

Todos aquellos hombres estaban á caballo.

En medio de ellos, sostenidas por dos mulas, habia una especie de litera, en la que me metió á viva fuerza Maunca.

—¡Ah! dijo el marqués; al fin eres mia, divina estátua de ébano animado: me cuestas muy cara ¡pero no importa! vas á ser muy feliz.

Yo me desmayé de cólera y de terror.

Cuando volví en mí, me encontré en un aposento muy reducido, sobre un lecho.

Un hombre blanco y rubio me examinaba.

Era un médico.

El médico de un buque negrero.

Porque yo estaba á bordo de uno de esos horribles buques que se emplean en la trata de negros.

Aquel buque, segun pude ver por una ventana de la cámara despues que volví en mí, se deslizaba por un rio de distantes riberas, iluminadas por la luz de la mañana.

No habia esperanza, señora: yo era esclava del marqués de la Roca.

IX.

Cuando Rosalía me contaba esto, dijo Margarita, temblaba como bajo el impulso de un terror que no habia podido destruir el tiempo.

Su mirada vaga y desesperada era la mirada de una loca.

Parecia que acababa de ser arrebatada de entre los suyos.

X.

El marqués al volver el año siguiente al Senegal provisto de tentaciones para el padre de Rosalia, supo con sorpresa y con rabia que esta se habia casado.

Buscó un medio de robar la esposa al esposo, ya que no había podido robar la hija al padre, y tuvo la inspiracion de servirse de Maunca.

Del africano que habia sido vendido jóven, que había estado durante veinte años entre europeos, y que habia vuelto al cabo de ellos emancipado á su patria.

El marqués halagó la codicia de Maunca y consiguió que este se prestase á servirle.

El marqués es capaz de sacrificarlo todo por un empeño, y no retrocedió cuando Maunca le dijo que no era posible el rapto de Rosalía sino por medio de una expedicion armada.

Que esta expedicion podia apoyarse en una rebelion de los súbditos de Moene-Dilolo, y que esta

no podia llevarse á cabo sino por medio de tiempo, hombres y dinero.

El marqués convino en todo, y partió dejando á cargo de Maunca la preparacion de su empresa.

Durante seis meses Maunca estuvo preparando en silencio la rebelion de aquellos cautivos á quienes Moene-Dilolo habia dado generosamente un lugar entre los suyos, praderas, ganados, una suerte en fin mucho mejor que la que habian perdido.

Aquellos hombres constituian la mayor parte de la tribu.

Los misioneros se habian engañado.

El africano jamás perdona.

Aquellos hombres á quienes tan imprudentemente habia tendido su mano el rey del Lago, habian sido vencidos por él: eran sus enemigos.

XI.

El miserable Maunca supo sacar partido de ellos.

Nada sospecharon los misioneros, nada sospechó Moene-Dilolo, nada los ancianos de la tribu.

Y sin embargo, cuando el marqués llegó lo encontró todo preparado, y no tuvo necesidad de otra cosa, que de ponerse al frente de ellos con la tripulacion de su corbeta negrera.

El marqués me hizo esta revelacion horrible por medio de Maunca que le servía de intérprete.

En mi dolor llené de denuestos á Maunca, le acusé de su ingratitud, de su traicion, de su infamia.

—Debes darme las gracias, me dijo; tú serás muy

feliz: ¿por qué deseas la compañía de un salvaje, cuando un europeo, un español, un hombre bastante rico para comprar á todos los tuyos, te ama?

XII.

El marqués encargó á Maunca de mí.

Maunca no se separaba de mi lado.

A los tres meses de navegacion llegamos á la isla de Cuba.

XIII.

El marqués por un refinamiento de deseo, me habia respetado.

No queria poseer á la esclava semisalvaje aún.

Queria que la civilizacion realzase su precio.

Esperaba acaso que cuando yo conociese las costumbres europeas, cuando hablase el español, cuando estuviese civilizada, cuando sondease mi verdadera posicion, consentiría en ser suya.

Y aprendí pronto el español.

Maunca se habia propuesto hacérmelo aprender, y lo consiguió hablándome una mezcla de español y talayo en el principio, enseñándome las correspondencias de un lenguaje con otro, acostumbrando mi oido á la pronunciacion.

Yo lo sufría todo.

Ni un sólo momento se me ocurrió concluir con la muerte mi desdicha.

Yo no podía comprender que una criatura se can-

sase á sí propia la muerte: ese deseo me ha asaltado despues.

Además, me hubiera sostenido la esperanza de volver á reunirme á mi Pablo.

XIV.

Habia podido contenerme en algun pasaje de la larga relacion de Margarita, que esclarecia las memorias del africano Pablo; pero entonces no pude dominar una exclamacion de sorpresa.

—¡Pablo! dije: ¿y quién era ese Pablo que aparece de repente en la historia?

—Pablo, me contestó Margarita, era el nombre cristiano que habia tomado al bautizarse el rey del Lago.

—¡Ah! dije encerrándome de nuevo en mi reserva.

En aquel momento dieron las tres en un reloj de sobremesa.

—Aún nos quedan tres horas me dijo Margarita: es necesario que mi relacion quede concluida antes del amanecer

Recopilemos la historia de Rosalía.

XV.

La obra de su ilustracion se llevó á cabo, pero no menos que en cuatro años.

El marqués la habia llevado á todas partes, en sus largos viajes por Europa.

Sin embargo, Rosalia civilizada no habia dejado de aborrecer al marqués; no habia podido olvidarse de Pablo.

Vengamos al fin de su historia como me la refirió Rosalía.

La tengo tan presente que no he olvidado ningun detalle.

XVI.

Despues de referirme los inútiles esfuerzos del marqués para reducirla, sino á su amor, á la sumision, continuó.

—Hay una horrible yerba en el Senegal que se llama *ashiba*; comer un solo tallo de esa yerba, beber un vaso de agua en que esa yerba haya estado puesta en infusion, es caer en un letargo semejante á la muerte.

Una noche despues de una horrible escena con el marqués, me encerré en mi aposento.

Me dormí, pero desperté con una sed abrasadora.

Salté de la hamaca, y fuí á una mesa donde siempre quedaba preparado un vaso de agua.

Estaba medio dormida y bebí con ansia.

¡Oh! cuando sentí aquel amargo y punzante sabor cuando reconocí que habia bebido agua de ashiha, ya no era tiempo: los terribles efectos de aquella bebida habian empezado.

Antes del letargo, se pasa por un estado de sonan-

bulismo, en el que todo se ve, todo se siente, en medio de una laxitud y de una impotencia horrible.

Yo ví al marqués entrar.

Le sentí acercarse y tomarme en sus brazos.

Y no podia oponerle la menor resistencia, ni lanzar el mas ligero grito.

Tuve tiempo para sentir todo el horror de mi suerte antes de caer en el letargo que hace parecer cadáveres á los vivos.

XVII.

Cuando volví en mi me encontré entregada á los funestos resultados de la pócima que habia bebido

Una fiebre horrible me devoraba, y durante muchos dias no se separó el marqués de mi lado temiendo por mi vida.

Resistí sin embargo, pero una debilidad extrema se habia apoderado de mí.

Antes de que pudiese andar por mi misma, pasaron tres meses.

Horribles proyectos de venganza se agitaban en mi alma; pero una sola palabra de Maunca echó aquellos proyectos por tierra.

—Debes alegrarte Rosalia, me dijo: los médicos que te han asistido dicen que estás en cinta... acaso el marqués... que tanto te ama, que amará á tu hijo, se case contigo: la marquesa de la Roca en el mundo civilizado vale mas que la reina de media legua de terreno en el Senegal.

Maunca, señora, añadió Rosalia, se habia vendi

do en cuerpo y alma al marqués: Maunca le servia y le sirve aun de agente en el Senegal: cuando el marqués va por un nuevo cargamento de negros: Maunca le precede y prepara el negocio, en cuyas utilidades tiene una parte. Cuando no acompaña al marqués, esto es, cuando el marqués no necesita ébano de Africa, Maunca es capataz de la hacienda y se llama Melchor.

—¡Cómo! dije á Rosalia; ¿Melchor, el hombre que tan cruelmente te maltrataba, te ha visto feliz y respetada en la tribu de tu padre?

—Dios castigará á Melchor, dijo tristemente Rosalía.

Y sus negros ojos se levantaron al cielo fijando en él una mirada de mártir.

Durante algun tiempo la infeliz guardó silencio.

Su seno se levantaba y se deprimia como agitado por una lucha interna.

XVIII.

—Comprendí toda la extension de mi desgracia, continuó Rosalia fijando en mi de nuevo su dulce mirada: yo habia dejado de ser la mujer casi salvaje para convertirme en la mujer de la civilizacion.

Se me habia educado y habia aprendido.

Pero no habia olvidado mi baobab, mi bosque, mi lago.

Los recordaba con mas fuerza.

Amaba tambien con mas fuerza que nunca á mi Pablo, al señor del Lago.

¿Que habia sido de mi?

Este pensamiento, esta ansiedad eterna en mi, turbaba mi sueño, hacia lúgubres, tristes, los objetos que me rodeaban: el sol me parecia cubierto con un velo sombrío.

Un hombre odiado, valiéndose de la traicion, habia robado á Pablo mi pureza: yo alentaba en mis entrañas el fruto de un crimen; yo amaba, antes de que viera la luz, á aquel pobre ser, hijo de mis entrañas.

Y no hay sacrificio, señora, que no arrostre una madre por su hijo.

Aún no habia nacido el mio; y ya pensaba yo en su porvenir.

Yo era ambiciosa por él.

Todo me parecia poco para mi hijo.

«El marqués me ama, me decia yo: por mi ha hecho sacrificios horribles sin duda, pero sacrificios siempre: mi posesion le ha costado tesoros, peligros y crimenes: el marqués está loco por mi: es necesario que acabe de enloquecer; es necesario que mi hijo no sea esclavo, que tenga padre, y padre legítimo; es necesario que el marqués sea mi esposo.»

Y oculté mi desesperacion y guardé mis lágrimas en mi alma, y sonreí al marqués, y tuve para él caricias y suspiros.

Me destrocé sin piedad el alma.

Apuré mas horror del que nunca hubiera creido poder apurar.

Y sin embargo, el marqués no pensó ni aún en sueños hacerme su esposa.

Yo sufria con un afan siempre creciente, esperando siempre.

Anhelaba que mi hijo naciese.

Tal vez él tendria para con el marqués mas influencia que su madre.

Porque... ¿qué hombre no ama á sus hijos?

Al fin llegó aquel momento ansiado.

Dí á luz el fruto de mi desdicha.

¡Pero... muerto! ¡muerto!

XVIII.

Rosalía calló, inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró en silencio.

Luego levantó con energía la cabeza.

Su mirada centelleaba fiera y terrible.

—Habia sonado la hora de mi venganza, exclamó; ¿para qué queria yo ser la esposa del marqués, muerto mi hijo?

La muerte me parecia poco castigo para aquel infame.

Y era la única venganza que podia lograr.

Confiarle, herirle cuando se arrojase confiado entre mis brazos, aprovechar el momento de su agonía para hacerle sentir mi ódio que le exterminaba.

Sufrí pues todavia.

Una noche... estábamos recostados bajo un plátano á la orilla del mar lejos de la casa: la luna nos inundaba con su luz verdosa: el marqués me miraba sonriendo.

Pero su sonrisa era horrible, y estaba lívido como el cadáver de un condenado.

Hubo un momento en que me pareció ver pasar por aquel semblante todos los horrores de que yo habia sido víctima.

Me pareció que el marqués recordaba aquellos horrores y que gozaba con su recuerdo.

Sentí un vértigo de destruccion.

Poco despues un puñal que llevaba oculto bajo mis ropas habia herido al marqués.

Pero le habia herido débilmente.

Porque al herirle habia temblado.

Me habia horrorizado de mi misma.

Yo, señora, habia nacido para sufrir no para matar.

Habia soñado con mi venganza; pero al llegar á ella, el horror habia helado mi sangre y mi mano habia temblado.

Y el cobarde marqués...

¡Oh! en aquel mismo instante me ví maltratada por la primera vez de mi vida.

El marqués me golpeaba furioso y daba voces.

Llamaba á Maunca, á Melchor que no tardó en llegar.

—¡Mírala! dijo el marqués: ¡la ingrata! ¡la infame! ¡me ha asesinado!

El marqués, engañado por su cobardía, creia mortal la ligera herida que yo le habia hecho.

Melchor acudió al marqués y le examinó la herida.

—Ah, señor, dijo: esto no es nada: un rasguño,

dolerá un poco, pero dentro de tres dias no habrá nada.

—¡Ah, tú crees que no hay peligro!

—Ninguno, señor; ¡pero esta infame!

Y Melchor me golpeó furioso con su látigo.

Mis alaridos no conmovian al marqués.

—Si, si, dijo: azótala, azótala como á la mas vil de mis esclavas: castígala, pero sin matarla.

—¡Cómo! ¡Debe morir ahorcada!

—¡Morir! exclamó roncamente el marqués: el que muere descansa; no, no: empléala en los trabajos mas duros: humíllala, entrégala al rencor de esos miserables que la han visto con envidia siendo su señora: que no la vuelva yo á ver... pero cuida de que el trabajo y el castigo no la maten: es necesario que sufra... que expíe su crimen... ¡oh! ¡los africanos! ¡los africanos son bestias feroces!

XIX.

El marqués se alejó.

Maunca me asió de la mano.

Yo creí que tenia compasion de mí.

—Ya has oido lo que el amo me ha mandado, Rosalía, me dijo.

—Si, le contesté: pero tú no lo harás: me has golpeado mucho, pero no me golpearás mas; te acordarás de cuando fuiste á mi tribu mi padre te recibió como á un hermano, y que yo te daba leche y miel: no me maltratarás: ¿no es verdad?

—¡Bah! yo no te he maltratado; algunos golpecillos, porque era preciso, porque estaba delante é irritado el marqués.

—¡Ah, Maunca, Maunca! lo que ese hombre te ha mandado es horrible.

—Puedes evitarlo si quieres.

—¿Cómo?

—Siendo mia.

Me helé de espanto.

—¡Tuya! exclamé.

—Si, yo te amo, te amo desde que te ví: por eso ayudé al marqués á robarte de las orillas del lago; yo esperaba un dia en que abandonada por el marqués necesitases mi ayuda, mi amor, y he sufrido mucho, mucho, he tenido celos horribles.

Yo rechacé á aquel miserable.

Le rechacé con toda mi indignacion.

Desde entonces, señora, un martirio contínuo; una desesperacion horrible, impotente, han sido mi vida.

Confundida en el rancho de las esclavas, golpeada, ensangrentada, reducida cuando me aterraba el dolor á un trabajo superior á mis fuerzas... ¡oh, señora, señora! llegó un dia en que no pude sostenerme de pié, en que la fiebre contínua me devoraba; y entonces, á pretesto de que no queria comer ni trabajar, era cruelmente golpeada.

Pero V. lo sabe, señora; V. me sacó ensangrentada de las manos de Maunca: V. ha sido mi ángel de consuelo: pero esto no puede durar... cuando venga el marqués...

—¡Oh! la dije, nuestra suerte será comun desde ahora: veremos si el marqués se atreve á maltratarme porque te amparo.

—¡Oh, Dios mio! dijo Rosalía estremeciéndose... va á suceder algo horrible.

CAPITULO XI.

—

Fin de la historia de Margarita.

I.

Despues de conocer la historia de Rosalía, mi afecto hácia ella se centuplicó.

Me parecía una hermana encontrada por mí en otra raza.

Y fuese que mi amor y mis cuidados hubiesen vuelto toda su frescura á la maravillosa organizacion de Rosalía, fuese mi amor hácia ella, me parecía hermosísima.

Y lo era Andrés, lo era.

Usted no puede figurarse nada tan hermoso, tan encantador, tan simpático como aquella jóven, negra como el ébano, pero con el tipo purísimo de la forma espiritualmente correcta.

Era en efecto una reina negra.

Yo, apenas conocida su historia, llamé á Melchor.

Vino al momento.

—Observo que no traes el látigo le dije.

—¿Y para qué, señora?

—Tráelo.

Melchor obedeció.

—Cierra la puerta, le dije, y dame la llave.

Melchor aturdido hizo lo que le habia mandado.

—Arrodíllate, le dije.

—No comprendo á V., señora, me contestó sonriendo de una manera forzada.

—¡Arrodíllate! exclamé.

Melchor se arrodilló.

Eres un miserable, le dije: un asesino: Rosalía necesita vengarse de tí y se va á vengar.

Y le arranqué el látigo.

—Toma Rosalía, la dije: devuélvele golpe por golpe, ensangriéntalo como él te ha ensangrentado á tí.

—¡Oh! ¡yo no soy verdugo! dijo Rosalía.

Melchor se habia levantado y me miraba con estupor.

¡Ah! eres demasiado generosa! pues bien, no faltará quien le castigue con mas fuerza que tú.

—¡Yo soy un hombre libre! exclamó Melchor.

—¡Ah! ¡eres un hombre libre! ¿y qué me importa? ¡tú me has faltado al respeto!

—¡Yo!

¡Me has insultado!

—¡Yo!

—¡Me has levantado la mano!

Yo gritaba.

¡Por compasion, señora! ¡si la oyen á V., si creen lo que usted dice, me van á matar!

—¡Socorro! grité yendo á la puerta: ¡socorro! ¡al asesino!

Todos los negros que estaban á mis órdenes en la casa habian acudido á la puerta.

¡Echad la puerta abajo! les dije: ¡este miserable nos ha encerrado!

La puerta saltó hecha astillas, y una turba de negros feroces inundó mi gabinete.

—¿Quién maltrata al ama? exclamó el esclavo mayordomo de la hacienda: ¡ah! ¿ser tú, Melchor? ¿tú haber entrado con látigo aquí?

El látigo estaba en el suelo.

Maunca ó Melchor temblaba,

—¡Me ha pegado! exclamé.

En verdad, Andrés, yo no habia calculado bien las consecuencias de mi farsa vengadora.

Me habia indignado la conducta de aquel miserable para con Rosalía, y me habia propuesto vengarla.

Pero no habia yo querido que mi venganza fuese tan lejos.

—No sabia yo hasta qué punto me amaban aquellos pobres esclavos.

Es cierto que yo era siempre para ellos bondadosa y buena.

Que utilizaba mi influencia con el marqués para mejorar su condicion; que tenian en mí siempre un amparo seguro y fuerte.

Un africano, Andrés, no ama ni aborrece á medias.

Su sangre es tan ardiente como el sol de su país.

Apenas dije: —¡Me ha pegado!—los ocho ó diez esclavos que habian acudido lanzaron un solo grito,

una sola amenaza, un solo rugido, pero un rugido de leon hambriento.

Maunca habia sido acometido.

El primero que llegó á él rodó por tierra.

El tigre del desierto se defendia.

Pero estaba rodeado de tigres.

Todos aquellos hombres le aborrecian de muerte.

Todos le golpeaban.

Hubo un momento en que no se vió mas que un grupo informe humano, que se revolvía, que rugía, que aullaba.

Y yo que creia que todo aquello no pasaria de un fuerte castigo, porque ninguno de ellos tenia armas, los excitaba.

—¡Ah! señora, le van á matar, y es un hombre libre, y vendrá la justicia! decia Rosalía.

Pero yo embravecida seguia excitando á los esclavos.

Al fin dejaron de golpearle.

Maunca estaba inerte, ensangrentado, espirante.

Confieso que me aterré.

Mandé sacarlo de allí, y... dos dias despues... murió.

II.

Guardó por un momento silencio Margarita.

—Pues bien, me dijo al fin mirándome de una manera tranquila, nunca he sentido el mas leve remordimiento por aquella muerte.

Pero aquella muerte trajo necesariamente á la

hacienda al marqués. La ley habia tomado cartas en aquel negocio que habia trascendido.

Cuando el marqués llegó y me vió junto á Rosalía, vestida como yo, aposentada en mi misma habitacion, vuelta á su belleza, se asustó, pasaron á un tiempo por su semblante al ver á Rosalía la cólera y el deseo, y me dijo con voz trémula y sombría:

—Lo comprendo todo: ya sé quien ha matado á Melchor: esa mujer.

—Rosalía es inocente, dije.

—Rosalía no debe estar aquí, dijo el marqués.

—Rosalía estará siempre donde yo esté, ó yo estaré donde esté Rosalía.

La desdichada entretanto se habia replegado á un rincon del gabinete, y con la espalda vuelta á nostros lloraba.

—Es necesario que salga, dijo el marqués: que se vaya: la concedo la libertad.

—Acepto la libertad, dije.

—Concedido.

—Al momento.

El marqués se acercó á la mesa y escribió una carta de manumision para Rosalia.

—¡Oh! ¡gracias! le dije ¡voy á amarle á V. mucho!

El marqués volvió tristemente la cabeza.

—Que se vaya, dijo.

—No: le contesté: si ella se va me iré yo.

—¡Tú!

—Sí: es mi hermana.

Rosalía no pudo contenerse.

Se arrancó de su rincon y vino á arrojarse á mis piés.

Yo la levanté entre mis brazos y la besé llorando.

¡Pobre Rosalía!

III.

Dios me perdone, pero creo que el marqués se conmovió.

—Bien, que se quede contigo; me dijo; por lo visto, eres mi señora, y no tengo para tí más voluntad que un esclavo: pero ojalá no te arrepientas del amor que la tienes: es perversa: te habrá contado una historia que ha inventado para hacerse la mártir... te habrá dicho que allá en la Senegambia era reina, esposa de un rey. En buen hora: si te sucede algun mal, tú lo habrás querido: pero que evite mi presencia: no quiero verla: ¿oyes?

—Sí, sí: creo que ella tampoco desea ver á V.

En buen hora: así nada nos debemos: pero sepamos qué ha sucedido aquí.

—Melchor me faltó al respeto, le dije sosteniendo mi mentira: levantó su látigo sobre mí.

—¡Oh! ¡el miserable! pues entonces bien muerto está: y tanto, que voy á dar la libertad á los que le han matado: me costará echar tierra á este negocio algunos miles de pesos fuertes: pero no importa: verémos cómo agradeces lo que hago por tí.

IV.

El marqués nos dejó solas.

Yo no sé cómo arreglaria el negocio de Maunca; pero ni un solo hombre de justicia apareció en la hacienda.

Rosalía, libre ya, asegurada por mí su fortuna, porque yo obligué al marqués á imponer para ella una renta en el Banco de España, parecía tranquila.

Me amaba con toda su alma.

¡Pobre Rosalía!

Habia perdido completamente la esperanza.

Pero estaba resignada.

—¿Por qué no te vuelves á tu país? la decía yo.

—¡Ah! no: me contestaba: allí los recuerdos serian mas dolorosos para mí... y luego... yo no podria sufrir aquellas costumbres bárbaras: el marqués me ha hecho el horrible daño de ilustrarme, de cultivar mi espiritu: es necesario resignarse á la voluntad de Dios.

V.

Una tarde vino á mi encuentro Rosalía, agitada, anhelante, y se acercó á mí toda temblorosa.

—¡Le he visto! ¡le he visto! exclamó.

—¿A quién?

—A él, á Moene-Dilolo, al rey del Lago, á mi Pablo, á mi esposo.

—¡Cómo! ¿esclavo tambien?

—No, libre y magnífico como el águila cuando cruza el viento: sobre un caballo negro como la noche: ha pasado á la carrera por el sendero de los bananos: y yo lo he visto: sí, era él: llevaba frac azul, pantalon blanco, bota alta, y en la cabeza un hermoso gipijapa: iba cantando un canto de guerra de nuestro pais: yo le he visto pero él no me ha visto á mi: he querido gritar, decirle: ¡pára, deten tu caballo! ¡ven! ¡ven! ¡aquí está tu Itumela, tu reina! pero la voz me ha faltado, me han faltado las fuerzas, me he desvanecido, y cuando he vuelto en mi, ya mi Pablo, mi rey, mi amor, habia desaparecido.

—¿Pero no te has engañado?

—¡Engañarme yo! ¡confundir á otro hombre con él! ¡oh! ¡no! aunque hubiera estado durmiendo cuando él hubiera pasado, me hubiera despertado mi corazon: ¡oh! ¡si! ¡es él' él que sin duda viene á buscarme.

—¡Oh! ¡pues volverá!

—¡Y si pasa adelante! ¡y si no vuelve!

—Le encontrarémos: te lo juro.

VI.

Sin que el marqués lo supiera envié á uno de mis negros á la ciudad para que se informase.

El negro tardó tres dias; tres dias que pasó Rosalía en una ansiedad horrible.

Al fin volvió el negro con noticias exactas.

Se habia expedido pasaporte para Paris á don

Pablo Moene, africano, jefe de tribu, y habia partido.

—Quiero ir á Paris, me dijo Rosalía.

—Irémos, la dije.

Y en aquel momento me fuí á ver al marqués.

VII.

Apenas me vió, antes de que le hablase me dijo.

—Prepara tu equipaje, Margarita.

—¿Para qué?

—Dentro de dos dias marcharémos á la Habana, y de allí á Europa, á Paris: los negocios que me llaman, son graves, fastidiosos, tardaria en volver si te dejase aquí y no quiero dejarte sola.

—Se entiende, que con nosotros viene Rosalia.

—Tu empeño por ella nos será funesto á todos.

—No me muevo de la hacienda sin ella.

—Bien: no importa: suceda lo que quiera.

—¡Oh! gracias.

—Prepara los equipajes: hemos de marchar pasado mañana.

Yo fuí á llevar esta buena noticia á Rosalia.

VIII.

Al dia siguiente partimos á la ciudad.

Rosalia me acompañaba en el carruaje, y el marqués nos seguia á alguna distancia no dejándose ver de nosotras.

La vista de Rosalia le contrariaba de una manera terrible.

Ademas, el marqués habia contraido ya los primeros sufrimientos de la terrible locura que le aflige.

Se dejaba ver poco.

Nuestros negros me decian que se le encontraba allá en lo mas intrincado del bosque, junto al rio con suma frecuencia.

Que se le oia gritar, llorar, hablar como con un fantasma.

Que cuando sentia que se acercaba alguien huia.

Ademas, hacia ya tiempo habia mandado que de noche no se pusiese luz en su aposento.

El marqués permanecia en él solo y á oscuras, desde el principio de la noche hasta el siguiente amanecer.

Muchas veces, y cuando estaba hablando conmigo, se detenia de repente, su mirada se extraviaba, su semblante, ya bastante pálido, se ponia lívido, murmuraba con las extremidades de los lábios temblorosos algunas palabras ininteligibles y cuando no huia durante este acceso, me decia, apenas habia pasado.

—Yo estoy enfermo, gravemente enfermo: tengo aquí y aquí (y se ponia la mano sobre el pecho y sobre la cabeza) una cosa que me matará.

Yo comprendia demasiado lo que sentia el marqués en el corazon y en la cabeza.

La agonía y la fiebre del remordimiento.

Y sin embargo, el marqués se mostraba cada dia y de una manera mas terrible empeñado por mi.

Yo lo temia todo, y no me atrevia á separarme de Rosalía.

De protegida mia se habia convertido en mi protectora.

Me hacia creer esto el cuidado con que el marqués evitaba su vista.

La especie de terror que causaba en él Rosalía.

Siempre que el marqués queria verme me enviaba un negro para avisarme su venida.

Rosalia se retiraba entonces dejándome sola.

Entraba el marqués, y á su despecho miraba con un terror que no podia encubrir á las cortinas de las puertas, como temeroso de que oculta tras ellas, fijase en él su mirada Rosalía.

A no ser tan infame el marqués, el estado horrible en que se encontraba me hubiera inspirado compasion.

IX.

En la Habana el marqués no salia absolutamente de casa.

Poco despues de puesto el sol se encerraba en su aposento y allí permanecia solo y sin luz.

A los pocos dias me atreví á hacer una prueba

El marqués me tenia en una reclusion absoluta.

Reclusion que se me hacia insoportable.

Pensé en aprovecharme de aquel estado excepcional en que se encontraba el marqués desde que oscurecia hasta que amanecia,

Entonces, y todavia al otro lado de los mares, empecé á ser Dama de Noche.

X.

Por entonces, ya como ahora, era el factotum del marqués M. Rouget.

Esta especie de bribon risueño, le servia hacia mucho tiempo, y le habia acompañado en calidad de cocinero á sus expediciones negreras.

El marqués, sin sentirlo, habia ido contrayendo un grande afecto á M. Rouget.

Por supuesto que M. Rouget merecia y merece el terrible afecto del marqués.

Con su eterna sonrisa, con sus mofletes siempre rosados, con su invencible imperturbabilidad, el marqués le habia visto practicar hechos para los cuales se necesitaban un valor y una sangre fria extraordinarias ya fuese durante una tempestad, ya durante un combate contra los cruceros ingleses, y actos verdaderamente execrables cuando solo se trataba de ser inhumano y terrible con los infelices negros, amontonados en el buque.

El marqués empezó por sentir grandes simpatias hácia M. Rouget, y acabó por concederle toda su confianza.

El era el único que podia entrar en la habitacion del marqués durante aquellas largas noches de remordimiento y de delirio.

El era el único que podia penetrar en el recinto vedado donde viviamos Rosalia y yo.

XI.

M. Rouget es un hombre de talento.

Perspicaz y pensador, con una sola mirada, de sus ojillos grises, mirada cuya intencion se oculta siempre bajo una expresion que generalmente parece candorosa, y á veces estúpida, comprende hasta qué punto puede serle favorable ó adversa una persona.

M. Rouget sabia que si él era el factotum, el confidente, casi la conciencia del marqués, yo era respecto del marqués la omnipotencia.

Sabia que yo era el poder terrible en la casa, por la influencia que tenia sobre el marqués, y que por lo mismo era necesario estar bien conmigo.

M. Rouget me demostraba entonces, como me lo demuestra ahora, una adhesion servil y me decia con suma frecuencia:

—Estoy verdaderamente deseoso de que la señora ponga á prueba con un gran sacrificio de mi parte el extraordinario afecto que siento hácia ella.

Un dia que M. Rouget me dijo una frase semejante le respondí.

—Pues bien, ya que tanto desea V. que yo ponga á prueba su afecto, ha llegado el momento.

—¡Oh! ¡y qué felicidad será para mi, señora! dijo M. Rouget sonriendo siempre. ¿Y qué desea la señora?

Me fastidio, M. Rouget.

—Verdaderamente el aislamiento en que la señora se encuentra debe serle insoportable: no compren-

do al señor marqués; está muy enfermo. ¿Por qué no consiente V. E. en casarse con él?

—Estoy... enamorada, M. Rouget, muy enamorada, le dije. V. es el confidente del marqués desde hace mucho tiempo, y desde ahora lo va V. á ser mio.

—¡Enamorada! dijo M. Rouget mirándome de una manera especial y dejándome ver una sonrisa de incredulidad: con el tiempo puede ser que la señora ame; pero por ahora... ¡bah! yo lo sé todo: la señora quiere ponerme á prueba, y esto es inútil, porque estoy completamente á su disposicion.

—Veámoslo.

—Perfectamente: veámoslo.

—¿Qué cree V. que sucederia si el marqués supiese que por los oficios de V. salia yo de casa todas las noches é iba donde mejor me convenia?

—¡Oh!... ¡oh! si el marqués lo supiese... ¡diablo! perdone V., señora: pero el marqués procuraria hacer con V. E. y conmigo una de las suyas.

(M. Rouget me daba el mismo tratamiento que daba al marqués.)

—De modo, le dije, que V. no se atreverá á procurarme el que yo pueda esparcirme de noche.

—Yo no he dicho eso.

—Sin embargo, parece que teme V...

—Nada temo.

—Pero si el marqués sabe...

—El señor marqués no sabrá nada.

—Pues empecemos desde ahora mismo.

—Empecemos.

—Envie V. por un palco al teatro.

—Muy bien, señora: y de camino mandaré poner un carruaje.

—Eso es.

—Vendré cuando crea que las señoras están vestidas: porque V. E. se hará acompañar de la señorita Rosalía.

—Indudablemente.

—Va á comprender la señora cuánto respeto su voluntad. Y salió.

XII.

Desde entonces todas las noches Rosalia y yo escapábamos como dos pájaros á quienes se abre la jaula, apenas el marqués se encerraba en su aposento.

Rosalía si no estaba alegre: estaba mas tranquila.

Habia visto á su Pablo, sabia que estaba en Paris y dentro de poco debiamos abandonar á Cuba para ir á Europa, á Paris.

Alli debia encontrar su amor, y tal vez su venganza segun ella creia.

XIII.

En la Habana no me conocia nadie.

Habia vivido en ella, primero en un convento despues en un colegio, luego en la cerrada casa del marques.

Por el color de mi semblante, de mis cabellos y

de mis ojos, se me tuvo por una rica inglesa que viajaba con algunos esclavos.

Mi presencia asídua al teatro de Tacon causó en la sociedad de la Habana la misma impresion que ha causado en la sociedad de Madrid mi presencia frecuente en el Teatro Real.

Allí se hicieron por muchos los mismos esfuerzos por llegar hasta mí que se han hecho en Madrid por infinitos.

Pero los curiosos y los enamorados, si alguno lo estaba, encontraban siempre un obstáculo invencible en mi buen Pepe, en el criado negro que me acompaña constantemente en mis excursiones nocturnas.

No sé si me pusieron algun nombre los de la Habana como me le han puesto los de Madrid, porque aquello duró poco.

XIV.

Al mes de haberme conquistado aquella libertad nocturna, se me presentó M. Rouget, y sonriendo siempre me dijo:

—Siento de una manera imponderable el verme privado por algun tiempo de seguir procurando á V. E. sus salidas de noche.

—¿Pues qué sucede? le dije.

—Sucede que mañana parto de la Habana en un buque que se hace á la vela para Europa. Por la primera vez desde que le sirvo no acompaño en su viaje al marqués. V. E. es la causa: el marqués quiere que cuando V. E. llegue á Paris encuentre una casa con-

veniente, y yo voy á prepararla; pero en llegando allí, V. E. podrá continuar gozando con ventaja de sus noches: Paris es muy preferible á la Habana.

—¿Es decir que decididamente marchamos á Europa?

—Sí, señora: á lo mas tardar dentro de quince dias, que es el tiempo necesario para que esté dispuesta á marchar una fragata que el marqués ha fletado para él sólo.

—¡Ah! ¿no vendrán con nosotros pasajeros?

—No señora: V. E. irá sóla con el marqués, con la señorita Rosalía, con la servidumbre y con la tripulacion que se compone de esclavos del marqués: el marqués dirigirá el buque.

Me causó un vago, pero frio terror la perspectiva de una larga travesía con el marqués á bordo de un buque en que todos, tripulacion y servidumbre, serian esclavos suyos.

XV.

Algunos dias despues el marqués me anunció el viaje y á continuacion me dijo:

—Por mas que yo sea un marino muy á propósito para mandar con buen éxito un buque desde Cuba á Europa, nadie puede estar seguro de que el mar no haga una de las suyas. Si acontece un naufragio, si perecemos en él, no quiero que se pierda tu memoria. Es necesario que te retrates.

—¿Y para qué?

—Pondré ese retrato, con un pañuelo tuyo en

que estén bordadas mis armas, un rizo de tus cabellos y un papel escrito, en una caja embreada, y en un momento supremo sujetaré esa caja á tu cintura, me abrazaré á tí y morirémos juntos.

Sólo el estado de casi demencia en que se encontraba el marqués, podia disculpar el que me hablase de tan lùgubres preparativos, en vísperas de un viaje por mar.

XVI.

El retrato fué hecho.

El marqués le guardó, y tres dias despues nos embarcamos, y á las tres de la tarde levamos anclas y zarpamos del puerto de la Habana.

En el buque el marqués siguió, en el breve tiempo que procedió al naufragio, la misma conducta que en su casa de la Habana.

Evitó toda comunicacion con Rosalía.

Ella y yo ocupábamos el lugar preferente en la primera cámara.

Yo no ví al marqués hasta la puesta del sol en que le encontré observando el cielo.

Cuando me anunció con su horrible sangre fria que tendriamos tormenta me estremecí.

Aquella tormenta nos amenazaba en la hora terrible en que el marqués dejaba de ser hombre para convertirse en loco y era de temer una desgracia.

XVII.

Y aquella desgracia se nos echaba encima de una manera rápida.

El cielo despejado, azul, magnífico, empezó á cargarse de nubes.

Un viento demasiado fresco empezo á silbar entre la jarcia de la fragata.

Truenos muy lejanos provenian allá de las profundidades del horizonte.

Algunos relámpagos esclarecian la media luz del crepúsculo.

El marqués me habia prometido hacerme beber no sé qué, que me evitaria el terror de ver los horrores de la tempestad.

El marqués habló un momento con uno de los esclavos, y poco despues aquel esclavo me llevó un vaso lleno de un cocimiento dorado.

Bebí la mitad, y me acordé de Rosalía.

—¿Y por qué ella no ha de librarse tambien del terror, dije para mí, por medio de esta bebida, que debe ser un narcótico?

Y expontánea y naturalmente, mientras el marqués observaba el mar y el cielo, y multiplicaba sus órdenes á la tripulacion que maniobraba, entré en la cámara, donde replegada en un ángulo é inmóvil estaba Rosalía.

—Toma, la dije: el marqués que cree posible una tempestad furiosa me ha hecho beber esto, para evitarme el terror.

XVIII.

Al oirme Rosalía, al ver el color del líquido que contenia el vaso, saltó del rincon en que se encontraba, tomó el vaso, le examinó, probó con la extremidad de la lengua su contenido, y exclamó aterrada:

—¡El zumo de la *ashiba*! ¡del horrible narcótico de que se valió el marqués para hacerme suya! ¡y has bebido todo lo que falta al vaso!

—Sí, exclamé con terror.

—Dentro de un momento caerás dominada por una influencia terrible: durante algunas horas verás todo lo que suceda junto á tí; oirás todo lo que se hable, pero no podrás moverte, ni resistir, ni gritar... ¡Oh! Dios mio!

Yo estaba muda de espanto.

Rosalía tiró el vaso al mar por la ventana de la cámara y luego se lanzó á la puerta del camarote y la cerró por dentro.

—Y luego, luego... con lo que has bebido estarás como muerta durante dos dias, cesará tu pulso, dejará de latir tu corazon: ¡pasará por tí durante ese tiempo la muerte... y yo no lo podré evitar!

XIX.

Me acuerdo perfectamente de lo que me sucedió despues.

Empecé á sentir una languidez dulcísima, y perdí todo temor, toda conciencia de mí misma.

Veia á Rosalía que me tenia entre sus brazos y que me besaba llorando.

Despues me levantó y me puso en la litera.

Yo no dormía: lo veia todo, lo oia todo.

Los mugidos del viento y de las olas, los gemidos de Rosalía, sus oraciones.

Sentía el violento balanceo del buque.

Oia el áspero rechinamiento de sus maderas y los fuertes pasos de la tripulacion sobre el puente.

Veia el resplandor del relámpago que atravesaba el grueso cristal de la pequeña ventana del camarote.

Y á Rosalía siempre inclinada sobre mí, llorando y rezando.

XX.

Veia, oia, sentia, pero no tenia voluntad, ni por consecuencia accion.

La tempestad arreciaba de una manera horrible, y sin embargo, no sentia miedo.

Rezaba y lloraba por mí Rosalía, y no sentía ni gratitud, ni ternura, ni ningun afecto por aquel amor tan puro y tan noble.

Todo pasaba por mí como si yo lo viera desde otro mundo, desde otra vida.

Y no podia apreciar el tiempo.

Yo no sé cuántas horas estuve en aquel estado

XXI.

De repente Rosalía se alzó de sobre mí y corrió á la puerta del camarote, á la que habian llamado con precipitacion.

—¡Abrid! ¡abrid, que nos vamos á pique! exclamó el marqués con el acento de un loco.

—No, no entrarás, infame, mientras yo pueda impedirlo, gritó Rosalía apoyando sus espaldas contra la puerta.

Luego sonaron golpes como de hacha y la puerta cayó por tierra.

El marqués entró y se arrojó furioso sobre Rosalía.

—¡Ah! exclamó asiéndola del cuello con una mano crispada: estó habia de suceder alguna vez.

La infeliz Rosalía no pudo contestar.

En medio del horror de los elementos desencadenados, á la débil luz de la lámpara clavada en el techo del camarote, veia yo, sin poderlo evitar, sin querer evitarlo, á Rosalía y al marqués que iban de acá para allá, en una lucha terrible; rugiente, furioso, frenético el uno; la otra retorciéndose entre las manos del marqués y lanzando gemidos ahogados.

Por último, Rosalía dejó de luchar.

Cayó.

El marqués permaneció todavia algun tiempo oprimiendo su garganta, golpeando con su cabeza sobre el suelo.

Luego se alzó y la dió con el pié.

Rosalía estaba inerte, muerta.

La contempló un momento, y luego volvió á arrojarse sobre ella, á oprimirla la garganta, á golpear con una furia creciente el suelo con su cabeza.

Despues la asió, la levantó entre sus brazos y salió rápidamente del camarote.

XXII.

Entonces, y por el estado de narcotismo en que me encontraba, ni aquel horrible crímen me horrorizó, ni sentí la mas leve voluntad de impedirlo.

Despues, al recordarlo, he sentido todo el horror que no sentí entonces.

Despues, con mucha frecuencia, durante mi sueño, aquella terrible escena se ha repetido en mi imaginacion, detalle por detalle, gemido por gemido, y he despertado aterrada, cubierta de un sudor frio, muriéndome.

¡Desdichada Rosalía!

XXIII.

Margarita calló por un momento.

La relacion de Margarita era para mí preciosa.

Era el complemento, era el reverso de las memorias del negro Pablo, de aquel infeliz muerto por mí contra mi voluntad: de aquel hombre cuyo recuerdo me atormentaba, no como un remordimiento, sino como un dolor.

Entonces, lo comprendí todo

Ví que Pablo era Moene-Dilolo, el señor del Lago, el esposo de Rosalía.

Comprendí el que Pablo al encontrar á Margarita arrojada por el mar sobre la playa la creyera muerta cuando solo estaba accidentada por la influencia del zumo de la *ashiba*: empecé á entrever el misterio de que Margarita hubiese sido enterrada, y sin embargo viviese aún.

XXIV.

Este conocimiento me hizo mucho bien.

Hasta entonces, preciso es que lo confiese, Margarita habia tenido para mi un prestigio fantástico.

Dudaba, me perdia en un mundo de suposiciones absurdas.

Habia momentos en que creia á Margarita un sér sobre natural.

Al fin no podia dudar.

Margarita era una hermosa criatura viva y ardiente.

Margarita me amaba: no lo podia dudar, porque sólo á un hombre á quien amase con toda su alma, en quien tuviese toda la confianza que inspira el amor podia hacer tan terribles revelaciones.

Gozaba de una manera imponderable.

Pero al mismo tiempo sufria.

En aquella situacion tremenda, Margarita accidentada, sin voluntad, sin fuerzas, privada por un

crimen de la proteccion de Rosalía habia quedado en poder del marqués.

Yo no me atrevia á interrogar acerca de estos á Margarita.

Pero como si Margarita hubiese adivinado mi pensamiento dijo levantando de nuevo la cabeza y continuando su relacion.

—La Providencia me salvó.

Y luego, despues de una ligera pausa, dijo:

—El marqués volvió al poco tiempo.

Traia en sus manos un objeto, que ató á mi cintura.

Despues acercó su semblante al mio y me estuvo contemplando, asido al borde de la litera que yo ocupaba para mantenerse firme á pesar del fuerte balanceo del buque.

Si yo hubiera podido aterrarme; la mirada que el marqués fijaba en mi semblante me hubiera helado la sangre.

Pero ya he dicho á V., Andrés que yo me encontraba en un estado anómalo á causa de la influencia del cocimiento de *ashiba* que habia bebido.

Lo percibia todo, pero en medio de una insensibilidad absoluta.

No puedo explicarme cómo guardo el recuerdo de todo lo que vi y escuché, de todo lo que pasó por mi durante aquella insensibilidad.

En la mirada que el marqués fijaba en mi, habia fiebre, insensatez, terror, crueldad, deseo, duda, audacia, todo junto, todo expresado á un mismo tiempo.

De su boca salia un aliento ronco.

El tigre cuando mira despues de un combate sangriento la presa que está próximo á devorar, no deja ver, sin duda, una mirada tan singularmente horrible como la que el marqués fijaba en mi.

Y lentamente, como atraido por mi, el semblante del marqués se acercaba al mio.

Llegó un momento en que sentí su respiracion ardiente como el calor que fluye de la boca de un horno.

De improviso el buque recibió un choque tremendo y se estremeció todo.

Un momento despues, el espacio en que yo me encontraba se abrió.

Un cuerpo negro, opaco, avanzó sobre mí, gigantesco como una montaña, embravecido como un leon.

Era una inmensa ola, un golpe de mar que me arrastró consigo, me revolvió, me lanzó á la superficie, y en aquel momento el huracan hinchó mis vestidos como hubiera hinchado una vela, y me mantuvo á flote.

Yo me sentí arrastrar como nos sentimos arrastrados durante un sueño, llevados como una pluma por un espacio oscuro é infinito, sin voluntad, sin resistencia, sin terror: sentí... no sé lo que sentí.

Sí, sentí... lo he recordado despues, que caia en un letargo denso, profundo: en un estado con el cual podria muy bien compararse la muerte.

Sentí que no sentia nada.

XXV.

Cuando volví en mi me encontré en una habitacion muy pobre pero muy limpia, sobre un lecho excelente, aunque sencillo, sin adornos de ningun género.

Las paredes de aquel aposento estaban blanqueadas, y en ellas de trecho en trecho se veian algunas estampas grabadas representando santos.

El mueblaje se reducia á algunas sillas toscas y á una mesa de pino sobre la que se veian medicamentos.

El techo de aquella habitacion estaba compuesto de vigas de enebro sin labrar, sobre las cuales se asentaban inmediatamente las tejas.

Una pequeña ventana, única abertura por donde penetraba la luz, habia sido cubierta con un papel pegado á su marco, y el sol, iluminando de lleno aquel papel, le prestaba un hermoso color anaranjado, que contrastaba enérgicamente con el tono oscuro de la pared en que estaba abierta la ventana.

Por una pequeña rotura del papel entraba un azulado rayo del sol que venia á apoyarse sobre la cubierta de mi lecho, marcando en ella una pequeña área dorada.

Frente á mí habia una puerta cubierta con una cortina blanca.

Cuando volví en mí estaba sola, y tuve tiempo antes de que nadie entrase de apreciar todos los ob-

jetos que me rodeaban, hasta sus mas pequeños detalles.

Un dolor apagado, por decirlo asi, lento, pesado, que sentí en la cabeza me hizo llevarme las manos á ella.

Mi cabeza estaba vendada.

Poco despues lo recordé todo: todo lo que habia visto y oido desde que bebí la *ashiba*.

Entonces sentí todo el horror de aquellos sucesos y lancé un grito.

A causa sin duda de aquel grito deje de estar sola.

Una jóven muy linda y de muy pocos años con traje de las pescadoras de Cuba entró inmediatamente.

Al verme incorporada en la cama, su moreno semblante se iluminó con una viva expresion de alegria, y se volvió como para ir á anunciar mi vuelta en mi.

Yo sentia una viva impaciencia por preguntar, por saber, por determinar si el recuerdo que me aterraba habia sido un sueño, y la hice señas de que se acercase.

La niña se adelantó.

—¿Donde estoy? la dije.

—En mi casa, señora, me contestó entre turbada y alegre: es decir, en la casa de mi padre: nosotros señora somos pescadores.

—¿Esta casa está cerca del mar?

—Cuando los temporales son fuertes la resaca llega muchas veces hasta nuestra puerta.

—¿Ha naufragado en esta playa algun buque?

—Si, señora: hace tres dias.

—¡Tres dias! ¡es decir que he estado tres dias sin conocimiento!

—¡Oh! ¡sí señora! ¡como muerta! ¡enterrada!

—¡Enterrada! exclamé con un terror instintivo.

—Es decir: lo que se llama enterrada no, contestó con embarazo la jóven, pero parecia la señora tan muerta como los que se entierran.

—Y dime, la pregunté: ¿han perecido todos los que venian á bordo de la fragata?

—Todos, sí señora: todos menos uno: contestó tristemente la jóven: fué un milagro.

—¿Y no se ha salvado una negra jóven y hermosa, muy hermosa, que tenia un vestido blanco, y pendientes y pulseras de corales?

—¡Ah, no, señora! esa pobre negra ha muerto; se la encontró entre las roca, donde se han encontrado algunos marineros ahogados tambien: pero yo he oido decir á mi padre, que se lo decia muy bajo á mi madre «oye, Marta: yo creo que la negra que hemos enterrado allá arriba donde estuvo enterrada la otra, no ha muerto ahogada por el mar, sino ahogada por las manos de un hombre: yo retuve esto: tenia en el cuello señales de dedos, señales ensangrentadas.

Cuando oí esta noticia que la fatalidad me daba por medio de una niña, sentí correr por mi frente un sudor helado, un sudor de muerte.

Lo que yo habia creido un sueño era una horrible verdad. No pregunté mas acerca de esto á la niña, y

procuré informarme de quien era la persona que se habia salvado.

A las primeras palabras de la jóven pescadora comprendí que el hombre que se habia salvado era el marqués.

El infierno no habia querido recoger todavía su presa.

XXVI.

Estaba gravemente herida en la cabeza,

Al deshacerse el buque ó al ser arrastrada por las olas contra las rocas, debi recibir aquella herida.

De ella provenia el dolor lento, pesado, que sentia en la cabeza.

Durante algunos dias estuve entre la vida y la muerte.

Durante un mes no pude abandonar el lecho.

Cuando le dejé estaba flaca; pálida, débil: apenas podia sostenerme en pié.

Mi espiritu estaba mas postrado que mi cuerpo.

Todo lo que me rodeaba tenia para mi un color lúgubre fantástico.

Me parecia un sueño mi vida; pero un sueño fatigoso, un sueño de sufrimientos, de penas.

Recordaba contínuamente como unidos por un lazo fatal los dos crímenes que á mi vista habia cometido el marqués.

El un crimen le habia ocultado el fuego.

El otro crimen el agua.

Habia momentos en que creia aspirar el humo denso, acre, sofocante del incendio.

Que entre aquel incendio chirriaba la carne de un hombre asesinado.

Otras veces creia escuchar el mugido del viento, los bramidos del mar, el estridor del trueno, y entre estos estruendos pujantes, gemidos ahogados al par que rugidos sordos.

Brillaba en mis ojos deslumbrándolos la luz del relámpago, y sentia una horrible opresion en mi garganta como si la oprimieran despiadadamente.

Y siempre que esto sucedia me llevaba instintivamente las manos al cuello, como pretendiendo librarme de aquella agonía.

XXVII.

Durante mi dolencia no ví nunca al marqués.

Supe, porque me lo dijeron, que despues de haberle asegurado los médicos que habian venido de la ciudad por su órden, de que mi vida no corria peligro, el marqués habia marchado á la ciudad, distante algunas leguas del pueblecillo pescador donde me habia dejado.

Por lo que comprendí, aquellas buenas gentes me creian pariente próxima del marqués.

Nada, sin embargo, me preguntaron.

Cuidaban de mí con un afecto que no olvidaré jamás.

Y sin embargo, yo notaba en aquellas gentes sen-

cillas sentian hácia mí algo de respeto supersticioso.

Algunas veces les oia decir:

—Ha sido un milagro, un milagro de Nuestra Santa Patrona la Vírgen de los Dolores.

XXVIII.

Creí que debía interrumpir á Margarita.

—El mismo terror que sentian aquellas gentes, la dije, he sentido yo despues de haberla conocido á usted, al poseer ese admirable retrato.

—¿Y por qué ha sentido V. ese terror?

—Ignoraba si era V. un sér como todos los demás ó una excepcion milagrosa: es decir: una muerta resucitada.

—¡Una muerta resucitada!

—Sí, sí señora: y lo va V. á comprender por una lectura: aún nos queda tiempo; son las cuatro, hasta las seis y media no amanece.

Me levanté, abrí mi secreter, saqué de él las Memorias de Pablo, y vine con ellas á sentarme frente á Margarita.

—Escúcheme V., la dije.

Y la leí todo el pasaje referente á la tempestad que habia arrojado á Margarita aparentemente muerta sobre las rocas, la noche pasada por Pablo junto á ella: el amor desesperado de Pablo hácia ella creyéndola muerta.

Pero cuando llegué á los funerales, al entierro, Margarita me interrumpió pálida y aterrada.

—¡Ah! ya comprendo, exclamó, el terror de aquellas gentes: ¡enterrada viva! ¡qué horror! ¡yo he estado enterrada! ¡de modo qué, si el marqués hubiera perecido, yo hubiera vuelto de mi letargo dentro de una sepultura! ¡Ah! ¡ya sé, ya sé por qué cuando me hice llevar á la cumbre de la roca donde estaba sepultada Rosalía, ya sé por qué los que me acompañaban estaban pálidos como difuntos! ¡Dios mio!

—Todo eso ha pasado, la dije: todo eso ha sido un sueño, una pesadilla horrible: está V. delante de mí que la amo...

—¡Oh! ¡sí! su amor de V. es lo único que puede darme valor. Sí, estoy decidida á tomar un partido. Pero para tomar ese partido necesito que V. no pueda dudar de mí.

No dudo.

—No: no me basta la fe de V., necesito probarle...

—Lo sé todo, lo comprendo todo, lo adivino todo.

—Tal vez no.

—Sí: me basta con lo que V. me ha referido, que me explica perfectamente lo que he visto.

—Y... ¿qué ha visto V?

He visto que se vale V. de los remordimientos del marqués para defenderse de él.

—¡Ah! no comprendo!...

—Esta mañana... en la quinta del marqués... cantaba V. al piano, tranquila, descuidada... creyéndose sola. De repente se levantó una cortina y apareció un hombre horrible, que la contempló á

V. en silencio, pero con ansiedad, con la expresion horrible de un deseo por largo tiempo contrariado y nunca satisfecho. De improviso aquel hombre adelantó hácia V. demudado, loco, jadeante: y V. que le habia visto se puso de pié y esperó á aquel hombre, llevándose la mano al cuello como si hubiera V. querido estrangularse. Entonces aquel horrible hombre se asió con ambas manos la cabeza, y huyó dando gritos espantosos.

—Sí, es verdad; me basta con ponerme la mano en el cuello para hacer huir al marqués aterrado. El marqués está loco: Dios le ha castigado de una manera terrible, supliendo el castigo que no ha podido imponerle la justicia de los hombres por que ignora sus crímenes. Dios ha querido librarme de un nuevo crímen del marqués, ejecutado sobre mí: Dios me proveyó de una defensa poderosa, infalible, descubierta por mí por una venturosa casualidad. El marqués habia vuelto de la Habana, á donde había ido para fletar un buque de vapor, á fin de emprender de nuevo nuestro viaje á Europa. Cuando volvió el marqués ya estaba yo completamente restablecida: una tarde que estaba sola con el marqués, su vista, que me era cada dia mas odiosa, mas repugnante, produjo en mí una de aquellas fascinaciones terribles, en que me creia sofocada, ahogada por una mano infame. Llevé naturalmente la mano á mi cuello... y entonces ví que la mirada del marqués se extraviaba, que su semblante se ponia lívido: despues dió un horrible grito y huyó: la repeticion intencionada algunos dias despues del mismo ademan, me demostró que

habia encontrado un medio terrible, pero fácil, de defenderme del marqués: desde entonces vivo segura á su lado.

Voy á concluir la historia de mi vida, Andrés: de esta vida de sufrimientos y de terrores que yo no he provocado.

Ya por aquel tiempo, como ahora, el marqués á la llegada de la noche se encerraba en un aposento aislado, y no me permitia que le pusiese luz: yo temerosa de ser aletargada de nuevo, no comia ni bebia nada sino despues de que el marqués se habia encerrado por la noche: ese mismo sistema sigo ahora: la dolencia del marqués y mi influencia sobre él han hecho que su servidumbre atienda mas á mi voluntad que á la suya. Yo soy en su casa el poder absoluto: mientras está en el uso de su razon, durante el dia, yo soy como siempre la mujer secuestrada, guardada, apartada de la vista de todo el mundo; pero cuando llega la noche soy libre: como, y despues de comer, M. Rouget manda poner un carruaje, y salgo, vengo á Madrid, á mi casa, porque yo tengo casa en Madrid: una hermosa casa, allí mis doncellas, que no saben donde paso el dia, me visten y siempre llego tarde al teatro, donde M. Rouget me toma periódicamente un abono: las noches hermosas paseo sola, ya por los jardines de la Cuesta de la Vega, ya por lo sotos del Manzanares. Esto ha producido sin duda el que se me llame la Dama de Noche, y aseguro á usted Andrés, que estoy sériamente cansada de ser una dama nocturna, y quiero ser dama de noche, de todas las horas, de todos los momentos.

— Pues bien, la dije: no vuelva V. á esa maldita quinta, y puesto que tiene V. casa en Madrid...

—Sí: el marqués es riquísimo, dispongo de su fortuna como si fuese mia, y lo puedo todo, menos dejar de habitar durante el dia al lado del marqués.

—¿Teme V. verse privada de esas inmensas riquezas?

—¡Ah! no: estoy cansada del fausto: le sostengo por costumbre: sedienta de amor y de ternura, yo cambiaria mi hermosa casa, mis alhajas, mis trenes, por una posicion modesta, al lado de un hombre querido... de un esposo adorado... de V...

—Yo soy rico.

—No hablemos de eso: le amaria á V. del mismo modo si fuese V. pobre: pero mi amor no pasaria de ser un afecto profundo, inextinguible, doloroso, no pudiendo ser esposa de V., y no puedo serlo.

—¿Y por qué?

—Porque... ¿sé yo quién soy? ¿dónde he nacido? ¿quiénes fueron mis padres? Todo lo ignoro. ¿Cómo casarme sin los documentos necesarios, no conociéndome nadie?... y aunque esto pudiera salvarse por medio de procedimientos enojosos que darian que contar á las gentes, yo no me expondré jamás á que un hijo mio se sonroje por la falta de sus abuelos maternos.

—¿Pero no dice V. que el marqués sabe?...

—¿Y quién arranca su secreto al marqués?

—¿Es decir?...

—Que nuestro amor nace sentenciado al martirio obligado á consolarse con una dudosa esperanza. Si

V. no tiene valor para acompañarme en ese doloroso camino, separémonos, no nos volvamos á ver: acostumbrada al sufrimiento, nada podrá apartarme de la senda de dignidad que me he trazado: yo necesitaba amar y he amado á la primera impresion, por una causa misteriosa que está fuera del alcance de mi razon. Hace poco mas de veinticuatro horas que nos conocemos, y lo que entre nosotros ha sucedido, basta para que no nos olvidemos: yo le conocia á V. por sus versos, y mi alma habia deseado conocer al poeta, le habia amado antes de conocerle. A no amar á usted no hubiera amado nunca: yo ansiaba encontrar un alma semejante á la mia, un alma que no esperaba encontrar sobre la tierra. Pero la he encontrado, mi alma se ha unido á esa alma, y no se separará de ella. He pronunciado mi última palabra: hágame V. el favor de mandar á sus criados que me lleven á casa.

—¿A la quinta?

—No; á mi casa de Madrid: calle de Alcalá, número 170, principal.

—Y... ¿puedo ir á verla á V. esta noche...?

—¡A las doce!...

No me atreví á insistir.

Margarita ejercía sobre mí un dominio absoluto.

Se puso su abrigo, se echó sobre el rostro el velo de su sombrero, y me dijo:

—Guíeme V.

Yo abrí las puertas, la dí el brazo y la acompañé hasta abajo.

Antonio y Pedro estaban en el portal sentados junto á un brasero.

El carruaje en la calle delante de la puerta.

Abrí yo mismo la portezuela, y Margarita entró.

Hasta la noche, me dijo.

—Hasta la noche, la contesté.

A las doce, repitió ella. Alcalá, 170.

Estas señas fuéron á un mismo tiempo un recuerdo para mí y una órden para Antonio que ya estaba en el pescante.

Cerré la portezuela y el carruaje partió.

Yo me quedé en la puerta sintiéndole alejarse.

Cuando se perdió entre el silencio el ruido de las ruedas, otro ruido rasgó de nuevo aquel silencio.

Era una campana que tocaba á esa poética misa matutina que se celebra una hora antes del dia.

Aquella campana me hizo concebir una idea.

Subí, tomé un abrigo, y solo y á pié me puse en marcha hácia la parroquia de Santa María.

CAPITULO XIII.

—

El secreter de Gabriela.

I.

En el altar de una capilla oscura se celebraba una misa, que concluia.

Oíase, grave, llena de uncion, la voz del anciano celebrante, y la fresca y sonora voz del monaguillo que ayudaba la misa.

Tres ó cuatro personas únicamente oian aquella misa.

Yo pasé y entré en la sacristía, donde esperé.

Poco despues el celebrante entró.

Aquel celebrante era el padre Morales.

Don Eugenio Morales, anciano exclaustrado adherido al clero de la parroquia de Santa María, era el excelente sujeto que se habia encargado de la pobre Inés, de la hija de Gabriela Galvez de la Roca.

El dia anterior el padre Morales me habia dicho, entre otras cosas, que celebraba todos los dias la misa de alba en su parroquia.

Mi amor me llevaba á buscar al padre Morales

Cuando me vió me saludó afectuosamente.

—Necesito de V., le dije despues de contestar á su saludo.

—Cuente V. conmigo me contestó.

—Usted conserva la llave de la casa donde ha muerto la madre de Inés?

—Sí señor.

—Graves motivos nos aconsejan examinar secretamente los papeles de la difunta, antes de que nadie pueda verlos.

—Pues irémos.

—Quisiera que fuese al momento.

—Pues bien, me dijo, vamos á casa, tomaré con recato las llaves y avisaré para que no esten con cuidado.

Poco despues el padre Morales y yo llegábamos á una casa en la inmediata calle del Sacramento.

—Yo espero aquí, dije al exclaustrado.

—Hace frio.

—No importa debemos evitar que nos vean juntos.

—La pobre Inés está enferma.

—No importa.

—Pues bien: salgo al momento.

En efecto, cinco minutos despues el padre Morales y yo nos encaminábamos hácia el barrio extramuros de San Isidro.

II.

Aún no habia amanecido.

Nadie nos vió entrar en la casa.

Encendimos fósforos y despues luz en una bujía, y entramos en la que habia sido habitacion de Gabriela.

El lecho estaba aún revuelto.

No sabeis cuan terrible es la vista de un lecho en que todavia queda la impresion de un cadáver.

A mi, al menos, la vista de aquel lecho me causó una sensacion fuertemente dolorosa.

El padre Morales se conmovió tambien.

—¡Pobre mujer! dijo: ¡Dios la haya perdonado!

—Dios perdona á su criatura cuando la quita la razon.

—Esa infeliz volvió á la razon antes de morir, y pudo acabar su carrera de la vida como debe desearlo todo cristiano: con las lágrimas de arrepentimiento.

Yo no pregunté nada al confesor.

Pero tenia demasiados antecedentes para no comprender que el padre Morales estaba iniciado en algun grave secreto.

III.

Fuera de la alcoba, en una salita cuadrada, habia un secreter antiguo.

Mi vista se clavó ansiosa en aquel secreter donde debia encontrar algo que esclareciese la historia que me había contado Margarita.

Para mi era evidente que el eclesiástico habia recibido una revelacion de la moribunda.

Era sencillo, y su conmocion al ver aquel lecho,

y sus palabras, me habian dado á conocer que poseia un secreto de Gabriela.

—¿Tiene V. la llave de este secreter, padre Morales? le pregunté.

—Las traigo todas.

—Necesitamos abrir este mueble... y necesitamos abrirle cabalmente para que, cuando Inés le abra, no encuentre algo en él, que la sonroje por su madre.

—¡Cómo! ¿V. cree?... dijo el padre Morales mirándome con asombro.

—No creo, pero temo que haya en ese mueble algo que no debe ver Inés.

—Por el contrario, hay un documento que debe serle entregado, segun encargo formal de la difunta. Un documento en que reconoce por hija suya á una niña que ya debe tener veinte años, y en la cual, si alguna vez parece, deben encontrarse varias señales.

—¿Y que señales son esas? dije con ansiedad pensando en Margarita.

—Eso lo dirá el documento en cuestion.

—Pues veámoslo.

—Ciertamente, caballero, se ha mostrado V. tan cristiano y tan bueno con esa desgraciada familia que tiene V. derecho para intervenir en sus negocios. Veamos cual de estas llaves es la de ese mueble.

El padre Morales sacó del bolsillo un aro de acero, en el cual habia algunas llaves que probó en la cerradura del secreter hasta encontrar la que le abria.

El mueble estaba completamente vacio.

Pero en uno de sus cajones interiores encontramos

un legajo de papeles, cuidadosamente atados y en repetidas vueltas con una cinta encarnada.

Cuando los desatamos vimos que entre ellos habia un número considerable de cartas, muchas de las cuales estaban amarillas por su antigüedad.

Abrí maquinalmente una.

Su fecha era de veinte años antes.

Estaba fechada en Barcelona, y en el sobre se veia el sello de correos de la Habana.

No pude contenerme y la leí.

«¡Que te has casado, Gabriela! ¡y has tenido valor, mejor dicho, audacia para escribírmelo! ¡que eres de otro hombre! ¡que has olvidado tus promesas de amor!... ¡que te has vendido! ¡no sé por qué me estremecia cuando en España aún me decian los que sabian tu partida á América con tus padres: Gabriela se casará allí: allí gustan mucho las mujeres blancas: ¡yo confiaba en que esos isleños comerciantes no querrian unirse á una mujer pobre, aunque fuese blanca y rubia! ¡Pretendes disculparte con la muerte de tu padre, con la enfermedad de tu madre! ¡pretendes pasar por la buena hija que todo lo sacrifica á la que la dió el sér! ¡Mentira! ¡te has casado porque estabas sedienta de los goces de la vanidad que sólo se obtienen con dinero! ¡Te has vendido, y me has desgarrado el corazon! Estoy sin recursos en el momento, y por eso no voy yo en vez de esta carta: mí padre ha dejado nuestras rentas empeñadas para sesenta años, y me veo obligado á vivir de mi sueldo de teniente de fragata, pero antes de escribir esta carta, he escrito una exposicion á S. M. pidiéndole mi pase á

Cuba. El ministro de Marina es amigo mio y apoyará mi solicitud. Espérame.—Tu *adorado* primo Agustin.»

—¡Oh Dios mio! dijo el padre Morales: véase lo que son las pasiones.

—O las desgracias, contesté.

—Las desgracias deben sufrirse con resignacion.

Y seguí examinando las cartas: hé aquí el extracto de las mas importantes:

Habana, 16 de Marzo de 18...

Tu buen marido es mejor que tu para mi: ese hombre á quien aborrezco de muerte porque te posee me ha abierto su casa; me llama su primo, me trata con cariño. Tú procuras cuidadosamente no quedarte nunca sola conmigo. . Desde mi llegada no he podido hablarte... Tu marido me ha dicho que próximamente debe salir con su frágata para Cádiz, y cuando le he preguntado si te llevaba consigo, me ha respondido: «ella tiene un formal empeño en acompañarme: *me ama demasiado*, ¿pero cómo llevar á una jóven en un buque de guerra? Esto no puede ser. Ademas, mis verdaderos intereses radican aquí, y aquí debe estar mi familia; si ella se empeña en no separarse de mi, me veré obligado á contrariar mí aficion y á separarme contra mi voluntad de la marina real. Ya la he dicho que parto tranquilo, porque en tí tengo un amigo, y ella en tí un pariente que la ama.» No te opongas, Gabriela á la partida de Lorenzo, déjale ir: si renuncia á su empleo, si se separa del ser-

vicio, será peor, te lo juro, porque ya encontraré medio de hacerte ceder, y si no lo encuentro, seré capaz desesperado, de romper por todo.

Habana, 10 de Octubre de 18...

Al fin puedo hacer llegar una carta á tus manos... Al fin despues de un año ha vuelto de España la fragata Scyla y con ella Lorenzo: solo cuando ha vuelto has salido del convento donde te encerraste antes de que el se fuese.

Pero entraste sola y has salido con una hermosa hija que me he visto obligado á besar... ¡la hija de otro hombre! Cuando tuviste á esa niña, han pasado por mi ideas horribles... Necesito hablarte... no me desesperes, Gabriela, por que soy capaz de todo.

IV.

Habia otra multitud de cartas reducidas á súplicas desesperadas, á amenazas vagas.

Las fechas de aquellas cartas comprendian un espacio de un año.

En una de ellas el marqués, (porque del marqués de la Roca eran las cartas), se expresaba de una manera horriblemente melodramática á consecuencia del nacimiento de una segunda hija de Gabriela.

Al fin, la última que examiné era gravísima: su fecha era solamente diez años anterior.

Habana, 8 de Junio de 18...

Estoy dispuesto á concederte lo que me pides en tu última: tendrás lo que tanto deseas: pero abandona á ese hombre; gracias á su amor y á su estupidez somos mas ricos que él: podemos vivir magníficamente en Europa, en Londres, la amparadora de todas las fugas: como estás en la hacienda y no me es posible separarme de la Habana, te escribo. Pero quema esta carta. Las palabras escritas estan siempre prontas á volverse contra quien las escribió. Te ruego que medites bien: tú sufres por lo que nadie mas que yo puede darte, y que no te daré si no me sigues: no quiero tener mas tiempo celos: sé verdaderamente mia una vez, y ten por seguro, que si te niegas debes renunciar á toda esperanza de que se realice tu mas ardiente deseo. ¿Por qué ocultar nuestro amor, cuando es nuestra vida?

V.

Esta carta tenia señales de haber sido arrugada en un momento de furor.

Sin duda esta era la carta que habia motivado la terrible entrevista del marqués con el marido de Gabriela, en la que el último habia sido víctima de un crimen infame.

Por último, habia un grueso pliego cerrado.

En su sobre se leia:

«Al sacerdote que me asista en la hora de mi muerte.»

—¿Dice bajo secreto de confesion? pregunté tímidamente al padre Morales.

—No: mire V.

—¡Ah! pues nada puede decir ahí dentro, mas grave que lo que dicen esas cartas: abra V. ese pliego.

Le abrí.

Dentro habia otro pliego.

En el sobre decia:

«Para mi hija Inés,»

Aparté aquel pliego, sin tocar á su lacre negro y leí el que habia abierto.

He aquí su contenido.

VI.

Tenia yo quince años cuando conocí á mi primo, el marqués de la Roca.

Le amé y me amó.

Me pidió en matrimonio á mi padre y mi padre me negó á él.

Alegaba que tenia mala conducta y que me haria infeliz.

El marqués fué arrojado de mi casa, y se ejerció sobre mi por mis padres la mas cuidadosa vigilancia.

Desgracias de familia nos habian reducido á un estado precario:

Mi padre se vió obligado á solicitar un empleo y se le concedieron para ultramar,

Cuando yo recibí esta noticia que me alejaba del marqués, me aterré.

Y, sin embargo, me negué á huir de mi casa, sobreponiéndome al amor que el marqués me inspiraba á sus súplicas, á su desesperacion, expresadas en algunas cartas que el marqués lograba hacer llegar hasta mí furtivamente por medio de los criados, y que, apenas leidas, eran quemadas. Partimos al fin.

¡Nunca hubiéramos partido! el *vómito* acometió á mi padre y murió á los quince dias de nuestra llegada á la Habana.

Mi madre y yo nos encontramos solas, abandonadas, sin recursos, llenas de dolor.

Un hombre generoso, un hombre á quien la esposa ha respetado, pero á quien ha faltado la madre; un hombre noble y leal cuyo paradero ignoro, apuró cuantos recursos puede poner en práctica la atencion mas delicada para mejorar nuestra suerte.

Pero éramos demasiado altivas para acéptar beneficios que podian llegar á perjudicarnos, produciendo hácia nosotras falsas apreciaciones.

Entonces aquel hombre generoso pidió la mano de la pobre huérfana á su madre.

Y cuando por mi madre, respetuosa siempre, me hizo conocer aquella peticion, yo devoré la mortal angustia que sentí en mi alma, engañé á mi madre para salvarla de la miseria, y fingí alegría por aquella peticion, salvadora para mi madre, horrible para mí.

Porque yo amaba al marqués, le amaba con toda mi alma, y mi alma sentía una amargura infinita al solo pensamiento de pertenecer á otro hombre que no fuese el hombre de mi amor.

Voy á abreviar mi relato.

Es demasiado doloroso para mí.

Tuve la debilidad de escribir al marqués anunciándole mi casamiento y protestando que sólo habia cedido por mi madre.

Dos meses despues de mi casamiento, de aquel casamiento al que yo lo habia sacrificado todo, murió mi madre.

La fiebre amarilla no respeta á los ricos.

Yo, que me habia casado, no por serlo yo sino porque mi madre lo fuese, muerta ella, encontré inútil mi abnegacion... la encontré horrible.

Y poco despues una carta amenazadora del marqués que me contestaba por un conducto que yo le habia indicado, acabó de colmar el horror de mi posicion.

El marqués encontró el medio de que le dieran el mando de uno de los buques destinados al apostadero de la Habana.

Un dia: con una audacia infinita, y á título de pariente, el marqués se presentó en nuestra casa.

Mi marido le recibió como debia recibir á un primo hermano de su esposa del que no tenia antecedente alguno desfavorable, le colmó de atenciones, y hasta llegó á pensar en que el marqués, como pariente próximo mio, se pusiese al frente de nuestra casa, durante una larga ausencia á que se vió obligado como teniente de fragata.

Un año estuve encerrada en un convento hasta que Lorenzo volvió: en el convento dí á luz á Margarita, mi hija mayor.

Un año despues de la vuelta de mi marido dí á luz á mi hija menor, á mi pobre Inés.

VII.

Dí un grito al llegar á este pasaje: cubrió mis ojos un velo denso, sentí... ¡oh! no lo sé .. y se me cayó el papel de las manos.

—¿Qué es esto? me dijo el padre Morales acudiendo á sostenerme: ¿Se ha puesto V. malo?

—Sí: de alegría... porque...

Me detuve: la emocion no me dejaba continuar.

Porque... dije al fin dominándome, puedo decirla el nombre de sus padres, puedo arrojarla en los brazos de su hermana.

—¿Pero á quién? dijo asombrado el padre Morales.

—A Margarita.

¿Pero qué Margarita es esa?

—La hija de Gabriela Galvez de la Roca, la hermana de Inés.

—Pero yo no comprendo á V.

—¡Ah! sí... es verdad, perdone V., D. Eugenio, no tiene nada de extraño; V. no sabe que el infame marqués de la Roca robó á Gabriela su hija mayor para obligarla, aterrándola, á corresponder á sus amores.

—¡Ah! ¡ya! pero ¿quién ha dicho á V?...

—Lo adivino.

—Puede V. engañarse.

—¡Oh! no me engaño, y sino veamos.

VIII.

Y saltando por encima de los renglones del manuscrito, extractándole con la vista, resultó que no me habia engañado.

El robo de Margarita habia proporcionado al marqués la posesion de Gabriela.

Gabriela que habia prescindido de su amor por salvar á su madre, prescindió de su honra, como esposa, por salvar á su hija, por recobrarla.

Y el marqués, satisfechos el deseo y el orgullo, que no el amor, no pidió ya amor á Gabriela, la pidió que le ayudase á robar á su marido.

Y Gabriela siempre pensando en su hija, Gabriela que había deshonrado á su esposo, arruinó á su esposo, consintiendo en que el marqués se pusiese al frente de los negocios de su casa.

Sobrevinieron compromisos y apuros.

Despues D. Lorenzo de Fonseca, ya capitan de navío, desapareció de la Habana y nadie supo lo que habia sido de él.

IX.

Al llegar á este punto del manuscrito me estremecí.

Yo sabia lo que habia sido de aquel desdichado.

Su hija, sin saber que era su padre, habia presenciado su muerte, una muerte horrible causada por un asesino infame.

X.

Dos dias antes, cuando aún no conocia á Margarita, el hastío me enmohecia, por decirlo así, el alma.

Desde mi conocimiento con Margarita, lo extraordinario, lo terrible, se habia condensado en torno mio, y me iba faltando alma para sentir.

De suceso en suceso, de revelacion en revelacion, habia ido desarrollándose delante de mí un drama espantoso.

Y el final de aquel drama, el desenlace, amenazaba ser mas horrible todavía.

Yo estaba embriagado de horror.

Yo á quien nunca habia gustado el romanticismo artístico, me encontraba de repente con el romanticismo de lo verdadero.

Hay séres que han nacido para ser esponjas de crímenes.

Es decir, para absorber cuanto crímen hay posible.

Y prosiguiendo todas las gradaciones, todos los desarrollos del crímen en un sér humano, se encuentra con mucha frecuencia al mónstruo excepcional.

Toda fiera tiene un aspecto lógicamente relativo con sus instintos.

Yo recordaba la figura del marqués á quien una vez habia visto: mas bien, á quien habia sorprendido.

El estado físico del marqués, su fisonomía, su

voz, todo venia á ser la síntesis materializada de su historia.

El recuerdo de aquel hombre me daba horror.

La posicion especial en que Margarita se encontraba junto á aquel hombre, aumentaban mi amor, mi delirio hácia ella.

Yo estaba excitado, febril, loco, y no quise leer mas, no necesitaba leer mas: lo sabía todo.

XI.

Arrojé fatigado aquel manuscrito dentro del secreter.

—¿Y qué hacemos con estas papeles? me preguntó el padre Morales.

—Quemarlos.

—¡Quemarlos!

—Sí por cierto, nadie debe saber la deshonra de esa desgraciada, y mucho menos sus hijas.

—Pero estos papeles podrian ser una prueba...

—Mas vale que Margarita no pueda probar quiénes han sido sus padres, que el que lo pruebe deshonrando á su madre.

Al decir yo esto, me sobrevino un nuevo terror.

Yo no podia evitar que Margarita conociese la deshonra de su madre si sabia de quien era hija.

Margarita sabia la deshonra de la esposa del capitan de navío D. Lorenzo de Fonseca.

Y D. Lorenzo de Fonseca era su padre.

XII.

Sin embargo, tomé aquellos papeles y los acerqué á la luz de la bujía.

—Deténgase V., dijo el padre Morales: veamos antes de destruir esas pruebas lo que dice en este pliego cerrado.

—Pero este pliego está dirijido á Inés.

—No importa: las circunstancias son gravísimas: Inés es menor de edad, nosotros representamos providencialmente á sus padres: yo acepto la responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Y abrió con mano segura el pliego.

Dentro habia los siguientes documentos:

Partida de desposorios de D. Lorenzo de Fonseca con doña Gabriela Galvez de la Roca.

Dos partidas de bautismo de sus dos hijas Inés y Margarita.

Una declaracion formal de la madre de que Margarita la habia sido robada por su primo hermano el marqués de la Roca.

Un mandato formal á Inés de reconocer por su hermana legítima á Margarita, caso de que fuera encontrada, y como señales de reconocimiento la declaracion de que era blanca, rubia, con los ojos azules, y de que tenia una pequeña rosa sanguínea en la parte superior del hombro.

Esta declaracion estaba firmada por Gabriela.

XIII.

—¿Y conoce V. á esa hija perdida de la difunta? me dijo el padre Morales.

—La conozco tanto, como que la amo, le contesté, y espero que dentro de poco será mi esposa.

—Pues bien, quemarémos estos papeles, dijo el padre Morales puesto que tenemos estos documentos.

Yo quemé las cartas y el manuscrito de Gabriela.

Despues, obligado por el padre Morales, guardé en mi cartera los documentos que debian probar la legitimidad de Margarita.

El padre Morales y yo abandonamos la casa.

XIV.

Eran las nueve de la mañana.

Acompañé al padre Morales hasta la puerta de su casa, y una vez allí, me obligó á que subiese á tomar chocolate con él

Subí.

En la sala sentada junto á un brasero y rodeada de la hermana y de las sobrinas del padre Morales estaba la pobre Inés de Fonseca.

Al verme exhaló una exclamacion de alegria dolorosa.

—¡Ah! exclamó levantándose, Dios tiene piedad de mí, pues le trae á V.

—¿Pues qué sucede? dijo el padre Morales.

—Es que esta señorita estaba vivamente impaciente porque volvieras, dijo la hermana del padre Morales: á pesar de que está enferma no ha querido permanecer en la cama.

—¡Oh! sí, esperaba con impaciencia á V. para... para que buscase V. á D. Andrés, á quien tengo que hablar de un asunto importantísimo.

—Estoy á la disposicion de V., Inés, la contesté.

—Si... pero es necesario que yo le hable á V. á solas... y estas señoras me permitirán...

—Pues ya lo creo dijo el padre Morales: tú entre tanto Magdalena, añadió dirigiéndose á una de sus sobrinas, haznos el chocolate..., vamos, vamos... dejemos en libertad de hablar con D. Andrés á nuestra amiga.

Y el buen padre Morales se llevó consigo á su hermana y á sus sobrinas que salieron llenas de curiosidad de la sala.

CAPITULO XIII.

—

El secreto de Inés.—El tio y el sobrino.—La Reaccion.

I.

Inés me asió con ansia una mano.

La mano de la pobre niña abrasaba, temblaba.

Me miró con ansiedad, y antes de hablar se puso alternativamente pálida como un cadáver y encendida como una puesta de sol.

—He estado veinticuatro horas sin saber lo que era de mi, me dijo: dominada por el dolor, aterrada, loca: cuando ese primer periodo terrible ha pasado... he pensado con terror... he pensado...

Inés volvió á ponerse encendida.

—He pensado en mi hijo.

—¡Ah! dije: si, el hijo de Luis.

—Luis... ¿le conoce V.?

—Mucho; es mi amigo... y espero que será mi hermano cuando se case.

—¡Cuando se case! exclamó poniéndose pálida: ¡se va á casar!

—¡Con V.! la dije, no queriendo mortificarla con ambigüedades.

—¡Conmigo! cuatro años hace que debia haberlo hecho, y sin embargo... cuando mis padres eran ricos, Luis me hablaba contínuamente de una union anhelada... despues cuando mi padre desapareció, Luis me abandonó: le escribí, y no me contestó: dos años despues, amparadas mi madre y yo por Pablo, vinimos á España con mi hijo; no he vuelto á saber mas de Luis.

Inés inclinó la cabeza y rompió á llorar.

—Estoy aterrada, me dijo: no sé lo que habrá sido de mi hijo... porque... una pobre vecina le tiene consigo... cerca de nuestra casa: yo iba allí furtivamente, le veia en secreto, y me volvia.

Ha pasado mucho tiempo desde que no veo á mi hijo: esa mujer es muy pobre...

—¿Como se llama?

—Ana.

—¿Su número?

—El diez y siete.

—Adios, dije á Inés; y salí sin despedirme de nadie.

Temia otro nuevo horror, porque soplaba para mi desde tres dias antes viento de horrores.

II.

Tomé un carruaje, y me fuí á escape á casa de Ana, número 17, del arrabal de San Isidro.

Encontré á la buena mujer acompañada de una

vecina teniendo junto á si á una hermosa criatura como de tres años.

—¿Es de V. ese niño? la dije acercándome.

—No, no señor, me dijo la buena mujer; es hijo de una pobre jóven á quien se le ha muerto la madre y que se ha ido no sabemos á donde: pero ella vendrá, y entre tanto yo cuidaré de su hijo.

—¿Es V. casada?

—Si, señor, gracias á Dios.

—¿Se llama V. Ana?

—Para servir á V.

—Pues bien, dije sacando de mi cartera un billete de quinientos reales, y entregándole á Ana: cuide V. de ese niño: su madre está enferma y no puede venir por ahora, pero vendré yo todos los dias.

Las dos mujeres miraron como si quisieran decirme con los ojos:

—¿Es V. su padre?

—Su padre vendrá tambien conmigo, contesté dando por hecha la pregunta.

—Descuide V., caballero, descuide V., por lo que toca á mi Luis, y digo á mi Luis, porque le quiero como si fuera mi hijo: y aunque su madre no hubiera vuelto no hubiera faltado quien le cuidara: si tomo este dinero, es porque se conoce que V. es muy rico, y nosotros somos muy pobres; pero la pobreza no le hace para tener caridad.

—Gracias, y hasta mañana, dije metiéndome en el carruaje de plaza y dando al cochero las señas de mi casa.

III.

A esto eran ya cerca de las doce del dia, hora en que habia prometido á Luis ir á buscarle á la quinta de su tio.

Me vestí, y en uno de mis carruajes me hice llevar á la quinta.

Cuando el coche paró en el soportal de la tapia de la quinta, Pedro que se acordaba de la manera de llamar necesaria en aquella puerta, estuvo tirando diez minutos sin cesar, de la cadena.

Al fin acudió M. Rouget, pero con grande asombro mio, su semblante de remolacha estaba pálido como la penca de una acelga.

—¡Ah, señor! ¡excelentísimo señor! me dijo al verme bajar del carruaje: ¡Dios le trae á V. E., Dios le trae!

—¿Pues qué sucede, M. Rouget?

—¡Oh! una cosa formidable, espantosa, verdaderamente espantosa; el tio y el sobrino, el sobrino y el tio... ¡ah señor.. señor! entre V. E. al momento como que la puerta cede... yo no sabia que su excelencia... que el señor marqués tenia tanta fuerza,.. ¡ah, señor! quise mediar, quise ponerme por medio, y el amo me pegó un puntapié, que... que no me deja andar derecho, ni casi respirar.

Si yo hubiera tenido humor para reirme, nada mas á propósito para causar la risa que el semblante compungido y el acento lastimero de M. Rouget.

IV.

Pero era demasiado grave lo que M. Rouget me decia para tomarlo á broma.

Se trataba de una colision entre el tio y el sobrino.

¿Y por qué?

Yo necesitaba saberlo pero no necesité preguntarlo.

El puntapié que le habia arrimado su amo, habia hecho extraordinariamente locuaz al hasta entonces reservadísimo monsieur Rouget.

Porque, como él decia, la indignidad del tratamiento que se habia permitido su excelencia para con él, despues de diez años de buenos servicios, le dispensaba de toda consideracion, le ponia en el caso de abandonar la casa.

—¿Qué culpa tengo yo, exclamaba, de que la señorita haya venido tarde esta mañana? ¿de que haya por esto querido maltratar el marqués á la señorita, y de que á los gritos de la señorita haya acudido Don Luis y se haya insolentado con su tio? ¿debia yo dejar, señor, que el tio y el sobrino se mataran?

¡Cómo! ¿ha llegado ese caso?

—Ha habido silletazos y lucha; el marqués tiene un chichon sangriento en la cabeza, y D. Luis un mordisco en el hombro.

—¿Y la señorita?

—No lo sé, porque cuando yo acudí, la señorita habia escapado, y estaba encerrada en su cuarto; pe-

ro es el caso, que hace cuatro horas que el marqués está golpeando y arrojando los muebles contra la puerta del aposento, donde á fuerza de puños le ha encerrado su sobrino, y su sobrino está con un revólver en cada mano esperando á que salga su tio: Dios le ha traido á V. E., señor, porque el señorito D. Luis hará caso de V. E. mas que de nosotros: cuando uno de nosotros asoma por una puerta nos apunta, y como es capaz de todo porque está loco... ¡y haberle tocado á la señorita, de quien está enamorado como un insensato!...

V.

M. Rouget habia charlado todo esto mientras atravesábamos el espacio en que mediaba desde el portalon de la cerca al vestíbulo de la casa.

Cuando entré en ella oí en el piso superior un golpe retumbante.

Poco despues otro.

—Así, así está hace cuatro horas golpeando yo no sé con qué en la puerta; venga V. E., señor, creo que vamos á llegar á tiempo.

—¿Pero, á tiempo de qué?

—De que el señorito D. Luis se vaya y no parezca mas por aquí.

—¿Pero y la señorita?....

—Que se vaya tambien: es lo mejor que puede hacer... yo por mi parte me voy, y todos nos vamos: hasta el negro: que se quede solo: ¡si quiere matar á todo el mundo!

En aquel momento llegábamos al piso superior y entrábamos en una magnífica antesala.

Magnífica por su construccion, por sus pinturas y por sus muebles.

—¡Ha cerrado la puerta! exclamó M. Rouget.

—No importa, le dije.

Y me acerqué á la puerta.

Entonces oí gritar á Luis.

—Firme, firme, mi buen tio, decia: golpea, golpea: rompe esa tabla que te separa de mí, pero no esperes hacer conmigo lo que hiciste el 25 de Mayo con mi tio Lorenzo: ahora estamos en invierno, y ademas mi otro pobre tio no tenia en las manos lo que tengo yo: puedo hacerte diez agujeros en la piel, mi querido marqués, y esto ya es mucho para inspirarme confianza: golpea, querido tio, golpea: pero ¡voto al 25 de Mayo! como no me des veinte y cinco mil reales que me hacen falta, y no pidas perdon á Margarita por lo que has querido hacerla y á mí por lo que me has hecho, te declaro que permanecerás preso é incomunicado.

Golpeé de nuevo la puerta.

—¿Quien llama por ese otro lado? dijo Luis: ya os he dicho, bribones, que os guardeis bien de mezclaros en mis asuntos.

—¡Eh! ¡soy yo, Luis! le dije.

—¡Ah! ¡eres tú, Andrés! respondió: espera, voy á abrir.

Y abrió la puerta. Al abrirla ví en el pestillo un mechon largo de hermosos cabellos rubios.

Al ver aquellos cabellos me aterré y mis ojos se fijaron asombrados en ellos.

—Sí, sí: cabellos de Margarita, me dijo Luis: cuando yo acudí, habia sido tal la lucha de la pobre con mi tio...

—¡Cómo!

—Parece que esa señorita ha tardado en venir á casa mas de lo justo, y habia sido echada de menos: el marqués la esperaba, y en su cólera... los talismanes por esta vez han sido inútiles: ni á ella le ha valido el llevarse la mano al cuello, ni á mí el citar una y mil veces el 25 de Mayo... ó mi tio ha recobrado la razon, ó ha acabado de volverse loco: oye, oye cómo ruge... y cómo golpea....

—Pero Margarita...

—Con la lucha.., (cuando yo llegué luchaban á brazo partido, y el marqués se esforzaba por agarrarla del cuello) con la lucha, á la pobre chica se la soltó el pelo, y como le tiene tan largo y tanto, al huir, cuando yo santigüé á mi tio con un silletazo en la cabeza, se la enredó el pelo en el pasador de la puerta, y ahí tienes, Andrés, ahí tienes. Yo aproveché el aturdimiento de mi tio causado por el golpe que habia recibido, y le encerré en su gabinete: á poco empezó como ahora, á golpear yo no sé con qué á la puerta: ¡ah! se me olvidaba: ahí tienes á M. Rouget que no sabe lo que le pasa: ¡ha recibido un puntapié! Tio, mi querido tio; añadió gritando: M. Rouget está inconsolable: te aconsejo que le despidas, porque si continúa en tu cocina, va á ser capaz de envenenarte.

—¿Y Margarita? exclamé.

—¡Eh! qué se yo: escapó.

—Se ha encerrado en su aposento, dijo M. Rouget: pero, señorito D. Andrés, por el amor de Dios, mire V. E. que el señorito D. Luis es capaz de cualquier cosa; que la puerta cruge.

—¿Por qué das tratamiento de excelencia á Andrés y no me le das á mí, bribon?

—Por costumbre, señorito: ¡pero por amor de Dios, esas pistolas!

—¡Ah! ¡sí! ¡estas pistolas! me habia olvidado de que tengo un medio de hacer que te largues de aquí.

Y apuntó á M. Rouget de tal manera que este salió á escape.

—Pues señor, dijo Luis, estoy arruinado: el 25 de Mayo no produce ya efecto en mi tio.

—La puerta cede, Luis.

—En buen hora: ¿no somos dos?

—Por lo mismo, deja esas armas: dámelas.

Luis me entregó maquinalmente las pistolas.

VI.

En aquel pnnto se abrió violentamente la puerta, y cayó cerca de nosotros una enorme losa de mármol, el tablero de una mesa, de la que sin duda el marqués se habia valido como de un ariete para forzar la puerta.

El marqués que se habia lanzado sobre su sobrino, se detuvo al verme junto á él.

—¿Qué hace aquí este hombre? dijo con acento opaco: ¿qué quiere en mi casa?

El marqués estaba verdaderamente horrible.

Sus largos cabellos blancos descompuestos, sus ojos calenturientos, sus mejillas lívidas, su boca espumante, todos sus miembros agitados por ese temblor especial, terrible, que se nota en los ijares del leon cuando se prepara á acometer, su camisa rasgada dejaba ver por completo su cuello árido y su pecho huesoso, su larga bata negra desordenada; todo en él era repugnante, tremendo.

Fijaba en mí una mirada ferozmente interrogadora.

—Vengo, le dije con voz tranquila y fria, vengo, señor marqués, á dar cuenta á V., de que Gabriela Galvez de la Roca ha muerto... llamando á su hija Margarita.

—¡Margarita es hermana de Inés! exclamó Luis dándose un golpe en la frente y mirándome con espanto, mientras el marqués retrocedía fijando en mí una mirada de terror.

—Pablo, el africano, Moene-Dilolo, el señor del Lago, el esposo de Rosalía, ha muerto tambien.

—Las tumbas me llaman, exclamó sordamente el marqués retrocediendo aún.

—Y Margarita sabe, exclamé bajo la inspiracion repentina de una idea, que el amante de su madre, el que asesinó el 25 de Mayo á su padre es...

El marqués dió un grito horrible y escapó antes de que pudiera pronunciar el nombre de su víctima.

Me quedé solo con Luis.

VII.

—¡Hermana Inés de Margarita! exclamó Luis: ¡oh, qué horror! ¡enamorado yo de la hermana de Inés! ¡enamorado el marqués, loco por la hija de Gabriela! ¡oh! ¡estamos malditos de Dios!

—Inés está sola en el mundo, Luis.

—¡Eh! ¿y qué me importa á mí?

—¡Inés es madre!

—¿Inés es madre?

—Sí, de un hermoso niño huérfano y sin nombre.

—¡Oh! ¡oh! vamos á ver á Margarita.

—¿Y para qué?

—Quiero pedirla perdon.

Y tiró por un corredor adelante de una manera tan rápida que me ví obligado á correr para seguirle.

Llegó á una puerta y llamó.

Aquella puerta se abrió y apareció un criado

—La señorita no está en casa: dijo.

—¿Y á dónde ha ido?

—Ha mandado poner el carruaje, ha entrado en él, y no ha dicho á dónde iba.

—¡Estamos malditos de Dios! repitió Luis, y con paso lento se volvió por el mismo camino que habiamos llevado.

VIII.

Yo le seguí.

¿Adónde habria ido Margarita?

Indudablemente, al número 170 de la calle de Alcalá.

Una alegría inmensa inundó mi alma.

Margarita habia roto al fin por todo y se habia emancipado. Margarita era libre y me amaba.

Yo podia decirla:—toma tu nombre: le he encontrado y te le traigo.

Pero al darla su nombre debia darla un golpe cruel.

La certidumbre de que habia presenciado la agonía de su padre.

Este pensamiento apagó mi alegría.

IX.

—¿Has traido tu carruaje, Andrés? me preguntó Luis.

—Sí, le contesté.

—Pues bien, llévame á Madrid: á mi ca... iba á decir á mi casa, pero yo no tengo casa: á mi cuarto de la fonda de las Peninsulares; tú, Rouget, ven y ábrenos la puerta maldita de esta casa infernal.

M. Rouget se acercó todo humilde, todo lacrimoso, todo compungido.

El marqués se muere, exclamó.

En buen hora, dijo Luis.

—¿Qué sucede al marqués? pregunté á Monsieur Rouget.

—Sucede, señorito, que el marqués llora.

—¿Y esa es la prueba que tiene V. de que el marqués se muère?

—Cuando una roca se deshace en agua, señorito, es que se deshace: ademas de esto me ha llamado, me ha tratado bien, y me ha pedido perdon por el puntapié que me ha dado. Este es otro síntoma de que se va á morir. ¡Pedir perdon el marqués! ¡y á un criado!

—Ha sido injusto con V.

—Acostumbraba estarlo con frecuencia: ademas ha mandado llamar á un sacerdote: tercer signo fúnebre; y cuarto y último signo; pide un escribano para hacer testamento y no se acuerda de un médico para que le cure.

—Oye, Salmonete, exclamó Luis animándose ya y levantando la cabeza al oir hablar de testamento: ¿no has podido sacar en claro á quién va á constituir su heredero?

—No le he oido nombrar á nadie mas que á un Lorenzo y á la señorita.

—¡Diablo! exclamó Luis volviéndose á mí; la fortuna no es para quien la busca: si Margarita hereda á su tio, porque por lo visto Margarita es sobrina del marqués, y tú te casas con ella, rico eres ya, pero serás poderoso: sólo en barras de oro tiene mi tio un Potosí... es muy rico... pero tambien le heredará Inés... ¡Diablo!... no habia caido en ello... debe por lo menos heredarle... si le hereda me caso con ella.

—Vámonos, dije á Luis deseando cortar aquella repugnante conversacion que tenia lugar delante de un criado.

Y eché á andar hácia la puerta de la cerca.

—¡Bah! si le tocase á Inés esta quinta, decia siguiéndome, con algunos milloncejos, no estarian esas estátuas por tierra, ni esas fuentes cubiertas de brezos, yo te lo aseguro: yo haria de esta quinta un retiro delicioso, una casa de verano: en el invierno el campo es muy triste... cuando empieza á llover, á llover... y nunca llueve bastante para que se le limpien á uno las manos.

Y Luis, como en otras ocasiones, se frotaba las manos á la manera de Macbeth.

Llegamos al portalon, y M. Rouget abrió.

—Oye, remolacha, le dijo Luis; si á mi tio se le ocurre pedirme perdon por el bocado que me ha afianzado en un hombro y que me duele mucho, me avisas al momento: fonda de las Peninsulares, número 20: no te olvides.

Y se entró en el coche.

Tras él entré yo.

M. Rouget, despues de saludarme cumplidamente, cerró el portalon.

Luis se acurrucó en un ángulo.

—¡Salir yo, decia, de casa de mi tio sin dinero, á pesar del 25 de Mayo! Nunca ha sucedido esto: indudablemente mi tio se va á morir.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido, Luis? Necesito los detalles de lo que no he visto.

—¿Qué ha de haber sucedido? Una desdicha cau-

sada por las locuras de mi prima: como que ha pasado toda la noche fuera de casa, y ha venido á las ocho de la mañana.

—Y bien: sepamos lo que ha sucedido á su llegada.

—¿Sabes que la calma con que escuchas que Margarita ha pasado la noche fuera, me hace sospechar?..

—¿De si ha pasado la noche á mi lado?

—Si por cierto.

—Pues bien, si.

—¡Ah!

—No, exclamé destruyendo la expresion de aquel ¡ah! Margarita ha invertido la noche en contarme su historia.

—Y ¿te ha contado lo del 25 de Mayo?

—Si.

—Y ¿sabe ella que el asesinado era su padre?

—No.

—Ni yo tampoco lo sabía: cuando he sabido... por tí... hace poco... que Margarita es hermana de Inés se me crisparon los nervios por una horrible razon; porque me acordé de aquel horrible suceso que vimos juntos sin quererlo el 25 de Mayo, y porque recordé mis locos amores con Inés, con su hermana. Y ese hijo que me sale de repente, y que yo ignoraba que existiese... Ya se ve, yo me vine de América á Europa cuando se vino de allá mi tio, y las perdí de vista... Y ¿tiene mucha edad el muchacho?

—Tres años.

—Y ¿se me parece?

—Creo que sí.

Margarita tiene muy buen corazon, y aunque herede á mi tio, partirá su herencia con su hermana: si eso sucede me caso con Inés.

—¿Desde cuando, Luis, has descendido á la bajeza del cálculo? le dije hastiado ya por la charla cínica de mi amigo.

—Desde que soy pobre, Andrés: comprendo que un hombre rico no calcule; pero un hombre pobre tiene que calcular á la fuerza.

—Sobre el cálculo están el amor y el deber.

—¡El amor! ¿crees tú que no amo yo á Inés?

—¡Que la amas y la has abandonado!

—De miedo al matrimonio: por pobre: pero la recuerdo... mas bien no la olvido; fué mi primer amor, mi amor fué el primero suyo: he sentido por ella temporadas enteras de delirio, y las siento todavía... si... con mucha frecuencia mi corazon arde al recuerdo de Inés.

—¡A pesar de lo que amas ó has amado á Margarita!

—Te diré: Margarita me deslumbra, como te ha deslumbrado á tí.

—No: me ha inspirado amor.

—¡Deseo!

—Amor del alma.

—Pues te tengo lástima.

—¿Por qué?

—Ya verás.

—Tengo pruebas.

—Margarita no ama.

—Margarita es mujer.

—Margarita está enamorada de sí misma.

—Te engañas.

—No la conoces.

—Demasiado.

—Porque te ha contado una historia.

—Es la historia de su corazon.

—¿Te te ha dicho lo que hizo conmigo?

—Sí.

—Pues lo mismo hará contigo.

Yo dejé en su error á Luis: yo no quise decirle que si Margarita le habia hecho concebir esperanzas, lo habia hecho obligada por la necesidad, por las terribles circunstancias en que se habia encontrado colocada.

X.

Por mi parte habia cambiado enteramente de opinion respecto á Luis.

Se me habia hecho antipático.

Hasta entonces habia creido loco á Luis: no conocia los misterios de su vida.

Cuando supe que Inés era una victima sacrificada por él, que él se hubiera unido á ella si ella le hubiera podido llevar una gran dote con que sostener su fausto, y que su pobreza era la única razon que impedia la reabilitacion de una pobre jóven seducida, la legitimacion de un sér inocente, Luis aumentó para mí el número de los séres miserables y egoistas capaces de todo por el dinero, y le desprecié en el fondo de mi alma.

Pero me guardé bien de darle á conocer mi desprecio.

Le necesitaba, para volver á Inés si no su padre, sino su madre, la consideracion social de que era merecedora.

Quise conservar para con Luis mi influencia, porque necesitaba dar lugar por ese medio al porvenir honroso de su hijo.

Graves proyectos se revolvian en embrion en mi cabeza.

Nuestra conversacion se habia cortado y poco despues llegamos á la fonda de las Peninsulares.

Luis se despidió de mí, bajó, se perdió en el portalon del parador de la fonda, y yo dí á Pedro el número 170 de la calle de Alcalá y partió el carruaje.

CAPITULO XV.

Concluyen las memorias de Pablo.

I.

Poco despues se detuvo á la puerta del 170.

Bajé del carruaje, entré y subí las escaleras.

Al subir me latia fuertemente el corazon.

Me sentia malo.

Llamé.

Se abrió la puerta y se me presentó una preciosa doncella.

—¿La señorita? la dije.

—Está en cama, caballero, me contestó.

—¿Enferma?

—Ligeramente indispuesta.

—Adios: volveré:

—¿El nombre; caballero?

—No: volveré; adios.

Y bajé tan enfermo como podia estarlo Margarita.

II.

Al entrar en el carruaje me acordé de Inés.

La pobre madre debia esperar mi vuelta: debia tener ansia por recibir noticias de su hijo.

Sin embargo, yo no me encontraba con fuerzas para nuevas impresiones, y mandé á Pedro que me llevase á casa.

Cuando estuve en mi gabinete escribí lo siguiente:

«Mi queridísima amiga: nada tiene V. que temer por la persona á quien me ha enviado á buscar; nada la faltará, y muy pronto la verá V. para no separarse jamás de ella.»

Firmé esta carta, la cerré, puse en su sobre el nombre de Inés, y la envié con un criado á casa del padre Morales.

III.

Cerré los balcones, y me acosté.

Necesitaba la soledad, el silencio, el descanso.

Sentía dentro de mi una vida poderosa, activa, ardiente, pero al mismo tiempo fácil, excesivamente dulce.

Podia decir que era feliz.

Mi sed de amor se calmaba en copa de oro.

¡Margarita!

Todo en ella parecia reunido por Dios, para llenar mi imaginacion soñadora.

La hermosura çasi ideal, el alma apasionada, los dolores de su corazon, su historia.

Era un ser excepcional.

El único sér que podia llenar mi fantasía.

Todo en ella me fascinaba.

La materia y el espíritu.

Su amor, aquel amor encendido por una primera mirada; aquel amor soñado por mí, creido por mí imposible, aquel amor era verdad, y aquella verdad era mia.

Yo me sentia engrandecido, purificado.

No os burleis de mí, vosotros los que todo lo veis á través del pálido prisma de la razon.

Vosotros, los de alma fría, que no sabeis, que no podeis pasar más allá del límite estrecho adonde llegan las groseras materialidades.

Vosotros, hombres del tanto por ciento, séres felices que siempre encontrais un medio para llegar á vuestra realidad dorada: el oro.

Dios ha hecho al poeta.

Dios le ha hecho soñador.

Dios le ha hecho desear el angel en la mujer.

Desde los desconocidos soñadores hasta Homero, desde Homero hasta el pobre niño que perdido bajo los cláustros de una Universidad ve á Roma poetizada detrás de las páginas del *Jus romanum*, el mundo antiguo y el mundo moderno ha escuchado constantemente la armonía de los cantos del poeta, de sus cantos de amor.

El poeta es un sér, como lo es el avaro.

Una casta entre las castas humanas.

Una verdad.

No os burleis pues de los sueños del poeta: por lo tanto no os burleis de mí.

Yo conozco la verdad: pero es deforme, horrible, fría, amarga, enemiga del corazon, y cierro los ojos por no verla.

A pesar de esto, la verdad me despierta á cada paso.

Pero para consolarme de ella, tengo siempre delante de mi, poética, pura, enamorada, á Margarita.

Es mi ángel.

Me embriago en su recuerdo, y soy feliz como en el momento en que encerrado en mi alcoba, extendido en mi lecho, rodeado de tinieblas pensaba en ella.

IV.

Sin embargo, la realidad enemiga, fria, desnuda, que solo deja ver arrugas y úlceras repugnantes, vino á turbar; á interrumpir el sueño de mi fantasía.

La situacion en que se encontraba Margarita era horrible.

Yo tenia las pruebas de su nacimiento, el nombre de sus padres, podia arrojarla en los brazos de su hermana.

Pero ¡cuánto horror era necesario hacerla apurar para ello!

Al saber su origen, debia necesariamente saber que habia vivido al lado del asesino de su padre: lo que era mas aún: que habia visto asesinar á su padre;

que habia contribuido á proteger la impunidad del asesino.

Y lo que colmaba el horror: que su madre adúltera habia sido amante del hombre cuyos amores ella, Margarita, habia rechazado, del hombre de quien solo la habia salvado la Providencia, procurándola extraordinarios medios de defensa.

Era necesario elegir, ó entre que Margarita ignorase siempre quien era, de donde venia, ó entre que conociese todos aquellos horrores al conocer el nombre de sus padres.

Ella habia oido la reyerta entre D. Lorenzo de Fonseca y el marqués de la Roca, que habia precedido el asesinato del primero.

Ella tenia tan presente el recuerdo de aquel suceso tan vivo, como que la noche anterior me lo habia referido detalle por detalle.

Decirla: D. Lorenzo de Fonseca era tu padre; era lo mismo que decirla: tu madre Gabriela Galvez de la Roca era la amante adúltera del marqués de la Roca.

V.

Conservar el secreto era matar mi amor.

Margarita me habia dicho, que jamás se expondria á que un hijo suyo la preguntase el nombre de sus abuelos maternos.

Y yo tenia tal fé en la firmeza de Margarita, que estaba seguro de que jamás consentiria en ser mia mientras ignorase el nombre de sus padres, no por si

misma, no en nombre de su orgullo, sino en nombre del legítimo orgullo de sus hijos.

Y reducirme yo á unos amores platónicos, tratándose de ella, era lo mismo que pensar en un imposible.

VI.

Habia pues bastante con la situacion en que me encontraba para aturdirme, para embrollarme, para no saber qué hacer ni qué camino tomar.

Y yendo de un pensamiento á otro, de un proyecto descabellado á otro mas descabellado aún, fatigado mi pensamiento, fatigado mi corazon de tan rudas emociones, caí en uno de esos sueños profundos en que se pierde la sensacion, que son un período durante el cual no hemos existido.

VII.

Cuando desperté los recuerdos de los sucesos del dia anterior se habian alejado de tal manera de mi memoria, que sin dejar de recordarlos perfectamente, me parecía que habian tenido lugar hacia un siglo.

Me dolia fuertemente la cabeza.

Abrí las maderas de los balcones y ví que era de noche.

¿Habria pasado la hora de mi cita con ella?

Tiré de la campanilla y se presentó un criado con luz.

Pregunté la hora.

Eran las siete.

—De siete á doce cinco, dije para mí; cinco horas mortales: y ¿qué hago yo durante esas cinco horas?

Me fuí á comer á la fonda.

Invertí exprofeso hora y media en comer.

Me fuí despues al café.

Pero estaba en tal situacion de ánimo, que la insustancial conversacion de los asíduos concurrentes se me hizo insoportable.

Me fuí á pasear al Prado.

Hacía demasiado frío.

Me pronuncié en fuga y dí de nuevo conmigo en mi gabinete.

Me aburría allí tambien.

Eras las nueve: faltaban tres horas.

Entonces me acordé de que no habia acabado de leer las Memorias de Pablo.

De Moene-Dilolo, porque no tenia duda de que el señor del Lago y Pablo eran una misma cosa.

Abrí mi buró, y saqué de un escondite las Memorias.

Con ellas salió el hermoso rizo rubio de Margarita.

Le besé con no sé que delicia, le guardé de nuevo y despues avivé el fuego de la chimenea, aeerqué el velador donde estaba el quinqué, y busqué en las Memorias el lugar en que habia interrumpido la lectura.

Continuaba así:

VIII.

Era demasiado grave la noticia de una quiebra que me reducia á la pobreza, para que yo no me apresurase á presentarme en casa del comerciante quebrado, y procurar salvar de cualquier modo algunos restos del naufragio.

Pero sólo encontré dos mujeres.

El hombre contra quien yo podia reclamar habia desaparecido hacia dos años, y nada absolutamente se sabia de él.

Era, en toda la extension de la frase, una desaparicion.

Las mas cuidadosas pesquisas de la policía, estimulada por los acreedores, nada habian logrado descubrir.

Se llegó hasta suponer que para evitar la vergüenza de una quiebra prevista hubiese recurrido al suicidio, y se le buscó en un profundo pozo que habia en la casa.

Sólo se encontró cieno.

La policia se dió por vencida, y los acreedores hubieron de contentarse con un tres por ciento de su capital perdido, que fué lo único que pudo realizarse acumulando la venta de algunas pertenencias del don Lorenzo á los valores que se habian encontrado en caja y en cartera.

Yo percibí cuatro mil quinientos pesos, tres por ciento de mi dinero impuesto en poder de D. Lorenzo.

Cuatro mil quinientos pesos eran nada.

Podia, es cierto, fletar un buque y volver al Senegal á las orillàs de mi lago y optar entre quedarme allí; arrojando de mi antiguo hogar al que encontrase en él, á arrastrar conmigo algunos cientos de mis hermanos para venderlos en América.

Cualquiera de estos dos medios me repugnaba.

Por una parte, en mi larga permanencia en un pais civilizado, habia acabado por contraer completamente sus costumbres, su manera de ser: el guerrero salvaje habia desaparecido: mi lago, mis cabañas me habrian parecido horribles.

Ademas, aquello me hubiera recordado á Itumela, á mi esposa, á quien habia olvidado por un cadáver, por Margarita.

No podia ser.

Habia sentido remordimientos insoportables, los sentia aún por el comercio que habia hecho con la sangre de mis hermanos, temia el castigo del cielo, y me repugnaba incurrir de nuevo en el crimen:

No volviendo á mi patria, no empleando aquellos restos de mi fortuna en un viaje para la trata del ébano vivo, yo no sabia de qué modo podria aumentar mis escasos recursos.

Debian gastarse muy pronto, y entonces yo seria un mendigo, ó un negro libre, sujeto á un trabajo condicional.

Yo no podia aceptar un trabajo de esclavo.

Habia ademas otra razon que me detenia en la Habana; es mas en la misma casa abandonada por D. Lorenzo de Fonseca.

He dicho poco antes que habia encontrado á Margarita viva.

La Margarita viva que he encontrado es su madre.

Debe ser su madre.

La esposa de D. Lorenzo de Fonseca, Gabriela, no se parece en la figura á Margarita.

¡Pero sus ojos...!

¡La expresion de aquellos ojos... su alma!

Otro no encontraria entre ellas parecido... pero yo sí... yo no tengo duda.

Inés sin embargo, y esto es extraño, no se parece en nada á su hermana, y por consecuencia en nada se parece á su madre.

Pero dicen que es el retrato exacto de su padre.

¡Pobre hombre!

No tenía él la culpa.

Siempre ese infame marqués.

IX.

La impresion que causó en mí Gabriela me hizo el acreedor mas blando de todos sus acreedores.

Mejor dicho, dejé de ser su acreedor para convertirme en su amigo.

En un amigo tierno y apasionado.

Casi en un amante.

¡Se parecía tanto su triste mirada á la mirada de Margarita!

X.

Cuando la liquidacion estuvo concluida, cuando todo, hasta los muebles y las ropas de las dos señoras habian sido vendidos; cuando salian transidas de dolor de una casa de donde las arrojaban, encontraron un hombre á la puerta: era yo.

—Señora, dije á Gabriela, está V. sola en el mundo.

—Absolutamente sola, caballero, me contestó: mi hija y yo no tenemos mas amparo que el de Dios.

—Y mi amistad, la contesté.

Gabriela me miró con profunda tristeza y me dijo:

—¿Hay algun hombre en el mundo que pueda pronunciar dignamente la palabra amistad?

Yo me he consagrado á Vds.

—¿Y qué móvil tiene V., caballero, para eso?

—La amistad.

—Usted apenas nos conoce.

—¿Y qué importa?

—Caballero, yo no pretendo ni aún comprender siquiera...

Y de una manera involuntaria miró á Inés.

La madre desgraciada recelaba de mis intenciones.

—Nos une un vínculo comun, la dije.

—¿Y cuál, caballero?

—La desgracia.

—¡Ah! ¡sí! la impremeditacion de mi marido, la fatalidad, la infamia de un miserable le han reducido á V. á la pobreza...

—No hablemos de eso, señora: la pobreza es la menor de las desgracias cuando viene sola: mi desgracia es anterior á mi pobreza.

—Adios caballero, me dijo Gabriela asiendo á su hija de la mano y dirigiéndose á la salida.

—¿Y á dónde va V.? la dije.

—A presentarme al capitan general.

—¿Y para qué?

—Para pedirle un asilo para mí y para mi hija.

—¡En un establecimiento de beneficencia!

—Lo quiere Dios: trabajaremos en él, caballero.

—¡Trabajar! ¡Ustedes trabajar! ¡Ustedes no saben un oficio!

—Le aprenderémos.

—En nombre de su hija de V., señora, protesto de la nobleza de mis intenciones.

—No, no puede ser.

—¿No puede ser que yo viva para Vds., que yo trabaje para Vds?

Habia sin duda tal sinceridad, tal verdad en el acento con que pronuncié mis palabras, que Gabriela me miró conmovida con los ojos llenos de lágrimas y me tendió la mano.

Pero continuó negándose á servirse de mí.

XI.

Aquella fué una lucha larga y dolorosa.

Gabriela amargada por sus desgracias, recelosa por sus desengaños, no comprendia la razon de mis súplicas, de mis ofrecimientos.

Yo no podia decirla:

—Te amo con un amor de reflejo, es cierto, pero con un amor violento porque eres madre de mi Margarita, de mi amor muerto, de mi amor fantástico.

No, yo no podia decirla esto, porque era decirla:

—Tu hija ha dejado de ser: yo la he tenido muerta entre mis brazos. Yo la habia preguntado si no tenia mas hija que Inés, y me habia contestado trémula, pálida, agonizando:

Sí, tengo otra hija: es decir, tenia: dije tengo, porque mi hija mayor Margarita, vive en mi imaginacion: ignoro si ha muerto, porque.... me la robaron cuando era niña.

No podia yo pues decir á Gabriela: te amo, por mi amor á tu hija.

Me hubiera preguntado por ella.

¿Y cómo decir á una madre que duda de la existencia de su hija: tu hija ha muerto?

XII.

Logré al fin llevarlas á una fonda é instalarlas en ella á las dos señoras.

Mi conducta con ellas empezó á tranquilizar á Gabriela.

—Es necesario, amigo mio, me dijo un dia, que averigüe usted dónde para mi primo el marqués de la Roca: él tiene deber de velar por nosotras.

Pregunté en la Habana, y me dijeron que el marqués debia encontrarse en su hacienda de los Plátanos á ocho leguas de la ciudad.

Monté á caballo, pero al llegar á los límites de la hacienda, el capataz me dijo que su señor estaba en la Habana.

Pasé de largo sin entrar en la hacienda: y me volví á la ciudad.

Inútilmente busqué al marqués.

Al fin supe que se habia embarcado para Cádiz.

XIII.

—¡Ah! ¡si yo pudiera ir á España! me dijo Gabriela.

—Irémos la dije.

—¡Cómo!

Nada tengo en el mundo: me es indiferente vivir aquí ó vivir allí.

Me costó una nueva lucha, una nueva campaña el reducirla.

Al fin consintió.

Pero al consentir me dijo:

—Necesitamos hablar de un asunto muy doloroso para mí: para hablar á V. de ello, he alejado con un pretexto á Inés.

Guardó por un momento silencio Gabriela, y luego, levantando hácia mí los ojos y poniéndose sucesivamente pálida y encendida, me dijo:

—Yo he cometido ciertamente grandes faltas, Pablo, pero Dios me ha castigado terriblemente; adoraba á mi hija mayor, y la he perdido: mi marido (á quien no amaba, pero á quien no aborrecia) ha desaparecido; acaso ha muerto de una manera horrible. Mi hija Inés, lo único que me queda en el mundo, agoniza lentamente, desesperada, con el corazon desgarrado. En medio de estas terribles desgracias, la Providencia me ha dado en V. un amigo; mas que un amigo, un hermano. Todo lo puedo revelar á usted, todo.

Y trémula, avergonzada, me refirió que Inés habia sido seducida por un jóven pariente suyo: que por resultado de aquella seduccion existia una criatura nacida algunos meses despues de la desaparicion de Don Lorenzo; y que aquel niño estaba en poder de una negra emancipada que le criaba.

Era necesario que aquel niño nos siguiese á Europa.

XIV.

Arreglóse pues todo lo necesario, y se determinó el viaje para de allí á un mes.

Yo aproveché parte de este plazo para volver á la aldea de pescadores, á la roca donde bajo un panteon de piedra calada dormia su sueño eterno Margarita.

Me arrodillé junto á su tumba, y allí en la cripta del panteon, con mis labios puestos sobre el montecillo de tierra, juré á Margarita velar por su madre y por su hermana.

Hubo un momento en que sentí una especie de vértigo, en medio del cual me pareció ver á Itumela, á mi pobre esposa, á la mujer á quien tanto habia amado, saliendo de aquella tumba y exclamando:

—¿Por qué te has olvidado de mi?

Pero yo no he consignado en estas Memorias los sucesos de mi vida anteriores á mi encuentro con Margarita muerta: yo he puesto una cubierta de remordimientos sobre aquellos recuerdos.

Y sin embargo se sublevan contra mi, me atormentan, y con mucha frecuencia cuando quiero recordar á Margarita recuerdo á Itumela.

¿Que habia sido de ella, Dios mio?

¡Esclava tal vez, acaso muerta!

Y yo no la he buscado.

El amor de Margarita me ha vuelto loco.

Ha llenado mi corazon, ha arrojado de él todo lo que no era ella.

Mi vida anterior al dia en que la encontré, era para mi un recuerdo confuso, una historia vaga; un sueño.

Ame á Gabriela y á Inés á nombre de Margarita.

Y á nombre de Margarita he descendido rápidamente.

No me conozco.

Mi altivez ha desaparecido.

Me acometen ideas que nunca hubiera creido cupiesen en mi cabeza.

Ideas infernales.

Mi expiacion es terrible.

XV.

Nos hicimos á la vela.

El pequeño hijo de Inés nos acompañaba.

La negra su nodriza nos acompañaba tambien.

Los primeros dias tuvimos un tiempo magnífico.

Pero en el golfo de las Damas nos acometió un temporal horroroso.

Fué necesario alijar gran parte del cargamento, y en la confusion mi equipaje fué lanzando al mar:

Los restos de mi fortuna se habian sumergido en el Océano.

Solo me quedaban diez mil reales en oro que llevaba en el bolsillo.

XVI.

Cuando desembarcamos en Cádiz, nos fué preciso por razon de economía, trasladarnos de la manera mas incómoda y mas lenta á Madrid, en uno de esos infames trasportes que se llaman galeras.

Gabriela iba alentada por la esperanza de que en Madrid encontrariamos al marqués de la Roca y cambiaria nuestra posicion.

Jamás Gabriela me reveló las razones que tenia para confiar en su primo el marqués de la Roca.

Yo por mi parte respeté su secreto.

Ni aún me he atrevido á sospechar cuál puede ser este.

Pero debe ser grave, terrible cuando Gabriela no se ha atrevido á revelármelo.

XVII.

Por la misma razon que habiamos hecho pobremente nuestro viaje de Cádiz á Madrid, llegados á este paramos en una posada, y yo me dediqué inmediatamente á buscar habitacion.

Debia ser necesariamente barata: diez mil reales se gastan muy pronto aplicados á la manutencion de cuatro personas.

Todas las habitaciones baratas de Madrid me parecieron detestables, estrechas.

Todas estaban encaramadas allá en los tejados de casas altisimas, ó sepultadas en lo interior de patios lóbregos y húmedos.

Las casas de vecindad prometian una sociedad inaceptable de todo punto.

Prescindí pues de la poblacion, y me eché á buscar vivienda en los barrios extramuros.

Al fin, en el de San Isidro del Campo encontré una casita limpia, alegre, abierta al Mediodia, y que bastaba para los tres: nos trasladamos á ella y en ella vivimos.

En la familia ha habido una leve variacion.

La nodriza negra nos ha abandonado.

Un sargento de provinciales ha encontrado hermosa á Magdalena y la ha arrastrado consigo.

Magdalena se ha despedido, y el hijo de Inés ha sido entregado para que lo crie á una buena vecina.

XVIII.

Yo me he trasformado: no me conozco.

Para evitar murmuraciones, á despecho de Gabriela y de Inés paso por su criado.

Visto como vestiria un criado, y las sirvo como tal cuando hay gentes delante.

Cuando estamos solos, somos una familia á quien une la desgracia.

XIX.

Me ha costado un inmenso trabajo el encontrar al marqués.

Me he visto obligado á valerme de la policia.

Al fin he podido ir á verle á un viejo palacio que tiene en el campo á media legua de Madrid.

He ido, y me ha recibido un francés, un hombrecillo encarnado como una remolacha, que siempre se está riendo con la risa de los pícaros solapados, y que me declaró terminantemente que no podia ver al marqués.

Insistí en que á lo menos se entregase al marqués una carta que Gabriela me habia dado para el.

Empezó el criado por negarse; pero mi sufrimiento se extinguió rápidamente, y exigí con tal firmeza,

que al fin la carta de Gabriela fué llevada al marqués.

Poco despues el hombrecillo volvió.

—El marqués, me dijo, se ha irritado sobremanera solo al ver el sobre de la carta: me la ha devuelto sin abrirla, y me ha dicho:—que digan á esa señora que yo no existo para ella, y que esta es mi resolucion irrevocable: que si se ha venido de allá formando sobre mi proyectos, sean estos cuales fueren, que renuuncie á ellos; que no se me incomode; que yo he muerto para todos y especialmente para ella.—Aquí tiene V. la carta, añadió el criado, tal cual me la ha entregado V., y que la he presentado al marqués lo prueba la contestacion que el marqués me ha dado.

En efecto, yo no podia dudar de que el marqués habia visto la carta por los términos de la contestacion que me habia dado el hombrecillo.

Salí desesperado de la quinta.

Nuestros recursos se habian agotado.

Para el dia siguiente no teniamos pan.

Ni me era posible encontrar recursos,

Yo no servia para nada.

Para nada absolutamente mas que para la mar y para la guerra.

Es cierto que era fuerte, vigoroso, pero un trabajo ínfimo no habria producido lo bastante para atender á la subsistencia de Gabriela, de Inés y de su hijo.

XX.

Horribles tentaciones ennegrecidas por la desesperacion se agitaban en mi cabeza.

Cuando salí de la quinta del marqués oscurecia.

A poco que anduve por el camino oscureció de todo.

Nadie pasaba.

De repente sentí los pasos de un caballo.

Se acercaba.

De nuevo la tentacion envolvió mi alma.

Me representé á Gabriela, á la mujer á quien amaba con toda mi alma por el amor de Margarita á Inés, á su hijo, con hambre, con frio, reducidas á la mas espantosa miseria.

Y el jinete se acercaba.

Llévé la mano al bolsillo de mi chaqueta, y la puse trémulo sobre el puño de mi puñal.

Entonces el jinete llegó á mí y me dió cortesmente las buenas noches.

Un momento despues, aquel hombre caia muerto del caballo á tierra.

Yo habia saltado sobre el caballo, y mi puñal se habia hundido en el pecho del infeliz.

Le arrastré fuera del camino.

El caballo, asombrado, partió al galope.

Habia quedado completamente solo con el cadáver, palpitante aún, entre un sembrado.

Registré á aquel hombre, y encontré entre su faja un bolsillo, y dentro del bolsillo diez onzas, á juzgar por el tacto y por el peso.

Arrojé el bolsillo, guardé el dinero y partí á la carrera, horrorizado de mí mismo.

Yo era asesino y ladron.

XXI.

Dí aquel dinero á Gabriela.

Pero conservé conmigo la carta.

—¿Es esta la contestacion de ese hombre? me dijo pálida y temblorosa.

Esa Gabriela; esa y nada mas, la contesté.

—¿Le ha visto V.?

—No; me ha enviado su dinero con un criado.

—Tengo una hija, tengo un nieto, exclamó levantando los ojos al cielo. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

Y tomó el dinero y le arrojó en su secreter.

XXII.

Gabriela está mas enferma cada dia.

Su razon la abandona.

De tiempo en tiempo me da una carta para que la lleve al marqués.

Yo guardo la carta y me voy á buscar una víctima.

Vuelvo y entrego dinero, poco ó mucho, á Gabriela, y añado un remordimiento á otro remordimiento en mi conciencia.

Aborrezco al mundo, y le exterminaria para que no las faltase pan.

. . . .

XXIII.

Aquí se interrrumpian las Memorias de Pablo.

Quedaban aquellas horribles cartas cerradas.

Abrí algunas de ellas y todas decian lo mismo, con la sola variante de las palabras.

«Necesito algun dinero. Dame una limosna mas.»

Quemé aquellas Memorias.

Quemé aquellas cartas.

Me parecia percibir, al abrasarse aquellos papeles, un olor nauseabundo de sangre quemada.

Pero tan fijas habian quedado en mí todas las narraciones, todos los sucesos, todas las pasiones de aquellas Memorias que he podido reproducirlas.

Pero debo ser franco.

He cambiado todos los nombres.

Debia cambiarlos.

¿Qué importa al que esto lea que los nombres hayan sido sustituidos, si en la relacion de los sucesos hay una horrrible verdad?

CAPITULO XVI.

En que se agrava fuertemente la situacion de Margarita.

I.

Cuando el fuego de la chimenea hubo devorado la última carta, el reloj colocado sobre su repisa, dió tres cuartos.

Miré la muestra.

Eran las doce menos cuarto.

A las doce me habia citado Margarita.

Tomé mi abrigo y mi sombrero, salí, y á las doce en punto llamaba á la puerta de Margarita.

Salió á abrirme la misma doncella que habia abierto algunas horas antes, y en cuanto me vió me dijo:

—La señora espera á V.

II.

La hallé sentada en un bellísimo gabinete al lado de una chimenea, envuelta en una bata.

Estaba sumamente pálida.

Sus ojos dejaban ver una tristeza profunda.

Mas que tristeza: una desesperacion tranquila, pero mas horrible por su tranquilidad, porque aquella tranquilidad demostraba una resolucion definitiva, irrevocable.

No podia decirse que estaba despeinada; pero sus magníficas trenzas rubias estaban agrupadas sobre su cabeza en un desaliño encantador.

La envolvia un pañolon riquísimo de Cachemira, bajo el cual se veia una bata de seda, y á pesar de estar sentada junto á la chimenea, de estar sobradamente alta la temperatura del gabinete, de tiempo en tiempo Margarita temblaba de frio.

Por su actitud, por la expresion de su semblante, por su abandono, se podia adivinar que aquel frio estaba en el alma de Margarita.

III.

Al verme sonrió con alegría y me tendió la mano.

Por un extraño contraste con el frio que parecía encarnarse en Margarita, su pequeña mano arrojaba de sí un calor extraordinario, un calor febril.

—¡Ah! gracias á Dios, me dijo; esperaba á usted con impaciencia; siéntese V. junto á mí: vamos á hablar como dos hermanos.

Me senté junto á Margarita, volví á asir su mano, y ella me la abandonó permitiéndome que la retuviese entre las mias.

—¿Ha estado V. enferma? la dije con ansiedad; acaso lo esté V. aún.

—Sí, amigo mio, sí: no estoy, propiamente dicho, enferma, no me duele nada, pero estoy dominada por no sé que vago frio, pesado, fuertemente fastidioso, que se revuelve dentro de mí. Me parece que sueño ó que no existo; me encuentro, en fin, en una situacion moral fuertemente extraordinaria.

—Hoy he estado aquí al medio dia, la dije.

—Lo sé; y si hubiera sabido que V. iba á venir hubiera prevenido á mi criada; yo sólo tengo criadas en esta casa que antes era de contrabando, digámoslo así, añadió sonriendo tristemente, y que desocuparé muy pronto.

—¿Piensa V. salir de Madrid? la dije con anhelo.

—No: pienso salir del mundo, me contestó con una calma que me heló la sangre.

—¡Oh! eso no puede ser, exclamé aterrado: usted no puede haber perdido hasta tal punto la razon.

—No se trata de un suicidio, amigo mio, me contestó repitiendo su triste sonrisa: creo en Dios y tengo la fortaleza que da la fe: me he explicado mal: he usado una frase admitida, pero que es vaga. Pienso ser monja.

—¡Monja!

—Sí por cierto: revelaré mi historia en confesion á un eclesiástico ilustrado é influyente; me ampararé de él, de V., porque V. me dará el dote, como una limosna hecha á su pobre hermana.

—¿Qué mal he hecho yo á V. para que me trate usted tan cruelmente? la dije.

—Siento que mi resolucion lastime á V.; á m tambien me lastima, pero no tengo otro medio: estoy

sola en el mundo y pobre... porque yo no conservaré las pedrerias que ese hombre me ha dado: no sirvo para procurarme la subsistencia: nada sé hacer: podria dar lecciones de música, de dibujo... pero me repugna someterme á un salario... he pensado en todo... ademas, tengo en el corazon un infierno, y necesito la paz del cláustro: cuando salga de aquí, haré entrega por medio de inventario, de cuanto tengo á un funcionario público, para que sea todo entregado al marqués. V. me ayudará en estos negocios, y despues... guardará V. mi recuerdo, ¿no es verdad?

Yo estaba aterrado y temblaba, y sentia dentro de mí el mismo frio que debia sentir Margarita.

Aquello era una pesadilla insoportable.

—Pero ¿no me ama V.? la dije.

—¡Oh! ¡sí! y ahora que estoy próxima á separarme de V. para siempre, comprendo cuánto le amo, no sé por qué; antes de conocerle á V. personalmente, conociéndole sólo por sus obras, deseaba conocerle: mi alma encontraba algo fuertemente simpático en el alma que se veia tras los versos de V.; pero no era amor, no; hace tres dias que nos conocemos, y me parece que le amo á V. toda mi vida: yo no puedo explicarme esto sino apelando á la predestinacion, al magnetismo... qué se yo... el profundo amor que siento por V. es inexplicable, y, sin embargo, es, le siento, estoy segura de que no es una de esas fascinaciones que pasan...

—Yo tambien... dije.

—Pues bien: la fatalidad ó la Providencia ó los

hechos consumados, que no podemos destruir, nos separan.

—¿Pero y por qué? Unámonos.

—Y ¿de qué modo? me dijo fijando en mí sus grandes y poderosos ojos celestes de una manera intensa.

—¿De qué modo? legítimamente.

—¿Sabe V. quién soy yo? ¿lo sé yo misma? me contestó con amargura.

Tuve una tentacion.

Pero la dominé, la vencí.

No me atreví á desgarrarla el alma haciéndola conocer nuevos horrores.

Callé pues, dándola una prueba que ella no podia comprender, de lo profundo, de lo grande de mi amor.

—Para contraer matrimonio se necesitan documentos, me dijo.

—¿No los tiene ese hombre?

—Yo no se los pediré.

—Pídaselos V. por medio de las leyes.

—Podria sobrevenir algo horrible.

—¿Es decir que ese miserable es dueño del destino de V., de mi suerte, de mi felicidad?

—Reducida á huir de él para salvar mi vida, no me queda mas amparo que la religion.

—Pero... ¿qué ha sucedido?

—Es verdad: nada he dicho á V.: estoy aturdida... Cuando esta mañana antes del amanecer me separé de V. y me hice conducir aquí, fué porque me sentí mala: la fuerte conmocion que habia expe-

rimentado mi alma recordando los horrores de mi historia, habia influido sobre mi organismo; se me rompia la cabeza. Yo debí arrostrar aquella prueba, porque ante todo yo necesitaba la estimacion de usted, y para obtenerla, para disipar todas las dudas que podia inspirar mi extraña posicion junto al marqués, necesité descorrer el velo de esa historia terrible. Cuando llegué á casa me fué ya imposible sostenerme de pié. Mi estado se habia resuelto en un vértigo penoso, y fué necesario dejarle pasar.

Cuando estuve en estado de volverme á la quinta del marqués era ya muy de dia.

Pepe, mi criado negro, esperaba sin embargo con el carruaje á la puerta de esta casa.

Entré en él y me trasladé á la quinta.

Confiaba en que en el estado en que habia dejado al marqués, no habria podido abandonar el lecho para levantarse segun su costumbre al despuntar el dia.

Llegué y pregunté á M. Rouget si se habia levantado.

M. Rouget me dijo que no habia llamado aún. Subí, y al entrar en el salon...

Margarita se detuvo como al recuerdo de una cosa horrible.

—Al entrar en el salon, continuó al fin, sentí abrirse una puerta.

El marqués furioso adelantaba hácia mí.

En vano recurrí á todos los medios que hasta entonces me habian servido para contenerle.

El marqués se arrojó sobre mí, me asió furioso

por la garganta... y mire V... mire V. Andrés, sus señales de la lucha.

Y Margarita se abrió el pañolon, y me dejó ver en su cuello de nácar señales amoratadas, rasguños, contusiones horribles.

—Aquello fué una lucha continúa Margarita.

Afortunadamente logré desprenderme de él á tiempo que atraidos por mis gritos llegaban Luis y Monsieur Rouget.

Yo escapé.

Mandé poner el carruaje y me trasladé aquí.

Despues de esto, Andrés ¿que me queda que hacer?

—¿Quién sabe? la dije; esta situacion puede tener una resolucion imprevista; segun el dicho de M. Rouget, el marqués se encuentra en cama gravemente accidentado.

—¿Ha estado V. en la quinta?

—Sí: fuí esta mañana á buscar á Luis.

Medió un ligero intérvalo de silencio.

—La resolucion que he tomado, dijo Margarita, es por desgracia irrevocable: no quiero, no puedo, no debo vivir mas que lo indispensablemente necesario á costa de ese hombre.

—Favorézcame V. apoyándose confiadamente en mí, la dije con timidez.

—No, Andrés, no: eso no puede ser y no será: lo que espero, lo que exijo de V. es que me procure los medios de entrar en un convento, y para eso sí aceptaré la ayuda de V.: aceptaré mí dote y los gastos indispensables.

—Hay un medio, la dije.

—Si es verdaderamente un medio le acepto. Veamos.

—Yo soy muy rico... riquísimo: han venido á mi varias herencias, y estoy en posicion de procurar á V. padres.

Un vivo color enrojeció el semblante de Margarita.

—No: no, imposible, me dijo con voz opaca: eso no puede ser: el convento... no hay otro medio.

—¡Pero y yo...! ¡yo que la amo á V. con toda mi alma!

—Resignémonos á nuestro destino: debemos ser dignos el uno del otro.

Volví á sentir la tentacion de revelarla su origen, pero me detuve de nuevo ante lo horrible de la revelacion.

Me faltó valor.

Y sentia un dolor infinito.

Veia en ella la invariable resolucion de encerrarse en un convento, de sepultar su hermosura entre sus paredes, de ahogar entre su silencio la voz de su alma.

Yo la veia como de seguro ve el sol por última vez un sentenciado á muerte.

Un silencio penoso sucedió á nuestro anterior diálogo.

Margarita me miraba de una manera suprema.

Me dejaba conocer su amor; su dolor, su agonía.

La soledad en que nos encontrabamos, la situacion, aquella mirada de amor de Margarita fija en mí, mi

desesperacion, mi locura, me hicieron pensar en comprometerla por un paso decisivo.

Pero esta decision debió trasparentarse en mi semblante porque Margarita se puso pálida, me miró, con una profunda pena, y llevó la mano al cordon de la campanilla.

—¿Qué va V. á hacer? la dije.

—A salvar á V. de sí mismo, me contestó.

—¡Ah! exclamé: ¡yo estoy loco!

—Por lo mismo, es necesario que no nos volvamos á ver. Un imposible nos separa: ahorrémonos algun dolor.

Al oir la palabra separacion, perdí la conciencia de mi mismo: me olvidé de mi propósito de ser generoso: de ocultar á Margarita su origen: el temor de perderla pudo mas en mi que la compasion y la dije.

—¿Y si V. conociera sus padres, si pudiera usted probar de una manera indudable la legitimidad de su nacimiento, se obstinaria V. en entrar en el cláustro.

—No: pero ¿donde están esas pruebas?

—Si se las doy á V. ¿consentirá V. en nuestra union?

—Juro ser su esposa de V. en el momento que tenga un nombre que trasmitir á mis hijos.

—Pues bien Margarita, dije ciego, arrastrado por mi amor: usted es hija legítima de D. Lorenzo de Fonseca y de Doña Gabriela Galvez de la Roca.

IV.

Apenas pronuncié estas palabras me arrepentí de haberlas pronunciado.

Margarita me dejó ver en susemblante una expresion de espanto.

Sus ojos extraviados parecian revolver bajo sus órbitas algo horrible.

—¡Mi padre asesinado por ese infame! ¡mi madre amante de ese infame!

Y calló anonadada: quedó doblegada sobre sí misma, como herida por un golpe mortal. El sacudimiento causado en ella por esta noticia no pudo ser mas terrible.

Al fin haciendo un violento esfuerzo logró dominarse, y me dijo.

—¡La prueba, Andrés, la prueba!

—Usted tiene, la dije una pequeña rosa de sangre en el hombro derecho.

—Es verdad, pero ¿quien ha dicho á V. eso?

—Una declaracion escrita de su madre de V.

—¡Escrita! ¿pues que mi madre no existe?

—Ha muerto hace tres noches.

Volvió á caer en su anonadamiento Margarita.

—¡Mi madre ha muerto hace tres dias! exclamó despues de un momento de silencio: ¡sabia V. su muerte, ha hablado V. conmigo y nada me ha dicho V.! ¡Y dice V. que me ama!

—Anoche, señora, aún no sabia yo que V. fuese hija de Gabriela: anoche cuando nos separamos, é

por mejor decir esta mañana, aún no conocia yo esa declaracion de Gabriela.

—Pero esa declaracion ¿donde está?

—La tiene ó debe tenerla muy pronto su hermana de V.

¡Ah! ¡si; es verdad! ¡El infeliz D. Lorenzo tenia una hija.., sí... una pobre niña seducida por Luis de Arévalo... ¿Donde está mi hermana. Andrés? ¡quiero verla al momento!

Y Margarita se levantó enérgicamente.

Yo no sabia qué hacer.

Margarita habia tirado de la campanilla y se habia presentado una doncella,

Pero antes que Margarita la hablase, la doncella dijo.

—Señora, un sujeto que se llama *monsieur Rouget* se empeña en hablar con V. Genoveva le ha dicho que es imposible, que está V. acostada; pero ese sujeto dice que es de grandísimo interés...

—Bien, bien: ¿está ahí? dijo con una precipitacion febril Margarita: que entre al momento: quédese V. Andrés, quédese V., ahora mas que nunca necesito de V. añadió Margarita, viendo que yo habia hecho un movimiento en busca de mi sombrero.

La verdad era que en el estado á que habia llegado mi conversacion con ella temia yo lo que sobreviniese: tenia miedo, y un instinto de fuga se habia apoderado de mí: me arrastraba.

Pero Margarita mandaba, porque sus últimas palabras tuvieron el acento y la fuerza de un mandato, Margarita me dominaba, y obedecí, permanecí inmó-

vil mientras Margarita fijaba una mirada lúcida, ansiosa, terrible en la puerta por donde debia entrar M. Rouget.

La doncella habia salido para introducir á monsieur Rouget.

Se oyeron pasos precipitados, se levantó la cortina de la puerta del gabinete, y el cocinero del marqués, su factotum, entró.

V.

Venia en el mayor desorden.

Su traje era el mismo que usaba en la cocina, exceptuando el mandil y el gorro.

Sus pequeños ojos grises se revolvian de una manera terrible, temblaba, y entonces no podia llamársele M. Salmonete, porque estaba pálido hasta una intensidad de palidez desconocida.

—He traido conmigo un carruaje, dijo con precipitacion, á mas del en que he venido, porque no hay momento que perder: es necesario, señora, que venga V. á la quinta: el marqués se muere y la llama á V. con ansia.

—¡Que se muera ese infame! exclamó Margarita con una expresion y un acento que me aterraron: que se muera robándose al patíbulo! ¡y yo no le veré en él!

—¡Ah señora, señora! exclamó M. Rouget, el marqués ha recobrado la razon, agoniza y su agonía es horrible! ¡cuatro criados no bastan á sujetarle! brama, ruge, llora, dice cosas horribles, blasfema y

la llama á V. sin cesar. El cura de Santa Maria á quien se ha llamado para que le auxilie, para que procure calmarle, no consigue nada: el marqués no se quiere confesar si V. no va, y el médico dice que el marqués se marcha rápidamente: ¡por el amor de Dios, señora, venga V.!

—¿Es este un lazo que se me tiende? dijo Margarita.

—¡Ah, no! ¡no señora! ya sabe V. que yo siempre la he sido leal: que jamás he dicho al marqués que V. salia todas las noches, ni que tenia casa en Madrid, ni que amaba...

Y M. Rouget me miró.

—Usted no puede, no debe desconfiar de mí, dijo M. Rouget: y si yo suplico á V. que venga, no es por el marqués, no por cierto: el marqués tiene el privilegio de hacerse aborrecer de todo el mundo: es por V., señora: el marqués habla de reparaciones, de revelaciones, y no quiere revelar nada á nadie, á nadie mas que á V.; y sobre todo, que acompañe á usted este caballero, que la acompañe quien quiera, y si es necesario para que V. se tranquilice, la presencia de una autoridad cualquiera...

—No... no... dijo Margarita terriblemente sobreexcitada, iré: espere V.

Y desapareció por una puerta de servicio.

VI.

—¡Caballero, caballero! me dijo M. Rouget dirigiéndose á mí con un calor extremado apenas hubo

salido Margarita: es necesario que V. interponga para con la señora toda su influencia.

—¡Mi influencia!

—Sí señor; yo lo sé todo: todo me lo ha dicho Pepe, el criado que lleva y trae á la señora: sé que antes de anoche estuvo V. en el palco de la señora: que anoche estuvo la señora al lado de V. desde las doce hasta el amanecer: por último, le encuentro á V. en su gabinete á la media noche: esto me basta para saber que la señora está completamente decidida por usted, yo la conozco bien: V. puede hacer de ella cuanto quiera: es necesario salvar las apariencias, señor, es necesario que la señora ceda, que se dé por satisfecha con la terrible muerte del marqués, porque de no, pueden suceder cosas espantosas: el marqués es terrible.

—Silencio: la señora se acerca, dije á M. Rouget.

—¿Pero puedo confiar?... mi interés es por ella... prométame V.

—No sé hasta qué punto llega mi influencia con la señora, haré lo que pueda.

—¡Ah! ¡gracias!

Margarita se presentó entonces.

Venia completamente de luto.

Con aquel traje negro, contrastada enérgicamente por él su blancura, conmovida, excitada, febril, la belleza de Margarita habia crecido de tal modo, que parecia sobrenatural.

Representaos si podeis á un árcangel vengador humanizado, y tendreis una idea aproximada de lo que entonces parecia Margarita.

—¿Dice V. que ha traido el carruaje. M. Rouget? dijo.

—Sí, sí señora: la carretela negra: yo he venido en la berlina azul.

—Déme V. el brazo, Andrés.

Dí el brazo temblando á Margarita.

A pesar de sus ropas y de las mias sentia el calor excesivo que emanaba de su brazo.

CAPITULO XVII.

De como el Marqués de la Roca murió de la misma manera que acostumbraba á matar.

I.

Entramos en el carruaje que partió inmediatamente seguido del que ocupaba M. Rouget.

El carruaje corria cuanto podia, que era mucho, porque los caballos eran excelentes.

En menos de media hora llegamos á la quinta del marqués.

Durante este tiempo ni una sola palabra me habia dicho Margarita, ni yo me habia atrevido á hablarla.

Sentia un remordiento agudo por haber sido cobarde y egoista.

Por haber levantado el velo que cubria el horrible misterio de su orígen.

Acaso el amor de Margarita desde aquella insensata revelacion, se habia convertido para mí en ódio.

Y este temor me aturdía, me helaba la sangre, me martirizaba de una manera lenta haciéndome sufrir una ansiedad infinita.

Sentía junto á mí su abrasador aliento.

La sentía replegada en un rincon del carruaje, y como pesarosa de no poder estar mas lejos de mí.

Yo lo creia así al menos.

Y creyendo esto agonizaba.

II.

Sin embargo, cuando paró el carruaje, Margarita me dió una prueba de que no habia perdido su amor.

—Andrés, me dijo cuando ya un criado habia abierto la portezuela: no entre V., quédese usted aquí.

—¿Y por qué?

—Temo... lo temo todo... no he debido venir... Andrés, si tardo dos horas en volver, sálveme V., y si llega V. tarde para salvarme, véngueme V.

—Iré con V.

—No, no; si ha de suceder una desgracia, que me suceda á mí sola... ¡pero Dios mio! aunque V. se quede aquí... la noche es oscura, estamos ya encerrados, pueden... ¡oh! sí: venga V. conmigo: que lo que haya de ser de uno lo sea de los dos... y luego... podremos protejernos mútuamente... quiero que no me pierda V. de vista... porque sobre todo deseo que no pueda V. dudar de mí. Vamos, y sea lo que Dios quiera.

—Una palabra: ¿no he perdido el amor de usted?

—¡Ah! ¡no! ahora le amo á V. mas que nunca.

Bajé, la dí el brazo, bajó del carruaje y asida á mí subimos las gradas del peristilo.

III.

El soportal, las escaleras, las galerías, estaban completamente alumbradas; subian y bajaban criados con vasos, con medicamentos.

M. Rouget nos precedia salvando los escalones de dos en dos.

Nos llevó atravesando algunos salones magníficos á un pequeño gabinete, donde habia tres personas.

No conocia á ninguna, ni Margarita tampoco.

Eran un eclesiástico, un médico y un escribano.

Margarita se habia dominado completamente.

La manera que tuvo de anunciarnos M. Rouget, nos demostró que sabia todos los secretos del marqués, y que habia ejercido sobre nosotros un completo espionaje, puesto que sabia mi nombre.

—La señorita doña Margarita de Fonseca, mi señora, dijo, sobrina del señor marqués, y el señor don Andrés de Zayas, amigo íntimo de la casa.

Las tres personas á quienes acababa de anunciarnos M. Rouget, que salió inmediatamente, se levantaron y nos saludaron.

—Buenas noches, señores, dijo Margarita con un dominio sobre sí misma y una expresion que me espantaron: ¿qué sucede? me han dicho que mi tio...

—El señor marqués, dijo el eclesiástico, está en una situacion gravísima.

—Se va por momentos, dijo el médico.

—Habla de revelaciones, de herencias, de restituciones, y pide llorando ó gritando que busquen á su sobrina.

—¿Con que era verdad? exclamó Margarita.

—Desgraciadamente es verdad, señora, dijo el eclesiástico, el señor marqués sufre mucho y ya que segun él mismo dice puede V. aliviar sus sufrimientos. .

—Y... ¿de qué muere?... dijo Margarita.

—No lo sé, señora, dijo el médico, sólo he encontrado en él una excitacion nerviosa tan grave, tan caracterizada, tan aguda, que ha resistido á la aplicacion de todos los medios de que dispone para estos casos la ciencia; no puede asegurarse si morirá ó no: se sabrá en un momento decisivo, en una crisis: todo pues puede esperarse, todo pues debe temerse.

—Afortunadamente, señora, el marqués ha testado, en una sola cláusula, pero explícita, terminante, dijo el escribano con acento meloso y sonrisa sutil y aduladora: permanezco sin embargo aquí, porque el marqués ha hablado de ciertas formalidades.

—Exijo pues, señora, que acceda V. al deseo del señor marqués que anhela verla: que se niega á prepararse si no la ve, dijo el eclesiástico.

—Sí, sí: dijo Margarita: irémos juntos, Andrés, acompáñeme V.

IV.

Salimos de aquel gabinete.

Fuera encontramos á M. Rouget.

—¡Oh, gracias señora! dijo á Margarita ¡gracias por haberse prestado á salvarnos, á salvarse!

—¡A salvarme! exclamó Margarita.

—Sí, sí por cierto, dijo M. Rouget, precediéndonos por habitaciones enteramente desiertas: el marqués ha tenido un momento, único acaso en su vida, de dolor por lo que ha hecho: bajo la influencia de ese momento ha hecho llamar á un sacerdote y á un escribano, ha otorgado testamento instituyendo herèderas universales de sus bienes á V. y á su hermana.. porque V., señora, tiene una hermana.

—Lo sé, dijo Margarita.

—Ignoro cómo haya podido saberlo V.: todo lo que sucede es extraordinario: en fin, bajo la influencia de un buen pensamiento, el único acaso que ha tenido en toda su vida, el marqués ha devuelto á usted bajo la forma de herencia, todo lo que habia robado á sus padres: ¡robado! esta es la expresion: hablo así delante de este caballero, porque sé en lo que esto vendrá á parar: se unirán Vds., estoy seguro de ello, en cuanto muera el marqués: y se muere á tiempo, eso sí: pero es necesario evitar que nadie le vea morir.

—¡Cómo! exclamé.

—¿Qué dice V., M. Rouget? dijo sombriamente Margarita.

—Desde muy temprano, contestó M. Rouget, el

marqués tiene á Satanás en el cuerpo: es mucho pícaro: claro, señorita, claro: llegan momentos en que es necesario decir la verdad: —y M. Rouget se detuvo y puso sobre un velador la palmatoria que llevaba en la mano, — estamos ya cerca de la habitacion mortuoria, porque el marqués muere muy pronto... de seguro... y es bueno que yo diga á Vds. lo que tengo que decir. Yo no he sido un santo ni mucho menos, y la prueba de ello es la ciega confianza que en mí ha depositado el marqués: yo aprendí la cocina á bordo de un negrero, francamente, es verdad: y cuando empecé á ser cocinero, ya era un buen piloto, y me daba lo mismo ponerme al gobernalle que á la hornilla: lo mismo matar á un hombre que cocer una langosta: es verdad, todo esto es muy cierto: en mis buenos tiempos, me hubiera importado muy poco que el marqués hubiera hablado ó no: como que hubiera yo largado rizos y tomado la vuelta de afuera con todos los trapos, antes de que hubiera podido ganarme el rumbo ningun crucero: pero ahora es distinto, señorita: soy algo viejo, me he apoltronado mucho, y no podria largarme si me daban caza: el marqués me ha amenazado con declarar el cargamento que tenemos á bordo de la conciencia, y es menester que el marqués no pueda declararlo: esto es asunto mio: pero conviene para recalar en ciertas bahías, que le den á un convoy barcos de patente limpia, y que no huelan ni por asomo á sospechosos: y por eso yo entro en el dormitorio del marqués convoyado por Vds. dos, señores y para hacerles un favor.

—Hable V. de modo que pueda comprenderle, dijo Margarita.

En cuanto á mí, veia con una repugnacia instintiva á M. Rouget, bajo el nuevo punto de vista que se nos presentaba: habia desaparecido el cocinero y en su lugar encontrábamos al pirata.

—Pues claro, sí: señorita, dijo M. Rouget: entre el marqués y yo, que hemos sido y somos dos grandes bribones, ha habido un cambio completo de secretos, ademas de la complicidad que hemos partido mas de una vez: yo puedo perder al marqués, pero el marqués puede del mismo modo perderme á mí: y como cree que se muere y no ha dejado de ser malo mas que un solo momento y eso por milagro sin duda, durante cuyo momento ha nombrado á V. y á su hermana sus herederas universales por ante escribano: arrepentido sin duda de esta buena accion, quiso deshacerla: pero estaba yo allí; así al escribano, le saqué en brazos y me encerré con el marqués: pero daba unos gritos... fué menester prometerle que iria por V.: prometerle que la engañaria á V., pero le dije tambien: si cuando yo venga con ella ha dicho V. E. una sola palabra que pueda comprometernos, ni ve V. E. á la señorita, ni á mí, que harto haré de escapar para que la justicia no se entretenga en preguntarme lo que no la importa.

—No comprendo á V. todavía.

—Quiero decir, dijo M. Rouget, que el marqués no se muere: el médico se ha engañado: ha sido un ataque violento: pero ha pasado, está mejor: yo lo sé

bien: y por desgracia ha recobrado el juicio: es menester que él marqués no hable.

—¡Oh! si el marqués no muere, dijo Margarita, hablaré yo.

—¡Ah! ¡qué hablará V.! dijo sombriamente monsieur Rouget: ¡es decir, que estamos entre dos desesperados!

Qué es esto? dije á M. Rouget que empezaba á adoptar un tono insolente.

—Esto es, caballero, me dijo mirándome con fijeza, que aquí puede suceder algo poco agradable. El marqués desde que sabe que la señorita no está cautiva como creia, se ha enfurecido de tal modo, que el furor le ha puesto á la muerte y le ha vuelto la razon: cree que se muere, y quiere morir como ha vivido, siendo un infame: si se le deja hablar con alguien...

—No acabo de comprender á V., dijo con impaciencia Margarita.

—Pues voy á explicarme claramente: V., señora conoce todos los secretos del marqués.

—¿Y bien?

—Usted ha encubierto sus crímenes...

—¡Yo! ¡sí, es verdad! pero acabemos.

—El marqués, creyendo llegada su última hora, puede hacer revelaciones: puede acusarnos de complicidad con él...

—¡Ah! exclamó Margarita: yo me adelantaré: yo tambien deseo...

—¿Y quien pone en claro nuestra inocencia? ¿cómo desenmarañar el enredo que deje urdido el mar-

qués? ¿cómo no temer que una larga prision, uno y otro interrogatorio nos hagan caer en contradicciones que puedan traer sobre nosotros una condenacion deshonrosa? La verdad es, por duro que sea confesarlo, que ocultando los crimenes del marqués, tenemos en ellos cierta complicidad...

Margarita calló aterrada bajo la inflexible lógica de M. Rouget. Yo quise intervenir.

—Dispénseme V., caballero, me dijo M. Rouget: nadie mas que yo respeta y estima á la señorita, nadie mas que yo ha tenido compasion de ella y la ha procurado momentos de libertad en que podia respirar un aire mas puro que el que se respiraba en esta maldita casa al lado de un loco terrible: pero los sucesos están sobre las criaturas: deciden de su conducta: la señorita, que hace muy poco tiempo sin duda, no sabia de quien era hija, ni adivino cómo haya podido saberlo, anhela una venganza justísima contra el asesino de su padre: la tendrá, la tiene ya, pero no por medio de la justicia de la tierra; á esta no puede llamársela contra el marqués sin que la señorita la llame contra sí misma y de rechazo sobre mí: estas son deducciones que no admiten réplica; hay enmarañamiento: sí doña Margarita, si D. Luis hubieran denunciado el asesinato de D. Lorenzo... hubieran evitado todo esto... pero se hicieron cómplices ayudando al marqués á ocultar aquel crimen.

Margarita lanzó un gemido.

—¿Olvida V., M. Rouget, que la señora es hija de don Lorenzo?

—No lo olvido: por lo mismo debe vengarse.

Si, vengarme: lo anhelo, dijo Margarita cuyos ojos centelleaban: pero ¿cómo?

Me pareció que empezaba á condensarse al rededor de nosotros, sobre nuestras cabezas la atmósfera de un nuevo crimen, y me acometió un terror vago, frio.

Estaba dominado.

Parecia que mis piés se habian adherido al suelo.

Que mi cabeza se habian llenado de un humo denso.

Que mi lengua se habia pegado á mi boca.

Veia, oia, sentia, pero de una manera pasiva.

Habia perdido por completo mi actividad.

Margarita estaba trasformada.

A cada momento que pasaba parecia mas el arcángel de la venganza descendido sobre la tierra con la cólera del Señor.

V.

M. Rouget miraba á Margarita, y sus delgados labios sonreian de una manera sesgada, repugnante.

Sus ojillos parecian flamear no sé que fuego sombrío.

—¡Mi padre asesinado por ese mónstruo! exclamó penosamente Margarita: y yo le ví... y nada me dijo que aquel hombre que yo veia sucumbir bajo una cobarde traicion era mi padre... y aquel incendio... ¡oh! yo necesito atormentar dia por dia, hora por hora, minuto por minuto á ese hombre... yo quiero

que viva... me ama... me ama... ¡oh! ¡yo me vengaré!

Sentia una agonia insoportable al escuchar estas palabras de Margarita, tras las cuales se trasparentaba una intencion horrorosa para mí que la amaba con toda mi alma.

Sí, sí: de una manera ó de otra, dijo con voz ronca y lúgubre M. Rouget, es necesario vengarse: pero por el momento hay necesidad de engañarle: que esos hombres que estan ahí le vean tranquilo: que el médico le crea salvado de la crisis: que no vuelvan mas: debemos de alejar de aquí á los extraños, y cuando nos quedemos solos con él... se entiende, don Andrés, que á V. no se le cuenta en el número de los extraños... de ningun modo... V. hará causa comun con nosotros: ama V. demasiado á la señorita para que no sea V. digno de toda nuestra confianza.

—Andrés, me dijo Margarita tendiéndome la mano, recuerde V. que debo vengar á mi padre, y no reniegue V. de mí, no piense V. mal de mí.

—¡Oh! D. Andrés nos ayudará, dijo M. Rouget: D. Andrés es ya casi esposo de V.: ¡oh! D. Andrés va á deberme mucho.

Y M. Rouget repitió su sonrisa maldita.

—Pero, añadió, estamos perdiendo el tiempo, y el marqués espera desesperado; es verdad que aunque grite nadie oirá: los criados están léjos, y esas gentes al otro extremo de la quinta. Estamos completamente libres: pase V. señorita, pase usted, nada tema usted, D. Andrés y yo no la perderemos á usted de vista. Dos habitaciones mas allá está el marqués.

Margarita vaciló un momento.

Luego se encaminó de una manera decidida á una puerta y desapareció por ella.

En aquel momento un reloj de sobremesa marcó las tres.

Mis nervios se crisparon al sonido estridente, desapacible, agudo de aquella campana que parecia dejar tras sí en su vibracion algo de fatídico.

Mi cabeza se perdia: me sentia morir.

VI.

Apenas hubo salido Margarita, M. Rouget me asió de la mano y me arrastró consigo con una fuerza que nunca hubiera yo podido suponer en aquel hombrecillo.

—Es necesario que no la perdamos un momento de vista: es necesario que tú que la amas y yo que la temo, que estemos á su alcance: ¡oh, oh! esto no tiene nada de estraño: uno mas: ¿acaso, no vivimos de los que matamos? Un hombre ó un carnero, ¿que mas da?

M. Rouget se habia quitado la careta, me dejaba conocer lo que iba á sobrevenir.

—La venganza de las mujeres, exclamó dejándome oir estas palabras que yo percibía, aunque las pronunciaba en voz muy baja, y como para si mismo mientras me colocaba tras la cortina de damasco en una puerta: ella quiere que viva para atormentarle con su hermosura, con el continuo suplicio del que muere de sed, y toca con sus labios el agua que se le escapa: que se le escapa siempre... ¡ah, ah! y un dia ese hom-

bre puede... puede hablar... revelar... ¡oh, no! no sucederá nada, los testigos de su agonía están aquí...

Y M. Rouget permanecia asiendo fuertemente mi brazo sujetándome y pronunciando entre su ronco aliento sordas palabras que yo no podia entender ya.

VII.

Y mientras habia escuchado el horrible razonamiento de M. Ruoget, mientras percibia aún su aliento ronco, abrasado, mis ojos abarcaban una habitacion extensa y sombria, á que daba entrada la puerta tras cuyas colgaduras estábamos ocultos M. Rouget y yo.

No he olvidado ni un solo detalle de aquella habitacion.

Las tapicerías, los muebles, los adornos, los cuadros, todo era bello, todo de colores vivos, todo gracioso; todo ligero como si hubiera sido elegido, compuesto, ordenado por una mujer aficionada á lo risueño, á lo fresco, á lo grato: la hermosa luz de un dia de primavera en Andalucia, penetrando por sus tres anchos balcones: hubiera hecho resplandeciente á aquel aposento.

Pero entonces era de noche.

En una chimenea situada al fondo, sólo se veia un punto de fuego sombrio sobre un tizon requemado, sobre un velador un gran quinqué, cubierto con una enorme pantalla verde, agonizaba, y su débil luz apenas bastaba para determinar de una manera informe los objetos.

Una mujer vestida completamente de negro, estaba de pié é inmóvil entre aquel velador y un enorme lecho situado en un rincon de aquel extenso aposento.

Entre las colgaduras de aquel lecho destacandose sobre un fondo densamente oscuro, habia un hombre apoyado en el borde de aquel lecho, sosteniéndose mal sobre sus pies, envuelto en una bata negra, temblando de una manera visible, fijando en la mujer una mirada avara, repugnante, miserable, mirada de fiera hambrienta, debilitada, que olfatea una presa.

Los cabellos canos de este hombre, estaban erizados, una de sus manos descarnadas, se asia como buscando un sosten á una de las colgaduras, y la otra mano temblorosa se extendia hácia la mujer.

Aquel aposento, con su lobreguez dentro de la cual parecia existir una luz fantástica, aquellas dos personas que se contemplaban en silencio, aquel reposo nocturno en que no se percibia un sonido, aquel conjunto, en fin, constituian uno de esos cuadros que vemos alguna vez dentro de nuestra imaginacion dormida durante una pesadilla: que rara vez se encuentran en la vida constituyendo un horror acumulado.

Aquello daba á un tiempo frio y miedo.

VIII.

El marqués y Margarita se contemplaban frente á frente.

Ninguno de ellos hablaba.

Sin duda cada cual de ellos esperaba la palabra del otro para saber acaso á qué atenerse.

A medida que trascurria el tiempo, parecia que un espíritu poderoso animaba, fortalecia, llenaba de sangre y de vigor las venas del marqués.

Lentamente su posicion fué haciéndose menos abandonada, sus miembros fueron adquiriendo fuerza, al fin se puso completamente sobre sus piés, y dejó de temblar el brazo que tenia extendido hácia Margarita pero continuó asiéndose á la colgadura.

Al fin abandonó aquel apoyo, y dió un paso vacilante hácia ella.

El segundo paso fué mas firme.

Por último, anduvo como pudiera haberlo andado un hombre en plena salud, el espacio que le separaba de Margarita, se detuvo junto á ella, y le asió una mano que Margarita no le rehusó.

—Es maravilloso, oí decir con aquella voz que me sonaba á M. Rouget: le abandona ella, huye, y él cae como si le hubieran dado un pistoletazo en la cabeza, agoniza; se muere: vuelve ella, y ese maldito resucita de instante en instante, y en un minuto recobra todo su poder de demonio: ¡ah! es necesario tener cuidado: por fortuna aquí no hay armas.

M. Rouget siguió hablando, pero de una manera ya tan confusa, que no pude comprender ni una palabra mas.

IX.

El marqués entre tanto habia continuado en su silencio, y atraia hácia sí á Margarita.

Luego se pasó la mano por la frente, como si hubiera querido arrancarse de la cabeza, del pensamiento, algo que le atormentase.

—Gracias, dijo al fin con acento gutural, cavernoso: gracias, porque has vuelto.

—Debía volver, dijo Margarita con una dulzura, con una ternura que me aterraron: yo no la hubiera creido nunca capaz de fingir hasta tal punto.

—Sí, debias volver, dijo con la voz mas cavernosa aún el marqués: tu suerte te trae junto á mí: tu destino está unido al mio: pero te has puesto de luto... sí estás de luto .. me creias muerto... pero no, no he muerto aún: espero vivir para partir contigo mi infierno. Has huido de mí... me has abandonado.

—Esta mañana me trató V. de una manera muy cruel.

—¡Oh! sí: habias pasado la noche fuera: sí, sí por cierto: Rouget, el bribon de Rouget, no pudo ocultármelo; te busqué y no te hallé: en cambio me encontré con mi sobrino, con mi buen sobrino, que me pidió dinero, y me sacó á cuento el 25 de Mayo... Ah! sí, me acuerdo de todo: yo he estado enfermo, muy enfermo, ¡he incurrido en la locura de tener... eso que los hombres llaman remordimiento, y que no es otra cosa que cobardía... pero ya... vuelvo á ser lo que he sido... ni el recuerdo de Lorenzo, por medio de la

cita del 25 de Mayo: ni el de Rosalía muriendo sofocada bajo mis manos, y que tú... ¡oh! tú has tenido la crueldad de recordarme aquello á sangre fria, cuando el recuerdo de aquello me volvia loco, llevándote tus hermosísimas manos á tu divina garganta: ¡ah! ya aquello es inútil, ha sido un sueño: quiero vivir, quiero gozar, y voy á gozar desde el momento, porque me voy á casar contigo.

—¡Enfermo, débil! exclamó con ternura Margarita.

—No, te engañas: estoy cansado, quebrantado, pero enfermo nó: cuando un hombre se me presentó esta mañana y me dijo no sé qué palabras, sentí que el corazon se me rompia, y caí como herido por un rayo: las palabras que aquel hombre me dijo, sólo podia haberlas pronunciado por medio de una revelacion tuya: y tú no podias haber hecho aquella revelacion mas que á un hombre que hubieras amado mucho, mucho, hasta el punto de haber olvidado todo por él: y este pensamiento, estos horribles celos, fueron para mí lo que un puñal para el corazon: me he estado muriendo, creo que he estado muerto: me han rodeado unos hombres horribles: me han sujetado como á una bestia brava: me han puesto qué sé yo cuantos parches ardientes: me han sacado no sé cuanta sangre, y hasta creo que he tenido un momento en que he creido que habia Dios, y he hecho testamento, y no sé cuantas otras tonterías: y todo esto era que tú me habias abandonado, que habia perdido la esperanza de volverte á ver: pero has vuelto y he recobrado la vida: mi vida ardiente, vigorosa: estoy

cansado, sí, debilitado, atormentado, pero no enfermo.

—¡Oh! yo me alegro de que la vida de V. no esté en peligro, dijo con la misma dulzura que me habia asombrado antes Margarita.

—Puede ser, Margarita, que yo me haya engañado hasta ahora y que me ames. ¿No es verdad?

—¡Ah, sí! si no le amara á V., ¿á qué habia de haber venido?

—Margarita, tu voz miente: tu sonrisa es mentira; yo siento palpitar tu alma de ódio: tu mano abrasa, tus ojos arrojan fuego... tú lo sabes todo...

—¡Ah, no comprendo á V.!

¿Qué no comprendes? No sé qué traicion se me prepara, pero la percibo, la siento cerca de mí.

—¡Ah! no señor: todos, empezando por mí, anhelamos que V. se restablezca.

¡Ah! pues vuestros deseos se cumplen, sólo que me conviene pasar por moribundo.

—No comprendo á V.

—Sí, á los moribundo se les casa *in articulo mortis:* ya que me han creido agonizante, continuemos agonizando para ellos, ahí está un cura: nuestro casamiento puede ser obra de cinco minutos... despues... despues del casamiento ya verás... volverémos al mundo, causarémos envidia por nuestro fausto, por nuestra felicidad: ¿qué te parece?

—Que hay tiempo sobrado, Juan; que es de mal agüero un casamiento repentino á pretexto de muerte.

—¿Es decir, que te niegas?

—No, consiento: pero... de una manera normal.

—¡Ah! tú amas... no se á quien.., he olvidado á ese hombre: acaso ha sido suya...

Margarita lanzó un ligero grito de dolor.

—¡Ah: me lastima V.! exclamó.

—Escucha: M. Rouget ha sabido engañarte, y te ha traido aquí.

Al escuchar esto Margarita, arrojó una mirada ansiosa á la puerta.

Despues me confesó que en aquel momento lo temió todo; que yo hubiese sido sacrificado por monsieur Rouget, y ella abandonada al marqués.

La mirada de terror de Margarita acabó de esclarecer las sospechas del marqués, y doblegó ante sí sacudiéndola brutalmente por el brazo á Margarita.

Margarita lanzó un horrible grito de dolor.

Entonces yo me precipité dentro.

X.

Pero hube de detenerme.

M. Rouget habia cruzado por delante de mí.

El velador sobre que estaba la luz habia caido por tierra y la luz se había apagado.

La habitacion quedó envuelta en la oscuridad mas profunda.

Al mismo tiempo oí una lucha sorda, y la voz del marqués que llamaba irritada y temblorosa á Rouget.

—Rouget, Rouget, amigo mio, gritaba; ven, me asesinan, socorro.

—¡Andrés! ¡Andrés! exclamaba al mismo tiempo la voz aterrada de Margarita.

—Aquí, por aquí, dije...

Y poco despues Margarita me asia temblando.

—Salgamos, salgamos de aquí, me dijo: aquí sucede algo horrible entre estas tinieblas.

En efecto, la lucha continuaba.

El marqués no hablaba pero se sentía el doble hálito ardiente de dos hombres que forcejeaban, y el ruido de los muebles que caian.

En vano Margarita y yo buscábamos una salida. Estabamos aturdidos.

De repente oimos un golpe sordo, como si los que luchaban hubiesen caido en tierra.

Y luego la voz del marqués sofocada pero inteligible aún que exclamaba:

Por compasion... todas mis riquezas... no... quiero... mo...rir...

Luego nada: el rumor de una convulsion poderosa, de algunos sacudimientos desesperados.

El horror nos tenia inmóviles á Margarita y á mí.

Durante algunos segundos nada se oyó.

Luego los pasos furtivos de una persona que se alejaba.

—¡Ah, Dios mio! exclamó Margarita estrechándose aterrada contra mí. ¡lo mismo que cuando el marqués asesinó á Rosalía!

XI.

Confieso que á pesar del anonadamiento en que me habia postrado aquel cúmulo de horror, se me ocurrió una duda terrible.

¿Quién era quien habia sucumbido, el marqués ó M. Rouget?

La voz del marqués se habia apagado, es cierto.

Pero podia haberla apagado del mismo modo el gozo supremo del triunfo en aquellos momentos terribles, que podia haberla apagado la muerte.

De improviso se iluminó la habitacion.

Un hombre habia entrado trayendo consigo una luz.

Aquel hombre era M. Rouget, que á falta de pañuelo se enjugaba con la mano el sudor que corria por su frente.

XII.

Margarita y yo arrojamos una mirada cobarde en busca de un objeto que temiamos encontrar.

El marqués estaba tendido é inmovil al pié de su lecho.

Por la boca del marqués asomaba un objeto blanco, que yo por el momento no me pude explicar lo que fuese.

Margarita, abrazada aún á mí, habia visto aquello, y horrorizada habia escondido su semblante contra mi pecho, y sollozaba, se estremecía.

Yo vacilaba, dudaba: estaba viendo aquello y no lo creia, no lo queria creer.

Era aquello demasiado horror.

Parecia la representacion horripilante de un melodrama inverosimil soñado por una imaginacion enferma.

Y sin embargo era verdad.

Los crímenes de la vida llevados al teatro ó á la novela despojados de todo adorno de arte, parecerian inverosímiles, se harian fuertemente inaceptables.

Porque el verdadero drama, desnudo, descarnado, repugnante, existe en la verdad: le consignan esos dramas del patíbulo que se guardan en los archivos de los tribunales, y que no se leen sin estremecimiento.

La imaginacion no inventará jamás nada tan horrible como el horror de la verdad.

XIII.

Y acababa de dar, de prestar su último colorido salvaje, sombrío, espantoso á aquel cuadro, la expresion serena, casí alegre de M. Rouget, con el terror insoportable de que nos encontrábamos llenos Margarita y yo.

—Gracias á Dios, dijo M. Rouget, que ya podemos descansar: para que una lengua temible no hable, no hay cosa como la muerte... y cuando se sabe buscar el momento oportuno... desafio á ese sábio doctor á quien yo iré á buscar ahora mismo,

á que conozca si el buen marqués ha muerto de la enfermedad que él habia pretendido curarle, ó gracias á mi pañuelo que sin saber cómo se ha metido en la boca el marqués.

Y con una serenidad repugnante sacó de la boca del cadáver un pañuelo blanco.

Despues le examinó atentamente.

—A la perfeccion, dijo, era necesario que un dia ú otro fuese ajusticiado: le ha sentenciado Dios, y yo he cumplido la sentencia. Pero ¿á qué ese terror? añadió volviéndose á nosotros: ha muerto como debia morir y ni V., señorita, ni D. Andrés han tenido parte en esto. Ha sido asunto mio: voy á arreglar estos muebles, á arreglarlo todo, y despues llamaré al médico, al cura y al escribano: Vds. pueden retirarse: los parientes y los amigos no permanecen al lado de los séres que amaron despues que han dejado de existir. Ademas, están Vds. muy turbados y podrian dar lugar á sospechas.

Margarita se levantó de entre mis brazos, y pálida, lenta, se acercó al cadáver.

—Yo ansiaba vengarme de tí, dijo; pero nunca me hubiera vengado por medio de un asesinato: has sido infame con mis padres y conmigo, y sin embargo, en nombre de mis padres yo te perdono, Juan de la Roca; yo rogaré á Dios que te perdone.

Y tras estas palabras, salió asiéndome de la mano y arrastrándome consigo sin decir una palabra ni aún mirar á M. Rouget.

Atravesamos muchas habitaciones, salimos á las

galerias, bajamos las escaleras, abrió un criado la puerta y entramos en la carretela qué nos esperaba aún.

—Alcalá, 170: dijo Margarita.

Y se arrojó en mis brazos.

—Necesito de todo tu amor, de tu alma, de toda tu vida para olvidar.

Y rompió á llorar silenciosamente.

CAPITULO XVIII.

De cómo se preparó el enlace de Inés.

I.

Cuando volvia á mi casa despues de haber dejado á Margarita en la suya, solo encerrado en un carruaje, por medio de las solitarias y oscuras calles de Madrid, pretendia en vano encontrar la justicia de lo que me acontecia.

¿Por qué habia caido sobre mí tal cúmulo de desgracias?

¿Qué habia hecho yo para apurar tanto horror?

¿Era acaso un castigo por la muerte que habia causado á Pablo?

Yo le habia muerto de una manera involuntaria; sentia dolor, desesperacion por su muerte, hastío por haberla causado, horror si se quiere, pero remordimiento no.

Yo no habia tenido intencion de matar, y por consecuencia aquella muerte ni ante Dios ni ante los hombres me era imputable.

¿Seria que la sangre vertida traiga siempre una

maldicion sobre quien la vierte; por mas que no haya tenido intencion de verterla?

¿Seria una compensacion, un precio terrible de amor de aquella mujer soñada por mi antes de conocerla, que llenaba mi alma, que la satisfacia, que realizaba todos sus sueños, todas sus esperanzas?

¿O seria todo aquello el resultado de un sueño, de una embriaguez, durante los cuales tomaba por séres á fantasmas, por verdadero á lo absurdo?

Nada podia contestarme: la fiebre me devoraba, mi cabeza se partia, mi corazon se abrasaba.

Cuando llegué á mi casa necesité la ayuda de mis criados para llegar á mi cama.

Despues he pasado no sé cuánto tiempo en un adormecimiento doloroso, en un insomnio por medio del cual pasaban objetos y séres incomprensibles pero aterradores.

Pero siempre, en medio de ellos, veia el rostro de arcángel y los ojos de fuego de Margarita.

II.

Un dia al fin pude darme razon de mí mismo.

Me encontré sangrado, dolorido, débil.

El doctor Salcedo, mi amigo, me miraba sonriendo.

—Nos hemos salvado, me dijo: la crisis ha pasado y podemos alegrarnos.

—¿Con que todo ello ha sido una enfermedad, un sueño, amigo mio? dije al doctor Salcedo.

—Una enfermedad, un delirio de tres dias.

—Cabalmente tres dias; pues me alegro.

—Entendámonos, ¿qué es lo que V. cree un delirio?

—Una historia espantosa, que empezó...

—Por la muerte de un negro y de una loca, ¿no es verdad?

—Sí, cierto: debo haber soñado á voces.

—Casi, casi me dan tentaciones de procurar que todo pase para V. como si hubiera sido un sueño, pero hay tarjetas, visitas que devolver.

—¡Tarjetas! visitas!

El doctor se levantó y fué á una mesa.

—Esto no es un sueño, me dijo presentándome una tarjeta.

—En aquella tarjeta se leia: «Margarita de Fonseca.

—¡Ah! exclamé.

—En efecto, esa señora no es un sueño: ni este otro.

Y me mostró otra tarjeta.

«Luis de Arévalo.»

Y luego otra.

«Inés de Fonseca.»

Y otra por último:

«Eugenio Morales—presbítero.»

—De estas tarjetas dos solas las han traido sus dueños, me dijo Salcedo.

—¿Cuáles?

—La de D. Luis y la de D. Eugenio.

—Pero Margarita... pero Inés...

—Están enfermas sobre poco mas ó menos como ha estado V.

—Salcedo, dije al doctor tendiéndole la mano, ¿las ha visto V.?

—Si.

—Y ¿corren peligro?

—No.

—Me va V. á responder lealmente: ¿ha oido usted algo grave en mi delirio?

—Si.

—Y ¿quién mas?

—Nadie; nadie ha entrado aquí mas que yo.

—¿De modo que sabe V.?...

—El médico es un confesor; Andrés, el médico olvida lo que el enfermo dice sin conciencia de lo que dice durante las horas del dolor.

—Y ¿qué me aconseja V.?

—Me ha contado V. una noche una historia fuertemente inverosímil.

—Pues esa historia, amigo mio, es verdad.

—Y bien ¿acerca de qué me pide V. consejo?

—¿Qué debo hacer?...

—¿Respecto á quién?

Respecto á Margarita.

Salcedo se quedó profundamente pensativo, y luego, moviendo la cabeza dijo:

—¡Ah! no, no: es inútil: esos consejos los da el corazon.

—Pero ella...

—Le ama á V. y es... muy infeliz... y esto es la cuestion... temo que, aumentada su pasion de V. por

una union que no puede ser muy larga, sea harto grave la prueba.

—Pero Margarita...

—Es una cabeza sentenciada... y ¿quién sabe? ¡el amor! ¡el tiempo!

—¡Sentenciada!...

—En ella se desarrollaba un gérmen de destruccion... no sé cual,.. pero lo siento ..

—¡Dios mio!

—El médico debe ser leal: hábil en prevenir; es necesario curar á V... pero tendremos tiempo de eso. Por ahora hemos hablado demasiado.

Salcedo me impuso silencio con la tiranía inapelable del médico y me dejó solo.

III.

Dos dias despues pude ya levantarme y recibir gentes.

A vuelta de una multitud de visitas del género de las que os molestan y que os veis obligados á sufrir por la tiranía de las costumbres, tuve dos visitas importantes.

Luis de Arévalo é Inés de Fonseca, acompañada del padre Morales y una hermana de este.

Las dos visitas fueron en un mismo dia, pero separadas por un intérvalo de algunas horas.

Luis se me presentó impaciente, y apenas por necesidad y con suma distraccion me preguntó acerca del estado de mi salud.

Despues continuó:

—Yo en cambio estoy muy enfermo, hijo, mi tio al morir se ha llevado consigo mi salud; porque al fin mi tio, tal como era, tenia su bolsillo abierto para mi: no todo lo que yo hubiera querido; pero al cabo se pasaba regular: de tiempo en tiempo pagaba mis deudas pero ahora... ¿Creerás que mi tio al hacer testamento no se ha acordado de que yo soy su sobrino? Lo ha dejado todo á las hijas de su prima Gabriela: ¿y para que quieren ellas tanto?

—¡Tan rico era el marqués! le dije por decirle algo.

—¡Rico!... cien veces rico, poderoso, un Nabab un Creso, un Harum-Al-Raschild: ya lo verás por tí mismo, porque tú te casarás con Margarita, como si lo viera, y como ahora resulta, segun declaracion del marqués, que Margarita es hija de Gabriela, hermana de Inés, y por consecuencia heredera de mi tío: ya verás, ya verás que dote te trae ella; ah, ¡bribon de Andresillo y qué afortunado eres!

—¿Por qué no piensas en un dote semejante, Luis?

—¡Inés! ¡es verdad! y casi casi debo casarme con ella; porque tu no sabes, Andrés: entre Inés y yo hubo una historia añeja...

—¿Historia de amores? le dije como si ignorase absolutamente la historia de Inés.

—Una locura: yo entraba libremente en su casa como pariente, como primo lejano: se fiaban en mi... allá en la Habana. Inés era bella, se enamoró de mí, lo tomó por lo sério... hubo declaraciones, lágrimas, exigencias... pero quién se atrevia á casarse con la hija de una casa cuyos asuntos iban de cabeza... si

hubiera yo de casarme con todas las chicas pobres con quienes he tenido historias... ¿á donde ibamos á parar?... Y no he podido hacer una historia con un buen dote: porque la verdad, Andrés casarse por amor es el crímen mas absurdo que contra si mismo puede cometer un hombre: casarse con una mujer, sufrir sus caprichos, sus inconveniencias, sus locuras... exponerse gratis á ser puesto en ridículo... sentenciarse al ímprobo trabajo de la elaboracion del pan nuestro de cada dia y del traje suyo de cada moda... y todo por el placer de vivir acompañado de una mujer que os hastía, que os provoca náuseas... eso no podia ser: si yo hubiese podido adivinar. . ¡esa herencia! ¡debe ser enorme! ¡Mi tio lo ha sido todo; negrero, pirata, comerciante de mala fé: ha adquirido sin reparar en los medios: ha sido un tiburon siempre sediento de oro: tiene inscripciones en todos los Bancos, y extensas propiedades en España y en Cuba...

—¡Una fortuna robada! exclamé.

—¿Y qué importa? me dijo con un cinismo repugnante: nadie pregunta á nadie por qué es rico, ni nadie deja de respetar ni de servir y de honrar á los hombres millonarios. ¿Quieres amistad? sé rico, y encontrarás esa amistad que el pobre busca en vano. ¿Quieres amor? te amarán las mujeres con toda su alma aunque seas un engendro monstruoso, con tal que tengas la incomparable hermosura del dinero, que no se agota, que lo produce todo; la casa ostentosa, los trenes magníficos, las joyas, las telas preciosas... la mujer es vanidad pura...

—Sin embargo, Margarita...

—¡Qué te ama Margatita! ¡ya lo creo, hijo! ¡pues no ha de amarte si eres muy rico!

Infinitamente mas rico que yo era el marqués y no le amó.

—Porque el marqués no la sitió por hambre, porque no la impuso condiciones, porque no la disputó nada.

—Tú estás loco.

—Pues me creo muy juicioso, puesto que no voy mas allá de lo positivo: ¡dinero! ¡dinero! ¡dinero! hé aqui todo.

—Cásate con Inés.

—¿Y dónde está Inés? exclamó pensativo: se quedaron allá miserables en la Habana: sabe Dios lo que habrá sido de Inés y de su madre: sabe Dios si se habrá casado con algun tonto á quien basten unos hermosos cabellos rubios... y pensar yo que he podido con dos años ó tres de paciencia llegar á ser rico...

—Su hermana la buscará.

—Sí; si no se le pone á su hermana no buscarla.

—¡Cómo!

—Desengáñate Andrés; cuando necesitamos á una persona para que nos dé, la buscamos con ansia; pero cuando tenemos que darla y tanto como Margarita tiene que dar á Inés... entonces... ¡bah! entonces no buscamos... ó al menos, no nos damos prisa.

—Te juro que Margarita buscará á su hermana: mas aún, que la encontrará, y antes de mucho.

—¡Tonto! exclamó mirándome como desde la altura de su grande experiencia Luis.

—Sea como quieras; pero te voy á dar una muestra de que tengo una gran confianza en que muy en breve Inés podrá ser tu mujer.

—Veamos: explícate.

—Mi explicacion va á ser un hecho.

—¡Ah! en verdad que estan sucediendo maravillas: ¿tienes guardada, para cuando necesites exhibirla, á Inés?

No... no se trata de Inés... yo no sé nada de ella: me refiero á otro hecho.

Y me levanté abrí un cajon de mi mesa, y saqué un legajo que entregué á Luis.

—¡Ah! lo menos unas Memorias, me dijo; y deben ser antiguas, porque el papel ha tomado color.

—Abre, abre ese legajo: eso es dinero.

—¡Dinero!

—Sí, doscientos cincuenta billetes de Banco.

—Un millon de reales, exclamó Luis poniéndose pálido.

—Que te presto á condicion que te cases con Inés.

—Pues me caso: voy á extenderte la obligacion...

—No: simplemente un pagaré.

Luis extendió el documento.

Despues puso el legajo sobre el velador y me dijo:

—Pero ¿y si no parece Inés?...

—No te casas.

—Entonces no te pago.

—En buen hora.

– Me has hecho feliz, Andresillo: vas á ver... debo... afortunadamente no es mucho... unos seis mil duros... me quedan cuarenta y cuatro mil.

—Pon casa: esa casa que debe preparar todo hombre rico antes de casarse.

– ¡Hablas con una seguridad de mi casamiento!

—Ven mañana á las diez á verme, y te hablaré con mas seguridad: almorzarémos juntos y despues saldrémos en carruaje.

—Vendré... y adios... siento impaciencia por empezar á gastar tu dinero... Verdaderamente eres un buen amigo, Andrés... adios y hasta mañana.

Y Luis salió enloquecido por una alegría febril.

Yo me sentí consolado.

Acababa de comprar á una desdichada el esposo á que su desgracia la habia destinado.

Mejor dicho: acababa de comprar su honra, y el nombre, la legitimacion de su hijo.

IV.

Por la tarde vino Inés con el padre Morales y su hermana.

Una tristeza profunda cubria el rostro de la pobre niña, y estaba pálida hasta una intensidad que espantaba.

Me saludó con una sonrisa, me tendió la mano y me preguntó con una ardiente solicitud acerca de mi estado.

Despues se sentó frente á mí en la chimenea.

El padre Morales sacó una caja de rapé y me ofreció un polvo que yo tomé por complacerle.

—Hemos sufrido mucho, D. Andrés, me dijo la jóven mirándome de manera que causó en mí una sensacion extraña.

—¿Ha estado V. tambien enferma...? la dije.

—Sí, y lo estoy, me contestó con tristeza: mi enfermedad es incurable; pero no es por eso por lo que todos, todos, y particularmente yo, hemos sufrido, sino por usted.

Y se puso por un momento vivamente encarnada.

—¡Oh! gracias, la dije, empezando á comprender la situacion en que Inés se encontraba respecto á mí.

Temí que el agradecimiento de aquella desdichada no hubiese hablado demasiado alto en su corazon á favor mio.

—Sí, añadió: le debo á V. mucho, Andrés; le debo mucho.

Y dos lágrimas gruesas, tranquilas, rodaron por las pálidas mejillas de Inés.

—Sí, sí, dijo con una candidez espantosa doña Cármen, la hermana del padre Morales; no le deja á V. un momento de la boca; hasta durmiendo le nombra á V.

Inés se puso de nuevo vivamente encendida.

—Ya se ve, hermana, dijo el padre Morales acudiendo á poner un tapon al boquete que habia abierto la candidez de su hermana; este caballero es muy cristiano, muy caritativo, muy hombre de honor...

—¡Gracias!... señor Morales, gracias.

—Es la verdad, señor mio, es la verdad: dijo con calor el eclesiástico; se encuentran muy pocos hombres, por desgracia, que tratándose de infortunios tales como los de Inés, acudan de una manera tan cristiana y tan noble á su socorro.

—Esas desgracias las cura Dios...

—Y los hombres, por la voluntad de Dios; continuó el padre Morales... sin V. yo hubiera podido hacer muy poco...

Orar y consolar: he aquí todo lo que V. necesita hacer, dije.

—Porque V. hace lo demas, caballero, saltó doña Cármen: lo sabemos todo... todo... doña Inés nos lo ha contado todo... y algo mas que todo.

—¡Cómo! ¡Inés!

—Sí, contestó tristemente Inés: he encontrado en ellos todo el consuelo, toda la caridad, toda la franqueza que yo no me hubiera atrevido á esperar de personas á quienes acababa de conocer: todo lo saben: mi hijo está en su casa... yo paso... por... una casada separada de su marido.

—Ese marido, Inés, Luis de Arévalo, lo está disponiendo todo para unirse á V.

—¡Está aquí! exclamó Inés con acento opaco y acreciendo su palidez.

—Sí, está aquí: es mi amigo: acaba de venir del extranjero donde ha hecho fortuna, y me preguntó los medios de encontrarla á usted... me lo reveló todo...

—¡Que me busca él! ¡eso es imposible! ¡él bus-

carme á mí, despues de haber hecho una fortuna! ¡Vamos, bien puede ser! añadió cambiando de tono.

—¿Y no se alegra V. de encontrarle, de que la busque?

—Sí... sí... me alegro... mi hijo...

—Y su amor de V...

—Sí... y mi amor... pero tengo otro amor mas íntimo, caballero, un amor tierno, impaciente... el padre Morales y yo hemos cambiado secreto por secreto: él sabe mis desgracias, pero yo sé por él que mi hermana Margarita existe, que está en poder de un hombre... del marqués de la Roca...

—El marqués ha muerto.

—¡Que ha muerto!

—Sí... Dios se ha cansado de consentirle en el mundo...

—¿Y mi hermana..?

En aquel momento, y por una de esas coincidencias que parecen rebuscadas por un novelista para producir efecto, uno de mis criados dijo á la puerta del gabinete anunciando:

—La señora doña Margarita de Fonseca.

Y se oyeron pasos precipitados de mujer que se acercaban.

V.

Inés se puso de pié violentamente pálida, estremecida, y fijó una mirada ansiosa, anhelante, imposible de describir.

Todos nos levantamos.

En aquel momento se levantó el tapiz de la puerta y apareció Margarita de riguroso luto.

Al ver que yo no estaba solo se detuvo, y por un momento no supo qué decir.

Su mirada pasó de mí á Inés, y al ver la mirada suprema, infinita, inmensa, que Inés fijaba en ella, su palidez, su ansiedad, me miró como pidiéndome explicacion de aquello.

Yo hice un esfuerzo y dominé la situacion.

Me acerqué á Margaríta.

—¿Usted es valiente? la dije.

—Demasiado, por desgracia, me contestó.

Y su mirada en que habia algo de furor celoso contenido, devoraba á Inés.

—¿Quién es esa jóven? me dijo con acento opaco y que yo sólo pude oir.

—Armese V. de valor, la dije.

—Sí, sí; tengo valor sobrado, me dijo; pero concluyamos.

—Concluyamos, dije asiéndola de la mano y adelantando con ella hácia Inés: ¡la señora doña Inés Galvez de la Roca! añadí.

—¡Mi hermana! exclamó Margarita en un grito intenso, casi inarticulado... y yo habia creido...

Y las dos jóvenes se arrojaron llorando la una en los brazos de la otra.

—Sí, sí; mi hermana, dijo Inés separando la cabeza de Margarita y reteniéndola entre sus dos manos: sí, es mas hermosa que mi madre... es la mirada de mi madre...

Llorábamos todos.

Por mucho tiempo no cesaron los besos, las caricias, los sollozos.

Al fin aquello se calmó.

Todos hicimos un violento esfuerzo sobre nosotros mismos.

Sucedió un silencio profundo, durante el cual las dos hermanas asidas de la mano se contemplaron con embriaguez.

—Necesito llevármela, dijo al fin Margarita: necesito tenerla á mi lado, y me la llevo.

Y se levantó y la asió de la mano.

Un momento, señora, dijo el padre Morales metiéndose la mano debajo de la sotana y sacando una cartera y de ella un papel doblado: aquí está la prueba de su recíproco parentesco escrita por su señora madre de Vds.

—¡Pruebas! ¿y para qué son esas pruebas? dijo Margarita.

—¡Para los hombres!...

—¡Ah! si, es verdad, dijo Margarita: y mucho mas cuando se trata de una herencia.

—¡Una herencia! exclamó el padre Morales.

—Sí, respondió Margarita; el marqués de la Roca.... nuestro tio, primo de nuestra madre, nos ha instituido sus herederas universales.

—¡Ah! gracias á Dios, exclamó Inés... ese infame repara al fin aunque tarde el daño que nos ha hecho: pero al menos podrémos restablecer en su honra el nombre de nuestro padre.

—Sí... aunque hubiéramos de quedar reducidas

á la miseria: tome V., Andrés; tome V. esos papeles con las copias del acta de defuncion del marqués y su testamento.

—¿Quien ha dado á V. estos papeles?

—Me los ha llevado un escribano.

—¿Y M. Rouget?

—Desde que le vimos juntos no le he vuelto á ver. Ahora nada me impide llevarmela, y me la llevo.

En efecto Margarita se llevó á Inés.

El padre Morales y su hermana, asombrados conmovidos, se despidieron de mi y mé dejaron solo.

VI.

Examiné las copias que me habia dejado Margarita.

El testamento del marqués representaba una enorme fortuna.

En el acta de defuncion, un médico grave certificaba bajo su firma que el marqués habia muerto naturalmente de congestion cerebral.

Al leer esto sentí un horrible calofrio, y guardé aquellos papeles en lo mas profundo de mi secreter.

VII.

Al dia siguiente á las diez en punto, Luis entraba en mi gabinete.

—Soy feliz, me dijo: tú me has dado la felicidad dándome dinero, y amo... amo como un loco...

—¿A Inés?

—A Inés:

—¡Por rica!...

—Indudablemente: pero es el caso que al recordarla me parece hechicera, encantadora, sublime: la amo de veras, Andrés la amo de veras: y me parece que soy otro... hasta los remordimientos han huido de mi... ya no me restrego las manos: la sangre de mi tio Lorenzo, aquella sangre que se me pegó á ellas cuando ayudé á mi tio Juan á borrar los indicios del crímen ha desaparecido... el dinero es un talisman maravilloso... pero vamos claros... ¿conoces tú á Inés? ¿Sabes donde esta?

—Si: está casa de su hermana.

—¡Casa de Margarita!

—Si.

—¿Pues qué, Margarita tiene casa?

—Si por cierto, y hace mucho tiempo, y magnífica.

—¡Con el dinero de mi tio! ¡hé aquí por qué no amaba á mi tio, porque no necesitaba amarle para sacarle dinero! aquel bribon estaba loco por ella. ¿Pero donde vive?

—Alcalá, 170, principal.

—¡Uf! lo menos cuatro mil duros anuales de alquiler... Vamos allá: almorzarémos allí: Margarita y yo nos llevamos bien.

—No: he dicho á Inés que la buscas.

—¡Cómo! ¿has hablado con ella?

—Si.

—¿Y ella?

—Te ama.

Como habia mentido con Inés, mentia con Luis.

Yo queria ennoblecer todo lo posible aquel reanudamiento de relaciones hecho por una parte por el vicio ansioso de dinero; por otra por la restitucion de honra.

—Si preciso... dijo Luis creyéndome: ¡si ella me adoraba! pues mira, esto me hace feliz: ¿y qué he de hacer?

—Yo la pediré una entrevista.

—¿Cuando?

—Dentro de algunos dias.

—¿Muchos?

—Cuando lo hayas preparado todo para casarte... y sobre todo cuando se hayan hecho las particiones de la herencia entre las dos hermanas.

—Si, si, tienes razon: por supuesto que nos casaremos en un mismo dia... porque tú te casarás con Margarita.

Habia una ansiedad mal disumulada en la voz y en el semblante de Luis cuando me hizo aquella pregunta.

Yo eludi la contestacion.

Almorzamos juntos: refinó mas y mas su cinismo, aquel cinismo delirante durante el almuerzo, y despues salimos.

Me obligó á que le acompañase á buscar casa.

Cuando me separé de él fuí á ver á las dos hermanas.

VIII.

Un mes despues todas las formalidades legales estaban concluidas.

Nadie podia dudar de que doña Margarita y doña Inés de Fonseca y Galvez de la Roca eran hermanas, hijas legítimas de D. Lorenzo y de doña Gabriela.

Las dos hermanas vivian juntas.

Parecia que todos habiamos olvidado los terribles sucesos que habian precedido á aquella situacion.

Jamás hablamos de ellos.

El mismo Luis parecia haberse trasformado.

Era otro hombre.

Ni se frotaba las manos, ni citaba jamás el número veinte y cinco, ni me dejaba oir sus escépticas teorías.

Se mostraba juicioso, dulce, bueno.

Yo no le conocia.

Lo habia preparado todo para su casamiento con Inés: á la que habia pedido un perdon que ella no se habia atrevido á negarle.

Porque su perdon era el porvenir de su hijo.

Debia ser respecto al alma de Luis una verdad repugnante, lo de que la base del amor es la riqueza de la mujer.

Luis, ó mucho me engañaba yo, ó estaba enamorado de veras de Inés.

Inés, por su parte, parecia completamente satisfecha de Luis.

Llegué á creer que en efecto Inés habia olvidado

el infame proceder anterior de Luis para con ella, y que estaba tan enamorada de él como Luis parecia estarlo de ella.

En cuanto á Margarita y á mi, nos amábamos con una pasion delirante.

Ansiaba yo que llegase la hora de ir á su casa, y notaba en ella al verme una súbita llamarada de alegría que dominaba su semblante.

Sin embargo; siempre que yo la instaba á que nuestra boda se hiciese al mismo tiempo que la de Inés y Luis, me contestaba.

—¡Oh! no, todavia no: cuando se cumpla el luto.

—Pero ellos...

—Ellos están en una situacion excepcional; su casamiento es la legitimacion de su hijo. Ellos deben casarse cuanto antes.

Y seguia negándose obstinadamente.

IX.

No había dejado de ser la Dama de noche.

Habia contraido la costumbre de no salir de dia y se pasaba el tiempo hasta que oscurecia, leyendo ó dibujando.

Pero en cuanto oscurecia, pedia el carruaje, y acompañada por Inés, por Luis y por mi iba á la Cuesta de la Vega.

Excepto las noches en que llovia.

¡Oh! ¡La Cuesta de la Vega!

En uno de sus bancos de piedra he apurado toda la elocuencia de mi amor ansioso; he rogado con la

agonía de la desesperacion, he llorado con todo el dolor de una amargura infinita.

Porque yo temia que la muerte no dejase cumplir á Margarita el año del luto.

Su palidez era cada dia mas densa, cada dia mayor su demacracion, su melancolía, su tristeza á cada momento mas profunda.

Y cada dia su hermosura era mayor.

Su encanto se habia hecho irresistible. Yo moria.

Y Margarita; á pesar de su tenacidad en el aplazamiento de nuestra union, se me mostraba cada dia mas amante, cada dia mas enamorada.

Acabé por no comprenderla.

Yo habia creido hasta entonces que el amor era la suprema razon para la mujer.

Que por el amor lo olvidaba todo.

Y para Margarita el amor era un sentimiento profundo, intenso, tenaz, pero subordinado á una razon que yo no podia comprender.

¡Ah! ¡yo no sabia hasta qué punto puede llevar á una mujer de imaginacion el deseo de poetizar su amor!

Mas tarde lo comprendí cuando...

Pero continuemos.

CAPITULO XIX.

De cómo llegó un dia en que Margarita fué completamente feliz.

I.

El enlace de Inés y de Luis se efectuó sin aparato, sin ruido, no de una manera secreta, pero si de una manera silenciosa.

El padre Morales los casó, y su hermana y yo fuimos los testigos.

Un capricho de Luis agravó la situacion respectiva en que nos hallabamos colocados Margarita y yo.

Recordará el lector que en una ocasion Luis, al atravesar el desmantelado jardin de la quinta de su tio, habia expresado el pensamiento de levantar aquellas estátuas, de desenterrar aquellas fuentes, de arrancar aquellas malezas, de convertir, en fin, en un retiro alegre, aquel triste y denegrido palacio.

Pues bien; Luis determinó irse á vivir con Inés y con su hijo á aquel palacio, y empezar desde el momento las obras.

Inés nada sabia de los terribles secretos que para Margarita y para mi guardaba aquel palacio: creia,

como lo habia creido todo el mundo, inclusos los de la casa, que el marqués habia muerto naturalmente.

Una sola persona, á mas de nosotros, sabia que el marqués habia sido asesinado. Su asesino.

Y M. Rouget, despues de haberse despedido de Margarita habia desaparecido.

Ni aún se sabia donde estaba.

Inés ignoraba tambien que el marqués habia sido el amante de su madre, el asesino de su padre.

Margarita habia guardado para ella toda la amargura de estos recuerdos.

Por temor de una interpretacion no se atrevió á hacer reparo ninguno á la decision de Luis.

Ademas, en las particiones de la herencia, por razones que son fáciles de comprender, Margarita habia querido que el palacio fuese adjudicado á su hermana y lo fué en efecto.

Luis é Inés con su hijo y una servidumbre completamente nueva, se habian ido á vivir al palacio.

Margarita, aunque con suma repugnancia, fué algunos dias despues á visitar á su hermana.

Me lo avisó, y yo fuí antes que ella.

Encontré á Luis en medio de un considerable número de trabajadores, ocupado en restaurar sus jardines.

Apenas me vió, corrió á mí y me asió del brazo.

—Me alegro de que hayas venido, me dijo; yo pensaba ir á verte.

Habia un no sé qué sombrio, displicente, tétrico, en la fisonomía de Luis.

—Necesito pedirte consejo, me dijo, llevándome

á un extremo del jardin y sentándose sobre un banco de piedra.

Me senté junto á él.

—¿Qué sucede? le dije.

—No sucede nada, me contestó, y estoy en la situacion mas desagradable y mas extraña en que jamás se ha encontrado un hombre.

—Sepamos.

—Que se venga...

—Que se venga...

—Sí por cierto: y de una manera irritante.

—Veamos, hombre, veamos.

—Cuando hace.... cuatro dias.. necesito recurrir á las fechas, porque me parece que ha pasado un siglo desde que me casé con Inés... cuando hace cuatro dias que la llevé á mi casa... un magnífico cuarto, Andrés... admirable, provisto de cuanto puede desear el capricho de la mujer mas exigente... como que habia gastado sin miedo, gracias á tu millon... á propósito... te tengo encerrado un millon bajo las mismas carpetas en que me diste el otro.

—¡Oh! yo te lo regalo.

—Yo no quiero regalos de nadie, me dijo en una de aquellas extravagantes salidas de tono que eran tan frecuentes en él; yo soy rico por la gracia de mi mujer, que en el momento en que ha sabido que tú nos has anticipado un milloncejo, se ha apresurado á ponerme en posicion de restituírtelo; cuando te vayas te lo daré: vamos ahora á lo del momento... á lo que á mi me sucede... ó mejor dicho, á lo que no me sucede. Estoy haciendo la víctima, estoy enamorado como un loco.

—Pues mejor.

—Sí, sí por cierto; ¿no seria lo mejor del mundo si ella tambien estuviera enamorada de mí?

—¡Oh! indudablemente.

—Pues no; indudablemente: me aborrece y me desprecia..., me lo ha dicho, hijo, me lo ha dicho con todas sus letras, cuando yo creyéndome en la plenitud de mi derecho, levanté el picaporte de la vidriera del gabinete nupcial: la encontré sentada tranquilamente junto á la chimenea, con su hijo en los brazos... ¡Oh! ¡oh! ¿qué hacia allí aquel chiquillo á quien yo acababa de dar su nombre?

—Este es mi único amor, primo, me dijo Inés cuando me acerqué á ella lleno de ternura.

—¡Oh! la contesté; el amor al hijo comprende sin duda al padre.

—Este niño no tiene padre, me contestó.

—¿Pues qué soy yo?

—Una causa... puramente material.

Y me dijo esto friamente, con acento tranquilo, Andrés.

Y te confieso que me dejó helado.

Yo veia revolverse detrás de aquel semblante dulce y tranquilo... y, Andrés, hermoso como el de un ángel; porque la verdad es que no es bonita... pero es hermosa... pues sí, yo veia revolverse detrás de aquel semblante, en el eco de aquella voz, en la tranquilidad de aquella mirada algo monstruoso; algo terriblemente excepcional, y me senté maquinalmente frente á ella.

—¿Quieres explicarme tus palabras, Inés? la dije.

—Sí: necesito fijar la situacion en que quiero colocarme respecto á tí, y en la que me colocaré: para mí, Luis, no existes; yo no existo para tí: desde hoy vivirémos juntos ó separados, como quieras; pero entre nosotros no habrá ningun género de mancomunidad: confieso que cuando te creí un hombre de honor, te amé: despues te he aborrecido, y ahora te aborrezco y te desprecio.

¿Comprendes esto, Andrés? ¿lo comprendes? ¿qué he debido yo hacer?

—Esperar, apurar cuantos medios estén á tu alcance para recobrar primero el aprecio, despues el amor de Inés.

—Eso es imposible.

—¡Ah! no: la resignacion, la dulzura, los sacrificios: ella está ofendida con razon.

—Repito que es imposible todo avenimiento entre nosotros... porque Inés está enamorada... de otro... ¿comprendes bien?... ¡está enamorada!

—¡Luis!

—Tengo pruebas.

—No puede ser.

—Te diré: pruebas físicas, cartas, revelaciones estrañas, la presuncion de otro hombre, no, no: pero tengo pruebas morales, que son por desgracia las más graves: Inés sufre una languidez tan característica, una tristeza tan dulce, unos arrobamientos unas abstracciones, que no puedo dudar de que ama, de que piensa en un honbre, de que sufre por él, de que goza pensando en él: yo no soy ese hombre, luego debe ser otro.

—He notado, Luis, que no tienes la cabeza muy sana.

—¿Y quién no se vuelve loco sucediéndole lo que á mi me sucede? Y es el caso que me domina: me ha dicho á sangre fria, con esa calma que lleva consigo la intencion de sajar, de martirizar:

—Diviértete cuanto puedas, gasta cuanto quieras: afortunadamente soy fabulosamente rica: de mi capital separo diez millones para mi hijo: diez millones que defenderé, haciendo valer si necesario fuese todos mis derechos: lo demás gástalo todo.... y déjame en paz...

—¿Qué te parece, Andrés?

—Que está irritada.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! yo soy indudablemente muy débil: cuando llegamos aquí eligió una habitacion; y en ella se ha declarado absolutamente independiente.

Esa habitacion me está terminantemente prohibida.

¿Qué hago, Andrés?

¿Qué sé yo? le dije.

—Inés me ha dicho hoy que la haria un gran favor haciendo un viaje ó dejando á ella viajar; he apelado á mis derechos de marido en un momento de energía, y me ha dicho:

—Tú eres un hombre á quien yo he comprado el nombre de mi hijo.

No he sabido qué contestar; pero esto, Andrés, es escandalosamente inmoral.

—¡O friamente justiciero!

—¡Tú tambien!

—La abandonaste cuando era pobre, y te has casado con ella cuando era rica.

—Pero la amo, la amo: yo creo que la amo completamente, porque es millonaria, pero la verdad es que estoy absolutamente, terriblemente, estúpidamente enamorado.

—Espera, ten paciencia, pruébaselo de una manera indudable.

—¡Ah! ¡no! ¡no! exclamó: ella ama á otro: yo no sé quién es ese otro! pero lo sabré: ¡oh! ¡sí, lo sabre! y cuando lo sepa... ¡oh! ¡oh! yo me vengaré de ella de una manera mas cruel que ella se está burlando de mí.

II.

En aquel momento entró un carruaje en el portalon de la cerca, atravesó el jardin y se detuvo delante del vestíbulo.

—¡Ah! ¡Margarita! dijo Luis levantándose.

En efecto, era Margarita que nos saludó al subir los escalones del vestíbulo y se detuvo como para esperarnos.

Yo comprendí que Margarita tenia miedo de entrar sola en el palacio.

—Una prueba de lo que amo á Inés, me dijo Luis mientras nos acercábamos, es que ya me acerco tranquilamente á Margarita... en otro tiempo... ¡ah! en otro tiempo... silencio, por Dios, acerca de lo que te

he dicho: que no sepa nada Margarita: yo veré cómo me las compongo con Inés.

Llegamos, y entramos con Margarita en el palacio.

Inés habia salido desoladada á recibirla.

Las dos hermanas se abrazaron, y asidas de las manos nos precedieron. Inés guiaba.

A través de las muchas habitaciones, nos condujo á una extensa, magnífica, alegre.

Pero apenas entró en ella Margarita, se detuvo, se puso pálida, tembló, dió un grito, y cayó en tierra enteramente privada de conocimiento.

Todos acudimos á ella.

Cuando volvió en sí, dijo con precipitacion, con la voz trémula.

—Sacadme, sacadme de aquí... me ahogo... esta temperatura... está muy alta...

Entonces, y sólo entonces reparé, en que la habitacion donde nos encontrábamos, era la misma en que habia muerto estrangulado por M. Rouget, el marqués de la Roca.

III.

Margarita estuvo gravemente enferma algunos dias.

Afortunadamente, aunque su fiebre fué intensa, terrible, no la sobrevino el delirio: á sobrevenirla, Inés que no se separó un momento de ella, hubiera conocido graves, terribles secretos.

IV.

Cuando Margarita estuvo completamente restablecida, me dijo:

—Voy á emprender un largo viaje.

Me puse pálido.

—Le harémos los dos, aunque separados, añadió Margarita comprendiendo la causa de mi palidez.

—¿Y á dónde? le dije.

—A la Habana.

—¡A la Habana! ¡Arrastrar los peligros de la travesía!

—¡Oh! ya se hace con suma rapidez, y estamos en el buen tiempo.

—Pero, ¿para qué?

—Es necesario reponer en su honra el nombre de mi padre: es necesario pagar por completo á sus acreedores: hay uno á quien es imposible pagar: á Pablo, al señor del Lago: pero amaba á mi madre, á mi hermana: Inés será su heredera, porque yo sola pagaré las demas deudas.

—Pero para eso, Margarita, no hay necesidad de que V. vaya, un apoderado basta.

—Quiero salir de aquí, Andrés: quiero volver á respirar el aire natal: estoy enferma... muy enferma... y luego... mi hermana vive en aquella quinta... si yo fuera mucho á ella... no, no: me voy de España... y V... V. me acompañará.

—¡Oh, sí!

—Usted se irá por la vía de Inglaterra, para lo

cual saldrá V. de Madrid algunos dias antes que yo: yo me iré por Cádiz: llegarémos casi al mismo tiempo.

—¿Y por qué no ir juntos, unidos?

—¡Ah, no, no! esperemos, esperemos.

—Yo desespero...

—Pronto: nueve meses pasan pronto: ¿no está usted satisfecho de mi amor?

—¡Oh, sí!

—Pues... esperemos: respetemos la memoria de mi madre.

V.

Quince dias despues, me embarcaba yo en Plymouth con destino á la Habana.

Cuando llegué, al fondear el buque, de una lancha que habia venido de tierra, entró á bordo un negro con trazas de mayordomo, y me dió una carta.

Era de Margarita.

Habia llegado tres dias antes que yo.

VI.

Cuando la ví me aterré.

No podia tener duda: la tísis se habia apoderado ya de ella.

¿Quereis que convierta la pluma en escalpelo, que os haga un análisis minucioso de cada paso que dió hácia la tumba Margarita en seis horribles meses?

¿Quereis que os diga cómo se fué idealizando aquella maravillosa hermosura, hasta convertirse en un sér apenas viviente, trasfigurado á un tiempo por la tisis y por el amor?

¿Quereis que os haga la historia de la terrible expiacion de sus desdichas?

¿De cómo pasó aquella martir de la tierra al cielo?

¡Ah, no, yo no puedo!

Margarita fué tal vez una víctima expiatoria, predestinada al dolor.

Yo he estado loco.

Durante mucho tiempo he visto por todas partes delante de todos los objetos, aquel semblante pálido, trasparente, inmóvil, helado; aquella cabeza en que una peinadora de cadáveres habia agrupado tres magnificas trenzas rubias.

Hoy, otras tres trenzas rubias coronan la frente pálida de otra mujer á quien amo...

¡A quien amo despues de haber perdido á Margarita!

¡Oh, el alma humana!

Los muertos, los recuerdos, no bastan á su actividad.

. . . .

Continuemos.

VII.

Los acreedores del comerciante quebrado Don Lorenzo de Fonseca, habian sido reintegrados con grande asombro suyo, por su hija Margarita.

Hasta créditos dudosos fueron pagados como si hubieran sido indudables.

Margarita se quedó pobre.

¿Pero qué importaba?

¿No era yo rico en demasia?

¡Oh, si hubiera podido comprar su vida.

VIII.

Una hermosa noche de las últimas del verano, tan encantadoras bajo el cielo de los trópicos, encontré á Margarita en un precioso terrado que correspondia á su gabinete cubierto de macetas de flores.

La luna iluminaba de lleno el semblante de Margarita, dando á su belleza un efecto fuertemente fantástico.

Me acerqué á ella con miedo, como me acercaba siempre desde que la enfermedad se habia agravado.

Estaba dormida. Pero con ese ligerísimo sueño de los tísicos. Soñaba sin duda, porque sonreia. Y su sueño debia ser muy grato, porque su sonrisa reflejaba una felicidad completa gozada dentro del alma:

No hice el mas leve ruido: hasta contuve mi aliento.

Sin embargo, mi proximidad la despertó.

Como habia sonreido dormida, seguia sonriendo despierta.

—Andrés, me dijo tendiéndome la enflaquecida mano, en otro tiempo tan mórbida, y tan bella: soy feliz.

—¿Completamente feliz, Margarita? la pregunté.

—Si, amigo, mio, completamente feliz: Dios me ha perdonado.

—¡Oh! exclamé al ver el giro que tomaba la conversacion.

Desde nuestra llegada á la Habana, Margarita no me habia hablado ni una sola vez acerca de sus recuerdos ni de nada que tuviese relacion con ellos.

Me causó un terror incomprensible aquella frase: Dios me ha perdonado.

—Sí continuó Margarita: he dormido, y por la primera vez despues de mucho tiempo, mi sueño ha sido grato, dulce: un sueño de gloria.

—¡Ah! ¡me alegro!

—Tengo que revelar á V. un secreto, Andrés: continuó sonriéndose siempre con dulzura, con amor.

El secreto debia ser muy inocente, cuando de aquella manera me anunciaba su revelacion Margarita.

Y á pesar de esto sentia un terror vago.

—He recibido una alta, una altísima visita, Andrés.

Empecé á comprender.

—¡Ah! exclamé: ¡esa visita!...

—Era necesario, Andrés, era necesario: esto se acaba.

—¡Oh! ¡no! ¡imposible, no puede ser, la dije con los ojos arrasados en lágrimas!

—Yo no podia ir á la casa de Dios, y Dios ha venido á mi casa.

—Pero, Margarita: eso habrá sido el cumplimiento de un deber religioso...

—¡Oh! si, de un deber imprescindible, porque toda criatura que va... á pasar de entre los vivos, debe preparar su viático.

—Pero los médicos...

—En enfermedades como la mia, el mejor médico es uno mismo, Andrés: en enfermedades como la mia la muerte puede sobrevenir cuando se la creia distante aún: yo he temido que la muerte me sorprenda, y me he adelantado á ella.

—Pero su enfermedad de V...

—Es mortal, mortal de una manera irremisible.

—¡Pero V. cree!

—La tisis no perdona.

—¡Bah! exclamé haciendo un heróico esfuerzo para sostener mi serenidad aparente, cuando tenia el alma helada de terror, y soltando una carcajada: ningun tísico cree en la tísis: el que se cree afectado por ella, está perfectamente libre de esa terrible enfermedad.

—Vulgaridades caritativas, Andrés: nuestro espejo que nos presenta nuestro semblante demacrado, pálido; nuestros ojos tristes y lúcidos: nuestro pecho que se esfuerza en vano por absorber el aire que le falta; nuestro estómago, nuestra debilidad, nuestra soñolienta languidez, nuestro pulso débil é irregular... ¡ah! no: la tisis se os dejar ver con una franqueza aterradora: sentís que vuestra vida se os escapa lentamente, sin que lo sintais casi; la muerte nos trata con amor; se acerca á nosotros silenciosa, dulce, vestida de blanco: no os atormenta, no os amenaza con una agonia dolorosa: sois una luz que se extingue insensi-

blemente, que empalidece, y sigue empalideciendo hasta que se apaga; yo he sentido los primeros pasos de la muerte hacia mi...

—Por Dios, Margarita esta conversacion...

—Me consuela, Andrés: estoy resignada, estoy tranquila, soy feliz; tenia la conciencia ennegrecida...

—¡Usted!

—Si: la sangre me ha rodeado por todas partes y el vapor de la sangre ennegrece el alma: necesitaba purificarla, y la he purificado por medio del martirio y de la caridad: si: he aceptado el martirio para mi, he sentido y he practicado una ardiente caridad para usted.

—No comprendo...

—Estoy hablando levantada ya sobre la tierra, desde el otro lado de la tumba.

—¡Margarita!

—Si: puedo decirlo todo, porque mi alma por la misericordia de Dios está completamente purificada porque ha sido perdonada: amo á V. mas que le he amado nunca, porque le amo con el amor de los cielos y cuando muera, mi espíritu acompañará siempre á V., le infundirá resignacion, fuerza: le protegerá, procurará su felicidad.

—Yo no puedo ser feliz sin V.

—¡Oh! ¡si! ya lo verá V.: yo tambien he sentido ese amor ardiente, impuro, terrible: yo... cuando fuí libre, necesité de toda mi reflexion de toda mi fortaleza, para no buscar en el amor de V. lo que entonces creia era la suprema felicidad: y sin embargo, hàbia ya sentido los primeros pasos de la tisis que se apo-

deraba de mi, y quise prepararme violentándome, martirizándome: quise que cuando yo conociese su dolor de V. fuese mas dulce, por mas espiritual: á una amante para se la pierde con mas resignacion que á una esposa.

—¡Ah! ¡yo la seguiré á V... si eso sucede!

Y me estremecia.

La voz de Margarita era á cada momento mas débil y mas dulce.

Su fuerza de fascinacion, su prestigio fantástico crecian.

De tiempo en tiempo su mirada enlanguidecia, se apagaba, y volvia á brillar calenturienta, ardiente.

Yo veia luchar en aquella mirada á la vida con la muerte.

Esto me horrorizaba, me atormentaba de una manera inexplicable, pero no me sorprendia: hacia mucho tiempo que esperaba yo aquel momento terrible.

IX.

—Andrés, me dijo Margarita, es necesario que sea usted muy valiente: es necesario que V. viva.

—¿Y para qué?...

—Usted no se pertenece: existe un sér que sufre, que sufre demasiado... que necesita de una proteccion generosa... ¡Inés!

—¡Ah!

—Si: su marido... Luis... la hará muy desgraciada... sea usted su hermano... esa es mi última voluntad... cúmplala usted.

Yo no pude responder: las lágrimas me ahogaban. Margarita estaba mas débil á cada momento.

—Esta tarde, Andrés.. tuve una inspiracion... creí llegado el momento de mi partida: hice llamar al párroco y le abrí mi alma: el buen sacerdote me ha absuelto: luego sin pompa, secretamente, ha traido la Eucaristía: la he recibido aquí mismo de rodillas, en el momento en que salia la luna: he quedado despues sola y me he dormido: pues bien Andrés: mi sueño ha sido dulce, un sueño de gloria: los tristes recuerdos que antes llenaban mis sueños de seres sombrios, han huido de mi último sueño... y he visto... he visto á V. asido de la mano de mi hermana, de mi buena Inés, que sonreia, que era feliz: y V. sonreia tambien, tambien V. era feliz: ¡oh! ha sido un hermoso sueño y al despertar he encontrado á usted contemplándome con amor: sí, Dios me ha perdonado y puedo morir en paz.

—¿Quien sabe? exclamé procurando en vano arrancarla á sus pensamientos de muerte.

—¿Por qué esforzarme en consolarme cuando soy dichosa, Andrés? me dijo.

Y con la mano que tenia entre mis manos me llevó débilmente hácia sí.

Una fascinacion inconcebible me arrastraba hácia ella.

Nuestros semblantes se acercaban.

Mi aliento vigoroso se mezclaba á su débil aliento.

Sentia yo en mi frente la emanacion febril de la suya.

—¡Oh! Andrés, Andrés mio, exclamó Margarita: mi alma te ama.

Y sonó un beso.

Un beso supremo.

Mis labios que oprimian sus labios ardientes se separaron con horror; aquellos labios se habian puesto frios.

La miré y sentí que mi corazon se desgarraba.

Habia muerto.

Su último aliento se habia exhalado en aquel primer beso de amor.

EPÍLOGO.

I.

. . . .

Pasó mucho tiempo.

Mucho tiempo durante el cual no tuve conciencia de mí mismo.

Mucho tiempo durante el cual estuve, segun me han dicho, encerrado en una habitacion rodeado de médicos y enfermeros.

Porque estuve loco.

Recuerdo que un dia desperté como de un largo sueño.

Estaba en un lecho y me sentia muy débil.

En cada brazo tenia una sangría.

Un hombre vestido de negro, calvo, grave, me contemplaba profundamente.

—Don Andrés, me dijo; buenos dias: ¿qué tal?

Yo miré con suma insistencia á aquel hombre, y no le contestaba.

No le conocia.

—¿Ha dormido V. bien? añadió aquel hombre.

—Yo no conozco á V., le dije.

—Soy médico, me contestó.

—¿Es decir, que estoy enfermo? pregunté.

—Sí: un accidente agudo: pero me han llamado, he venido, he hecho á V. dos largas evacuaciones de sangre y ha dormido V. perfectamente.

—Pero he soñado muy mal.

—Efecto de la perturbacion orgánica causada por el accidente.

—He creido estar en la Habana, y sin embargo este es mi dormitorio de Madrid.

—Precisamente.

—¿Y Antonio?

—Su ayuda de cámara de V. ¿no es verdad? va á entrar al momento.

Y llamó.

Entró otro de mis criados.

—¿Qué, no está Antonio? pregunté.

—Antonio ha salido, me dijo Julian.

—Quiero verle.

Poco tiempo despues entró Antonio y le reconocí.

Lo que queria decir que me habia salvado, que habia dejado de estar loco.

II.

Durante muchos dias se me trató con la mayor prudencia: no se me decía una palabra que pudiera recordarme la causa de mi locura.

Y mi razon se iba rehaciendo: iba recobrando

lentamente, pero de una manera segura, la fijeza de mis recuerdos.

Sin embargo, me encontraba en un estado de profunda tranquilidad.

III.

Un dia oí pregonar á los ciegos un nuevo nombramiento de ministerio, y quise leer aquel papel.

Mandé á Antonio que le comprase.

Antonio no pudo preveer el efecto que debia causar en mí aquel papel, y me le llevó.

Al ver la fecha me estremecí.

Desde la fecha de mi último recuerdo, de la muerte de Margarita, hasta la fecha de aquella *Gaceta* extraordinaria habian pasado dos años.

—¿Qué es esto? dije á Antonio: estamos á 30 de Noviembre de 18... ¿dónde están pues dos años de mi vida?

—Debe ser una errata, señor, me dijo Antonio, hoy estamos á...

—Tráeme al momento los números de hoy de tres ó cuatro periódicos.

—Pero señor...

—Tráemelos ó voy yo por ellos.

—El médico, señor...

—Bien bueno: llama al médico.

IV.

El médico, llegó dos horas despues: dos horas durante las cuales mis recuerdos acabaron de fijarse.

Yo hasta entonces habia recordado la muerte de Margarita, pero sin localizarla.

Entonces recordé que Margarita habia muerto en la Habana.

—No recordaba cómo ni cuándo habia yo vuelto de la Habana.

Cuando tuve delante de mí al médico, le obligué á una explicacion rotunda.

—Ya no hay peligro en ello, me dijo: está V. en el pleno ejercicio de su razon, y puede V. saberlo todo.

—¡Cómo! ¡he estado loco!

—Sí, señor, dos años, por efecto de una fuerte congestion cerebral: en la Habana no daba V. esperanzas de curacion, y los médicos de allá opinaron que debia sujetársele á V. á la influencia de la atmósfera natal: el doctor Salcedo y yo hemos tenido la fortuna...

—¡Cómo! mi buen amigo Salcedo...

—Sí, sí, señor, ha partido conmigo el tratamiento de la enfermedad de V.: cuando cedió, Salcedo, por no ser causa de recuerdos demasiado vivos para usted, dejó de presentarse. Pero todo peligro ha desaparecido, puede V. volver á su género de vida acostumbrado. ¿Y el recuerdo de doña Margarita?

Y el médico, al hacerme esta pregunta, me miraba profundamente.

—Dulce, amigo mío, íntimo, doloroso si se quiere, pero con un dolor tranquilo, que sufro con resignacion: estoy seguro de que la muerte ha sido para ella una felicidad.

—Salvado, completamente salvado, me dijo el médico estrechándome la mano con alegría: la pregunta que acabo de hacer á V. era mi prueba decisiva; está V. dado de alta, puede V pagar las visitas de sus amigos: pueden ver á V. todos los que vengan á visitarle: ha sido un largo y penoso sueño: han sido dos años perdidos y nada mas.

El médico estuvo hablando conmigo algun tiempo y despues salió.

V.

—Antonio, dije á mi ayuda de cámara: el médico te habrá ordenado que no me ocultes nada.

—Sí señor, y yo y todos nos hemos alegrado mucho porque esa órden demuestra que está V. completamente bueno.

—Pues bien, yo debí recibir algunas cartas de la Habana.

—Sí, señor, dos con intérvalo de seis semanas.

—Y ¿dónde están?

—En el secreter del señor.

—Dámelas.

Antonio sacó las cartas del secreter y me las entregó.

La primera que abrí era de Luis.

En ella se me quejaba amargamente del desden, del desprecio de Inés, se me mostraba desesperado, y me participaba la resolucion de separarse sin escándalo de ella: pensaba pasar á América, y me pedia que le tuviese preparada habitacion.

La otra carta era de Inés.

Inés habia sabido la muerte de su hermana por el periódico oficial que llamaba á sus herederos: Inés se quejaba triste y melancólica de mí, y me suplicaba que la escribiese.

VI.

Estas dos cartas me llenaron de tristeza.

—¿Quién ha venido á informarse de mi salud? pregunté á Antonio.

—Los primeros dias ha venido mucha gente: al mes, mucha menos: al mes y medio, nadie.

—¡Nadie!

—Nadie de lo que puede llamarse gente, por lo demás, doña Inés de Fonseca, el padre Morales, su familia y los facultativos han venido todos los dias.

—Es decir que ayer vinieron tambien.

—Sí, señor; pero teniamos órden...

—¿Quién ha venido hoy?

—El doctor Salcedo y el padre Morales con su hermana y su sobrina.

—¿Y doña Inés?

—Doña Inés acostumbra á venir á la caida de la tarde.

—Y... ¿vendrá?... dije con una conmocion extraordinoria.

—Sí, sí, señor, no ha dejado de venir un solo dia.

—¡Oh! pues quiero ahorrarla hoy su visita. ¿Dónde vive?

—En la calle del Barquillo.

—¡Cómo! ¿no vive en la quinta?

—No, no señor: desde que...

—¿Desde qué?

—Nada, señor: desde hace seis meses.

—Vísteme y que pongan un carruaje porque creo que se habrán mantenido mis carruajes.

—Sí, sí, señor.

VII.

Media hora despues entraba en casa de Inés y me hacia anunciar.

Ella misma salió á mi encuentro.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó entre alegre y cuidadosa: ¡qué imprudencia! ¡una rebeldía sin duda!

—No, Inés, no: una autorizacion en regla: me he apresurado á venir á pagar á V. en cuanto he podido las visitas diarias de un año.

Inés me habia llevado á su gabinete y nos habiamos sentado.

Inés me miraba con una alegría, con una ternura, con un placer inmensos.

—¡Oh! gracias á Dios dijo.

—Sí, sí, ya no estoy loco; pero ¿qué luto es ese Inés?

Inés me miró de una manera incomprensible, y poniéndose vivamente encendida me contestó.

—¡Soy libre!

—¡Libre!

—Sí, Luis ha muerto en una descabellada expedicion á las Californias.

—Y... ¿cuándo ha muerto Luis?

—Si hubiera V. venido mañana no hubiera usted visto mi luto: hoy cumple el año.

Desde aquel momento mi trato con Inés se hizo embarazoso.

Seis meses despues... ya lo habeis adivinado... Inés era mi mujer.

Se realizaba la union profética de Margarita.

. . . .

¡Margarita!

Conservo de ella un recuerdo triste, como el de un sueño de dolor.

Yo habia creido en mis delirios.

Yo habia soñado para llenar mi corazon en una mujer hermosa en el cuerpo y en el alma: con una hermosura excepcional, deslumbradora: habia deseado la pureza inmaculada, el amor virgen, la consagracion del cuerpo y del alma de una mujer semejante á un ángel para mi solo, habia creido encontrar á este sér maravilloso en Margarita: al ver á Margarita marchando hácia la tumba, habia creido que yo la seguiria en un breve plazo.

Creia que no podria volver á amar.

Y sin embargo, amaba, amaba á Inés, la amo... no puedo explicaros como... como jamás he amado:

soy feliz como no creia que pudiese ser feliz sobre la tierra.

Inés habia amado á otro hombre: habia sido seducida por él: un hijo de aquel hombre crecia hermoso á mi lado, como testimonio del primer amor de Inés: y, sin embargo, me parecia, me parece que Inés ha nacido para mi solo.

Y es verdad: porque la criatura es el alma, y el alma de Inés estaba virgen cuando me amó: sus amores con Luis habian sido una equivocacion.

Inés es bella, magníficamente bella, dotada de un atractivo irresistible; pero no es hermosa; no tiene la pureza de contorno que deslumbraba en el semblante de Margarita; y sin embargo, Inés me parece el ideal de la belleza.

Y es que la amo!.. no sé por qué.

En cuanto á ella, algun tiempo despues de nuestro casamiento, me contó toda la historia de su corazon durante tres años en estas solas palabras:

—Te amo, desde que te ví por primera vez en la Cuesta de la Vega.

. . . .

Hablamos siempre de Margarita: ella sin celos, yo sin dolor.

En cuanto á mi, no he querido que muera conmigo el terrible sueño de la vida que acabais de leer, y arrojando sobre el papel mis recuerdos y la última amargura de mi corazon, he escrito esa historia.

No os olvideis, amigos mios, de LA DAMA DE NOCHE.

FIN.

ÍNDICE.